

José de Viera y Clavijo

Historia de Canarias

Tomo II

José de Viera y Clavijo

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

9

HISTORIA DE CANARIAS

II

Edición de Antonio de Béthencourt Massieu



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso
Juan Jesús Armas Marcelo
Joaquín Artiles
Luis León Barreto
Sebastián de la Nuez
Pablo Quintana
Jorge Rodríguez Padrón
Lázaro Santana
Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly
Mireya Jiménez Jaén

José de Viera y Clavijo

HISTORIA DE CANARIAS

II

Islas Canarias
1991

© Para la introducción **Antonio de Béthencourt Massieu**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-94-6 (Obra completa)

ISBN: 84-87137-96-2 (Tomo II)

Depósito Legal: M. 10.742-1991

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

TOMO II

	<u>Págs.</u>
LIBRO XII	19
1. Estado de La Gomera al principio del siglo decimosexto	19
2. Del conde don Guillén	21
8. Idea del estado de La Gomera por este tiempo	22
9. Del conde don Diego de Ayala, sus hermanos y casamiento	23
13. Invaden los hugonotes La Gomera	24
15. Galeones de la América y el gran marqués en Santa Cruz en La Gomera	26
16. Ingleses en La Gomera	26
21. Invaden La Gomera los holandeses	27
22. Invasión de los berberiscos en La Go- mera	28
23. Vinculación del condado de La Gomera	29
25. Del conde don Gaspar el segundo. Reasume el mayorazgo del Hierro	30
27. Del conde don Diego el tercero. Su casa- miento con la heredera del marquesado de Adeje	30
28. Es declarado capitán a guerra del Hierro y Gomera.	31
31. Controversia eclesiástica sobre quintos	32

	<u>Págs.</u>
34. Muerte del conde don Juan	32
36. Del conde don Juan el segundo. Alborotos del Hierro	33
37. Son rechazados valerosamente de La Gomera los ingleses	36
41. Victoriosos los herreños del enemigo	38
42. Alborotos de La Gomera y su origen	38
43. Gana el conde el pleito de quintos	42
44. Muere y fenece la línea masculina de Diego de Herrera. Su elogio	42
46. Sistema político y población de La Go- mera	43
47. Sistema político y población de la isla del Hierro	44
LIBRO XIII	47
1. Primer sistema político de las tres islas ma- yores de Canarias	47
2. Idea del estado de la Gran Canaria, Palma y Tenerife, a principios del siglo XVI. Sus gobernadores, sus ciudades y pueblos	51
3. Establecimiento de la Real Audiencia de Ca- naria	58
4. Discordias y primer visitador de ella. Sus ordenanzas	59
5. Motivo con que se pasaron los oidores a Tenerife. De Zurbarán, gobernador de Ca- naria	60
7. Mérito y proezas de don Rodrigo Manrique, gobernador de Canaria	61
8. Leyes y nuevos capítulos de ordenanzas, da- dos a la Audiencia	62
10. Oposición al enajenamiento de la jurisdicción de Adeje	62

11.	El Ayuntamiento de Tenerife nombra gobernadores interinos por muerte de los propietarios	63
12.	Por las nuevas controversias recibe la Audiencia nuevas leyes, nuevo visitador y un regente que la presida	64
14.	Saquean y queman los franceses la ciudad de La Palma. Sus consecuencias	65
16.	Peste de las landres. Volcán en La Palma. Langosta	66
17.	Amagos de los enemigos de la corona	68
18.	Don Luis de la Cueva, primer capitán general y presidente de la Audiencia. Instrucciones que se le dieron	70
19.	Su llegada. Sus providencias. Su demasiada autoridad	72
22.	Motivos por que manda la corte que don Luis de la Cueva se retire a España. Vuelve a presidir la Audiencia un regente	73
23.	Del gobernador de Canaria Alonso de Alvarado. Invasión de Drake en aquella isla. Resistencia gloriosa	75
26.	La Gran Canaria invadida por la armada de Holanda. Circunstancias de este suceso	77
27.	Peste en Tenerife	83
29.	Trátase de trasladar la Audiencia a Tenerife. Juez visitador de ella	84
31.	Nueva revolución en el gobierno de las islas. Don Francisco Andía es capitán general, presidente de la Audiencia, veedor y reformador de la guerra	85
33.	Disposiciones de aquel jefe. Reforma de empleos militares. Su retiro y elogio	87

	<u>Págs.</u>
35. Suplican las islas al rey no les envíe capitanes generales ni presidentes. No lo consiguen. Los regentes se suprimen. Empiezan los corregidores	89
LIBRO XIV	91
9. Vuélvese a trabajar en la traslación de la Audiencia a Tenerife	91
12. Leva forzada para el ejército de Flandes ...	92
13. Don Luis de Córdoba prorrogado. Sublevación de Portugal y sus consecuencias en nuestras islas	93
16. Inundación de Garachico y nuevo volcán en La Palma	94
18. Nuevo donativo de las islas al rey	95
20. Historia de la jurisdicción exenta de La Orotava. Título de villa. Contradicciones	96
26. Entra en el puerto de Santa Cruz la flota de don Diego de Egues	102
27. Embístela Blake en el mismo puerto. Pégase fuego. Resistencia gloriosa de Tenerife	103
30. Época del famoso impuesto del uno por ciento en Tenerife. Donativo hecho a la corona	104
37. Nuevo donativo. Oposición del ayuntamiento de Tenerife a la enajenación de algunos lugares de la isla	105
45. Grandes disturbios a causa de la compañía de vinos formada por los ingleses	108
48. Primer oidor fiscal en la Audiencia	109
50. Del capitán general don Juan de Balboa. Nuevos donativos de las Canarias. Con qué condiciones	109
56. Del capitán general don Félix Nieto. Su carácter. Nuevo donativo por su mano a la corona	111

	<u>Págs.</u>
57. Nueva leva para Flandes. Rinde un armador canario a un corsario francés. Elogio de don Félix Nieto	112
LIBRO XV	115
4. Del capitán general conde del Palmar	115
5. Circunstancias de su entrada en la patria. Quema de Garachico	115
6. Pesca de la costa de África. Comercio de vinos con las Barbadas. Comercio de las Indias	116
7. Muerto Carlos II, ¿a quién destinaban las Canarias el tratado de partición? Anticipanse las islas a proclamar a Felipe V	118
9. Estado en que se hallaban entonces	119
10. Volcanes de Güímar en 1705	120
12. Volcán que en 1706 destruye el lugar y puerto de Garachico	122
14. Invade la escuadra del almirante Genings el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Valor y lealtad con que es rechazada	124
20. Anúlanse en la corte todas las providencias de don Agustín de Robles. Es reprendido ásperamente	126
23. Agente de las Canarias en Londres	127
24. Vuélvese a poner regente en la Real Audiencia de Canaria	128
25. Expulsión de don Diego Navarro. Móvil de esta violencia	129
26. Alborotos de La Orotava	132
27. Reglamento para el comercio de las Canarias en Indias	134
28. Deudas de la América a las Canarias. Población de Montevideo. Permiso a Buenos Aires	135

	<u>Págs.</u>
31. Notable representación del intendente al rey	136
32. Catástrofe del intendente y sus resultas	137
33. Socorre don Juan de Mur las islas en la hambre y la enfermedad. Muere en La Laguna	139
35. Del comandante general marqués de Valhermoso. Novedades de su gobierno	139
36. Apodérase del castillo principal de Santa Cruz. Sus disputas con el ayuntamiento. Diputación de don Alonso Fonseca	140
39. Sus falsas máximas sobre comercio	143
40. Revolución con motivo de la moneda falsa.	144
41. Resello de la moneda ante el general y un oidor. Éste es llamado a la corte	146
44. Fórmase en la corte la Real Junta de los negocios de Canarias	147
47. Del comandante general don Francisco de Emparan. Cesan los impuestos de Valhermoso en el comercio	147
48. Sus providencias sobre la moneda	148
49. Deshácese la Real Junta de Canarias	149
52. La escuadra de Windon rechazada de La Gomera, La Palma y Gran Canaria	150
59. Visita de los propios por don Tomás Pinto Miguel. Su reglamento	151
63. ¿Están obligados los canarios a defender las islas a su costa?	151
72. Novedades del nuevo administrador de rentas reales	153
73. Gracia que hace el rey a las islas en la guerra de 1762	153
75. Viene de España una partida de oficiales ..	154
79. Expulsión de los jesuitas en Canarias. Diputados del común	154

	<u>Págs.</u>
82. Diputación a la corte sobre el libre comercio de Indias	156
83. Reforma de las milicias de Canarias. Comercio libre a los puertos menores	157
90. Resumen general de las Canarias	158
LIBRO XVI	161
1. Religión de los primitivos canarios	161
3. Época clara de la primera predicación. Bula de erección del Principado de la Fortuna ..	163
4. Misioneros por el príncipe don Luis de la Cerda	163
5. De fray Bernardo, primer obispo de las Islas de la Fortuna	164
6. Misioneros por el papa Urbano V	164
8. Bula de la erección del obispado de Rubicón	165
13. Bula de erección de un nuevo obispado en Fuerteventura	166
14. De don fray Fernando Calvetos, quinto obispo	166
15. Bula de Eugenio IV para trasladar la catedral de Rubicón a Canaria	167
19. De don Diego de Illescas, noveno obispo ..	168
20. Bula memorable que le dirigió Pío II	169
24. De don Juan de Frías, decimotercio obispo.	170
26. De don Diego de Muros, decimoquinto obispo	172
35. De don fray Alonso de Virués, vigesimo-cuarto obispo	173
38. Renuncia la mitra don fray Bartolomé de Carranza. Es nombrado fray Melchor Cano, vigesimoséptimo obispo	174
39. De don Diego de Deza, vigesimoctavo obispo, y entredicho de La Palma	175

	<u>Págs.</u>
41. De don fray Juan de Azóloras, trigésimo obispo	176
45. De don Francisco de Ceniceros, trigésimo-cuarto obispo	176
52. De don Cristóbal de la Cámara, cuadragésimoprimer obispo	177
53. Extracto de las <i>Constituciones Sinodales</i> del ilustrísimo señor don Cristóbal de la Cámara y Murga	178
57. De don Bartolomé Ximénez, cuadragésimo-quinto obispo	183
62. De don Pedro Dávila, quincuagésimo obispo.	191
63. Extracto de las <i>Constituciones Sinodales</i> del ilustrísimo señor don Pedro Dávila y Cárdenas	192
65. De don fray Valentín de Morán, quincuagésimosegundo obispo	197
67. De don fray Juan Bautista Servera, quincuagésimocuarto obispo	197
69. Elogio de nuestros obispos	198
70. Del vicario general y de los foráneos de la diócesis	199
71. Jueces de las cuatro causas	199
72. Introducción y erección del tribunal de la Inquisición en Canaria	200
LIBRO XVII	203
1. Resumen de la erección de la catedral de Canaria	203
2. Traslación de Rubicón a Canaria y estatuto de esta santa iglesia	205
3. Bula de Inocencio VIII haciéndola iglesia del real patronato	207
4. Calidades para las prebendas	207
8. Forma del cabildo y distribución de rentas decimales	208

	<u>Págs.</u>
11. De los beneficios curados de la diócesis y de su erección	209
13. Real Cédula para la división, patrimonialidad y calidades de los beneficiados. Privilegio de las ciudades para abrir concursos y proponer al rey	211
21. Método de los ayuntamientos en los concursos, exámenes y propuestas para las vacantes	212
22. Opónense los obispos al privilegio y, por último, se lo apropian	214
24. De los curatos amovibles de la diócesis	215
25. Noticias de la iglesia catedral de Santa Ana de la Gran Canaria	216
26. Del templo de Nuestra Señora del Pino de Teror	217
27. Historia de la iglesia de la Concepción de La Laguna	218
29. Historia de la iglesia de los Remedios de La Laguna	219
30. Litigios entre ambas parroquias y su concordato	220
38. De la iglesia de San Salvador de La Palma y santuario de las Nieves	222
41. De las capellanías colativas de la diócesis...	223
42. De los hospitales	224
LIBRO XVIII	229
1. Fundaciones de algunas órdenes religiosas en las Canarias	229
2. Facultad pontificia concedida a nuestros reyes para estas fundaciones	229
3. De la venida de los franciscanos a nuestras islas, sus servicios, misiones y primeros vicarios	230

	<u>Págs.</u>
4. Del convento de Fuerteventura y verdadera época de su fundación	232
5. Fundación del convento de San Francisco de la Ciudad Real de Las Palmas de Canaria...	233
7. Fundación del convento grande de la ciudad de La Laguna	234
8. Del Santísimo Cristo de La Laguna y de su insigne esclavitud	235
24. Primera fundación de los religiosos del orden de predicadores en la ciudad de Las Palmas de Canaria	236
25. Fundación del convento y colegio de Santo Domingo de La Laguna	237
27. Historia de la fundación del real convento de Candelaria	240
37. Primera fundación de los religiosos agustinos en la ciudad de La Laguna	246
38. Del patronato general de esta provincia de Santa Clara de Montefalco	247
39. Universidad literaria establecida en este convento de La Laguna. Litigio y suspensión...	248
47. Fundación del convento de agustinos de Canaria	252
49. Trátase de fundar en Canarias monasterio de religiosas	253
50. Fundación del convento de Santa Clara de La Laguna	254
58. Fundación del convento de dominicas de La Orotava	257
62. Fundación del convento de Santa Clara de Canaria	261
65. De la entrada de los jesuitas en las Canarias y de sus fundaciones	262
66. Fundación del colegio de La Orotava	264
67. Fundación del colegio de Canaria	268

	<u>Págs.</u>
76. Del venerable Pedro de Betancourt y pre- tensiones de fundar en Canarias los betle- mitas	271
78. Apéndice sobre las fiestas públicas	273

LIBRO XII

1. ESTADO DE LA GOMERA AL PRINCIPIO DEL SIGLO DECIMOSEXTO

Cuando murió el primer adelantado de las Canarias, ya don Guillén Peraza, su pupilo, su entenado y rival, poseía como señor y gobernaba como soberano las islas de La Gomera y El Hierro, patrimonio de Fernán Peraza, su malogrado padre. Pero su hermana, doña Inés de Herrera, ¿no debía haber llevado parte de estos bienes a don Pedro de Lugo, su marido? La misma serie de esta historia nos hará conocer que no había en el estado verdadera vinculación; y quizá por eso empezó don Guillén su brillante carrera en el mundo, disputando con los adelantados.

A la verdad, era espectáculo digno de atención que, al mismo tiempo que la señora Bobadilla hacía temblar toda La Gomera, gobernase la isla de Tenerife en ausencia de don Alonso de Lugo, su marido, presidiese en persona los ayuntamientos y nombrase justicias para la buena administración del señorío territorial de sus menores. Consta de los libros capitulares de la ciudad de La Laguna. ¿Y qué era esto sino una corta represalia de lo que el conquistador de La Palma y Tenerife había ejecutado en La Gomera? Don Alonso de Lugo tomó la viuda de Hernán Peraza para esposa, la hija para nuera, el hijo para alumno, el estado para su posesión. Bien presintió esta especie de despotismo el doctor Alonso Escudero, gobernador de la Gran Canaria, cuando denegó

al adelantado la curaduría que a instancias de su madre le querían confiar los dos menores; pero al fin hubo de ceder a la cédula de los Reyes Católicos, por la que se le mandaba que no pusiese impedimento.

La Gomera era aquella isla pequeña, frondosa, fértil, de agradable temperie, de bellas aguas y dotada del mejor puerto de las islas; pero sus habitantes tenían el más extraordinario carácter de todos los isleños. ¡Qué costumbres tan contradictorias! Estos hombres que, según Juan de Barros, comían lagartos y ratones, fueron los que más presto se civilizaron y los que se despojaron más tarde de su nativa ferocidad; los primeros que abrazaron la religión y los últimos de las cuatro islas menores que se acabaron de hacer cristianos; los que sin arrojar un dardo se rindieron a Juan de Béthencourt y los que hicieron más cara su conquista, más difícil su obediencia y más sangrienta su entera sumisión; los que parecía que no tenían lengua para pronunciar bien las palabras y los que más murmuraron contra la conducta de doña Beatriz de Bobadilla, atrayendo sobre sus cabezas las venganzas de aquella terrible señora. En fin, los que, según el citado autor portugués, tenían las mujeres comunes y que, no obstante, dieron muerte violenta a su señor Fernán Peraza, por un negocio de pura galantería.

Juzgo que, si quisiésemos buscar las causas de semejantes inconsecuencias, no las hallaríamos todas en los vicios de los que los gobernaban como para probar su paciencia. Aquellos naturales, aunque no vieron en sus conquistadores muchos ejemplos de humanidad, de justicia y de loables costumbres, sin embargo supieron ser muy fieles, y aun todo lo que quisieron que fuesen, siempre que se les mandó con razón y se les trató con dulzura. Querían ser hombres y los gobernaban como máquinas. Prueba de ello, la lealtad y generosa resolución con que arrancaron de las manos de don Alonso de Lugo, hombre poderoso y político, el gobierno de La Gomera, para entregarlo a don Guillén Peraza, su legítimo dueño, que lo deseaba. Desde esta notable revolución, que hemos re-

ferido al fin del libro IX de nuestra historia, empiezan La Gomera y El Hierro a tener anales separados.

2. DEL CONDE DON GUILLÉN [...]

El conde don Guillén es un personaje cuyo nombre hicieron bastante conocido las mejores plumas de su tiempo, esto es, del famoso siglo XVI. Pocos particulares habrán tenido la complacencia o la vanidad de ver tan asegurada su memoria en aquellos escritos en que era moda hablar de las Canarias y de la América. ¿Pero acaso se equivocaban algunos cuando decían que don Guillén era el primer conde de La Gomera por merced del emperador Carlos V y mediación del cardenal Jiménez de Cisneros? No lo sé. Lo cierto es que autores muy graves afirman que la referida merced fue hecha por los Reyes Católicos a sus abuelos, en retribución de las tres islas que cedieron a la corona; que, según Gómara y Mariana, Diego de Herrera fue el primer conde; que don Guillén se intitulaba tal antes del reinado de Carlos V, y que el cardenal regente no vio jamás a este héroe, por haber muerto desgraciado, diez días después que llegó a Villaviciosa. En lo que no hay la menor duda, y puede resolver el problema, es que don Guillén fue el primero que recibió, usó y transmitió a su casa el título de conde de La Gomera. Nosotros nos arreglaremos por esto en el modo de contar los condes. [...]

Navegó a España y se casó en Jerez de la Frontera solemnemente, año de 1514, más por política que por amor, con doña María de Castilla, su prima hermana, hija de don Pedro Xuárez de Castilla, corregidor de aquella ciudad y veinticuatro de Sevilla, y de doña Leonor de Ulloa y Bobadilla, hermana de doña Beatriz de Bobadilla, su madre. Habiendo el conde recibido dos millones y trescientos mil maravedís en dote, volvió tres años después a las islas con la consorte nueva y con don Pedro

de Castilla, su suegro, que venía por gobernador de la Gran Canaria (1517). [...]

8. IDEA DEL ESTADO DE LA GOMERA POR ESTE TIEMPO

Al tiempo de su fallecimiento [de don Guillén], ya las dos islas de La Gomera y Hierro estaban bien pobladas, tranquilas y condecoradas de nobleza. En la primera había tres o cuatro ingenios de cañas de azúcar, se empezaba a fomentar la cría de gusanos de seda; se cultivaban las viñas con utilidad; se cogían en sus playas largas porciones de ámbar; se beneficiaba la orchilla mejor de todas las Canarias; se acrecentaban los ganados. En la segunda (El Hierro), como consta de documentos antiguos, florecía un largo comercio de madera, brea y pez de pino, fáciles producciones de los espesos bosques que había en ella. También es cierto que ya se hacían vinos y buenos aguardientes, pues aquellos vecinos y los de La Gomera los embarcaban a la América en varias partidas, con otros efectos del país. Estos registros de Indias en aquel tiempo son muy notables. Tomás Nicols, que residía entonces en Tenerife, en calidad de factor de tres célebres comerciantes de Londres, escribió en sus memorias que un inglés de Taunton, llamado Juan Hill, fue el Noé que plantó la primera viña en El Hierro. También daban las abejas en esta isla la mejor cera y miel. En fin, el conde don Guillén dejó reparada la torre de La Gomera, empezada por su bisabuelo Fernán Peraza, admirable por su gran solidez y por ser entonces el único baluarte de aquella villa y puerto.

9. DEL CONDE DON DIEGO DE AYALA, SUS HERMANOS Y CASAMIENTO

Don Diego de Ayala y Roxas (desde aquí empiezan los condes de La Gomera a tomar y dejar varios apellidos), don Diego de Ayala, digo, segundo sucesor en el título y cuarto en la representación del estado, ni era el primogénito ni el segundo ni aun el cuarto entre los hijos legítimos de don Guillén; pero, con ser el quinto, era sin embargo el preferido en su afecto; derecho terrible, que nunca puede ser pacífico, aun entre los mejores hermanos. ¿Y cómo podían serlo los que habían sido malos hijos? Don Gaspar de Castilla, aunque era el mayor, se veía desheredado. Don Luis Peraza de Ayala, como inmediato, se atribuyó el título de conde de La Gomera, por lo que Alonso López de Haro le llamaba el pretensio conde, y fray Antonio de Remesal, en su *Historia de las Indias*, "cuarto conde".

Don Melchor de Ayala, hijo tercero, pensando con más fina política, maquinará el modo de sorprender a don Diego el derecho al título y estado, pues estaban casados ambos con dos hermanas de la ilustre casa de Monteverde o Groenemberg, originaria de Flandes y Colonia y establecida en la isla de La Palma; el conde don Diego, con doña Ana; don Melchor, con doña Margarita. Don Sebastián de Castilla, hijo cuarto de don Guillén, tomó diversa senda, buscando más amplio teatro en el Perú [...]. Don Pedro Xuárez de Castilla, hijo sexto, caballero del orden de Calatrava, tampoco se quedó en La Gomera, y vino a ser corregidor de Burgos. Finalmente, doña Leonor de Ayala, única hija legítima, casó con don Álvaro de Fuentes y Guzmán, su pariente, tercer señor de la villa de Torralva, cuya casa tenía algunas pretensiones a los bienes de Fernán Peraza, como hemos dicho. [...]

13. INVADEN LOS HUGONOTES LA GOMERA

Desde mediado el año de 1570 habían cruzado sobre aquella isla y la de La Palma diferentes piratas franceses que los hugonotes de La Rochelle enviaban para interceptar nuestro comercio de la América. Uno de ellos fue Jacques de Soria, bravo normando que, siendo subalterno del almirante Coligny (aquel gran talento, enemigo de Felipe II, de la religión de Francia y de las posesiones de España), venía mandando cinco velas. Habiendo, pues, atacado y rendido a la vista de La Gomera el "Santiago", nave portuguesa que acababa de salir del puerto de Tazacorte, dio muerte atroz a los célebres 40 jesuitas que, capitaneados por el padre Ignacio de Azevedo, iban a las misiones del Brasil. En otro libro daremos noticias más circunstanciadas de este martirio.

Jacques de Soria arribó poco después a La Gomera con su armada, trayendo bandera de paz. Dejó allí los portugueses prisioneros; y asegura el cardenal Cienfuegos que el conde don Diego alcanzó entonces de los franceses la sotana de uno de los jesuitas sacrificados, cuyas reliquias estuvieron en veneración entre aquellos pueblos.

Al año siguiente (1571) se dejó ver segunda vez sobre estos mares otro pirata que, montando la misma capitana, era digno sucesor de Jacques de Soria. Juan Capdeville, bearnés, hombre osado, también hugonote y que espantaba con su nombre las islas, se presentó delante de la villa de San Sebastián de La Gomera el día 24 de agosto, llevando cinco naves, cuatro francesas y una inglesa. No pudo resistirse el desembarco. Retiráronse los naturales la tierra adentro, y los enemigos saquean, queman y destruyen gran parte del lugar.

Entonces sucedieron aquellos prodigios de constancia cristiana que el obispo de Mantua y el P. fray Luis Quiros refieren de sus hermanos los religiosos de La Gomera. No sólo fray Bernardino Ramos, que era guardián, sino también sus súbditos, se habían sorprendido tanto

con la inopinada invasión, que huyeron, abandonando el convento, la iglesia y la sagrada eucaristía. Fray Antonio de Santa María se avergüenza a muy pocos pasos. Vuelve a la villa revestido de celo, corre al sagrario, consume las santas formas, pero cae en manos de los hugonotes al salir de la iglesia. Ya habían cogido al cura y otros vecinos. Todos fueron llevados a bordo de la capitana, sin que cesase fray Antonio de predicarles, exhortándoles al martirio. Pasados seis días, los sacaron de la bodega para disputar sobre dogmas. Trasládanlos después a otro bajel, cárganlos de golpes y bofetadas, los hieren, los desnudan, los atan y arrojan al mar con pesadas piedras al cuello.

El que primero murió ahogado fue el cura, luego el religioso, luego a escopetazos y botes de lanza los otros prisioneros. Entre tanto, fray Diego Muñoz, que había quedado en el convento recogiendo las imágenes, ornamentos y alhajas, se ve rodeado de enemigos. Lleno de santo arrojo reprehende a los herejes sus ultrajes; ellos tratan de castigar los suyos. A esta bulla salta un donado llamado Miguel o Gumiel (como dice el obispo de Mantua), que hasta entonces había estado escondido y, queriendo defender la vida de su compañero, son ambos víctimas de la saña de los piratas, que echaron sus cuerpos al mar. Algunos naturales los recogieron y dieron sepultura.

A este tiempo ya el conde había acaudillado el paisanaje y, marchando con él impetuosamente, se echó de golpe sobre la villa, de manera que los enemigos, no osando resistir el acometimiento de los valerosos gomeiros, se fueron embarcando de tropel, dejando muchos muertos en la ribera. [...]

15. GALEONES DE LA AMÉRICA Y EL GRAN MARQUÉS DE SANTA CRUZ EN LA GOMERA

Cada instante se comprobaba el concepto que de la importancia del puerto de La Gomera tenía entonces la corte. En 1580 arribó a aquella isla el navío de Juan Martín de Recalde, que conducía los galeones de la América. El conde le dio todo el favor y ayuda de que necesitaba. Había aportado allí al mismo tiempo el gran marqués de Santa Cruz con las naves destinadas a socorrer la flota contra la escuadra de Strozzi, siendo gloria de La Gomera haber tenido por morador al almirante de las Indias, al descubridor del Nuevo Mundo, a Cristóbal Colón, y por su huésped al invicto general de las galeras de España, al héroe de ambos mares, a don Álvaro de Bazán. [...]

16. INGLESES EN LA GOMERA

Pero no eran solos los piratas franceses los que hacían semejantes ensayos de poder. La nueva marina inglesa, su competidora, y Francisco Drake, su primer héroe, después de haber dado la vuelta al globo y revuelto las posesiones españolas de la América, había venido en 1585 a bloquear y atemorizar nuestras islas con una armada de 80 velas. En vano intentó un golpe de mano en La Palma; en vano estuvo amenazando La Gomera. Su conde la supo defender y aun despachó varios avisos a Tenerife, porque algunos desertores aseguraban que el designio de Drake era saquearla y llevarse mil botas de vino para endulzar su viaje al estrecho de Magallanes y costas del Perú. No obstante, ya veremos, a pesar de muchos mal informados historiadores, cuán erradas les salieron siempre estas cuentas en las Canarias a aquel terrible inglés y cómo conocieron sus paisanos que era más fácil o más cómodo hacer en ellas el comercio que

la guerra por vinos. Con las mismas miras hicieron los galos en Italia su primera irrupción. [...]

21. INVADEN LA GOMERA LOS HOLANDESES

Tal era el sistema de las cosas en 1610, cuando don Gaspar de Castilla Guzmán y doña Inés de la Peña se decían cuartos condes de La Gomera. Éste era el bajo imperio de esta familia. Sin embargo, aquel intermedio que hubo entre el conde presidente y el conde don Gaspar es una época célebre en La Gomera, por haber sucedido entonces (1599) la famosa invasión que ejecutó allí la armada holandesa en número de 76 naves, al mando de Pedro Van der Does. Estos valerosos rebeldes, que ya se veían poderosos en el mar, conociendo que para la idea que seguían de apoderarse del comercio de Oriente y Occidente era muy importante algún puerto de las Canarias, se echaron ansiosos sobre la isla de La Gomera con sobradas fuerzas para subyugarla y oprimirla. Ya el año antecedente habían tomado una de las Azores. Pero la inmortal gloria y singular valor de los gomeros en la defensa de la patria parecerá sin duda menos sospechosa, celebrada por una pluma que no se interesaba en ella. Los gomeros, que merecían entonces un Tucídides, sólo tuvieron al maestro Gil González Dávila. Véanse aquí sus expresiones.

"En el año de 1599, la liga de las islas de Holanda y Zelanda bajó con armada de 76 navíos y 10.000 hombres de guerra y acometió las islas de Canaria. Los de la tierra se pusieron en defensa con tanto esfuerzo, que al enemigo le retiraron al mar con pérdida de su general y gente. Lo que pasó en la isla de La Gomera, que es una de las Canarias, y del valor de aquellos buenos vasallos, es justo quede en memoria.

"Sucedió un martes, 13 de junio de 1599, habiendo echado en tierra el enemigo siete compañías de mosqueteros, piqueros y arcabuceros y desembarcado 150 hom-

bres mosqueteros, que a un mismo tiempo marchaban con los demás a la sorda, por diferente camino, sin son de caja. Los de la villa enviaron siete soldados de los suyos que reconociesen el paso del enemigo, y en particular la manga de 120 y, si viesen la ocasión, acometiesen. Así lo hicieron en la ladera que está sobre el puerto, cerca de la ermita de San Sebastián, y les ganaron las armas, sin haber muerto ni peligrado ninguno; sólo salieron los cinco de ellos heridos.

"Estuvo el enemigo en las islas haciendo el daño que pudo hasta 8 de julio. Los naturales le mataron más de 2.000 hombres y con la artillería le echaron al fondo la capitana y algunas lanchas y vasos". Sin duda que ver espantarnos en La Gomera es uno de los más bellos espectáculos de la historia moderna de nuestras islas.

Reservamos para otro libro dar noticia puntual de lo que sucedió en la Gran Canaria, adonde se dirigió este armamento después que le salió tan mal su tentativa en La Gomera. ¡Qué equivocado escribía el autor de la *Historia metálica de Holanda*, cuando sienta que el almirante Van der Does tomó y saqueó la Villa de La Gomera! Sólo es cierto que los holandeses quemaron la ermita de Santiago, en el distrito de Alajeró; que maltrataron la antigua torre, en donde se solían guardar los caudales de las flotas de Indias que se refugiaban allí, y que se llevaron la artillería, los archivos de la isla y la campana mayor de la parroquia.

22. INVASIÓN DE LOS BERBERISCOS EN LA GOMERA

También se sabe que otra escuadra de 14 buques batió infructuosamente aquel puerto en septiembre de 1617, durante algunos días. Pero no fueron los gomeros tan favorecidos de la fortuna contra los argelinos, como contra los holandeses. La idea de cautiverio, el nombre de moros, de sarracenos y piratas servían entonces como

de rémora que cortaba muchas veces el valor de nuestros canarios. Ya hemos referido la invasión que ejecutaron cinco mil berberiscos en Lanzarote, año de 1618, y cómo, después de haber hecho allí terribles males, se echaron victoriosos sobre La Gomera, desembarcando sin mucha oposición.

Aunque los habitantes se habían refugiado a los montes, no dejaron de llevarse algunos cautivos que cogieron en la cueva de Vargas, dentro del barranco de la Villa. A una vieja que no había tenido bastante vigor para huir la llevaron los bárbaros a las playas y, enterrándola en la arena hasta la cintura, la hicieron blanco de sus bocas de fuego. Saquearon la Villa de San Sebastián. Desmantelaron la torre; quemaron la casa de los condes, los archivos, los edificios principales. Algunos años antes se habían levantado dos piadosos, esto es, dos conventos de religiosos mendicantes: el uno de padres dominicos en el valle de Hermigua de La Gomera, dedicado a San Pedro Apóstol, en 18 de marzo de 1611, y el otro de padres franciscanos en la Villa de Valverde, la capital del Hierro, con algunas limosnas.

23. VINCULACIÓN DEL CONDADO DE LA GOMERA [...]

Aquellas ruinas mal reparadas, la grave demanda sobre los derechos de quintos que el señor Gilimón de la Mota, memorable fiscal del rey, había puesto a los sucesores de doña Inés Peraza; la desmembración del estado de La Gomera [1580]; todo esto junto obligó a don Gaspar de Castilla a pedir facultad para vincularle. El rey se la otorgó en Aranda, a 10 de junio de 1610. Todavía hizo más, porque trató de fortificarse por fuera, buscando para su hijo casamiento ventajoso. Su política puso desde luego los ojos en la isla de La Palma. Las alianzas matrimoniales habían de hacer la opulencia de esta familia, pobre e ilustre, y la opulencia debía empe-

zar, a modo de la casa de Austria, por una señora de origen flamenco. Ya don Diego de Herrera, su padre, había casado con la noble casa de Monteverde o Groenenberg, poseedora de los ricos ingenios de Tazacorte y Argual. [...]

25. DEL CONDE DON GASPAR EL SEGUNDO. REASUME EL MAYORAZGO DEL HIERRO [...]

Cuando don Gaspar, el segundo de este nombre y sexto conde de La Gomera, llegó a serlo, ya don Diego de Ayala, su tío señor del Hierro, había muerto sin sucesión; acontecimiento que se pudo llamar feliz, porque había vuelto a unir el mayorazgo de esta isla al condado de La Gomera. Pero como todo suele ser en el mundo acción a reacción, se verificó que al mismo tiempo disputaba la casa de los Peñas el estado y el título. [...]

Tal era el sistema político y económico de La Gomera al ingreso de su conde don Gaspar el segundo, sin que fuese más sobresaliente el sistema militar en un tiempo crítico y turbulento, tiempo en que era forzoso prevenirse contra los insultos de la Gran Bretaña. Oliverio Cromwell, el tirano y protector de Inglaterra, Cromwell, bien conocido en las Canarias, bajo el nombre estropeado de Caramuel, acababa de declarar a España la guerra, atacando con dos poderosas escuadras las posesiones de América y amenazando nuestras islas.

27. DEL CONDE DON DIEGO EL TERCERO. SU CASAMIENTO CON LA HEREDERA DEL MARQUESADO DE ADEJE

Pero habiendo concluido este señor su breve carrera sin sucesión en 1662, doña Isabel, su viuda, que por su ordinaria residencia fue conocida con el nombre de Con-

desa de Taco, casó en segundas nupcias con un caballero Roxas y Sandoval, de Buenavista, y don Diego de Ayala Herrera y Roxas no sólo fue el séptimo conde de La Gomera, sucediendo a su hermano en el título y posesión de la casa, sino que continuó el feliz enlace con la de Ponte, casando en 12 de septiembre de 1664 con su sobrina doña Mariana de Ponte y Castilla, hija y heredera de don Juan Bautista de Ponte y Pagés, del orden de Calatrava, no tan famoso por maestre de campo de uno de los tercios de Tenerife, por patrono general de aquella provincia de padres predicadores, por quinto señor y primer marqués de Adeje (1666), cuanto por su política, su noble ambición, su actividad, su don de economía y de gobierno, con que hizo de su estado y villa de Adeje una de las más bellas posesiones de Tenerife. El plantío de cañas de azúcar, los ingenios, la caterva de negros esclavos suyos, el puerto de mar, la casa fuerte, la jurisdicción exenta, el vasallaje, las ventajas del terreno, y veintiocho mil ducados de dote, todo contribuía a hacer considerable su persona y su alianza.

La casa de Herrera respiró. Ella, que por el corto producto de sus rentas había vivido sin lujo y con estrechez, que se había alimentado de matrimonios, que "no podía sustentar caballo a establo", que había ido como a forzar la fortuna a Europa y América, halló entonces en Tenerife teatro más público, en el puerto de Garachico lugar más distinguido, en la villa de Adeje esperanzas más sólidas. Pero no por eso olvidó el conde las antiguas preeminencias que debía tener en sus islas y que le eran muy apreciables.

28. ES DECLARADO CAPITÁN A GUERRA DEL HIERRO Y GOMERA [...]

Así suplicó al rey en 1663, que, pues su padre y todos sus abuelos habían sido capitanes a guerra de Gomera y Hierro, se sirviese S. M. declararle las mismas facultades.

El rey se las declaró en San Lorenzo, a 6 de octubre de aquel año, mandando a don Jerónimo de Benavente, capitán general de las Canarias, que de allí en adelante estuviesen las cosas de la guerra de ambas islas a cargo de los señores territoriales, y a la Real Audiencia que en lo sucesivo no se entremetiese en el conocimiento de las causas militares de aquellos vasallos, sino que éstas se remitiesen al supremo Consejo de Guerra. [...]

31. CONTROVERSIA ECLESIAÍSTICA SOBRE QUINTOS

Desde el año de 1671 había dado sentencia el vicario general del obispado, en que declaraba que todos los eclesiásticos seculares o regulares pudiesen extraer a su salvo de aquellas islas de señorío cualesquiera frutos y cosas que les perteneciesen, sin pagar quintos ni requintos a la parte del conde. ¿Y esta sentencia con qué se había corroborado? Con imponerles graves censuras a él y a sus almorzarifes. Véase aquí al conde empeñado con el fiscal del obispado en un largo litigio, ahora fuese para defender de los eclesiásticos de sus islas los derechos de quintos, que defendía del rey, ahora para ponerse al abrigo del monitorio. Entonces el marqués de Adeje, en calidad de curador, tutor y abuelo, siguió esta instancia por apelación a la nunciatura; y el nuncio, por decreto de 7 de octubre de 1675, mandó que el conde de La Gomera fuese mantenido en la posesión en que había estado. [...]

34. MUERTE DEL CONDE DON JUAN [...]

De manera que don Juan Bautista de Herrera y Roxas, octavo conde de La Gomera, séptimo señor y tercer marqués de Adeje, fue aquel buen poseedor que defendió del sacerdocio sus derechos y de los moros sus is-

las. El que sofocó en sus principios y perdonó generosamente la sublevación de los gomeros, sus vasallos, descubierta en 15 de enero de 1690. El que, habiendo tenido la desgracia de ser excelente litigante, combatió, venció y triunfó en tela de juicio contradictorio de los duques del Infantado y Medinaceli, ganándoles el señorío de Ampudia y Cea. El que hizo recopilar en 1705 las tan discretas como elegantes ordenanzas de la isla de Hierro. Finalmente, el que deslumbró tanto las islas, que consiguió de sus paisanos el tratamiento de excelencia, continuado después en sus sucesores. Esta circunstancia, por su origen, merece lugar entre estas noticias históricas. [...]

36. DEL CONDE DON JUAN EL SEGUNDO. ALBOROTOS DEL HIERRO

¡Ojalá que ésta hubiese sido siempre la virtud de aquellas buenas gentes y de los herreños sus vecinos para con el conde su señor! El derecho de quintos ha sido constantemente objeto de escándalo y de caída de unos y otros vasallos. La isla del Hierro, en todos tiempos tierra de candor y de paz, se vio alterada por esta razón en 1718, esto es, en el mismo año en que había tomado posesión del estado el noveno conde de La Gomera y cuarto marqués de Adeje, don Juan Bautista de Herrera el segundo.

Hízose notoria en la villa de Valverde, su capital, el día 22 de febrero, cierta real orden, dirigida a establecer un nuevo derecho de entrada sobre los géneros que se condujesen a la isla, la cual sirvió como de reseña a una revuelta general. Porque creyendo los vecinos que este tributo al César les exoneraba de sus contribuciones al conde, se abanderaron por influjo de algunos patriotas, pero malos ciudadanos, y presentaron al alcalde mayor un arrogante memorial, pidiendo "que se aceptase el nuevo impuesto de entrada, con la condición de que la isla

quedase libre de los derechos de quintos de salida". Envíales el alcalde a tribunal más competente. Ellos se amotinan. Procésalos; pero al mismo tiempo les insinúa que para el deseado fin era necesario un tumulto. Los herreños, convidados por un mal juez a parecer rebeldes, no se espantan, y a la noche siguiente se juntan al ruido de tambores y campanas, voceando "Viva el Rey". Corren de tropel a la casa del alcalde mayor. Disparan a sus puertas algunos escopetazos con bala y le intiman que provea auto absolviéndolos del derecho de quintos y privando de la administración de la aduana al almoxarife del conde, la que debería ponerse a cargo del que había nombrado el capitán general.

No quería otra cosa don José Magdaleno. Al punto decretó, bajo el pretexto de constreñido: "Que no se llevasen más derechos que el seis por ciento de las aduanas reales, y que el quintador del estado no se intrometiese en el aforo". Parte del pueblo, armado de esta sentencia, acude a las casas del conde para notificarla a Teodoro Fernández, su administrador. Hieren a su criado, fuerzan las puertas, quebrantan las arcas, huye el administrador al convento y el tumultuario establecimiento se pone en práctica.

Con todo eso, no se imaginaban los malcontentos completamente victoriosos, mientras no aterrassen la firmeza del capitán don Bartolomé García del Castillo, aquel escribano mayor del ayuntamiento, fiel al conde, enemigo de la inquietud, célebre por sus manuscritos históricos, por su literatura y últimamente por su dignidad de beneficiado del Hierro. Este hombre raro, uno de los pocos que han sido útiles a la patria, había pasado a La Gomera con un juez de residencia, al tiempo que sobrevinieron las referidas novedades. Desaprobólas a su vuelta, pero le hubo de costar caro, porque le echaron un papel amenazándole que, si persistía en sus empeños a favor del conde de La Gomera, le quemarían la casa. Decían en otro al gobernador de las armas don Juan Bueno que se embarcase cuanto antes con su hijo.

En fin, el 31 de marzo por la noche, una cuadrilla de gente armada sacó de su casa al capitán García. Otra le rodea; un embozado le dispara una escopeta y se la arroja a la cabeza; otro le tira una estocada; otro le derriba en el suelo. Escapado maravillosamente de este insulto, le conducen a las casas capitulares. Eran las diez, y se habían juntado más de 200 personas pidiendo personero general, diferente del que el conde les había dado. Trajeron los regidores y nombraron a don Cayetano Padrón de la Barreda, cura beneficiado, que lo aceptó sin repugnancia. ¿Quién reconocerá aquí la mansedumbre de aquellos virtuosos herreños que, en más de 130 años, apenas tuvieron necesidad de 30 provisiones de la Audiencia? ¡Y cuánto mejor estaban en aquellos tiempos felices en que, pacífico cada uno bajo de su vid y de su higuera, vivían sin saber nada del mundo y se les chasqueaba con que enviaban todos los años un barco a la isla de La Palma para saber cuándo eran las carnestolendas! ¡Pero el amor de la libertad!

Debían los herreños haberse contentado y aun arrepentido de excesos semejantes; sin embargo, se idearon dignos de mayores victorias. Había cierta cuestión entre los vecinos y el concejo sobre abasto de carne. Algunos regidores resultaban culpados de la probanza que hizo don Bartolomé García; esto bastó para ser insultado en el cabildo y despojado de los autos. Conmuévase la plebe en su defensa con la misma facilidad con que se había conmovido antes para su daño. Despáchase aviso al conde, que tenía su residencia en Tenerife, y entre tanto queda don Bartolomé preso y procesado. Llegó la determinación en que mandaba aquel señor restituirle autos y libertad, quitar al alcalde el empleo, suspender dos o más regidores y oír en justicia a los vecinos.

Todavía no reinó en El Hierro la serenidad. El comandante de las armas don Juan Bueno, caballero digno de este apellido por su calidad, su rectitud y sus costumbres, siendo llamado a Tenerife por el conde, tuvo orden de dejar el gobierno militar a persona de su con-

fianza. No lo dejó al capitán más antiguo, porque había sido el caudillo de las perturbaciones, lo que le acarreó nuevas injurias. Ya era tiempo de que don Juan Bautista de Herrera tratase seriamente de pacificar la isla y de reducirla a su obediencia. Don Juan Bueno volvió con comisión bastante y auxilio del capitán general don Ventura de Landaeta, para que el conde fuese reintegrado en la posesión de los quintos. Esta providencia, publicada en 19 de agosto, alteró otra vez al pueblo fanático, que no quería oír los nombres de quintos ni de aforos. En vano se le convidaba con el perdón; en vano con dinero para seguir en el Consejo de Hacienda aquella instancia. No hubo remedio. Fue forzoso ceder, suspender el decreto por entonces y mandar que el almojarife, sin hablar de quintos, sólo aforase a razón de seis por ciento. Apaciguáronse las demás discordias y don Juan Bueno fue públicamente aclamado padre de la patria.

37. SON RECHAZADOS VALEROSAMENTE DE LA GOMERA LOS INGLESES

Honor de La Gomera y nuevo crédito de todas las Canarias fue también su hijo don Diego Bueno de Acosta, cuando, siendo capitán-comandante de aquella isla, la defendió de la escuadra inglesa de Carlos Windon, en 1744. La "Gaceta de Madrid" publicó esta heroica acción en los siguientes términos:

"Por carta del mariscal de campo don Andrés Bonito, comandante general de Canarias, con fecha de 23 de junio, se ha tenido noticia que el día 30 de mayo antecedente descubrieron en la isla de La Gomera dos navíos de línea y una fragata de guerra ingleses que, bordeando con pabellón francés, reconocieron el puerto y entrando en él dieron fondo el 31. Y, poniendo bandera inglesa, empezaron el cañoneo contra la Villa y sus dos fuertes, sin que cesase el fuego desde las dos de la tarde hasta el oscurecer, y el siguiente primero de junio le continua-

ron con el mayor esfuerzo desde que amaneció hasta las 10 de la mañana, que dispuso el comandante inglés escribir al que mandaba la porción de milicias que prontamente pudieron juntarse para la defensa, entregase luego los dos castillos y proveyese su escuadra de abundante porción de vino, carnes y otros víveres; y que, en su defecto, por conocer inútil la resistencia, arruinará toda la isla sin admitir ruegos ni condiciones. A cuya insufrible arrogancia satisfizo don Diego, capitán de las mismas milicias y comandante, que por su ley, por su rey y por su patria estaba resuelto con sus fieles compañeros a sacrificar gloriosamente la vida y que, si intentase medir las fuerzas con algún desembarco, encontraría más obras que palabras.

"Y en vista de tan no esperada constancia, resolvió el general inglés tripular sus lanchas y hacer el último esfuerzo, invadiendo la isla y asaltando la Villa; pero, antes de pisar la playa, salieron al encuentro las milicias, soldados y marineros y, desengañado y confuso el comandante inglés, retiró sus lanchas y se hizo a la vela, llevando maltratadas las jarcias y las entenas por el cañón de los fuertes que, siendo de poco calibre, no pudo ofender los buques."

Aunque los ingleses arrojaron 5.000 balas contra la Villa, sólo parece que perdió la vida un escribano que había salido a poner en cobro sus papeles, otro hombre y una mujer. "Una escuadra inglesa (escribe Monsieur Desormeaux en su *Historia de España*) desembarcó sus tropas en la isla de La Gomera; pero fueron vencidas y perseguidas hasta sus propios bajeles por las milicias de la isla".

Ya tres años antes, en 1740, habían los gomeros mostrado a los ingleses su intrepidez nativa. Un corsario de esta nación seguía cierto barco que transitaba de La Palma a Gran Canaria, cargado de variedad de dulces. Refugióse a la playa del Azúcar, de La Gomera, en el valle de Hermigua. Acuden al punto los isleños a su socorro y, aunque el barco pereció contra un roque por

precipitación de los marineros, quitaron los milicianos la vida a cinco ingleses y aprisionaron dos. No contentos con esto, el capitán don Pedro Salazar y don Fernando Peraza se entraron armados de sus fusiles en la lancha de la nave perdida, a fin de perseguir la del corsario que huía con toda diligencia. [...]

41. VICTORIOSOS LOS HERREÑOS DEL ENEMIGO

En la corta y eternamente memorable guerra de 1762, uno de los corsarios ingleses que, según costumbre, cruzaban sobre nuestras islas, interceptándolas la recíproca comunicación, se acercó a la del Hierro con ánimo de hacer algún pillaje. A pesar de lo inaccesible de las costas, pudo entrar en la caleta llamada Puerto de Naos, sita en el Sur, y echó al punto su lancha con gente armada. No hay torre ni fortaleza alguna en El Hierro, porque la naturaleza ha sido el ingeniero que ha trabajado para defenderla con sus altos y ásperos riscos, sus olas y corrientes; pero, con todo eso, los enemigos desembarcan, parten la tierra adentro y dan lugar a que, sobreviniendo algunos naturales, se apoderen de la lancha y rindan a todos los ingleses con sus armas, a tiempo que se retiraban a la marina para reembarcarse. Uno de los prisioneros fue Mr. Fremdenberg, hábil alemán que hizo allí algunas observaciones físicas. [...]

42. ALBOROTOS DE LA GOMERA Y SU ORIGEN [...]

Al mismo tiempo que los vecinos del Hierro hacían a su señor este servicio de defenderle la patria, es sensible ver a los honrados vasallos de La Gomera turbándola con sus conmociones. ¿Merecería el conde semejante correspondencia? Él les había dispensado algunos espe-

ciales favores desde que tomó la posesión de su casa. Él se empeñó en moderarles el gravamen de las residencias, para lo cual obtuvo decreto superior. Cuando pretendió el comandante general don Juan de Urbina y el visitador de las islas don Pedro Álvarez pensionarlos con nuevos registros en sus aduanas, sacó el conde la cara y nada se invocó. Cuando intentaron los mismos prohibir que se celebrasen cabildos generales en La Gomera para sus deliberaciones, defendió el conde la libertad de sus vasallos, a pesar de la poderosa oposición y ahínco de los opresores. Cuando inventó don Alonso Narváez, administrador general de rentas, el establecer un nuevo almojarife en la isla, viendo el conde que cedería en daño de los habitantes, hizo una representación, en fuerza de la cual se mandó suspender el título dado. Cuando un guarda del rey exigió de cierto barco que aportó a La Gomera con una partida de sal 90 reales más sobre los derechos del señor, siguió el conde la instancia contra Narváez; hubo recursos a la corte, hubo empeños y, en méritos de justicia, se mandó devolver aquel exceso.

De manera que, todo bien considerado, parecía que aquellos fieles vasallos no podían vivir descontentos. Sin embargo, ellos no veían siempre un padre condescendiente en un señor, y La Gomera estuvo mucho tiempo sujeta a un fatal astro que la agitaba y la hacía mirar la independencia como su sumo bien. Ya en enero de 1699 hubo algunos principios de inquietud. En diciembre de 1743 sofocó otra el cristianísimo don Diego Bueno, y previó desde entonces, como quien no ignoraba la raíz de aquel mal, que no tardará en encenderse mayor llama. Verificóse esta profecía política en 1762.

Había en Canarias un hombre, revestido de un empleo muy importante, sombrío, turbulento, de cortas miras, versado en las cavilaciones forenses y que, siendo buen calculador y mal estadista, creía ver la hacienda del rey en todas las haciendas. No estaba éste muy bien con las islas del señorío y, por consiguiente, se lisonjeaba sería un gran servicio agregarlas a la corona. Este modo de

pensar de Tenerife hizo fortuna en La Gomera, tanto que algunos espíritus alucinados, al abrigo de aquella autoridad, trataron de perfeccionar la imprudente obra de la sublevación o, por mejor decir, la obra de perpetuar la calamidad pública.

Empezaron las juntas preparatorias y conciliábulos en las playas de Hermigua, antigua oficina de alborotos y proyectos de desobediencia. Dispúsose desde luego el modo de apoderarse del castillo principal, disparar los cañones con voz de enemigos, batir los tambores, conmover las gentes. El señorío, quintos y demás derechos, esto es, la herencia de sus padres, se había de sustraer al conde, dando por sentado que para esto sería bastante proclamarse únicos vasallos del rey, pues tal era la moda de España. El administrador del estado moriría o, por lo menos, se le embarcaría "en manga de camisa". Todos los empleos se proveerían en otras personas, y se acudiría a la corte para obtener la aprobación. Se convocaría un cabildo general; se elegiría personero; se acopiarían víveres para sustentar en la Villa los vecinos de los demás lugares.

Reventó la mina en los días 21 y 22 de septiembre [1762]. Ya la fortaleza estaba ganada. Quitan al condestable las llaves del almacén de la pólvora y cargan un cañón de modo que se pueda oír hasta Adeje. Levántase el tumulto. Hácese un cabildo general y precipitado en el ayuntamiento. Llevan al alcalde de forzado. Nombran un personero eclesiástico por aclamación. Don Miguel Echaverría, administrador del conde, se escapa y sale de la isla. En fin, aquellos "hombres de bigote", como ellos se llamaban, presentan en el ayuntamiento una memoria de agravios contra el conde, contenidos en 16 capítulos.

Que el conde compraba la orchilla barata y vendía cara. Que la aduana estaba en medio de la Villa. Que las tierras dadas a tributo pagaban más censo del que podían sufrir. Que había mandado arrendar y cultivar los montes. Que los ministros de justicia se ponían a con-

templación del mismo conde, etc. Pero en la realidad no había otro agravio verdadero que el triste derecho de quintos, aunque reducido ya entonces a un seis por ciento de salida y tres por ciento de entrada. ¿Y bajo de qué dominio dejarían de ser contribuyentes? ¡Cuánto mejor hubiera sido quejarse de que no se protegían sus manufacturas, sus fábricas y otros ramos de industria popular y de comercio!

Como conocían que para afianzar esta gran revuelta era menester seguir un largo recurso, no faltaron sujetos que ofrecieron pasar a España, y aun mantener la gente armada un año entero. Otros acordaron escribir al conde una arrogante carta, pidiéndole que les aconsejase y diese alivio, pero que no se propasase a hacer pesquisas ni inquisiciones. El primero que con noticia de esta crisis de sublevación se transfirió a La Gomera fue el visitador general de la renta del tabaco con su escribano y guardas. Y aunque a su llegada publicó que sólo iba a diligencias del real servicio, se renovó no obstante el tumulto, de manera que hubieron de echarle de la Villa. Con todo eso, don Antonio Estévez se mantuvo constante y se empeñó en apaciguarlos. Recibió una sumaria de lo acaecido. Otra se hizo después por la Real Audiencia. Otras dos por el ordinario eclesiástico. Hubo presos en los castillos de Tenerife, hubo destierros, hubo comparendos a Canaria, hubo procesos contra eclesiásticos y legos. Fijóse en La Gomera un edicto del comandante general, a fin de calmar la discordia. Pasó una diputación de parte de la isla a impetrar la amnistía y perdón del conde. Pero sólo el tiempo pudo sosegar la fermentación de los espíritus. La benignidad de don Domingo de Herrera dejó de seguir tan funesta instancia, porque conocía que sus buenos vasallos, sorprendidos de ajena astucia, sólo habían sido meros instrumentos de una oculta maquinación.

43. GANA EL CONDE EL PLEITO DE QUINTOS

Nadie, pues, debe escandalizarse ni aun admirarse de semejantes desmanes y llamaradas de los pueblos. Estos acontecimientos son los acontecimientos de Grecia y Roma; son la historia antigua y moderna de los hombres en pequeñas y grandes sociedades. Pero observemos que, cuando La Gomera se quejaba de su señor, no sabía que estaba ya para perderlo, y que el antiguo expediente de quintos se debía sentenciar a favor del conde. Echóse este fallo en el consejo de hacienda, año de 1706. Pero no era tan afortunado aquel único varón de la casa de Herrera en materias de gracia como en las de justicia. [...]

44. MUERE Y FENECE LA LÍNEA MASCULINA DE DIEGO DE HERRERA. SU ELOGIO [...]

Estaban pensados de otro modo los destinos de la antigua casa de Gomera, pues dentro de un año se debía extinguir la varonía en don Domingo de Herrera y agregarse todo el estado a otra casa más feliz que estuviese en posesión de la grandeza. Ya había algún tiempo que llevaba el conde consigo el fomes de una enfermedad crónica que le iba minando poco a poco. Su misma farmacomanía, o gusto excesivo por las medicinas y remedios, le robaba cada día gran parte de su robustez. Entonces, ¿qué caudal haría de todas las grandezas? Nosotros le vimos morir despreciándolas altamente, el día 24 de diciembre [1766], en la casa de campo del Durazno, país de La Orotava, donde había algunos años que tenía su residencia. El sepulcro encerró su casa, su posteridad y sus proyectos.

Así feneció en las Canarias la línea masculina de Diego García de Herrera y doña Inés Peraza, al cabo de tres siglos, con universal sentimiento de la nobleza y consuelo de todos sus vasallos. Era este último conde

magnífico en su porte, grande en sus ideas y económico para acrecentamiento de sus rentas. Era excelente poseedor, buen marido, hijo circunspecto, señor poco feliz, ciudadano pacífico, y hubiera sido padre respetable, si el cielo le hubiese concedido ese gusto. [...]

46. SISTEMA POLÍTICO Y POBLACIÓN DE LA GOMERA

La villa de San Sebastián, capital de La Gomera, está situada al Este de la isla, rodeada de tres montañas y hermoseedada del mejor puerto que conocemos. Su entrada es hacia la parte del Poniente, en donde, además de la alta y antigua torre, monumento de los Fernán Peraza y resguardo de los primeros caudales de la América, hay dos fortalezas, la una pequeña sobre la montaña de Buen Paso, y la otra más adentro, que llaman el Castillo Grande. Buenos edificios, decente iglesia de tres naves, con dos capillas muy aseadas, dos curas beneficiados, provisión del rey, fábrica pingüe, clerecía suficiente. Hay un convento con doce religiosos de San Francisco. Hay siete ermitas.

Gobierna lo civil un alcalde mayor, por nombramiento del señor territorial, a la cabeza de un ayuntamiento de regidores, alférez y alguacil mayor, escribanos, etc.; las armas, un capitán-comandante, propuesto por el mismo señor de la isla en calidad de capitán a guerra nato y con título del comandante general de Canarias. Para el cobro del seis por ciento de salida, por razón de quintos, y de tres por ciento de entrada, hay un guarda con sus subalternos. Para el tráfico hay una aduana enfrente de la misma bahía. Para la pesca hay ocho barcos; para el trato con Tenerife, dos. Tiene esta villa aguas saludables, frutas, carnes, pescados, hortalizas. Habítanla familias principales. [...]

47. SISTEMA POLÍTICO Y POBLACIÓN DE LA ISLA DEL HIERRO [...]

Hay un alcalde mayor que, con doce regidores, alférez y alguacil mayor, y dos escribanos, componen el ayuntamiento; todo por provisión del señor de la isla. También confirma la elección que hacen los lugares de 10 alcaldes pedáneos en sus jurisdicciones respectivas. [...]

La villa de Valverde, pueblo reducido, húmedo, combatido de espesas nieblas y situado al oriente, es la capital de la isla. Tiene casas capitulares, cárceles, carnicerías nuevamente reedificadas. Tiene una iglesia parroquial, templo que se puede llamar allí suntuoso, construido en nuestros días a devoción de los feligreses con auxilio del señor territorial. Sírvenla dos curas beneficiados por provisión del rey, siete sacerdotes y algunos clérigos de menores órdenes. No hay otra pila bautismal. Hay un vicario eclesiástico, un convento de 14 religiosos observantes de San Francisco, cuya guardianía es de las más solicitadas en la provincia, a causa de la mucha liberalidad de los fieles. Raro se entierra en la parroquia; y con ser este convento mendicante de fábrica antigua, ni se reparan las brechas del tiempo ni se le provee a lo más necesario para la comodidad natural. [...]

El señor del Hierro, como capitán a guerra nato de la isla, propone un comandante de las armas, que aprueba el comandante general de la provincia. Había allí hasta diez compañías de milicias con sus correspondientes oficiales; hoy se hallan reducidas a cuatro de 32 hombres, por disposición del coronel inspector y segundo comandante don Nicolás de Macia Dávalos, con un comandante y dos ayudantes. Y aunque todos los grados se conferían por el conde de La Gomera, ya sólo queda el privilegio de consultarlos por medio de dicho comandante general.

Hemos sentado que en El Hierro no ha habido jamás fortalezas, porque ni los condes ni los ministros del rey, que para eso la han visitado (especialmente el teniente

general don José de Andonaegui) tuvieron por necesarias tales obras. Defendidas naturalmente por los escarpados peñascos de todas sus costas mejor que de castillos, parece inaccesible a los ataques del enemigo; pequeña y pobre, está a cubierto de la ambición. Sólo es buscada como el primer meridiano de la tierra; sólo es conocida por la fama inmortal del árbol del agua o árbol fuente. A esto se añade que no se encuentra en toda la isla ningún puerto para anclar embarcaciones, aun medianas, pues sólo ofrece ciertas calas o surgideros adonde pueden entrar los barcos del tráfico de la provincia, si los marineros son prácticos.

Siempre ha nombrado el conde de La Gomera los jueces de residencia de la isla, con aprobación de la Real Audiencia de Canaria; personero, procurador mayor, procuradores de causas, receptor de penas de cámara y demás empleos civiles. Pone también administrador, un recaudador de los haberes del estado y un guarda de las aduanas, que son suyas. Para inteligencia de los derechos que en ellas se le contribuyen, es de advertir que desde lo primitivo disfrutaron los dueños del estado de la contribución de quintos, o ya por el real privilegio y asiento de conquista de Juan de Béthencourt, o ya por haber repartido las tierras a sus vasallos con el censo enfiteúutico y pensión de que se le pagasen de cada cinco cosas que criasen, la una. Sólo reservaron para sí las dehesas, montes y orchillas. Este derecho o feudo se redujo, por último, a un seis por ciento de la extracción.

Pero habiéndose ejecutoriado esta tan controvertida pertenencia a favor del conde en 1766, no sólo se continuó la práctica del referido seis por ciento, por razón de quintos, sino que se intentó dos años después establecer, como en La Gomera, un derecho de tres por ciento de almorzarifazgo o entrada. Quédase la isla de la novedad. Su apoderado don José Bueno, que acaba de ser alcalde mayor de la ciudad de La Laguna de Tenerife, pasa a Madrid para ser el defensor de la libertad de la patria, como sus padres lo habían sido. Gana tres decretos en

el real consejo de hacienda. 1.º En 1770, para que el administrador del conde no cobrase por razón de quintos más que el seis por ciento de costumbre; y que, de haberse excedido de dicha cuota, mande al comandante general hacer la restitución y levantar embargos, dejando libre el comercio de los frutos y efectos. 2.º En 1773, para que el mismo comandante general de Canarias remitiese los autos originales. 3.º En 1774, para que, en caso de cobrarse en la isla del Hierro por parte del marqués de Bélgida el tres por ciento de entrada con título de almojarifazgo, se suspenda inmediatamente hasta que el Consejo determine otra cosa.

Como el ayuntamiento del Hierro debe proceder en todos sus negocios con entera subordinación al señor territorial, ni pueden los regidores negarse al cumplimiento de las ordenanzas municipales de la isla, ni innovarlas sin su expreso consentimiento. Ellas son bastante sabias y están escritas con espíritu. [...]

LIBRO XIII

1. PRIMER SISTEMA POLÍTICO DE LAS TRES ISLAS MAYORES DE CANARIAS

Hubo un tiempo en que las islas y ciudades de las Canarias formaban como otros tantos estados y repúblicas griegas, cada una gobernada por sus fueros, privilegios y ordenanzas municipales; cada una bajo la particular vigilancia de un senado de hombres enteramente consagrados a la felicidad común y a cuya cabeza ponía la corte un magistrado que animaba el vigor del cuerpo. Porque estos cuerpos tenían todo bajo de su inspección: la paz y la guerra, las leyes y las armas, las artes y las letras, el comercio y la navegación, la industria y la labranza, la policía, la economía interior, la población, el orden. De manera que, aliados entre sí para cuanto era interés público y general, sólo dependían del supremo consejo de Castilla o de la chancillería de Granada por lo perteneciente al gobierno.

Este tiempo fue aquel que sucedió inmediatamente a la reducción, pacificación y población de nuestras islas; tiempo dichoso, en que los isleños debían ser patriotas y los vecinos ciudadanos. Hemos visto las cuatro islas menores bajo la dominación territorial de los señores de la casa de Herrera. Veamos ahora las otras tres mayores bajo la conducta de los ministros del rey.

La Gran Canaria tuvo gobernadores, llamados también capitanes generales, desde el sin ventura Pedro del Algaba y de su formidable conquistador Pedro de Vera; así

como los tuvieron Tenerife y La Palma, desde que el licenciado Alonso Yáñez Dávila vino a relevar al segundo adelantado del uso de la jurisdicción perpetua (1538). Estos muy magníficos señores, estos gobiernos y justicias mayores de las islas serán los mismos que se transformarán en corregidores y capitanes a guerra, cuando se establezcan los capitanes y comandantes generales de mar y tierra y muden nuestras repúblicas griegas en una rigurosa monarquía africana. Entre tanto, sepamos cómo los gobernadores de Canaria y los de Tenerife repartían entre sí el peso de los negocios al frente de sus respetables ayuntamientos. Aquéllos, dirigiendo los de la misma Gran Canaria, protegían los de las islas de Fuerteventura y Lanzarote; éstos, presidiendo a los de Tenerife y La Palma, daban mano a los de La Gomera y El Hierro, sin que por eso dejasen de socorrerse todos los pueblos de la provincia mutuamente, siempre que lo exigía la necesidad o el bien común.

Pero es de notar que estos gobernadores primeros lo eran tanto, que, aunque el tiempo de su empleo, cuando más, era de tres años, solían nombrar en cada uno muchos tenientes, especialmente el de Tenerife que, siéndolo también de La Palma, tenía que pasar el mar para visitar esta isla: obligación legítima que sólo estuvo en práctica una parte del siglo XVI. Asimismo, nombraban para los empleos gigantescos de alcaldes mayores, alguaciles mayores, almotacenes mayores, sin contar los alcaldes ordinarios, fieles ejecutores, alguaciles de campo y otras plazas que quedaron después, unas anexas a los concejos y otras hereditarias en las casas.

Todavía no estaba ganada Tenerife y ya el conquistador don Alonso Fernández de Lugo, nombraba en 1495 al oficio de la fieldad y ejecutoria de ella a Gonzalo del Castillo (el mismo que había ganado el corazón de la princesa Dácil), por su vida y con facultad de enajenarlo. No lo admiremos. Esta facultad de nombrar casi todos los ministros de justicia estuvo dividida promiscuamente entre el adelantado y el soberano hasta el año 1519.

Ya dijimos que el ayuntamiento de Gran Canaria, en su primer establecimiento, se compuso de doce regidores, un fiel ejecutor, un jurado, un alguacil mayor. Redújose este número de regidores a seis, que debían ser bienales, en virtud del fuero que los Reyes Católicos dieron a la isla. Pero habiéndose aumentado después insensiblemente hasta 24, como acontece en todos los empleos de autoridad cuando cuestan poco obtenerse, llegaron a hacerse vitalicios, y de vitalicios, perpetuos, desde que doña Magdalena Porcia Fernández de Lugo, princesa de Ásculi, acordándose de que era quinta adelantada de Canarias, alcanzó facultad de Felipe IV para amortizar y beneficiar la perpetuidad de estos oficios en nuestras islas (1634).

En La Palma vimos desde el principio un ayuntamiento de pocos regidores, pero de mucha distinción: nobles, vitalicios y por nombramiento del adelantado don Alonso de Lugo. Los vimos después aumentados hasta 18, y en 1620 hasta 24, quedando los más perpetuos y vinculados en las casas de aquella primera nobleza. Tuvo también esta ciudad dos jurados, alguacil mayor, fiel ejecutor, etcétera.

La isla de Tenerife, noble, populosa, opulenta, y que sólo podía ceder a la de Canaria el renombre de Grande y la preeminencia de capital, vio en su primera fundación un areópago, un cabildo compuesto de seis regidores y dos jurados. Pero, aumentados aquéllos poco después a ocho, subieron prontamente a dieciocho. Y como este número, que vulgarizaba el santo nombre de padres de la patria, ya parecía excesivo, se obtuvo expresa orden del emperador Carlos V para que volviesen a reducirse a ocho, bajo la fe y palabra real de que no haría merced a nadie de los demás oficios por vacante ni por renuncia (1519).

Sin embargo, pudieron más las urgencias de la corona, y en 1549 se beneficiaron de nuevo otros tres oficios. Acrecentáronse nueve en 1557, pero fue porque se acrecentaron dos oficios en todas las villas y ciudades del rei-

no. De manera que, volviendo a ser más de los necesarios, a causa de no haber otra cosa considerable que poder ser en Tenerife, se solicitó en 1563 segunda cédula real para que se fuesen extinguiendo los regimientos existentes, hasta reducirse a su número primitivo. ¡Vanos esfuerzos! Las mismas prohibiciones hicieron que desde entonces se multiplicasen los regidores más y más. En 1581 había 38; en 1612 eran 44; en 1619 eran 53. Y aun se vio en mayo de 1622 a un tal Roque de Salvatierra presentar de un golpe en el Cabildo otros 12 títulos de que Felipe IV había hecho merced al conde de Molina y a don Antonio de Mesia y Paz, su hermano. Doce caballeros españoles se recibieron por poderes, a pesar de las representaciones de la ciudad.

A este andar, ¿qué mucho que en 1764 se contasen 56 regidores, "y no sé si más", como Núñez de la Peña decía? Lo peor de todo era que también había tenientes de regidores. Pero desde esta época ha ido entrando en sus márgenes aquella inundación, como veremos adelante. De ellos unos eran renunciables y otros perpetuos; algunos anexos a los oficios de alférez general, depositario general, fieles ejecutores, alguacil, almotacén, procurador mayor, etc. Los escribanos del concejo, que también se llamaban mayores y pasaban a regidores con frecuencia, no fueron dos hasta el año de 1558, en que por real decreto se añadió al primordial otro segundo oficio. [...]

Cada una de las tres islas tenía un síndico personero general, especialmente Tenerife, cuya elección terrible por ciudadanos nobles, por suertes y con juramento al pie de los altares, expuesto el augusto sacramento y presentes los ministros de la religión, rara vez fue bastante para que estos tribunos de la plebe dejasen de parecer o muy inquietos, si eran activos, o muy inútiles, si eran indolentes. Los eclesiásticos fueron los que más se hicieron temer en este oficio. Prohibiéronse los eclesiásticos. Querían algunos vecinos de cuenta que con igual celo pudiesen levantar la voz por el bien público. El nuevo es-

tablecimiento de los diputados del común y personero devolvió al pueblo la elección. El pueblo la hace sin intervención del cabildo.

Este sistema de gobierno de nuestras tres ciudades, bajo del cual empezaron a fundarse y florecer las islas, sólo necesitaba de un autorizado centro de unión que, juntándolas todas entre sí, como partes de una provincia y un solo reino, fuese en las Canarias lo mismo que había sido el tribunal o consejo de los anfictiones en la Grecia. Conviene a saber, una cabeza superior que mandase en segunda instancia y pudiese ser obedecida. Este centro de unión fue la Real Audiencia. Establecióse en 1527. Pero antes de referir todas las circunstancias históricas de su erección y sus progresos, será oportuno formarnos una idea más clara del estado a que las islas de Canaria, Palma y Tenerife habían llegado por entonces.

2. IDEA DEL ESTADO DE LA GRAN CANARIA, PALMA Y TENERIFE A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI. SUS GOBERNADORES, SUS CIUDADES Y PUEBLOS

Ya la Gran Canaria se envanecía de aquellos ilustres apellidos de sus conquistadores y pobladores de que llenó después su famoso *Templo Militante* el divino Cairasco, hijo y poeta y suyo. La ciudad del Real de Las Palmas iba a ser un pueblo considerable por su catedral, palacio episcopal, casas de ayuntamiento, conventos, monasterios, ermitas, hospitales y otros edificios de los vecinos de más cuenta. Dividíala el famoso arroyo de Guiniguada en dos porciones que, a imitación de la ciudad de Sevilla, su metropolitana y modelo, se llamó el barrio de la parte del norte Triana, y el de la del mediodía Ciudad o La Vegueta. La inmediación al mar, las buenas calles, las aguas, aires, huertas y alegres salidas, haciéndola muy recomendable, habían traído algunas casas y compañías de mercaderes extranjeros, que comerciaban en azúcar, or-

chilla, alpiste y otros frutos, a cambio de los víveres y géneros necesarios de Europa.

Telde, lugar ennoblecido y delicioso, se había alzado con el título de ciudad, sin que nadie haya manifestado hasta ahora el privilegio. Gáldar se encomendaba a sí propia por haber sido corte de los guanartemes de la isla, cuyo antiguo palacio (obra admirable de piedras en figura de bóveda, forrada de tablones de tea) era objeto de la común curiosidad. Guía se había aventajado en el cultivo de las viñas. Lagaete era el puerto fronterizo de Tenerife, adonde se navegaba en cuatro horas. Arucas, Firgas y Tirajana tenían los mejores ingenios del azúcar. Agüimes pertenecía a la dignidad episcopal. La Vega era ya el Tusculano y campo de recreo de la ciudad, si bien el lugar de Moya por su parte convidaba con la célebre montaña de Doramas y con las abundantes aguas que se llaman Madres de Moya. Teror, en fin, que entonces decían Terori, se veneraba sobremanera como lugar sagrado, por la santa imagen de Nuestra Señora del Pino, llamada así en memoria del pino donde se descubrió.

Fijase este memorable hallazgo al fin de la conquista de Canaria y en tiempo de su obispo y conquistador don Juan de Frías. Hasta entonces no tenía esta grande isla imagen aparecida como las de Tenerife y Fuerteventura; pero es tradición que los gentiles ya habían observado cierta luz que solía rodear aquel árbol, sin que se hubiesen atrevido a reconocerla. Atrevióse el prelado. Subió al pino y encontró una hermosa y devota estatua de Nuestra Señora, de cinco palmos de alto, con su santísimo hijo sobre el brazo izquierdo. El pino sí que era un prodigio. Sobre ser eminente, de ramos muy frondosos, y su tronco de una circunferencia de cinco brazas y media, tenía en la primera distribución de sus gajos un círculo de culantrillo de pozos tan fresco y tan lozano como si estuviese en un peñasco regado de algún manantial. De este frondoso círculo nacían dos árboles dragos, cada uno de tres varas desde la raíz a la copa, y en

medio de ellas, se dice, estaba la santa imagen sobre la peana de una piedra, cuya calidad no pudo averiguarse nunca.

Nuestro autor asegura haber conocido y examinado esta maravilla de la naturaleza, este árbol que, siendo más santo que el de la isla del Hierro por el fruto que contenía, no lo era menos por el agua medicinal que daba de sí. Él mismo refiere que del pie de aquel pino corría una fuente hasta que, habiéndola cercado de piedras un cura ávido y puéstole llave para que contribuyesen con limosnas los que acudían en sus necesidades a buscar el remedio, no tardó la codicia en secar aquella piscina saludable.

El día 3 de abril de 1684, a las 7 de la mañana, se observó que el árbol amenazaba ruina. Sacaron la imagen y el santísimo de la iglesia, porque sólo distaba dos varas de la puerta principal; pero al fin cayó hacia donde no hizo el menor daño. Se atribuyó esta fatalidad a la imprudencia de haber hecho torre del pino, colgando de sus gajos la campanas. La primitiva iglesia, fundación del ilustrísimo don Fernando Vázquez de Arce e incorporada a la catedral en 1514, se ha vuelto a edificar en nuestros días desde cimientos, a devoción de otros tres ilustrísimos obispos. El primor, el arte, la magnificencia y hermosura de este nuevo templo, uno de los más dignos que los hombres han levantado a la divinidad en las Canarias, será materia de otro libro. Entre tanto, volvamos al gobierno del ayuntamiento de Canaria, del cual ha sido Nuestra Señora del Pino el numen tutelar y la protectora.

Aunque esta isla había padecido por los años de 1513 cierto ramo de pestilencia de que fue víctima un crecido número de habitantes, por cuya razón cortó con ella toda comunicación y comercio la de Tenerife; aunque los piratas franceses, comenzando a usar de la flor de lis de la aguja náutica y olvidándose de que habían sido nuestros primeros conquistadores, sólo se dejaban ver en el océano Atlántico para sorprender nuestro comercio y el

del Nuevo Mundo; sin embargo, Canaria multiplicaba su población a beneficio de las ordenanzas y fuero que hemos visto; y con ser tan tenues las rentas de sus propios, se había sabido fortificar contra la codicia del enemigo. [...]

A la misma sazón estaban todavía en Tenerife y La Palma bajo el yugo pesado del referido segundo adelantado don Pedro Fernández de Lugo. La Palma que, como ya sabemos, tuvo por repartidor, teniente de gobernador, regidor y primer fundador a Juan de Lugo Señorino, se había hecho, en poco más de treinta años, bajo de otros tenientes, una república de grandes esperanzas. Poblada de familias españolas nobles, heredadas y todavía activas, condecorada de una ciudad marítima que se iba hermo-seando con iglesias, conventos, ermitas, hospitales, casas concijales y otros edificios públicos, defendida contra los piratas europeos, aunque entonces sólo por algunas fortificaciones muy débiles, y dada enteramente al cultivo de las cañas de azúcar, viñas y pomares, al desmonte, a la pesca y a la navegación; La Palma, digo, sin tener ningunos propios considerables, había empezado a conciliarse un gran nombre, no sólo entre los españoles que la conquistaron y que navegaban a las Indias, no sólo entre los portugueses, los primeros amigos del país que hicieron en él su comercio, sino también entre los flamencos, que acudieron después a ennoblecerla, atraídos de la riqueza de sus azúcares o de la excelencia de sus vinos que llamaban y creían hechos de palma.

Si los lugares de Los Sauces, Argual y Tazacorte eran ya célebres por sus trapiches de azúcar, no lo era menos Mazo, por su fuente medicinal que decían Foncaliente, a cuyas aguas saludables corrían de diferentes partes de Europa muchos enfermos. Los otros lugares, ya famosos por su natural aspereza o por sus frutos, eran Puntallana, Puntagorda, San Andrés, San Pedro, Barlovento, Garafía, Tijarafe, Los Llanos, etc. [...]

Tenerife, pues, destinada por su grandeza, posición y fertilidad a ser el emporio de las Canarias, se había po-

blado de las familias de mejor nota de la nación. La sangre de los guanches derramada había cedido el puesto a la de aquellos héroes, a quienes la pobreza y el valor hicieron conquistadores o pobladores. Los heredamientos que tuvieron de tierras y aguas aseguraron en las islas su lustre. El vecindario creció rápidamente. Los pueblos se fundaron y multiplicaron con felicidad. La policía, la industria y el comercio se adelantaron en Tenerife tanto que, admirados los isleños comarcanos y mirándola como una Babilonia, solían llamar babilones a sus habitantes.

Su capital, San Cristóbal de La Laguna, se iba haciendo de día en día una de las más bien situadas y más hermosas ciudades de la monarquía. En 5 de marzo de 1512 acordó el ayuntamiento que ya no se fabricasen casas cubiertas de paja, por temor al fuego. Levantábanse los principales edificios, las iglesias parroquiales, los conventos, los hospitales, plazas y ermitas hacia la parte más llana del lugar, siendo circunstancia peregrina en la historia la especie de excomunión civil o entredicho que, en 24 de abril de 1500, había impuesto el ayuntamiento a aquella porción de la ciudad que llamaban Villa de Arriba.

"Ordenaron y mandaron (dice el libro 1.º de Acuerdos) que ninguna persona de cualquiera condición que sea, sea osado de hacer casas en la Villa de Arriba ni haga ninguna cosa en las que tiene fechas en las adobar so pena que se le derrotará todo lo que hiciere y le llevará dos mil maravedís de pena; e las casas que hubiere de hacer que las haga desde el Espital de Santi Espíritus hacia el Lugar de Abajo so la dicha pena. Ítem ordenaron y mandaron que no sea osado ninguno vender en la Villa de Arriba ninguna cosa pan ni vino ni legumbres ni pescado ni caza ni leña ni paño y que perderá todo lo que vendiere y que pagará dos mil maravedís de pena para los reparos de la isla."

De este tratamiento riguroso han inferido algunos que el expresado barrio era reo de algún grave delito, y

que el delito fue la muerte violenta de un hijo del adelantado. Pero, ¿cómo se comprueban aquel delito y esta muerte? ¿No parece más verosímil que fuese para obligarles a que se avecindasen en la parte baja de la ciudad?

Mas cuando el magnífico ayuntamiento rompía de este modo con una parte de su vecindario, sitiándole por hambre, andaba él mismo como errante, vago y sin lugar fijo para celebrar sus acuerdos. Tan presto se juntaba en las iglesias como en las casas particulares, tan presto en la habitación del adelantado de La Laguna como en la del puerto de Santa Cruz. Quemáronse, en fin, las primeras casas del concejo, para cuya fábrica había contribuido el real erario en 1510 con 50 mil maravedís y, descuidando aquellos buenos repúblicos de lo que sólo era propia comodidad, por atender a la común, hubiera carecido más tiempo de ellas, si el bachiller Alonso de Las Casas no hubiese precisado a construirlas en 1533, requiriéndoles con la disposición de las leyes, y si Juan de Saucedo, síndico personero, no hubiese sacado para ello cédula real en 1537. Con todo eso, la obra no se emprendió hasta el año de 1540 [siendo gobernador Alonso Yáñez Dávila], ni se finalizó hasta tres o cuatro años después, con buenas salas, cárceles y alojamiento para el corregidor. Todavía se extendieron estas casas en 1579, y últimamente en nuestros días.

Pero este memorable cabildo, que no consistía en casas sino en hombres, era entonces toda el alma de la población. Su jurisdicción se veía única y respetada. Él nombraba los alcaldes y jueces de los lugares de la isla. Destinaba cada tres años dos regidores que, con el personero, acompañasen a los gobernadores o jueces de residencia en la visita ordinaria, que se debió por la primera vez en 1512 al celo del personero Francisco de Albornoz y que, siendo entonces tan útil, suele ser nociva en nuestra edad. El cabildo recibía y examinaba los escribanos públicos y de entregas, con la única obligación de presentar dentro del año carta de confirmación del consejo.

El cabildo oía las apelaciones hasta en cantidad de 10.000 maravedís, que iban antes a la chancillería de Granada. Dotaba las escuelas de primeras letras y de los estudios que entonces parecían más útiles. Cuidaba no sólo de la fábrica de los templos, del decoro del culto, de la suficiencia de los ministros de la religión y distribución de beneficios eclesiásticos, sino también de la prontitud y límites de la jurisdicción espiritual. Contribuía a la fundación de los conventos, hospitales y ermitas.

El cabildo entendía en la conducción de las aguas, composición de caminos, empedrados de calles, plantíos de terrenos, conservación de montes, corte de las maderas. Velaba sobre la industria común, el comercio de Indias y de Europa, la navegación, la pesca, las artes, la salud, los abastos, los regocijos públicos, las crías. Formaba, disciplinaba y armaba las milicias, levantaba y municionaba las fortificaciones, presidía a las expediciones que se hacían contra los moros de las costas occidentales de África. Despachaba hábiles mensajeros a la corte. Defendía las regalías del soberano. Administraba fielmente la real hacienda y la de sus propios y arbitrios. En fin, el cabildo de Tenerife era todo. [...]

Era tan activa la administración pública, que se habían fundado y prosperado a su sombra los pueblos de la isla. Santa Cruz, su primer puerto y su baluarte, entonces lugar pobre y pequeño, ahora opulento, comerciante y populoso, se llamó villa desde su fundación hasta poco después de 1522. Taganana era ya famoso por sus huertas; los Teguestes, Tejina, Rambla e Icode, por sus vinos y aguas; Adeje, Güímar y Los Silos, por sus trapiches; Tacoronte, Chasna, Arico y La Granadilla, por sus granos; Matanza, Victoria y los dos Realejos, por la abundancia de sus frutos y memoria de las batallas y triunfos de los conquistadores; Daute, Buenavista y Santiago, por sus crías; el puerto de Garachico, por su comercio; Candelaria, por su santuario y ser el último acantonamiento de los guanches; La Orotava, por su nobleza y por todo junto.

Este pueblo afortunado, situado en uno de los terrenos más favorecidos de la naturaleza, mereció desde luego muy particular atención a los conquistadores. En nada se echó tanto de ver la predilección del adelantado por ellos como en el repartimiento de las aguas y tierras de Taoro. Él pasó a este valle en 26 de noviembre de 1496 y ejecutó las datas con la curiosa economía que apuntaremos en una nota. Pero, habiendo sobrevenido después algunas dudas en los límites, tuvieron encargo de medir de nuevo las tierras y aclarar los mojones Diego de Mesa y Guillén Castellano, regidores y asesores del adelantado en las leyes agrarias de aquel distrito (1503).

El primer uso que por decreto del mismo repartidor tuvieron estas tierras y aguas, so pena de perderlas, fue el plantío de las cañas de azúcar. Pero reconociéndose después que el fruto no era correspondiente al trabajo, se dedicaron a las viñas. Poblaron La Orotava Gallinatos, Lugos, Benítez de Lugo y de las Cuevas, Mesas, Gallegos, Vergaras, Samartines, etc. No es todavía tiempo de hacer la historia circunstanciada de este gran pueblo. Nosotros le veremos ennoblecido de un numeroso vecindario, adornado de parroquias, conventos, monasterios y estudios, dueño de un puerto frecuentado de comerciantes, enriquecido de más de 40 mayorazgos, honrado de hijos sobresalientes en armas, letras y dignidades. En fin, nosotros le veremos cabeza de partido y villa exenta. El primer alcalde de La Orotava de que hay memoria fue Alonso Pérez Navarrete.

3. ESTABLECIMIENTO DE LA REAL AUDIENCIA DE CANARIA

En medio de este orden de cosas que ya existían o que se preparaban de cerca, determinó el emperador Carlos V, año de 1526, instituir en nuestras islas un tribunal superior, enviando tres jueces de apelación que abriesen

en la Gran Canaria su audiencia. Hasta allí habían ido las apelaciones a la chancillería de Granada, no sin graves perjuicios. Nueva época. El rey nombró para las tres plazas a los tres licenciados Pedro González de Paradinas, presidente, Pedro de Adurza, Pedro Ruiz de Sorita, y les despachó títulos en Granada a 7 de diciembre de 1526. La real cédula de erección y las instrucciones para su régimen con arreglo a las chancillerías eran de 5 de julio [1527]. Por ellas se ordenaba que a cada uno de los tres Pedros se les acudiese con 120.000 maravedís de salario, los dos tercios sacados de una sisa que se había de imponer y el otro del producto de las penas de cámara. [...]

4. DISCORDIAS Y PRIMER VISITADOR DE ELLA. SUS ORDENANZAS

Pero al punto se echó de ver que la novedad de este establecimiento, aunque favorable, no dejaba de ser novedad; y ya se sabe cuánto suelen éstas indisponer los ánimos de los que se interesan en sostener las ventajas que les puede quitar la reforma. El gobernador y los regidores de Canaria no tardaron en disputar con la Audiencia que había ido a juzgar las disputas y los disputadores. Daba materia a ellas la jurisdicción, el orden y el conocimiento de las causas. Era entonces gobernador Bernardo del Nero; y estas contiendas, que volaron a la corte, no sólo eran entre el ayuntamiento de la Gran Canaria y la Audiencia, sino también entre los demás ayuntamientos y aun entre los mismos oidores. El de Tenerife obtuvo cédula real para que éstos no se entrometiesen a conocer de lo que a él le pertenecía ni de las cosas de la sanidad.

Para cortar de raíz estas disensiones envió el rey al licenciado Francisco Ruiz Melgarejo, en calidad de juez visitador, con comisión dada en Madrid a 22 de diciembre [1529]. Melgarejo trajo la paz, si no es que este be-

neficio se debió más bien a la arrebatada muerte de Bernardo del Nero, pues después de ella hizo el visitador en 24 de febrero [1531] aquellas célebres ordenanzas, tan recomendadas en las leyes de la Recopilación. Conviene saber: *De aquello de que debían conocer los oidores, gobernadores y regidores, por lo tocante a las posturas. De los casos de apelación. De los derechos de relator, escribanos, etc.*

5. MOTIVO CON QUE SE PASARON LOS OIDORES A TENERIFE. DE ZURBARÁN, GOBERNADOR DE CANARIA

Viose entonces que si los jueces de apelación no tuvieron razón para sentir la muerte de Bernardo del Nero, a lo menos la tenían para temer la causa de ella. Canaria estaba inficionada de pestilencia y ésta era la tercera vez que había sufrido durante aquel siglo tan cruel azote. ¿De qué provendría? La física ha observado que casi todos los países recién cultivados y habitados por nuevas colonias estuvieron sujetos al mismo mal. En tal conflicto determinaron los oidores cerrar su audiencia, y en octubre de aquel año se pasaron a Tenerife a costa del ayuntamiento. Pero éste, que era juez de la sanidad, se había prevenido de una real orden para que hiciesen antes la más rigurosa cuarentena, lo que aumentó los costos. [...]

En 1536 tenía la Audiencia un nuevo oidor, cuyo nombre es conocido en nuestra historia: el licenciado Ramón Estupiñán Cabeza de Vaca, aquel ministro que, habiendo tenido comisión de la corte para pasar a Tenerife en calidad de juez de residencia y pesquisidor de don Pedro de Lugo, dio margen a que este adelantado perdiese el gobierno de las islas y se hiciese conquistador en la América, a que Tenerife y La Palma empezasen a tener gobernadores periódicos por el tiempo de uno, dos o tres años, y a que fuese el primero el licenciado

Alonso Yáñez Dávila, teniente del mismo don Pedro [1538].

Pero mientras los ministros de la Real Audiencia o combatían con los gobernadores o los suplantaban, ocasionando una revolución civil, había uno en la Gran Canaria que les fabricaba casas para su tribunal y acuerdos. Era éste el licenciado Zurbarán, sucesor de Bernardo del Nero, a quien el ilustrísimo Murga en sus *Sinodales* dio el envidiable elogio de "gran patriota". Porque, en efecto, además de la Audiencia, hizo las casas capitulares, cárceles, carnicerías, peso de la harina, la fuente de la plaza, las gradas de Santa Ana y de Nuestra Señora de los Remedios. [...]

7. MÉRITO Y PROEZAS DE DON RODRIGO MANRIQUE, GOBERNADOR DE CANARIA

Era gobernador de Canaria don Rodrigo Manrique de Acuña, caballero de insignes prendas, liberal, valeroso, amigo de los pueblos, no de sus caudales, y uno de aquellos pocos hombres que consuelan el género humano y hacen deleitable la historia. Canaria le miró mucho tiempo como un beneficio y don del rey. Él había llegado, año de 1549, en ocasión que la isla estaba en grave aprieto, no sólo por la repetida falta de cosechas, azote de aquella era, sino por la nueva guerra entre la España y Francia, entre Carlos V, ya viejo, y Enrique II, joven; rivalidad heredada que daba justo pretexto a los corsarios franceses para interceptar el comercio de nuestras islas, apresar, robar, quemar y echar a pique las embarcaciones que entraban con mantenimientos o salían con azúcares, y amenazar nuestras costas con desembarcos. Bien veía don Rodrigo que la Gran Canaria era pobre de propios y huérfana de pósitos públicos. Dolíase del escarnio que sus enemigos hacían de ella. Así atendió a lo primero, sacrificando las haciendas que tenía en Málaga y Sevilla para proveerla de todo; y lo segundo, aprestando en el

Puerto de la Luz a su costa una armadilla de cuatro buques canarios, con que rindió seis naves francesas e hizo 100 prisioneros después de un reñido combate en nuestros mares. [...]

8. LEYES Y NUEVOS CAPÍTULOS DE ORDENANZAS, DADOS A LA AUDIENCIA

"Que ninguno de los tres jueces salga fuera de la Audiencia con comisiones sin licencia real, a no ser a vista de diferencias de pleitos cuando convenga, y eso lo menos que pueda ser y con solos 500 maravedís diarios. Ninguno de los jueces pueda ver pleito de padre, suegro, hijo, yerno ni hermano. Los procesos en apelación de auto interlocutorio se despachen brevemente y sin retenerse ni darse ejecutoria de lo que proveyeren. Visiten los sábados las cárceles de la ciudad de la Audiencia y asistan los gobernadores, jueces, alguaciles y escribanos para dar razón de los presos y de sus causas. Sea el viernes de cada semana día señalado para pleitos de pobres. Cada año a principio de enero se han de leer en la Audiencia públicamente sus ordenanzas y lo proveído por el visitador Melgarejo." [...]

10. OPOSICIÓN AL ENAJENAMIENTO DE LA JURISDICCIÓN DE ADEJE

Este nuevo gobernador [Hernando de Cañizares], recibido en 1558 y bien conocido por la fuente que todavía lleva su nombre en la vega de La Laguna, se distinguió en la reñida contradicción que hizo el ayuntamiento, luego que la villa de Adeje pretendió separarse de su jurisdicción, erigiéndose en señorío exento. Un regidor del mismo cuerpo era el alma de aquella novedad. Pedro de Ponte, caballero noble, rico, ambicioso de gloria y bien heredado en la comarca de Adeje, deseando enseñorear-

se de esta antigua silla del imperio guanchinés y ser sucesor del Gran Tinerfe, había solicitado del rey se le vendiese la jurisdicción de aquel distrito, so color de poblarlo y plantar en él un buen castillo y casa fuerte.

El primero que temió estos designios y requirió al gobernador Cañizares para que juntase el regimiento y concejo de la isla fue Pedro Soler, acaso no tanto como regidor cuanto como vecino al territorio que Ponte intentaba invadir dinero en mano. Juntóse el cabildo muchas veces para impedirlo. Levantó el grito el personero general. Nombróse a Alonso Calderón por mensajero extraordinario a la corte. Pero el gobernador Cañizares murió en 18 de junio de 1559, el día siguiente al que había presentado un real despacho en que se le prorrogaba por cuatro años más el gobierno, y las disputas sobre Adeje tuvieron las resultas que veremos más adelante.

11. EL AYUNTAMIENTO DE TENERIFE NOMBRA GOBERNADORES INTERINOS POR MUERTE DE LOS PROPIETARIOS

Muerto Cañizares, usó el ayuntamiento de un soberano privilegio que ejerció en algunas ocasiones durante los siglos de su grandeza, esto es, nombrar gobernadores y otras justicias en los interregnos, hasta que los nombrase el rey. Alonso de Llerena, regidor, alguacil mayor y teniente de gobernador en un tiempo, fue entonces elegido juez ordinario, y por alcalde Diego García de Reynosa. [...]

12. POR LAS NUEVAS CONTROVERSIAS RECIBE LA AUDIENCIA NUEVAS LEYES, NUEVO VISITADOR Y UN REGENTE QUE LA PRESIDIA [...]

Por efecto de las grandes diferencias sobrevenidas entre sus propios ministros, ellas dieron margen a la [...] visita que hizo de la Audiencia en 1562 el doctor Hernán Pérez de Grado, de cuyas resultas remitió dos de ellos presos a España, y Felipe II, que dictaba leyes al mundo, las dio a su Audiencia de Canaria, mandando en 1566 que hubiese en ella un regente, para que como cabeza suya ordenase lo tocante a vista de pleitos e hiciese ejecutar las ordenanzas fundamentales del tribunal. Que este regente con otros dos jueces de apelaciones determinasen los litigios. Que en los casos de corte, en que debían ir los negocios en primera instancia a la Audiencia de Granada, pudiesen ir a la de Canaria y conocer por nueva demanda, no obstante que sus ordenanzas disponían lo contrario. Que en las causas civiles hubiese grado de suplicación, como fuese en cantidad de 300.000 maravedís abajo, y no haya apelación ni recurso. Que en las criminales en que no hubiese condenación de muerte se apele a la Audiencia de Sevilla y no a la de Granada como antes, excepto los pleitos de hidalguía, tanto de sangre como de privilegio, que continuarían yendo a Granada, etc.

Nombrado para primer regente a la Audiencia el mismo Hernán Pérez de Grado, que había solicitado su reforma, llegó a ella a principios de la primavera de aquel año, y desde luego supo hacer interesante su nombre, dando nuevo aspecto de dignidad al primer tribunal de la provincia [1567]. La Audiencia se aplicó a remediar la cruel hambre que continuaba en desolar a Canaria, solicitando trigo de la de Tenerife. La Audiencia apresuró el socorro que ambas islas enviaron a la de Lanzarote, invadida por diez galeras de moros en 1569. [...]

14. SAQUEAN Y QUEMAN LOS FRANCESES LA CIUDAD DE LA PALMA. SUS CONSECUENCIAS

La Palma, que con sus ricos frutos había atraído el comercio y domiciliado algunas nobles familias de Flandes, las cuales le pagaban el derecho de ciudadanos en templos, pósitos, montes de piedad, fábricas y otros establecimientos públicos; La Palma, digo, había sido embestida en 1553 por la furia francesa. No parecía sino que los corsarios de esta nación pensaban despicarse allí de los golpes del emperador Carlos V. En agosto del dicho año, 700 hombres, mandados por un cabo que es conocido bajo el nombre de Pie de Palo, forzaron la débil entrada, saquearon el pueblo, abandonado por los vecinos, quemaron algunas casas, entre ellas las consistoriales con los papeles de sus archivos, hasta que, entrando los naturales en sí mismos y revolviendo luego sobre ellos, se reembarcaron con pérdida considerable.

Aficionados los franceses al cebo de estas correrías, volvieron a cruzar sobre La Palma [1570] y a ensangrentar sus mares con los 40 misioneros jesuitas tan venerados en Tazacorte y tan aplaudidos por la pluma del cardenal Cienfuegos.

De esta suerte mostraba la experiencia que las islas no eran sino como otras tantas plazas fronterizas, siempre armadas para rechazar los enemigos de la corona, siempre en vela para no dejarse insultar. ¿Qué podía hacer la Real Audiencia, de cuya inspección dependía la seguridad pública? Éste parecía un tribunal pacífico, sedentario y acostumbrado a mirar las cosas a sangre fría como las mismas leyes. ¿Qué harían también los gobernadores de Canaria y de Tenerife? Éstos igualmente eran unos licenciados que, según decía el ayuntamiento de la ciudad de Las Palmas, "no entendían más que de su judicatura". Así, la primera novedad política que entonces se notó fue la de convertirse en bastón la vara, y los gobernadores licenciados en gobernadores capitanes. La se-

gunda, la de transformarse los regentes de la Audiencia en presidentes y capitanes generales de la provincia. Y la tercera, en fin, haber nombrado el rey por gobernador interino de las armas, con todos los honores anexos al empleo, al capitán don Francisco de Valcárcel, alférez mayor de Tenerife, en atención a haber servido muchos años de capitán de infantería española en Córcega, en Nápoles, en la jornada de Sena, en Lombardía y Puerto Hércules, y no hallarse a la sazón en la isla persona tan experimentada e inteligente en cosas de la guerra. [...]

16. PESTE DE LAS LANDRES. VOLCÁN EN LA PALMA. LANGOSTA

La peste llamada de landres, que en 1572 afligió la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, será siempre de funesta memoria en Tenerife. Es tradición que la infección se comunicó al aire por medio de unos tapices de Levante que trajo el capitán Lázaro Moreno, alférez mayor de Granada, recibido aquel año por gobernador de la isla, y desdoblados por la primera vez el día del Corpus para colgar de las ventanas al tiempo de la procesión. Al punto se manifestó el contagio, cundiendo con tanta rapidez, que fue preciso separar los enfermos hacia la parte más baja de la ermita de San Cristóbal, sitio señalado para degredo [1582], arrancar las criaturas de los pechos de las madres tocadas del mal y enterrar los muertos en zanjas profundas, abiertas en el Llano de los Molinos, siendo tanta la muchedumbre, que no era posible darles sepultura en las iglesias.

A este tiempo, los vecinos que tenían más posibilidad o más precaución huían, desparramándose por la isla. El gobernador y doce regidores se retiraron al Sauzal, lugar de buen temperamento, en cuya iglesia de San Pedro celebraron cabildo a 20 de diciembre, para dar algunas providencias sensatas. Es verdad que los regidores habían re-

querido al gobernador, con la provisiones reales y de la Audiencia, para que no se celebrasen cabildos fuera de la ciudad capital; pero, sin embargo, les mandó que votasen, por ser asuntos cumplidores al servicio de Dios, del rey, de la salud pública, bien y defensa de la isla. Acordaron, pues, que en los días claros, pasadas las navidades, se saliesen de la ciudad todas las gentes, exceptuando las monjas; que se acantonasen en el lugar que los diputados señalasen, siguiéndoles los vianderos y carniceros, para que no faltasen los alimentos precisos; y que se quemase toda la ropa que hubiese servido a los enfermos, aunque fuese de gran valor, etc. Muchas familias se acantonaron en las orillas del mar, donde levantaron algunas casillas de piedra y paja. Todavía se ven los fragmentos de aquélla en que estuvieron los padres agustinos, en la jurisdicción de Tejina.

Pero como el gobernador Lázaro Moreno aún no se creía seguro en El Sauzal, se fue tres días después a La Orotava y celebró ayuntamiento con otros regidores, para recibir muchas acciones de gracias por sus acertadas providencias. Con todo eso, el gobernador huía, y la peste que él había traído, aunque parecía haber calmado, volvió a manifestarse con nuevos bríos [1583]. Así consta de otros cabildos celebrados en Tegueste los días primero de enero y nueve de febrero.

En fin, quiso Dios que el errante ayuntamiento volviese de su dispersión en abril de aquel año, pues el día 22, estando en la ciudad, acordó que los enfermos que hubiesen salido del degredo pasasen a las casas de la convalecencia y permaneciesen en ellas hasta nueva orden. Duró aquel azote del cielo más de un año y, según parece de algunos papeles antiguos, murieron cerca de 9.000 personas. San Juan Bautista fue aclamado por intercesor. Así la ermita que se le edificó en el mismo llano y camposanto de los muertos, la imagen que se llevó de Europa, la triunfante procesión con que se colocó en su casa, la fiesta que anualmente le hace la ciudad y el voto de tenerle por su particular abogado contra la

peste son otros tantos piadosos monumentos de tan cruel infortunio.

No fue menos terrible el que atribuló toda la isla de La Palma el día 15 de abril [1585], pues a las dos de la tarde reventó en el término de Los Llanos un volcán con tales terremotos, truenos y estampidos, que quedaron aturcidas las islas comarcanas. El P. fray Alonso de Espinosa, nuestro historiador y testigo de esta tragedia, vio elevarse la tierra en el llano junto a una fuente, formarse una enorme montaña, abrirse una gran boca, arrojar fuego, humo, peñascos encendidos y vomitar por último dos o tres arroyos de materia inflamada que, teniendo de ancho un tiro de escopeta, corrieron más de una legua al mar, hasta calentar el agua y cocer los peces a la distancia de dos millas.

La langosta, plaga conocida en nuestras islas bajo el renombre de cigarra, es el presente más funesto que les suele hacer la vecina costa de Berbería y el mismo que se experimentó en Tenerife por los años de 1588, a tiempo que era gobernador el capitán Juan Núñez de la Fuente, recibido cuatro años antes. Los vecinos, de orden del ayuntamiento, tenían que salir por las noches a matar, enterrar y quemar aquellas nubes de sabandijas, apiñadas sobre los árboles y en las pencas de las tabaibas y cardones.

17. AMAGOS DE LOS ENEMIGOS DE LA CORONA

Pero lo que más daba que hacer, durante toda aquella infeliz década de años, era el sobresalto continuo, las incesantes sonadas de la guerra y los amagos de invasiones deliberadas con que los enemigos de la corona, especialmente los ingleses, con quienes se había roto la paz, traían alarmadas nuestras islas. La Audiencia, los cabildos, los gobernadores, los ciudadanos, todos tenían que vivir alerta como en medio de una plaza sitiada. De todas par-

tes se recibían presagios funestos. El rey participaba el peligro en 1582, mandándolas apercibir para la defensa, y enviaba desde Lisboa carta de gracias a la ciudad de La Laguna "por lo mucho que le ha servido en defender la isla". El capitán Pedro Soler, regidor, avisaba que acababa de rechazar de las costas de Chasna y desbaratar con sus propios criados y otra gente a los ingleses que intentaron insultar el país, por lo que le escribió la ciudad en estos términos: "Muy magnífico señor: En cuanto vuestro nombre resuene entre los ingleses, ya se guardarán muy bien de volver a nuestra isla, escarmentados del daño que por vuestro brazo recibieron".

Tomás de Cangas, gobernador de Canaria, decía en 1585 que se había abrigado una armada inglesa en la isla de Lobos; un religioso de la Madera, que habían salido de Inglaterra 80 navíos al mando de Francisco Drake, con designio de maltratar alguna de las Canarias; el conde de La Gomera, que este armamento había ya insultado, aunque sin fruto, aquel país; el marqués de Lanzarote, en 1586, que los moros habían invadido sus tierras; el duque de Medina-Sidonia, en 1586, que Drake, después de haber acometido la bahía de Cádiz, iba con su orgullosa armada contra las Canarias, según decían; el gobernador portugués de Mazagán, que Morato Arráez se aprestaba con veinte galeras para echarse sobre ellas.

Entonces fue cuando el ayuntamiento de Canaria pidió pólvora al de Tenerife, en una carta cuyo contenido tiene todo el mérito de la simplicidad. Empezaba de esta manera: "Dios dé a vuestras señorías muy buenas y santas pascuas para que le sirvamos. Ya le es notorio a V. S. cuán amenazada está esta isla, así de Morato Arráez como de Francisco Drake; y aunque se han hecho y van haciendo todas las prevenciones necesarias para defensa de la isla y ofender al enemigo, nos hace mucha falta el no tener la pólvora necesaria, etc. 17 de mayo de 1587". Tenerife le franqueó la que pudo.

18. DON LUIS DE LA CUEVA, PRIMER CAPITÁN GENERAL Y PRESIDENTE DE LA AUDIENCIA. INSTRUCCIONES QUE SE LE DIERON

Semejantes rumores, en parte verificados y en gran parte temidos, determinaron la corte a enviar a Canarias un jefe militar aguerrido y de entera confianza que, como presidente de la Audiencia y capitán general de mar y tierra las gobernase, asegurase y defendiese. Para este empleo nuevo y poderoso puso Felipe II los ojos en don Luís de la Cueva y Benavides, del orden de Santiago, señor de Bedmar, sujeto adornado de sobresaliente calidad, valor y mérito, que en el socorro de Malta, cercada por el turco, había mostrado el mismo denuedo de que antes tenía dadas bastantes pruebas, ya en La Goleta de Túnez contra los moros, ya en la revolución de Portugal, donde, al lado del duque de Alburquerque, su sobrino, redujo al servicio de España muchos lugares importantes. Premióle consecutivamente el rey con la merced de su gentilhombre de boca, capitán de los jinetes de Granada y ahora con la de capitán general de nuestras islas y presidente de su Audiencia.

Las instrucciones que se le dieron para desempeño de estos graves encargos se hallan auténticas en los autos acordados y merecen nuestra atención. "Habéis de tener entendido (decía el monarca) que la principal causa que me ha movido a instituir y establecer el cargo que lleváis ha sido la defensa y seguridad de las islas, por ser de la importancia que son, y así os encargo y mando tengáis el cuidado y vigilancia que de vos confío. Que, llegado a la isla de la Gran Canaria, donde ha de ser vuestra principal residencia, veáis y reconozcáis el estado en que se hallan las cosas de la guerra, así cuanto a las fortalezas como la gente, artillería, municiones y lo demás que de aquello convenga fortificar y proveer; y esto mismo haréis en las demás islas, visitando por vuestra propia persona lo más presto que fuere posible; y en to-

das veréis y entenderéis la forma de milicia que los naturales tienen entre sí para su defensa y seguridad, y pareciéndoos que conviene reformarla lo haréis tratándolo con los mismos naturales, para que se haga con su beneplácito, etc.

"Es mi voluntad que tengáis jurisdicción sobre toda la gente de guerra y oficiales de cualquiera condición que sean, así de mar como de tierra, que están a mi sueldo y de las dichas islas, siempre que se hubiere de juntar o lo estuviere para algún efecto; y que podáis conocer de todas las cosas y causas civiles y criminales que entre la dicha gente sucedieren; y que, cuando saliéredes a visitar las islas, conozcáis de los pleitos y diferencias que se ofrecieren entre la gente de guerra y de las islas, eligiendo un asesor letrado, estando lejos del lugar donde residiere la Audiencia; y estando cerca, consultaréis a uno de los jueces de ella por escrito o tomándolo por asesor y, con su parecer, determinar la causa. Pero cuando la gente de guerra y la natural estuvieren junta donde reside la Audiencia, para ofensa o defensa de los enemigos, o para otros actos de guerra, si algunas causas criminales se ofrecieren, habéis de conocer de ellas y determinarlas juntamente con los otros jueces de la Audiencia. Mas si la dicha gente de guerra y natural se hiciere en otro lugar, en tal caso conoceréis tomando por asesor uno de los jueces de dicha Audiencia; y en estas tales criminales es mi voluntad no se pueda apelar para el mi consejo de guerra ni a la Audiencia, sino para ante vos mismo, donde se seguirán las causas en grado de apelación, de cualquiera calidad que sean; y, para sustanciarlas y determinarlas, toméis por asesor o asesores uno de los jueces de la dicha Audiencia." [...]

19. SU LLEGADA. SUS PROVIDENCIAS. SU DEMASIADA AUTORIDAD

Llegó, pues, a la Gran Canaria don Luis de la Cueva y Benavides, con la falange de sus seiscientos soldados y don Alonso de la Cueva, su hijo mayor, en la primavera del año de 1589. Fue recibido con tanto respeto como temor por aquellos mismos de quienes iba a desechiar los temores y los rebatos, pues, ocupando la primera silla de la Audiencia, atrajo toda la atención de las islas. Éstas no veían en él sino un verdadero dictador que, reuniendo en su persona todas las fases de la autoridad en el aprieto de la república, venía a reemplazar los regentes, gobernadores y generales, a presidir sobre las armas y las leyes, a disponer de lo militar y político. [...]

Lo primero que hizo el capitán general fue nombrar en las siete islas personas a cuyo cargo estuviese el mando de las armas: en Canaria, a su hijo don Alonso de la Cueva; en Tenerife, al corregidor Tomás de Cangas; en La Palma, a Juan Niño, sargento mayor de ella por el rey; en El Hierro, a don Nicolás de Castilla; en Lanzarote, a Gonzalo Argote de Molina, y para sus ausencias a Francisco Henao de Peñalosa, sargento mayor por el rey; en Fuerteventura, al mismo Argote, y en su ausencia a Jerónimo de Aguilera Valdivia, sargento mayor por el rey.

Como don Luis de la Cueva era el todo, todo lo andaba y lo veía. Él dictaba leyes a la Audiencia, ejercitaba las milicias, ponía en los presidios guarnición de la tropa de España, reparaba las fortificaciones, visitaba las islas del rey, inquietaba las de señorío, proyectaba guardacostas y armamento contra los corsarios, llenaba de sus providencias las islas. Pero todo cuanto el general mandaba hacer ya ellas lo tenían hecho por sí mismas muy de antemano. Ya había algún tiempo que sus importantes milicias estaban bien armadas, bien arregladas y quizá aguerridas; porque, esmerándose los ayuntamientos en frecuen-

tes reseñas, les habían dado maestros de campo y capitanes tan nobles como expertos, especialmente después que en 1558 don Alonso Pacheco, regidor de Canaria, alférez mayor de La Palma y uno de nuestros claros varones, tuvo real orden para visitar la gente de guerra, las fortificaciones, las municiones y armas de toda la provincia. [...]

El que conoce al hombre no dudará atribuir estos aplausos a aquel aire de soberanía absoluta de que empezaba a hacer gala don Luis de la Cueva. Su bastón, sostenido de la gente de guerra que traía a su mando, parecía duro como de hierro. Quiso Tenerife enviar a la corte un regidor con el carácter de mensajero, para quejarse de las extorsiones en nombre de los vecinos y comerciantes. La insolencia de los soldados y su espíritu militar podían desterrar del país la aplicación y los sentimientos de patriotismo. Pero impidió aquel paso con nuevo agravio el poderoso jefe: hasta que, habiendo penetrado al pie del trono la voz de la opresión injusta, ordenó al rey por su decreto de 20 de noviembre (1590) que don Luis de la Cueva "no alterase la costumbre inmemorial que tenía la isla de nombrar sus mensajeros a la corte". [...]

22. MOTIVOS POR QUE MANDA LA CORTE QUE DON LUIS DE LA CUEVA SE RETIRE A ESPAÑA. VUELVE A PRESIDIR LA AUDIENCIA UN REGENTE

Cierta armadilla de berberiscos, después de quemar el puerto de Arrecife en Lanzarote, se echa sobre Fuerteventura [1593]. El moro Jabán, su arráez, desembarca con 600 hombres. Sorprenden la villa, la queman, la saquean. Noticioso de esta invasión don Luis de la Cueva, envía 200 soldados de la tropa de España, que, llegando mareados y poco apercebidos, son al primer choque derrotados, muertos o prisioneros. Este infortunio libró las

islas del presidio de los soldados y del presidente capitán general. Convencida la corte de la inutilidad de aquella gente, de lo gravoso que era al país y de las notorias ventajas del antiguo gobierno, entendiendo además que se habían suscitado grandes disturbios, determinó en 1594 que don Luis de la Cueva, dejando solamente la competente guarnición en los castillos, se restituyese a España con los otros infantes y entregase el mando de la Audiencia y de las islas al doctor Antonio Arias, que acababa de ser nombrado regente.

Así volvieron las islas al cabo de cuatro años a su antigua constitución, y los corregidores a reasumir, con subordinación a la Audiencia, el título de gobernadores y capitanes generales [1594]. Conveniales a la verdad una legislación moderada. Todas las ciudades escribieron al rey y al presidente de Castilla dándoles las más cordiales gracias por la gran merced de haber exonerado las Canarias del presidio de tropa forastera y restituido la Audiencia a lo que había sido antes con beneficio universal.

Don Luis de la Cueva y Benavides se embarcó en el mismo navío en que llegó el regente, y murió en 17 de octubre de 1598, estando de camino para la corte, adonde iba a recoger el sazonado fruto de sus grandes servicios. Varón ilustre, no menos memorable en las Canarias que lo es en la historia de Venecia su hijo don Alonso, el primer marqués de Bedmar. Todos saben el papel que hizo este intrépido español en la bien tramada conjuración contra aquella república en 1618, siendo embajador de Felipe III: saben también que escribió el *Escrutinio de la libertad véneta*; pero no saben que había mandado las armas en la Gran Canaria por su padre.

23. DEL GOBERNADOR DE CANARIA ALONSO DE ALVARADO. INVASIÓN DE DRAKE EN AQUELLA ISLA. RESISTENCIA GLORIOSA

Libres, pues, nuestras islas del bastón de aquel héroe y del apoyo de los soldados auxiliares, como que volvieron a seguir el hilo interrumpido de sus hazañas, bas-tándose a sí propias para defenderse con valor de los mayores enemigos de la corona, llegamos a los tiempos en que la Gran Canaria se dio en espectáculo al mundo. Habíale enviado el rey por gobernador [1595] al capitán Alonso de Alvarado, natural de la villa de Valverde, dos leguas de Mérida, descendiente de los insignes Alvarado, de cuyas proezas están llenas las historias de la Nueva España y el Perú. Alonso no necesitaba de las glorias de sus padres para hacerse recomendar. Las tenía propias. [...]

Tal era el nuevo gobernador que, acompañado del licenciado Antonio Pamochamoso, su paisano y su lugar-teniente, llegó a Canaria a tiempo que la armada de Drake cuajaba los mares y amenazaba nuestras costas. Alvarado era digno de resistirle. Desde luego se aplicó a cubrir de trincheras la marina, a fortificar el puerto y prevenir socorros de las otras islas, haciendo que la Audiencia pidiese a Tenerife 400 hombres, de los cuales fue nombrado por jefe Alonso de Cabrera Roxas.

El día 6 de octubre amaneció, en fin, sobre la ciudad de Las Palmas, en figura de media luna, el fuerte nubla-do que de diez años a aquella parte había estado ron-dando y amenazando las islas. Componíase la armada in-glesa de 28 navíos con 4.000 hombres de desembarco. Francisco Drake, su acreditado comandante, la formó en tres divisiones de esta manera: 15 navíos de guerra se pusieron enfrente del castillo de Santa Catalina, para cu-brir las 27 lanchas que echaron con 500 hombres. Otros dos navíos las cubrían por la parte del castillo de La Luz, defendido por Constantino Cairasco; y los demás se arrimaron hacia aquel lado de la ciudad en donde está

el fuerte de Santa Ana, mandado entonces por Fernando Lescano de Muxica.

Como los enemigos hicieron el principal acometimiento por la caleta de Santa Catalina, se habían atrincherado allí hasta 800 milicianos del país, animados del intrépido gobernador. Por más descargas que dieron con su artillería y mosquetería los ingleses, no pudieron impedir que los isleños, auxiliados del fuego del fuerte Santa Catalina y de dos únicas piezas de campaña, les detuviesen y maltratasen; de manera que, habiendo perdido ya mucha gente y viendo en términos de irse a pique cuatro de sus mejores buques, tomaron el partido de retirarse de aquel puerto, cuyos pasos eran tan peligrosos como denodados sus habitantes; bien que no acabaron de hacerse al mar sin disparar un espeso granizo de balas que por fortuna no ofendieron a ninguna persona de tantas como había en la ribera. Una cayó casi a los pies del obispo don Fernando Xuárez de Figueroa, en el sitio donde se había apostado con su clerecía, pero a todos los respetó.

No escarmentado Drake todavía de los canarios, quiso hacer otra tentativa cinco leguas más adelante, en la rada desierta de Arganeguín y sacó a tierra una manga de 20 alabarderos por la parte llamada Melenara, a fin de hacer alguna aguada de que tenían necesidad. Al punto que los vieron ciertos ganaderos del contorno, corren a embestirles armados de piedras y garrotes, matan algunos, rinden dos prisioneros y los demás huyen precipitadamente a sus lanchas, juzgando que toda la isla se les echaba encima. Los prisioneros confesaron que la armada había perdido 200 hombres y cuatro de sus oficiales.

Tal fue la honrosa defensa de Canaria, de que dio cuenta a Felipe II la Real Audiencia y que celebraron en sus poemas dos autores ilustres: Lope de Vega en su célebre *Dragontea*, y nuestro don Bartolomé Cairasco en su no menos célebre *Templo Militante*. [...]

26. LA GRAN CANARIA INVADIDA POR LA ARMADA DE HOLANDA. CIRCUNSTANCIAS DE ESTE SUCESO.

Era acreedor a otros mayores de parte de todos los buenos isleños el gobernador de Canaria Alonso de Alvarado, cuyo celo y valor iba a probar la suerte con cuanto tiene de más crítico. Había muerto en 13 de septiembre de 1598 Felipe II, rey grande, porque lo era entonces la nación, y rey canario, porque había amado y honrado mucho nuestras islas. Ellas le hicieron las solemnes exequias debidas a su gloriosa memoria y proclamaron con expresiones afectuosas a Felipe III. [...] Todavía celebraba el nuevo monarca sus bodas con la archiduquesa Margarita, cuando los holandeses, que se habían hecho poderosos por mar, perturbaron las fiestas públicas, llevando a las Canarias la ruina y la desolación.

Ya había bastantes indicios en Europa de que estos republicanos, escapados valerosamente de los grillos de la dominación austríaca y de los pantanosos márgenes de la Holanda y West-Frisia, habiendo hecho su elemento del mar y fundado todo su patrimonio en el comercio, intentaban invadir nuestras islas, porque habían asestado sus tiros a las Indias Orientales y Occidentales, de que ellas eran llave. De todas partes venían a las Canarias repetidos avisos. Ha salido (les decían) una soberbia armada de más de cien naves holandesas confederadas contra vosotros. A la voz del común peligro los ayuntamientos, los gobernadores, los ciudadanos, todos ofrecen sus caudales y sus personas. Se hacen preparativos, se arregla el plan de la defensa, se expiden órdenes a las milicias, se les señalan puestos, se acopian municiones y víveres.

Con efecto, los estados de la república de Holanda habían enviado a nuestros mares una flota de 73 embarcaciones de guerra y de transporte al mando del almirante Pedro Van der Doez, con nueve mil hombres de desembarco [1599]. Van der Doez quiso hacer su prime-

ra tentativa en La Gomera. Pero pasó por el desaire de perder tiempo, gente, armas y reputación. Poseído entonces de horrible saña, llevó contra la Gran Canaria todas sus fuerzas y amaneció el 26 de junio de 1599 sobre el puerto de la Isleta, amenazando el mundo.

Todo lo tenía apercibido el gobernador Alvarado y en punto de defensa. Para cubrir la caleta de Santa Catalina y las trincheras de las montañas del puerto, había hecho salir de la ciudad cinco compañías con once piezas de campaña. Al mismo paraje habían marchado el obispo don Francisco Martínez, los cleros seculares y regular, la audiencia y los inquisidores, armados todos contra los enemigos de la religión y de la patria. Empezaron los holandeses a batir el castillo de La Luz; pero, como éste tenía artillería gruesa, les hizo tanto daño que la capitana quedó quemada aquel mismo día. Sin embargo, ellos intentaron el desembarco en 150 lanchas, mandadas por el mismo almirante. Dejóseles acercar a tierra; mas recibieron al tiempo de arrimarse una descarga de la artillería de campo y de un cañón de metralla tan de lleno que, habiendo perdido dos lanchas y mucha gente, se retiraron en desorden. De nuestra parte sólo habían perecido un hombre y un par de bueyes.

Vista la resistencia de este paraje, determinaron desembarcar por la caleta de Santa Catalina; pero, hallándola igualmente defendida y conociendo que sería tan fatal para ellos como lo había sido cuatro años antes para los ingleses de Drake, se dirigieron hacia aquella parte del puerto que llaman la Punta de la Matanza, por la grande que allí se hizo en aquel día. Pues, así que pusieron unos 70 hombres el pie en tierra, fueron desbaratados y muertos por los nuestros contra las mismas lanchas, llegando a tanto en los canarios el desprecio de la propia vida, que el capitán Cipriano de Torres, con una alabarda en la mano y el agua al pecho, se abalanzó a la misma falúa en que venía el almirante Van der Doezy, asiéndose de él fuertemente, le arrojó al mar, le hizo tres heridas y sin duda le hubiera muer-

to, a no hallarse tan armado de acero y defendido de los suyos.

Costóle la vida al valiente Torres esta proeza. Una bala de cañón le rompió un muslo, dejando al mismo tiempo otros dos capitanes en el campo. Otra mató el caballo en que montaba el gobernador Alvarado y le derribó mal herido; pero acudiendo diestramente a socorrerle el maestre de campo Hernando del Castillo, le puso sobre el suyo y le sacó a sitio menos peligroso. Castillo volvió a la batalla y tuvo el dolor de ver que nuestra gente, perdido su general, iba de retirada hacia la ciudad, por lo que sólo se detuvo en salvar un sacre que quedaba a la merced del enemigo, retirándole a rastras por medio de las balas, hasta que encontró bueyes.

Esta ventaja dio tiempo a los confederados para desembarcar 4.000 hombres y la artillería correspondiente para batir el castillo de La Luz, que mandaba Antón Joven y que no quiso defender como debía. La guarnición de 78 soldados se rindió prisionera y fue llevada maniatada a los navíos. El mismo alcaide, infiel a su empleo, y no a su patria, porque no era canario, fue puesto a la boca de su cañón. Luego que se retiró el paisanaje a la ciudad, nombró la Audiencia por gobernador interino al licenciado Antonio Pamocho, teniente del moribundo Alvarado, quien no perdió instante para ponerla en estado de defensa, municionando el castillo de Santa Ana y el reducto que estaba donde hoy la casamata.

Al día siguiente, 27 de junio, amaneció el enemigo alojado cerca de las ermitas de San Sebastián y hospital de San Lázaro, que estaban entonces fuera de las murallas; y como habían sacado del castillo de La Luz artillería gruesa de bronce y entre ella un cañón bárbaro de más de 80 libras de bala, empezaron a hacer fuego contra el fuerte de Santa Ana y risco de San Francisco; puesto a la verdad harto funesto para ellos, pues desde aquella altura les mataron los canarios más de 300 hombres en los tres días que se defendió la ciudad, aun después de abierta la brecha. Faltaron las balas a los nuestros y se

aplicaron a fundirlas de plomo. Procuró el enemigo ganar lo alto de la lomada de Santa Catalina para dominar la campaña, y dos compañías de milicias se lo impidieron.

Pamochamoso, que no descansaba un momento, mandó resguardar el fuerte con cubas y colchones; mas como los holandeses instaban fuertemente que se les allanase la puerta del castillo, ya indefenso, el alcaide Alonso de Venegas, a falta de balas, les arrojó las llaves en un tiro de cañón. De manera que, pareciendo ya la resistencia temeraria e inevitable la entrega del Santa Ana, fue menester romper la puerta para retirar la guarnición. Entonces todos los habitantes abandonaron igualmente la ciudad por orden de la Audiencia y se acantonaron más adentro, en el lugar de La Vega, donde murió de sus heridas el gobernador Alonso de Alvarado, capitán digno del nombre ilustre que había heredado y de ocupar un distinguido lugar en los fastos de las Canarias, de la Extremadura y de la nación. Fue sepultado poco después con solemne pompa en la catedral.

Apoderados de este modo los holandeses del puerto y la ciudad, envió el almirante Van der Doez dos prisioneros a La Vega, a fin de tratar con la Audiencia y gobernador sobre el rescate de la isla. Para responder a sus demandas se nombraron dos diputados: el célebre don Bartolomé Cairasco, canónigo dignidad, y Antonio Lorenzo, no menos célebre capitán de milicias. Cairasco encontró a Van der Doez alojado en su propia casa, que era donde está hoy en día el convento de Santa Clara. Fueron recibidos con la mayor urbanidad, y las condiciones con que ofrecían los holandeses dejar la ciudad eran las siguientes: 1.^a Se entregarán de pronto a los confederados 400.000 ducados en dinero efectivo. 2.^a Los canarios se reconocerán e intitularán vasallos de los estados de Holanda y de Zelanda. 3.^a En consecuencia de ello pagarán en cada año un tributo de 10.000 pesos a la república.

Proposiciones tan duras como insolentes no podían tener otra respuesta que la general indignación, y por un efecto de ella se publicó bando con pena de la vida para que nadie fuese osado tratar con los holandeses. Súpose sin embargo que éstos hacían algunos movimientos para internarse en el país, y ansiosos los nuestros de sorprenderlos, armándoles alguna emboscada, salieron de La Vega el 2 de julio. Con efecto, el día siguiente, al tiempo que el sargento mayor y el ingeniero de la isla se adelantaban a reconocer el terreno, vieron que los 4.000 holandeses marchaban en cinco divisiones hacia el monte del Lentiscal. Con esta certidumbre, los bravos canarios, tan prácticos en el laberinto de aquellos desfiladeros, se emboscaron.

Ya llegaban los enemigos al paraje que llaman hoy la Cruz del Inglés y se desparramaban a beber el agua cenagosa de unas charcas para templar la sed que la fatiga y el excesivo calor les excitaba, cuando, saliendo los nuestros de tropel y echándose de golpe sobre ellos, les mataron al primer ímpetu 80 hombres. Los demás, extrañamente sobrecogidos de terror pánico, se precipitaron a la fuga, sin que sus oficiales pudiesen detenerles. Y como los canarios les seguían por la espalda, cargándoles continuamente, se despeñaron muchos de los riscos del Dragonal, después de dejar en el campo al señor Darcál, que mandaba la expedición, y a un alférez. La noticia de esta derrota cortó de tal suerte los bríos al almirante Van der Doe, que aquella misma noche se embarcó, dejando la tirana orden de que se pusiese fuego a la ciudad al día siguiente.

Así lo ejecutaron. Pero teniendo aviso de que el gobernador Pamochamoso venía con toda Canaria sobre ellos, abandonaron la ciudad y se retiraron tan precipitadamente a bordo que, dejando puestas las mesas para almorzar y hechos los fardos de lo que habían saqueado, sólo pudieron embarcar la artillería de bronce, las campanas de la catedral, 150 pipas de vino y algunos cajones de azúcar. Éste fue todo el fruto de su invasión y

su pérdida la de más de 2.000 hombres, sin contar el comandante Darcai, tres capitanes y un alférez. De los nuestros murieron el gobernador Alvarado, los capitanes Ciprián de Torres, Juan Ruiz de Alarcón, Clemente Jordán y Andrés de Béthencourt y otros 32 paisanos. Heridos quedaron 26.

Retirados los holandeses, corrieron los isleños a apagar el incendio de la ciudad; bien que por más diligencias que hicieron vieron reducir a cenizas la iglesia de San Francisco, el peso de la harina, los graneros del pósito, el palacio episcopal, las casas de la audiencia, la del ayuntamiento, los archivos, las cárceles, con otras 40 de los vecinos. Ya desde el principio había quemado el enemigo todos los maderos de los castillos de La Luz y Santa Ana, todo el convento de Santo Domingo y monasterio de monjas de San Bernardo.

El motivo de su ojeriza contra el convento de Santo Domingo fue muy particular. Vivía en él desde algún tiempo a aquella parte cierto mozo holandés que, estando allí recluso de orden del santo tribunal por crimen de herejía, servía a la comunidad como un ortodoxo. Este hombre, pues, hallando sus libertadores en los conquistadores de la ciudad, paisanos suyos, fanáticos como él y sectarios de su misma creencia, no le fue difícil inducirlos a la venganza ni conseguir la maligna satisfacción de ver entregado a las llamas el sagrado edificio, después de haber dado mayor cebo al incendio con brea y alquitrán.

La armada enemiga se mantuvo anclada en el puerto cuatro días, hasta que el 6 de julio se hizo a la vela, dividida en dos grandes escuadras. La una fue despachada a Holanda por el almirante, y él mismo navegó con la otra hacia la isla de Santo Tomé, en donde tomó la ciudad de Pavoisan, habitada de portugueses. Pero el aire malsano de aquella tierra, que está bajo de la equinoccial a lo largo de la costa de Guinea, fue funesto a los confederados. Cierta enfermedad contraída por el calor del

clima les arrebató al almirante Van der Doez y a la mayor parte de sus oficiales. [...]

Con [...] señaladas mercedes quiso premiar el rey el valeroso pundonor de aquellos honrados vasallos; bien que la principal recompensa de los canarios y sus milicias ha consistido siempre en aquella satisfacción deliciosa que infunde el feliz desempeño y en no degenerar en nada de la nación a que tienen la gloria de pertenecer. Dos avisos despachó la isla de Tenerife a la corte, participando la invasión de los holandeses y sus resultas. En el segundo pasó con el carácter de nuncio o mensajero el P. fray Juan de Sorita, definidor de la orden de San Francisco, por cuyo mérito a la vuelta le hicieron provincial.

27. PESTE EN TENERIFE

Apenas comenzaban a respirar las islas de la persecución de sus enemigos exteriores, cuando volvió a encenderse en sus entrañas las chispas de una peste que, habiendo empezado en Tenerife, por el puerto de Garachico [1601], adonde habían surgido dos navíos españoles infestados, llegó hasta los Realejos, saltó al puerto de Santa Cruz y aun trascendió a las islas de Canaria, Fuerteventura y Lanzarote. Si la ciudad de La Laguna y otros pueblos se preservaron, lo debieron a la atención y providencias de aquel mismo ayuntamiento, que había velado sobre la común seguridad.

Con la noticia de que el monasterio de Santa Clara de Garachico era el más enfermo, se dispuso el modo de sacar las religiosas que estaban sanas; se prohibió todo trato y comunicación con aquellos vecinos que habitaban desde Tigaiga hasta los Silos; y, habiéndose entendido que se introducían en la ciudad algunos transgresores, sin preceder examen, se puso pena de la vida y se plantaron a la entrada tres horcas. Quemábanse las ropas de los que morían del contagio; señalábanse degredos para los

eclesiásticos y seglares; hacíanse largas limosnas de los propios a los desvalidos; pagábanse espías para impedir el comercio de los lugares sospechosos; obligábase a que los médicos los visitasen; y todo se debía a la constante actividad que formaba entonces el carácter de aquel ayuntamiento, el cual, como privativamente encargado de la salud pública de la isla, con inhibición de la Audiencia, apenas entendía que había algún leve recelo de infección nombraba diputados de sanidad que la precaviesen con el mayor escrúpulo. Duró el mal hasta julio de 1606, en que el puerto de Garachico pareció enteramente sano, por lo que se hicieron fiestas generales y se dieron acciones de gracias en los templos. [...]

29. TRÁTASE DE TRASLADAR LA AUDIENCIA A TENERIFE. JUEZ VISITADOR DE ELLA

En 23 de mayo habían tratado los regidores sobre el punto importante de trasladar de Canaria a Tenerife la Real Audiencia. Y aunque parecía que esto era ceder el campo a Valderrama, se insistió fuertemente en lo mismo todo el año siguiente; y, con convenio del tribunal, que lo deseaba, se remitieron al diputado de la corte todas las representaciones, capitulaciones e informes que justificaban la utilidad de la pretensión. Porque, no ignorando aquellos senadores que la Audiencia sólo se estableció en la Gran Canaria por tiempo de la real voluntad, con declaración de que, si por algún respecto necesario conviniera que se mudase a otra de las islas, se pudiese, y conociendo por otra parte que Tenerife era el centro de todas las Canarias, la más poblada, la más rica, la de más comercio y dependencias, no dudaban que esta mudanza acarrearía un gran beneficio a la provincia [1603].

Pero, mientras se sazaban semejantes proyectos, quiso el referido ayuntamiento enviar su meditada diputación a Canaria, que desempeñaron con garbo Pedro Soler y

Alonso de Llarena, regidores [1605]. Ellos, no solamente exhortaron a aquel gobernador a la obediencia, sino que también requirieron al concejo de la isla para que, uniendo sus oficios a los de Tenerife, suplicasen al presidente de Castilla y al rey se sirviese enviar juez de residencia a Valderrama, con lo que cesarían las discordias. Canaria despachó con efecto dos mensajeros a la corte. El rey envió por visitador de la Audiencia a don Bartolomé Márquez de Prado, del consejo de Navarra [1607]. Jerónimo Valderrama tuvo sucesor en la persona del capitán Luis de Mendoza, y el ayuntamiento de Tenerife la gloria de haber traído la bonanza. [...]

31. NUEVA REVOLUCIÓN EN EL GOBIERNO DE LAS ISLAS. DON FRANCISCO ANDÍA ES CAPITÁN GENERAL, PRESIDENTE DE LA AUDIENCIA, VEEDOR Y REFORMADOR DE LA GUERRA

Acercábanse no obstante las Canarias a una nueva revolución en su gobierno, como consecuencia legítima de la serie de circunstancias en que ellas mismas y toda la monarquía se hallaban. Felipe III el bueno, el pío, el débil, murió el día último de marzo de 1621; noticia triste que causó en nuestras islas tan vivo sentimiento, que Tenerife mandó suspender las fiestas de comedias, toros y parejas que tenía dispuestas para el Corpus, San Juan y San Cristóbal, expresando en su acuerdo: "Que no se podía haber dado nueva más mala, por ser un rey tan cristianísimo, como porque a esta isla le ha fecho muchas mercedes". Así, las exequias que se tributaron a su memoria no fueron menos magníficas que los públicos regocijos en la proclamación de Felipe IV, que acababa de confirmar los privilegios de la isla. Don Jerónimo de Boza era su mensajero en la corte.

Entonces se vieron mudar todas las cosas de semblante. Había expirado la tregua de diez años con los holan-

deses, que, viéndose pujantes sobre el mar, conquistaron la bahía de Todos Santos y la ciudad de San Salvador del Brasil (1624), con cuyo revés perdían nuestras islas el comercio floreciente que tenían en aquellos puertos. Por esta razón, cuando pasó a la vista de Tenerife la armada de don Federico de Toledo, que iba a desalojarlos, se sacó en procesión el Santísimo Cristo de La Laguna y se hicieron otras rogativas por la victoria. Los argelinos volvieron a asustar las islas en 1623 con las cincuenta naves que batió y echó a pique el jefe de escuadra Ribera. Los ingleses, muerto Jacob I, amigo de la España (1625), habían hallado en el desgraciado Carlos, su hijo, sobrada inclinación a hacernos la guerra, por lo que, atacando a Cádiz con 88 navíos, amenazaban seriamente nuestras Canarias. Los franceses habían dado a Felipe IV tantos motivos de disgusto, que, llegando a términos de rompimiento, mandó embargarles todas las embarcaciones surtas en los puertos de sus dominios. ¡Cuántos enemigos a un tiempo!

Ellos, las últimas altercaciones entre la Audiencia y los gobernadores, las invasiones de berberiscos, el nuevo espíritu de gobierno militar que agitaba la Europa, todo esto junto fue causa de que un ministro absoluto acordase enviar a las Canarias un general que, bajo el título de veedor y reformador de la guerra, abrazase más facultades que un virrey; un hombre hábil que las fortificase y reparase, que calculase sus fuerzas, que considerase sus milicias, sus armas, sus municiones, su disciplina, sus recursos, que reformase sus oficiales y pusiese otros nuevos, que tomase razón de sus fondos, marina, comercio, situación, reales haberes, etc. En suma, la política del conde-duque de Olivares envió a islas a don Francisco González de Andía Irarrazábal, comendador de Aguilarejo en el orden de Santiago, veedor general de los estados de Flandes y del consejo de guerra de S. M. en ellos, señor de las casas y antiguo solar de sus apellidos en Guipúzcoa. [...]

33. DISPOSICIONES DE AQUEL JEFE. REFORMA DE EMPLEOS MILITARES. SU RETIRO Y ELOGIO

Entró, pues, el general en la ciudad de La Laguna el día 18 de septiembre, y el 19 en el cabildo, donde expuso el grande objeto de su comisión, la importancia y necesidad de que se fortificasen todas las islas, lo gravada que estaba la corona con tantos ejércitos y armadas, lo ventajoso que había de ser al país pensar el mejor modo de señalar los fondos para los gastos, y concluyó pidiendo al ayuntamiento cien camas para la mitad de los soldados que había traído de Canaria y manifestando otra real orden para que por su dinero se les asistiese con los víveres, bestias de carga y alojamiento que hubiesen menester.

Respondieron los regidores asegurándole, con la energía simple que da el patriotismo y buena fe: "Que el constante amor de los isleños al servicio del rey era tan antiguo y acreditado, como que siempre habían sacrificado sus haciendas y vidas a la defensa de la patria, sin gravamen del real erario. Que ya habían ofrecido, y volverían a ofrecer de nuevo los vecinos de Tenerife, cuanto pudiesen para acabar de fortificar el país. Que solicitarían facultad para que se sacase de las alhóndigas y propios alguna cantidad. Que acortarían los devotos gastos de sus fiestas del Corpus, San Juan, San Cristóbal y la Candelaria. Que suspenderían los salarios de médico, cirujano, boticario, procurador mayor, abogado del concejo, preceptor de gramática, etc. Pero que todos estos esfuerzos aún no serían bastantes para coronar de suficiente artillería la marina; por lo que esperaban de la piedad del rey que enviaría la más precisa, siempre que el mismo general informase de la imposibilidad de los naturales".

El general informó; el rey hizo merced de algunas piezas; acopiáronse municiones; contribuyeron las alhóndigas con la tercera parte de sus fondos, con calidad de que

ellas las custodiarían; señaláronse parajes para construir algunas nuevas fortificaciones, la Caleta de Negros y Paso Alto en Santa Cruz, el Puerto Viejo en La Orotava, la Caleta de Interián en Garachico; cercenáronse los gastos de los propios; quitóse al capitán a guerra, por real decreto, la facultad de conferir los oficios militares y se devolvió al ayuntamiento, a fin de que propusiese al rey los sujetos más dignos.

Pero de todas las grandes providencias de don Francisco de Andía ninguna merece quizá tanta atención como la célebre reforma que hizo de los empleos militares. Ésta es una escena que, habiéndose repetido en nuestros días, es conveniente que las Canarias la traigan a la memoria para ejemplar de lo que ha ejecutado el inspector general de aquellas milicias. Don Francisco de Andía, pues, en consecuencia de las facultades e instrucciones que traía de la corte, por decreto de 2 de marzo [1626] reformó en Tenerife dos maestros de campo, tres coroneles, tres tenientes de maestros de campo, seis capitanes en jefe, etc., para que, quedando en su buena opinión y fama, no usasen de sus oficios en ningún tiempo. Al día siguiente declaró el nuevo estado que había formado de los tres tercios de la isla, según referiremos por menor en paraje más oportuno.

Parecía que estos solos serían los principales frutos de la extraordinaria visita que hacía don Francisco de Andía Irarrazábal a las Canarias; pero ya veremos que tuvo consecuencias más permanentes. La visita fue corta. En mayo de 1626 obtuvo licencia para restituirse a España a entender en sus propios negocios, con tal que, si la ocasión lo exigiese, había de volver a trabajar en la fortificación de las islas. El concejo de Tenerife se despidió de él con un elogio público de su beneficencia, demostrada en no haber querido gravar los vecindarios con alojamiento ni útiles, pudiendo y teniendo para ello reales órdenes; en cuya atención mandó la ciudad se le sirviese con 300 ducados y que los diputados de corte diesen al

rey las más rendidas gracias por haber enviado a las islas un caballero de tantas prendas. [...]

**35. SUPLICAN LAS ISLAS AL REY NO LES EN-
VÍE CAPITANES GENERALES NI PRESIDEN-
TES. NO LO CONSIGUEN. LOS REGENTES
SE SUPRIMEN. EMPIEZAN LOS CORREGI-
DORES**

A la verdad, nada era más terrible para las islas, aunque amenazadas de invasiones, que estos defensores ilustres que el celo y gratitud de aquel caballero les agenciaba. Así, luego que semejante novedad se supo en Tenerife, el capitán Alonso de Llerena Carrasco, regidor, hizo a la sala capitular el siguiente razonamiento: "Señores: Yo me acuerdo de que por los años de 94 a 95, habiéndose unido este cabildo y los demás de nuestras islas con el eclesiástico de Canaria para suplicar al señor Felipe II se sirviese atender a los inconvenientes que se padecieron cuando don Luis de la Cueva vino por presidente y capitán general, el rey en fuerza de nuestras representaciones, no dudó restituir la Real Audiencia a su regente, las islas a sus gobernadores, las fortalezas a un presidio moderado, lo militar a su antiguo pie y toda la provincia a una paz octaviana. Al presente vivimos nosotros felices bajo la dirección de un caballero de tantas partes y calidades cual es el señor don Diego de Alvarado Bracamonte, el conservador de la isla, el que ha hecho tantas obras públicas, el que nos ha traído las aguas con más abundancia a la ciudad, el que ha municionado a Santa Cruz, el que ha socorrido a los pobres. Sin embargo, escriben de la corte que se trata de enviarnos un presidente y capitán general. ¿Y no lo contradeciremos? Yo estaba en Madrid, en 1618, a tiempo que eran pretendientes a la presidencia y gobierno de Canarias don Juan de la Cueva y Benavides, hijo del referido don Luis, el maestre de campo Jerónimo de Valderrama,

y el capitán don Juan de Espinosa. Pero sintiéndome al punto revestido del celo del bien de mi patria, lo contradije con tal ahínco, que, aunque estaba ya nombrado uno, lo mandó el señor Felipe III suspender”.

El discurso de este Catón isleño pudo mover al senado de Tenerife a suplicar al rey para que conservase la libertad de sus fieles Islas Canarias; pero no pudo detener la resolución de la corte ni el espíritu militar del siglo. Felipe IV, en 1629, “por consideraciones de su servicio y para reducir las islas a una persona”, les dio un capitán general y presidente de la Audiencia, de la cual era regente don Juan de Carvajal y Sande, que se retiró al punto. Los gobernadores antiguos se redujeron a corregidores. Los ayuntamientos sintieron sobre sí el peso de una autoridad incontrastable. El senado tuvo un César; la historia de nuestras islas, una de sus épocas más famosas.

LIBRO XIV

[...]

9. VUÉLVESE A TRABAJAR EN LA TRASLACIÓN DE LA AUDIENCIA A TENERIFE

Todavía permanecía en Tenerife don Miguel de Peralta, cuando el cabildo (acaso por influjo suyo) quiso volver a tratar muy seriamente sobre la traslación de la Real Audiencia de Canaria. Ya por los años de 1603, con convenio del mismo tribunal, se habían hecho vivas diligencias para su logro, capitulaciones, representaciones al rey, informes de utilidad, mensajes a la corte. Pero tomó muy poco vuelo el expediente por entonces y aun se vio en 1630 que, intentando los oidores transferir su Audiencia a la ciudad de La Laguna, a fin de mandar la isla y el ayuntamiento de más cerca, éste se les opuso y calificó la novedad de empresa desnuda de facultad legítima, contraria a la representación de capital que tenía la Gran Canaria y a la buena conservación de aquella tierra. Con todo eso, dos años después, pasadas estas turbulencias, se volvió a suscitar la pretensión.

El licenciado don Alonso de Llerena, regidor, propuso en cabildo de 18 de febrero de 1632 que la ocasión de pasar a la corte mensajero parecía oportuna para que se le diese por capítulo de instrucción la solicitud de la facultad, tantas veces pedida, sobre trasladar la Real Audiencia de Tenerife; que era evidente cuántos bienes de paz, justicia, comodidad y aumentos traería a esta isla

la deseada traslación; que Tenerife era la más poblada de las Canarias, la que suministraba casi todos los pleitos que ocupaban al Tribunal, la que yace en el centro de las siete, la más rica, la más necesaria, la más fuerte. Con efecto, este artículo se encargó, bien que fue indispensable volver a acalorarlo en 10 de noviembre de 1636, confiándole de nuevo al oidor Peralta y pasándole testimonios de todos los acuerdos. Todavía no fue bastante. En 14 de junio de 1638, se repitió la súplica, poniendo a los pies del rey otro nuevo memorial, bien fundado, pero igualmente infructuoso. En nuestros días volveremos a ver resucitada con mayor energía esta pretensión. [...]

12. LEVA FORZADA PARA EL EJÉRCITO DE FLANDES

Muchas novedades encontró el capitán general a su regreso. Un juez visitador de la provincia en la Gran Canaria, en Tenerife otro corregidor, en Lanzarote un marqués y en todas las islas una real orden para hacer leva de 1.200 hombres destinados a los ejércitos que debían obrar contra Francia. [...]

¡Cuánto dio en que atender a don Luis de Córdoba esta leva forzada! El cabildo de Tenerife, a quien comunicó la resolución del rey, tuvo que representarle con respeto la lamentable falta de gente que se notaba ya en las islas, entonces más amenazadas que nunca de los enemigos de la corona; pero, como continuaba con tanto ahínco la larga y sangrienta guerra contra la Francia y la Holanda, guerra que había apurado la monarquía de hombres y tesoros; como las quejas de catalanes, aragoneses y portugueses sólo podrían ser comprimidas por las grandes victorias, pareció indispensable levantar, a lo menos, hasta mil canarios y sacarlos de la defensa de sus hogares para que fuesen a adquirir honra en el ejército.

13. DON LUIS DE CÓRDOBA PRORROGADO. SUBLEVACIÓN DE PORTUGAL Y SUS CON- SECUENCIAS EN NUESTRAS ISLAS

Tanto resplandeció la prudencia del capitán general en este delicado negocio que, habiéndose cumplido el tiempo de su mando en 1640, suplicaron las Canarias al rey fuese servido continuarle para satisfacción de los pueblos. Consiguieronlo con universal gozo, y en prueba de ello contribuyeron las ciudades a la reedificación de las casas del presidente en la Gran Canaria, quemadas por los holandeses en la invasión de 1599.

Llegamos a una de las épocas más fatales de la monarquía española y quizá la más gloriosa para la fidelidad de las Canarias. El fuego de la rebelión catalana salta de golpe a Portugal. Vuela, el día 3 de diciembre (1640), la mina de la conspiración preparada en Lisboa y coloca sobre el trono de sus abuelos al indolente duque de Braganza, bajo el nombre de don Juan IV. Casi al mismo instante aquel fuego, como si fuese eléctrico, cunde hasta las extremidades del imperio portugués, bastando dos bajeles para propagar la revolución por todas las islas que poseía la nación en nuestro mar Atlántico, no siendo la Madera y Puerto Santo de las últimas.

Trajeron las primeras noticias a las Canarias sesenta soldados castellanos que, expulsados de la isla de la Madera violentamente, llegaron a Lanzarote a principios de 1641. Referían éstos que allí habían tomado las armas contra el rey de España hasta los estudiantes, frailes y clérigos, proclamando a su don Juan IV y apoderándose de las fortalezas y caudales públicos. Al oír semejante sublevación, atónitas, fieles e indignadas nuestras islas, no les quedó nada que hacer para calificar su antiguo celo a la monarquía y ponerse en mejor pie de defensa contra vecinos tan peligrosos. Casi todos los cabildos que celebró Tenerife por aquel tiempo, convocados por el corregidor Urbina, tenían esta materia por blanco. Lo primero que hizo la ciudad de La Laguna, en 4 de marzo,

fue una procesión general por la paz, gloria y conservación de la corona sobre las sienes del señor Felipe IV. Luego mandó ofrecer sus humildes servicios a aquel príncipe en cuanto alcanzasen sus fuerzas. Trató de municionar el castillo principal de Santa Cruz, atrincherar el de Paso Alto, concluir el baluarte de La Orotava, levantar un fuerte torreón en la Caleta de Negros, reparar el de Garachico. Hizo asiento con los mercaderes ingleses para que proveyesen las islas de toda especie de víveres y municiones. Y aun tomó la singular resolución de decimar todas las viñas del pago de Geneto, a fin de que, sirviendo a la labranza y a los pastos, abundasen más los granos y las carnes en Tenerife. [...]

16. INUNDACIÓN DE GARACHICO Y NUEVO VOLCÁN EN LA PALMA

Podemos llamar nuestro Deucalión a este nuevo corregidor de Tenerife [Alonso de Inclán Valdés], pues los principios de su mando se señalaron con el gran diluvio de Garachico. Sobrevino aquella memorable desgracia el día 11 de diciembre [1645], y sobrevino como el de Tesalia, no lloviendo en el pueblo sino en las montañas, donde se había formado una terrible balsa de agua que rompió de repente, echándose sobre el lugar que yace al pie. Perecieron más de cien almas. Quedaron arrasadas 80 casas en el barrio de los Reyes. Cegóse el puerto con la infinita piedra y guijo que arrastró el aluvión, retirando el mar un largo trecho y echando a pique más de 40 embarcaciones. La pérdida de las haciendas se consideró en más de 300.000 ducados.

En tal zozobra, acaso se hubiera sepultado todo Garachico debajo de sus propias ruinas, a no ser la singular actividad de su alcalde mayor el capitán Sebastián de Peralada, quien pasaba las noches enteras a la inclemencia con sus trabajadores, hasta que logró heroicamente divertir el barranco que amenazaba una completa desolación.

El ayuntamiento dio cuenta a la corte de aquel estrago, tan perjudicial a la real hacienda como al comercio; pero solamente los vecinos contribuyeron a los reparos.

Garachico, este lugar hermoseado por la naturaleza y ya desde entonces víctima de sus más crueles enojos, empezaba a convalecer de la inundación, cuando la isla de La Palma volvió a dar a las Canarias otro espectáculo bien triste. El 13 de noviembre [1646] reventó sobre Tigalate, cuatro leguas de la capital, un volcán, con tan horribles terremotos y truenos, que se asombraron las demás islas comarcanas. Cuatro ríos de materia inflamada corrieron hasta el mar, donde, congelados en lava y peña viva, le retiraron más de 300 brazas, uniéndose allí con el fuego y azufre de otras dos bocas abiertas casi a la misma lengua del agua. Fue imponderable el daño; pero ninguno más sensible que la pérdida del célebre manantial de Foncaliente o Fuente Santa, cuyas termas o caldas medicinales atraían con su virtud, aun desde Europa, a muchos sujetos infestados de la lúe venérea, por lo que fue conocida aquella tierra con el nombre de Indias de Foncaliente. Refiere Núñez de la Peña y consta de un acuerdo del ayuntamiento de La Palma que, habiéndose llevado con motivo de este contratiempo la antigua imagen de Nuestra Señora de las Nieves en rogativa desde su santuario a la ciudad de Santa Cruz, amaneció al día siguiente la cima cubierta de nieve y extinguido el volcán. [...]

18. NUEVO DONATIVO DE LAS ISLAS AL REY

Había fallecido en 1644 nuestra reina doña Isabel de Borbón, y en 1646 su hijo don Baltasar, príncipe de Asturias; de suerte que no dudó Felipe IV efectuar un segundo casamiento en 1647 con la archiduquesa doña Mariana de Austria, esposa destinada poco antes para el hijo. Con este motivo escribió a las islas dos cartas: la una participándoles la feliz alianza, y la otra pidiéndoles al-

gún subsidio para el viaje de la reina desde los confines de Alemania. Tenerife, sabiendo apreciar la confianza con que la honraba aquel gran príncipe, mandándola tener parte en el adorno de su tálamo real, aunque le había servido en diferentes ocasiones con más de 230.000 ducados, sin contar los demás públicos testimonios de su amor en otras bodas, nacimientos de príncipes, honras y aclamaciones; aunque en las Canarias sólo corría una moneda de malísima ley, por falta del comercio de Portugal y decadencia del de las Indias, con todo eso, pudieron hacer los vecinos nuevo esfuerzo y poner humildemente al pie del trono otros 10.000 ducados. [...]

20. HISTORIA DE LA JURISDICCIÓN EXENTA DE LA OROTAVA. TÍTULO DE VILLA. CONTRADICCIONES

La Orotava que, como ya dijimos, se había hecho desde la conquista de Tenerife un gran lugar por su numeroso vecindario, su mucha nobleza y sus edificios suntuosos, era la cabeza del distrito de Taoro, país el más ameno, rico y fecundo de todas las Canarias, que comprendía Los Realejos, la Rambla y aun el territorio de Chasna, a la otra parte de los montes del Teide. En población podía competir con la ciudad de La Laguna. En comercio hubiera vencido a Garachico, cabeza del distrito de Daute, a no ser que todo lo que Taoro excedía a Daute en frutos le aventajaba éste al otro en la bondad del puerto.

Para conseguir del modo posible conveniencia tan esencial, había fundado La Orotava en la costa inmediata, que sólo distará media legua, una como colonia de su propio vecindario que desde luego se ocupó en el comercio y pesca. Abrióse el Puerto Viejo en la caleta o ensenada del barranco que está hacia la parte occidental de la punta que forma allí la tierra. Pero, habiéndose echado a perder con una avenida y reconociéndose que las olas de

aquellos mares del Norte eran demasiado bravas en dicho sitio, se abrió el Puerto Nuevo que hoy existe, rompiendo Francisco Xuárez de Lugo las grandes peñas que servían de estorbo a la entrada.

Desde 1603 había tenido Antonio Luzardo de Franchy, regidor, comisión del ayuntamiento para formar la población, señalar sitios, arrifar calles y fabricar una iglesia con su plaza. Las casas de este fundador y las del coronel José de Llerena, doña Ana Ponte y Vergara, Francisco Valcárcel y Francisco Molina fueron las primeras de que hay memoria. El mismo Franchy empezó a fortificarle en 1604, construyendo dos débiles plataformas con artillería en el Puerto Viejo y levantando otras trincheras y reparos. Porque si bien en 1559, al tiempo de la visita que don Alonso Pacheco hizo de las armas, y en 1625, en la del general Irarrazábal, se había mandado fabricar un castillo, no se puso por obra el de San Felipe hasta el año de 1630, como diremos más adelante, sin que por eso dejasen de encontrar allí abrigo y defensa en los años de 1605, de 1611 y de 1617 diferentes embarcaciones seguidas de enemigos.

Tales fueron los principios del Puerto de la Cruz de La Orotava, población hermosa que desde luego fue creciendo con la frecuencia de varios extranjeros que, atraídos del comercio de vinos, acudían a disfrutar un cielo amigo y un temperamento agradable. Entre todos sobresalían los portugueses, cuyo trato era tan opulento en aquel siglo, que hubo año que despacharon de su cuenta cien embarcaciones, de donde es fácil inferir cuán grande sería allí el número de estos nacionales y cuánto cuidado darían a los naturales del país. Negó Portugal a Castilla la obediencia, y La Orotava, que veía su puerto como a discreción de aquella gente, redobló su atención. No fue en vano. Se llegó a traslucir que comunicaban con corsarios enemigos de España, y aun había sospechas de que ellos mismos salían al mar armados a infestar nuestras costas.

En tan críticas circunstancias no parecería verosímil que tuviesen valor aquellos hombres para solicitar que el Puerto se separase de la jurisdicción del lugar de La Orotava, su matriz; pero es cierto que lo alcanzaron del corregidor, quien no sólo quiso eximirlos del alcalde, sino que extendió los límites del Puerto hasta comprender en ellos muchas casas y haciendas de los vecinos de La Orotava, con la caleta y dehesa de los pastos comunes. Todavía llegaron a más los desaires de la colonia a su capital, pues hubo portugués que se atrevió a herir con una daga al caballero militar que mandaba la plaza, al ir a castigar la inobediencia de un soldado.

Estos desafueros, que el soborno y la distancia del recurso dejaban impunes, avivó el escozor de otros envejecidos agravios que experimentaba La Orotava de parte de la jurisdicción de La Laguna y apresuró la pretensión que meditaba de separarse de ella, erigiéndose en villa exenta con juez que conociese las causas de todo su distrito. Para promover este gran proyecto pasó a la corte, en calidad de apoderado, el capitán don Francisco de Franchy y Alfaro, regidor, caballero digno de emplear sus talentos, su espíritu y actividad en obsequio de la patria que amaba y para la cual debe ser amable su memoria. [...]

Estas razones corroboradas, no sólo con los informes favorables del capitán general don Pedro Carrillo y de los oidores de Canaria, sino también con un servicio a la corona de 3.800 ducados efectivos, facilitaron la pretendida merced por real cédula dada en Madrid a 28 de noviembre de 1648, reducida a los artículos siguientes:

- 1.º El rey separa el lugar de La Orotava, Los Realejos, Chasna y demás del distrito de Taoro de la jurisdicción del corregidor y su teniente general de La Laguna.
- 2.º La Orotava queda desde luego hecha villa y el corregidor le ha de nombrar perpetuamente un teniente letrado, castellano o natural, que resida en ella y que conozca en primera instancia de todas las causas del dis-

trito, sin que sus súbditos puedan ser desaforados. 3.º Se darán al teniente así nombrado 20.000 maravedís de salario del caudal de los propios, cuyas fincas estén en el mismo beneficio de Taoro. 4.º Los caballeros regidores avecindados en él pueden ejercer sus diputaciones y oficios. 5.º Estando el corregidor dentro de los límites de Taoro puede conocer de las causas de sus vecinos, como también cuando hiciere su visita general con dos regidores. 6.º Pueden avecindarse en dicho distrito hasta cuatro escribanos del número de la isla. 7.º Sólo podrá entrar con vara alta el teniente general de La Laguna pasando de camino a otros pueblos de jurisdicción no exenta. 8.º De las sentencias del teniente de La Orotava se ha de apelar a la Real Audiencia, si no es que sean de aquella cantidad en que se apela al ayuntamiento, el cual en ese caso nombrará por conjúdes dos regidores de la jurisdicción de Taoro. 9.º Siendo más conveniente que el Puerto de La Orotava, llave de la isla, sea conservado y defendido por sus mismos ilustres fundadores, que no por aquellos portugueses, ingleses, franceses y catalanes que sólo se avecindaron allí en calidad de comerciantes, nombrará La Orotava anualmente un alcalde pedáneo caballero hijodalgo notorio y vecino, que al mismo tiempo tenga a su cargo el cuidado de las fortificaciones, municiones y pertrechos con que los vecinos de la villa tenían defendida la costa. 10.º Este nombramiento se hará siempre el día de los Santos Reyes, presente el corregidor o su teniente de La Orotava, dos regidores, dos caballeros hijodalgos notorios y otros dos vecinos sacados por sorteo; despacharále título el corregidor, hará el electo pleito homenaje y se le entregarán con cuenta y razón las fortalezas de aquel Puerto. 11.º Al ayuntamiento de la isla le queda intacta toda su jurisdicción y autoridad como hasta allí. 12.º Para las alcaldías del distrito de Taoro nombrará el corregidor a los vecinos naturales de él más principales y virtuosos. 13.º El tribunal de La Laguna remitirá al teniente de La Orotava cualesquiera

procesos originales que hubiere pendientes de los vecinos de aquel distrito; etc.

El mismo día que despachó Felipe IV esta famosa carta de libertad bajó otra real provisión por la que se mandaba al licenciado don Pedro de Vergara, oidor de Canaria, diese a los vecinos de La Orotava la posesión de villa, separándola de la jurisdicción ordinaria de la ciudad de La Laguna. Volvió don Francisco de Franchy a Tenerife con la deseada gran carta. Era regular que la justicia y regimiento la hubiesen contradicho por política, pero no lo era que entre los mismos vecinos de los Reales se encontrase un partido de oposición. El ayuntamiento envió mensajero a la corte. Siguióse el pleito en la cámara de Castilla y se ensangrentó con un incidente ruidoso.

Habían obtenido los vecinos del Puerto cédulas confirmatorias de las datas de Las Caletas, que el corregidor y el concejo les habían concedido. Ya estaban plantadas de viña y bien cercadas, cuando he aquí que la noche del primero de enero de 1649 bajan de tropel más de 600 hombres de La Orotava, se echan sobre ellas, las talan, las descepan, demuelen las vallas y ejecutan otros estragos insolentes. Los dueños, que eran poderosos, echaron el resto para vindicar el insulto. Despacha el capitán general aviso a la Audiencia, y la Audiencia envía a la pesquisa un oidor cruel que, no pudiendo de otro modo, apeló al bárbaro medio de tormento para poner en claro la verdad. El inhumano vio morir a uno de los pacientes dentro de pocos días y dejó estropeados a otros para mientras vivieron. Penetrados de este espectáculo los caballeros de La Orotava, expidieron apoderados a todas partes, que representasen a favor de sus pobres compatriotas. Don Juan de Mesa fue enviado al capitán general, don Benito de Viña a la Real Audiencia y don Juan Francisco de Franchy volvió a echarse a los pies del rey.

Desde entonces los contrarios se hicieron enemigos acérrimos de la jurisdicción exenta de la villa, acusando a

sus vecinos de tumultuarios y a don Juan Francisco, su héroe, de principal cabeza del motín. El mismo oidor de la pesquisa pasó a Madrid para exclamar que, "antes que eximirlos, era menester subyugarlos". El diputado de La Laguna y don Felipe Pérez Cabeza, apoderado de Los Realejos, salieron al tanteo de los 3.800 ducados que había dado La Orotava, medio eficaz con que ganaron nueva real cédula en 22 de mayo de 1650, anulando el privilegio de villa.

Al golpe de tan terrible novedad no se acobarda don Juan Francisco. Redobra sus esfuerzos, sus empeños, sus sacrificios y la cantidad de dinero. La libertad de La Orotava estaba como en pública subastación. Él hace puja de otros 3.000 ducados y es admitida. Quiere el mensajero del cabildo salir también al tanteo, y el rey, por real cédula de 4 de diciembre de 1650, manda que no se admita, que se guarde la primera merced de villa exenta y que, si Los Realejos no tuvieren por conveniente el participar del privilegio, lo declarasen en concejo abierto, presente el capitán general o un oidor de Canaria.

En 15 de abril [1651] se presentaron estos despachos a don Alonso Dávila y Guzmán, quien dio a La Orotava la posesión de villa y entregó la vara de teniente al licenciado don Luis González Román, nombrado por el rey, gran jurista, gran defensor del privilegio y de quien hay clara sucesión. En 2 de mayo fue electo en toda forma por alcalde y castellano del puerto el maestre de campo don Alonso Xuárez de Ponte y Lugo, regidor. Publicóse bando, a toque de tambores, para que llegase este privilegio a noticia de los pueblos de la nueva jurisdicción. Tuvieron los vecinos de Los Realejos dos juntas con asistencia del capitán general y del oidor don Pedro de Vergara, en las que todos votaron que querían permanecer bajo la jurisdicción de la ciudad, con ser así que sólo distaban de La Orotava una legua, y cinco de la ciudad de La Laguna.

¡Qué no hizo todavía ésta para detener aquel golpe tan decisivo! El ayuntamiento nombró por protectores de

sus preeminencias a los regidores don Tomás de Nava Grimón y don Lope Fonte. Pero no había remedio. La Orotava había sido reconocida villa exenta. Los baldíos se le restituyeron. El puerto se entregó al mando de los caballeros del distrito. Los reos de la tala fueron absueltos. Grandes triunfos, a la verdad, si no hubiesen salido tan caros. No sólo costó el pleito y la merced más de 40.000 ducados, sino también la vida de don Juan Francisco de Franchy y Alfaro, varón memorable, honra, víctima y apoyo de la patria, pues adquirió para La Orotava la independencia y alcanzó para todas las Canarias, en fuerza de aquel excelente memorial (modelo de todos los memoriales por nuestras islas) que formó en Madrid motu proprio y dedicó a la ciudad de la Gran Canaria; alcanzó, digo, la continuación de su comercio de Indias, suspenso por real orden de 4 de febrero de 1649. [...]

26. ENTRA EN EL PUERTO DE SANTA CRUZ LA FLOTA DE DON DIEGO DE EGUES

Ya don Alonso Dávila había enviado a la corte al capitán Gaspar de los Reyes Palacios con la noticia del arribo del aviso, cuando en Tenerife se tuvo la satisfacción de ver entrar el día 22 de febrero (1657) la flota deseada del cargo del general don Diego Egues Viamont y del almirante don José Centeno Ordóñez. Permaneció en la rada de Santa Cruz hasta el 26, que se hizo a la vela para Cádiz. Pero al día siguiente, estando todavía a la vista, dos felices casualidades la obligaron a retroceder al mismo puerto.

Un marinero inglés, cogido en La Gomera y trasladado a Tenerife, declara que la armada de Blake ocupaba todavía las costas de España. Despacha al punto el capitán general un barco a don Diego de Egues con este aviso y le envía al inglés, a tiempo que pensaba en retornar a Santa Cruz por haberse rendido un palo a la

capitana. En efecto, toda la flota volvió a arribar el 2 de marzo. El 13 se determinó asegurar en tierra la plata y demás cargazón, y el 25 de abril, con noticia de la muerte de don Pedro Ursúa, marqués de Gerena y general de los galeones, que era cuñado de don Diego, hicieron veinticuatro horas la capitana y almiranta aquellos honores fúnebres que se acostumbran en la marina, funesto presagio del desastre que dentro de cuatro días había de experimentar toda la flota.

27. EMBÍSTELA BLAKE EN EL MISMO PUERTO. PÉGASE FUEGO. RESISTENCIA GLORIOSA DE TENERIFE

Corría la noche del 29 al 30 del mismo mes de abril, cuando llegó a Santa Cruz un barco de Canaria con el aviso de que el inglés venía con más de 36 velas sobre aquel puerto, con ánimo de sorprender la flota. Al punto se toca a rebato; corren al arma las milicias y pónese en tal movimiento la tierra, que a las 8 de la mañana del día 30, cuando dio fondo la escuadra enemiga enfrente de las naves cuya plata venían buscando, ya coronaban las fortificaciones y trincheras de la marina más de 12.000 hombres. El almirante Blake hizo intimar a don Diego de Egues que se rindiese; pero el intrépido español, "hombre de gran valor y conducta" (como confiesan los mismos escritores ingleses), teniendo bien regladas las cosas, respondió con estas palabras: —Que venga acá si quiere.

Blake quiso; y con admirable osadía se arrojó al empeño de forzar la plaza, batiendo con un fuego vivísimo las naves, castillos y reductos que, de su parte, le correspondían con acierto. Ya había dos horas que la flota se defendía; pero crecía el daño y a proporción del daño el peligro. En tal extremo, ejecutando las órdenes de la corte, se pegaron fuego a sí propias todas nuestras naves. Muchos enemigos que ya habían empezado la abordada

en sus lanchas perecieron, y con ellos muchos españoles. Algunos se salvaron a nado, saliendo a tierra por medio de los torbellinos de llamas y demás horrores de la artillería y el mar, mientras otros quedaron quemados o sumergidos. De la capitana murieron don Pedro de Argos, don Pedro de Medina, el piloto mayor Lázaro Beato, don Pedro Navarrete, el capitán Lizondo... Infundía terror aquella escena trágica, en que se veían perder tantas vidas y tantos buques. Pero lo que más sintió el P. fray Andrés Valdecebro, como él mismo refiere en uno de sus famosos libros, fue la pérdida que entonces hizo allí de cuatro colibríes o pájaros moscas que traía de la América embalsamados. [...]

30. ÉPOCA DEL FAMOSO IMPUESTO DEL UNO POR CIENTO EN TENERIFE. DONATIVO HECHO A LA CORONA

La época de este impuesto voluntario es la de los cabildos de 26 de mayo y 1 de julio [1659] en que Melgarejo presentó la carta de Felipe IV exponiendo los males de la obstinada guerra que sus reales armas sostenían contra franceses, ingleses, portugueses y catalanes, y la necesidad de que sus fieles y amadas islas contribuyesen con algún subsidio a la defensa de la corona. Hallóse Tenerife entre los escollos de su pobreza y su lealtad. Consideraba por una parte los cuantiosos donativos que tenía hechos, las cuatro levass, los gastos de fortificaciones, los continuos rebatos por tres años, la invasión de Roberto Blake sufrida por defender la real hacienda, la escasez y poco valor de los frutos, la decadencia del comercio. Pero por otra, no queriendo dejar de hacer el último sacrificio que debía a la gloria de la nación, acordó servir con 80.000 ducados, que se sacarían desde luego de lo que produjese por diez años el derecho de uno por ciento, sobre todo lo comerciable que entrase o saliese de sus

puertos, con un real de la salida de cada cuero vacuno, bajo las súplicas y condiciones siguientes:

1.^a Se ha de arrendar este derecho de orden del ayuntamiento con intervención del juez visitador. 2.^a Pasados los diez años, quedará enteramente extinguido. 3.^a El rey habrá de confirmar de nuevo las franquicias, libertades y privilegios concedidos a las Canarias por sus augustos predecesores. 4.^a El conocimiento que tiene el ayuntamiento de 30.000 maravedís en segunda instancia se ha de aumentar hasta 50.000. 5.^a En las visitas generales de la isla sólo llevará la justicia dos escribanos. 6.^a Los regidores precederán en las concurrencias. 7.^a El gobierno de la Real Audiencia de Canaria se encomendará de aquí en adelante a un regente, según leyes del reino, y no a un capitán general, por los grandes inconvenientes que se siguen. 8.^a Podrá el ayuntamiento costear las fiestas que hace por voto al sudor de San Juan Evangelista, que libró las islas de peste, y a San Plácido, que las libró de la langosta. 9.^a No concederá S. M. tenencias de regidores, pues aun el número de los propietarios es excesivo.

Aceptó don Juan de Melgarejo este donativo en nombre del rey, y a no ser la merced del gobierno de la Audiencia por regentes, sobre que resolvió consultar, concedió todas las gracias y condiciones propuestas, cuya confirmación y aprobación real no llegó de la corte hasta algunos años después. [...]

37. NUEVO DONATIVO. OPOSICIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE TENERIFE A LA ENAJENACIÓN DE ALGUNOS LUGARES DE LA ISLA

Entre tanto, los grandes empeños del erario obligaban al rey a pedir a las islas, en carta de 19 de septiembre [1663], un nuevo donativo para la conservación del tercio [de infantería canaria levantado para el ejército de Ex-

tremadura]. La ocasión parecía oportuna, porque ponía a Tenerife en estado de lograr un proyecto que le ocupaba mucho. Veía, pues, no con poco dolor, que algunos lugares importantes se iban alistando bajo las banderas, vasallaje y dominio de algunos caballeros, a título de compra de jurisdicción a la corona. La villa de La Orotava estaba exenta. La casa de Ponte había adquirido el señorío de la villa de Adeje. Don Fernando del Hoyo, el del valle de Santiago. Don Tomás de Nava Grimón tenía en ajuste el del Realejo de Abajo, pueblo de 350 vecinos, bien que la fama de esta compra no era más que un puro golpe de política.

Porque, considerando aquel ilustrado patriota que semejantes ejemplares serían en breve la ruina y envilecimiento del país, se había opuesto con vigor en el ayuntamiento a las desmembraciones, imagen del tiempo bárbaro de los feudos. Ponte y Hoyo tuvieron, sin embargo, mayor partido de regidores. Pero don Tomás de Nava halló un medio más eficaz de abrirles los ojos. Ajustó con el rey el señorío del Realejo de Abajo, lugar de segundo orden en el centro de Tenerife y habitado a la sazón por muchas familias distinguidas. Al instante, el clamor universal.

El ayuntamiento de la isla sobresaltado convoca a cabildo general abierto todos los pueblos, el clero, la nobleza; escribe al capitán general, a la Real Audiencia, al obispo, al cabildo eclesiástico, a las ciudades. Y habiendo celebrado diversas juntas, en la segunda, del día 6 de octubre (1663), se resolvió: Que se tanteasen los lugares vendidos, pidiendo a los vecindarios una contribución voluntaria. Que, sacada que fuese la cantidad precisa, se remitiese a la corte a don Francisco de Espinosa y León, regidor y mensajero de Tenerife, quien, después de haber ejecutado el tanteo, pediría a S. M. se sirviese vender al ayuntamiento y vecinos, por vía de contrato perpetuo y oneroso, el privilegio negativo para que no se pudiesen enajenar en la isla ningunos lugares, ofreciendo hasta 20.000 ducados por él; único medio, decían, de evitar los

muchos inconvenientes que de lo contrario se originaban en la defensa de la patria, en la administración de la justicia, en la unión de los pueblos e inmediata protección del soberano.

En este estado de las cosas llegó la referida carta del rey pidiendo el nuevo donativo. Celebróse otro cabildo general en 1.º de julio [1664], y la isla ofreció cien mil ducados, parte por el privilegio negativo de vender las jurisdicciones y parte para la guerra de Portugal. Esta suma se debía sacar de las contribuciones gratuitas, porque, como no se había verificado la aprobación del impuesto del uno por ciento, consignado en 1659 por diez años, para el donativo de los 80.000 ducados de Melgarejo, lo había mandado el ayuntamiento suspender en 1661. Pero llegó aquella aprobación por último, y llegó con las gracias y condiciones con que Melgarejo le admitió; además, la facultad de que la ciudad pudiese nombrar dos regidores de su cuerpo para fieles ejecutores. Llegó asimismo el ajuste que había hecho el mensajero con el rey de 50.000 ducados de plata por el privilegio negativo de vender las jurisdicciones y por el tanteo de las vendidas. Llegó después de la corte la aceptación y gracias por los 100.000 ducados; hízose la colecta entre los vecinos.

Pero lo que hubo de calmar enteramente estos cuidados fue la solicitud de don Jerónimo de Benavente y Quiñones, por cuya mediación se allanaron los tres nuevos señores a la dejación de sus derechos y al tanteo de los lugares. Don Tomás de Nava, que mantenía la más íntima confianza y amistad con el general, cumplió fielmente su palabra, mientras los otros se mantuvieron en la posesión de los señoríos, con pretexto de que el ayuntamiento no les reembolsaba lo que les habían costado. [...]

45. GRANDES DISTURBIOS A CAUSA DE LA COMPAÑÍA DE VINOS FORMADA POR LOS INGLESES

En efecto, luego que Carlos II de Inglaterra volvió a subir al trono de sus padres y se ajustó la deseada paz con España, abriéndose el comercio, no descuidaron los ingleses en venir a hacer a nuestras islas el de las malvasías, tan de su gusto en aquella edad. Para esto y huir el cuerpo al precio excesivo, creyeron algunos mercaderes de Londres que sería muy ventajoso a su nación formar una Compañía de Canarias. Formóse con privilegio real, y enviaron al punto a Tenerife agentes y factores que, unidos en la fatal idea de comprar aquel fruto a precio ínfimo y de vender sus efectos al más supremo, no pudieron ocultar a los cosecheros las perniciosas consecuencias de aquel monopolio ni evitar la general ojeriza de los pueblos.

Ésta llegó a ser tal en 1666, que el ayuntamiento, favorecido de los oidores de Canaria, acordó que todos los corresponsales y factores ingleses fuesen extrañados de las islas y que ningún propietario de viñas osase vender a la compañía de Londres sus frutos, bajo las más severas penas. Al eco de tan memorable ordenanza se desmandan algunos vecindarios, salen por las noches cuadrillas de trescientos a cuatrocientos enmascarados con el nombre de "clérigos". En Garachico, donde se hacía el principal acopio de las malvasías, violentan las bodegas en los primeros días de agosto, rompen las cubas, corren arroyos de aquel dulce licor y sucede una de las inundaciones más extrañas que se pueden leer en los anales del mundo.

El "derrame del vino" es la época de las mayores disensiones de las Canarias, porque por ambas partes se suscitaron poderosas facciones. Los capitanes generales protegían el comercio exclusivo de los ingleses; la Audiencia y las ciudades defendían la libertad de los cosecheros. Entre los ministros de aquel tribunal se había distinguido,

por su celo a favor de la causa pública [...] don Martín Bazán de la Ralde; pero este celo, quizá heroico, tuvo la desgracia de parecer amargo al conde de Puertollano, y aun de irritarle, cuando se opuso en la Audiencia a cierta real cédula que habían obtenido los comerciantes con siniestros informes. [...]

48. PRIMER OIDOR FISCAL EN LA AUDIENCIA

Dos años después (1673) tuvo a bien la reina gobernadora nombrar uno de los cuatro oidores de la misma Audiencia por fiscal. Fuelo, por muerte de un caballero vizcaíno que falleció en el viaje, el doctor don Bartolomé López de Mesa, natural de Sevilla. [...]

50. DEL CAPITÁN GENERAL DON JUAN DE BALBOA. NUEVOS DONATIVOS DE LAS CANARIAS. CON QUÉ CONDICIONES [...]

El tiempo de don Juan de Balboa fue el de los nuevos donativos de las Canarias, porque era el tiempo del mayor desorden de las rentas de la monarquía y del ambicioso poder de Luis XIV. Tenerife sirvió primero con 90.000 ducados, incluso los 80.000 ofrecidos por el privilegio negativo de vender las jurisdicciones. Aceptólos la reina; extendió el derecho del uno por ciento hasta reembolsarlos, y, en real cédula de 23 de marzo de 1671, nombró por juez conservador de su cobranza al mismo capitán general.

Aprobado así el privilegio negativo de las jurisdicciones, el corregidor don José Pérez Valcárcel, que había sucedido en octubre de 1669 a don Martín de Mirabal, quiso ponerlo en práctica. Para esto era necesario que el ayuntamiento y el capitán general, como comisionado, otorgasen una escritura. Nombráronse dos regidores a es-

te fin; pero las villas de Adeje y de Santiago son hasta el día de hoy lugares de señorío.

Vuelve la reina a pedir otro donativo [1675], obligada de la cruda guerra contra la Francia y de las necesidades del reino. Hállase con este nuevo encargo el general; y la isla de Tenerife le saca con aire ofreciendo poner en España 34.000 pesos y librando sobre el uno por ciento su reembolso. Pasa a la corte con esta cantidad y en calidad de mensajero don Diego de Ponte, regidor, y pide entre otras gracias remuneratorias: 1.º Que corriese por diez años el permiso de los cinco registros a Indias, concedidos para plazo más corto. 2.º Que no fuesen a islas receptores del supremo consejo a residencias ni otras comisiones, como ni tampoco los enviase la Audiencia de Canaria a las demás islas. 3.º Que se interesase la corte de Madrid con la de Londres para que cesase la prohibición de introducir los vinos de nuestras islas en las Barbadas, etc.

Por Barbadas entendían entonces los canarios todas las colonias e islas que poseía la Gran Bretaña en la América. Pero la Barbada propiamente, a la cual debía aquel comercio su nombre, es una isla que habían poblado los ingleses en 1629. Con no tener más que 8 leguas de largo y 4 de ancho, llegó a una población de cien mil almas y a un comercio que ocupaba 400 navíos. Este año de 1676 era la época de su grandeza. Tenerife hacía con ella un tráfico floreciente de sus vinos. Pero luego que Carlos II de Inglaterra casó en Portugal, queriendo la reina favorecer a los portugueses, consiguió la prohibición de que sus vasallos transportasen los vinos de Tenerife a las colonias. Golpe tan feliz para la isla de la Madera, como infausto para las Canarias, por más que imprimieron en Madrid un gran memorial y que el rey encargó al marqués de Canales, su embajador en Londres, pasase eficaces oficios cerca del ministerio inglés y alegase tratados de paz y motivos de conveniencia. [...]

56. DEL CAPITÁN GENERAL DON FÉLIX NIETO. SU CARÁCTER. NUEVO DONATIVO POR SU MANO A LA CORONA [...]

En efecto, se puede decir que don Félix Nieto de Silva, del orden de Alcántara, conde de Guaro, patrono del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, sargento general de batalla, general de la artillería y del supremo consejo de guerra, ha sido, en la serie de los capitanes generales y presidentes de la Audiencia de Canaria, lo que Teodosio el Grande entre los emperadores. Nombrado en agosto de 1680, no llegó a islas hasta diciembre. Y desde luego pareció el objeto general del cariño, ya por su piedad, su mucha virtud, su benevolencia, su cortesía; ya por su celo, desinterés, espíritu de justicia y de paz. ¡Qué general aquel que apenas contaba tres meses de su empleo, cuando el ayuntamiento de Tenerife, que había muchos años que no elogiaba generales, llamó santo y ejemplar su gobierno, informando al rey el gozo de todos los vecinos y dándole reverentes gracias por la merced de haber enviado a Canarias tan digno jefe!

Ésta era la voz unánime de los tribunales, ministros y habitantes de la provincia, prendados de la discreción y tino con que don Félix Nieto trataba los negocios más arduos. Pide Carlos II en 1681 un nuevo donativo a las islas, "fiando del amor y celo con que siempre le habían servido estos vasallos". Expone el general tan agradable como elegantemente al ayuntamiento de Tenerife los triunfos de los enemigos de la corona y el atraso del real erario. Y añade la isla 20.000 pesos a los 30.000 que dos años antes había librado sobre el uno por ciento. Son dignas de memoria las gracias que por este servicio se alcanzaron.

"1.^a Que, mientras dichos donativos corriese, se sacasen 2.000 pesos todos los años para las fortificaciones del puerto de Santa Cruz. 2.^a Que, estando para expirar el permiso de 600 toneladas a la América, concedido por cuatro años, se ampliase a mil toneladas por diez

años más. 3.^a Que el ayuntamiento presentase en el Juzgado de Indias los navíos que creyese más útiles a los vecinos. 4.^a Que, en atención a que éstos eran unos verdaderos soldados que hacían el servicio como en frontera de enemigos, siempre corriendo a las armas, errantes e inciertos por las costas marítimas de las islas, adonde les llamaban las invasiones, frecuentes amagos y apariciones de armadas enemigas o amigas que no era fácil conocer, se dignase S. M. conceder a los milicianos que saliesen de islas a su servicio en guerra viva el privilegio de que se les admitiese para los ascensos en el ejército con el mismo grado que hubiesen ocupado en las milicias de Canarias". [...]

57. NUEVA LEVA PARA FLANDES. RINDE UN ARMADOR CANARIO A UN CORSARIO FRANCÉS. ELOGIO DE DON FÉLIX NIETO

Manda el rey, en 1684, hacer una leva en nuestras Canarias para servir en Flandes, donde se había encendido nueva guerra; y don Félix Nieto de Silva obtiene 300 fanegas de trigo de los propios de La Laguna y 20 pipas de vino de los regidores, para subsistencia de los soldados. Apóstase un corsario francés sobre las islas, infesta nuestras costas, apresa nuestras naves, cierra nuestro comercio, y don Félix, armando una fragata a costa de la ciudad y equipándola de buena gente, la entrega al capitán Juan Quintero, que vuelve al puerto victorioso.

Pero, para referir todos los sucesos que honran la memoria de este grande hombre, será bastante extractar el panegírico que, por modo de informe, le hizo el citado ayuntamiento, luego que dejó el mando. Él es la historia de su gobierno. Elogiábale, como de virtudes entonces muy heroicas, ya de la justicia, paz y buena armonía que había conservado para con todos, ya de que no se había entrometido en las jurisdicciones ajenas, y ya, en fin, de que no había sostenido ninguna competencia con la Real

Audiencia, con los regidores ni con los demás tribunales. Elogiábalo de la rara atención y dulce urbanidad con que había honrado las ciudades y ayuntamientos, respetando y aun ensanchando sus privilegios y franquicias. [...]

Elogiábale de la singular vigilancia con que había prevenido la miseria común en 1683 y 84, conduciendo largas cantidades de granos, haciendo pósitos, aconsejando al ayuntamiento para que acopiase bizcocho y fundando una nueva alhóndiga, para la cual contribuyó el rey con 200 fanegas de trigo de sus tercias. Elogiábale, en fin, con ternura, por el monumento de afecto paternal que dejaba a los pobres en un pozo que abrió extramuros de la ciudad de La Laguna, obra tan útil para los vecinos como para sus animales. Por la mansedumbre con que había hecho siempre las revistas y alardes de las milicias, sin gastos y sin vejaciones. Por el celo con que hizo fortificar aquella parte de la marina de Santa Cruz por donde entraron los conquistadores en la isla, desde donde dicen el Barranco de Caballos hasta el castillo de San Juan, en Caleta de Negros, aumentando las demás obras, manteniendo el castillo de Paso Alto, que se intentaba demoler, y visitándolo todo por sí mismo. [...]

Súpose, pues, en la primavera [1685] que nuestro capitán general tenía nombrado sucesor; noticia de desolación para los isleños, quienes, no por la tostada de chocolate que daba al ángel de guarda de su criada ni porque servía a la mesa a los religiosos el día de su patriarca ni por otras pequeñeces de esta línea, sino por las grandes virtudes con que había gobernado y edificado los hombres, oyeron que los niños, en medio del general dolor, cantaban este expresivo verso, que vale más que todos los referidos elogios:

*Cuájese la mar salada,
Y don Félix no se vaya. [...]*

LIBRO XV

[...]

4. DEL CAPITÁN GENERAL CONDE DEL PALMAR [...]

Don Pedro de Ponte Llerena Hoyo y Calderón, de quien empezamos a dar noticia en el antecedente libro, procedía de las familias más ilustres de Tenerife y estaba emparentado con toda aquella nobleza titulada. Había nacido en Garachico y era regidor y caballero del orden de Calatrava, cuando salió con otros dos hermanos suyos a servir en el ejército de Extremadura contra Portugal, con grado de capitanes de infantería del tercio de Canarias. [...]

5. CIRCUNSTANCIAS DE SU ENTRADA EN LA PATRIA. QUEMA DE GARACHICO

Las Canarias dieron las más reverentes gracias al rey, por haberlas atendido con un jefe conciudadano. La Real Audiencia le recibió con complacencia a principios de julio de 1697. Tenerife le envió una diputación de los regidores don Lope de Mesa y don Pedro de Castilla. [...]

Es dolor ver empezar la parte más brillante de la carrera de tan grande hombre por semejantes bagatelas. Harto mal agüero habían sido los dos tristes incen-

dios que precedieron en Tenerife a la entrada del conde del Palmar. El día 19 de marzo se quemaron en Garachico, su patria, 109 casas con el convento de padres agustinos. La noche del 2 de junio ardió en la ciudad de La Laguna el monasterio de las monjas de Santa Clara, pereciendo en las llamas todo lo más sagrado del culto. Las religiosas hallaron protección en el ayuntamiento y corregidor don Juan López de Utrera, sucesor de don Félix Brito desde octubre de 1696.

6. PESCA DE LA COSTA DE ÁFRICA. COMERCIO DE VINOS CON LAS BARBADAS. COMERCIO DE LAS INDIAS

Mucha más constante protección requería el preciosísimo ramo de la industria canaria; quiero decir, la antigua pesca de la costa de Berbería, que, siendo casi de primera necesidad para la subsistencia de los isleños, pudiera ser un manantial de su riqueza y ceder en grande utilidad de toda la nación. Pero esta industria, nunca bastantemente alabada, había estado siempre como abandonada al cuidado y economía de los mismos pobres pescadores que, sin otra providencia que la del cielo, se vieron muchas veces insultados de los piratas y esclavos de los moros. Había algunos años que los capitanes generales Nieto, Varona y Eril trataban de dar a la pesca protección y seguridad. Una fragata guardacostas parecía el medio más oportuno para que, convoyando los barcos, los pusiese al abrigo; pero se veían obligados a desistir, no encontrando fondos suficientes para el gasto.

A los principios del mando del conde del Palmar, quiso la corte tomar conocimiento de este asunto. Se esperaba que contribuyese a la deseada protección. Sin embargo, todo se redujo a despachar una real cédula [1698], por la que se mandaba que las islas armasen de su cuenta aquel guardacostas. Las islas estaban demasiado exte-

nuadas para hacer semejante esfuerzo; y la pesca, libre ya de los armadores franceses por la paz de Ryswick, continuó como pudo, sin convoy.

Al mismo tiempo se movían todas las posibles agencias, para reanimar el comercio de vinos con las islas Barbadas, otro ramo seco de la subsistencia del país. El mismo conde del Palmar, como regidor de Tenerife, acompañado de los licenciados don Juan de la Torre y don Francisco Ferraz de Caraveo, celeberrimo jurisconsulto que honraba las Canarias y era oráculo de las leyes en Madrid, había impreso en esta corte dos memoriales al rey sobre aquella materia. El rey había mandado a su embajador y cónsul general en Londres se interesasen por las islas. Pero los ingleses sólo estudiaban el modo de sacar clandestinamente la poca moneda que de la América llegaba a las Canarias, por más vigilancia que se pusiese para impedirlo.

Este comercio de la América, siempre precario para nuestras islas y siempre limitado a frutos, puertos y tiempos, a número, peso y medida, se acababa de prorrogar por algunos pocos años, con la carga de transportar familias a la isla Española y el impuesto de diecisiete reales y medio por tonelada, destinados para el seminario de San Telmo de Sevilla. Es verdad que se concedían diez plazas perpetuas a otros tantos jóvenes canarios que quisiesen ir a estudiar allí náutica y pilotaje. Pero esta transmigración era costosa, y las islas no hubieron menester el seminario de Sevilla para producir los más excelentes pilotos y los escritores más acreditados del arte. [...]

7. MUERTO CARLOS II, ¿A QUIÉN DESTINABAN LAS CANARIAS EL TRATADO DE PARTICIÓN? ANTICÍPANSE LAS ISLAS A PROCLAMAR A FELIPE V

Considérese un rey débil y moribundo, sin vigor, sin hijos, sin calor natural, que se creía hechizado y a quien nada atormentaba tanto como a su testamento; una corte llena de facciones y tramas; una nación atónita de ver la audacia con que la política de los potentados de Europa quería dar leyes y hacía tratados de partición de los dominios españoles, como de regiones bárbaras o desiertas. París, Viena, Munich, esperando con ansia la inmensa herencia del rico testador. ¡Qué época tan triste en la historia de España! Según el primer tratado de repartición, hecho en La Haya, debían pertenecer las Canarias al príncipe electoral de Baviera; según el segundo, hecho dos años después en Londres, tocaban al archiduque Carlos.

Pero el grande árbitro de los destinos de la España las tenía concedidas, con todas las 22 coronas, a Felipe de Borbón, duque de Anjou. Muere Carlos II el día primero de diciembre de 1700. Su testamento, en que llamaba al trono al hijo segundo del delfín de Francia, su sobrino, se abre en Madrid. Envíase copia de esta cláusula a las Canarias, como a los demás reinos de la monarquía; mas no llegan las órdenes para proclamar a Felipe V. Tenerife, impaciente y celosa de que otras ciudades de la Península se adelantasen a rendir este debido culto de su lealtad a un príncipe que con anticipación amaban, celebra algunos memorables cabildos [1701], ya para escribir a S. M. una humilde carta felicitándole de su venida a España y ascenso al heredado trono, ya para pedirle facultad de enviar a la corte, con ocasión de tanto júbilo, un mensajero que besase su real mano en nombre de las fieles islas, ya en fin, para proceder a las fiestas de la proclamación sin esperar las lentitudes de los despachos de Madrid, expuestos a las contingencias del

mar. Consultóse este último acuerdo con la Audiencia y con el capitán general. Convienen todos en que Felipe V debe ser proclamado sin pérdida de tiempo. Señálase el 27 de julio, día de San Cristóbal, el más célebre por haberse conquistado Tenerife en otro semejante. Nómbranse cuatro diputados para las fiestas: don Gonzalo de Ocampo, don Lope de Mesa, don Pedro Colombo y don José Lordelo; y estas fiestas se ejecutaron con la posible pompa y el alborozo más universal de los pueblos. [...]

9. ESTADO EN QUE SE HALLABAN ENTONCES

Ya estaba proclamado allí Felipe V y era aplaudido su nombre en las Canarias, cuando se leyó el 29 de julio de 1701 una carta de S. M. escrita por el marqués de Campollano, manifestándoles su soberana gratitud por la carta de 22 de marzo, "en que con tanto celo, amor y lealtad" le habían dado el parabién de su feliz venida a España y coronación. Que igualmente había sido de su real agrado la demostración de querer enviarle mensajero para besar su mano; pero que, considerando por una parte lo dilatado del viaje, gastos y contingencias, y consultando por otra con las conveniencias y alivios de estos vasallos, era su voluntad dispensarlas de aquel obsequio.

Al mismo tiempo participaba el rey su ajustado casamiento con la serenísima princesa María Luisa Gabriela de Saboya, a cuyo fin pedía que las islas le sirviesen con un cuantioso y pronto donativo. Las Canarias celebraron con especiales regocijos aquellas amables bodas que unían al trono una princesa joven, hermosa, dotada de espíritu y valor, y pusieron a sus pies, por mano del capitán general, 20.486 escudos de plata, cuya colecta se había hecho en todos los pueblos de las islas.

Desde aquí empiezan ellas a sacrificarlo todo por su soberano. ¡Qué cuidados a vista de la terrible agitación

de la Europa que, como el bramido del mar, anunciaba la próxima borrasca de una guerra sangrienta contra Felipe V! El emperador Leopoldo, por coronar al archiduque Carlos de Austria, su hijo segundo; la Inglaterra, la Holanda, la Saboya y el mismo Portugal, que habían reconocido al duque de Anjou por rey de España, se coligan para derribarle del solio en que acababa de sentarse y oprimirle con un diluvio de enemigos. Y, por ventura, ¿era prenda segura la fidelidad doméstica? ¡Qué cuidados también en nuestras islas, a vista de la obstinada esterilidad de los cuatro primeros años del siglo que, despojando las de Fuerteventura y Lanzarote, infestó las demás con la epidemia de que murieron más de 6.000 personas! En Tenerife se introdujo el vómito negro de La Habana en 1701, con cuyo motivo se llevó la imagen de la Candelaria a La Laguna. [...]

10. VOLCANES DE GÜÍMAR EN 1705 [...]

Pero, ¿de qué rogativas no necesitaba entonces Tenerife? Una suerte atroz le preparaba tan funesta calamidad, que la misma imagen de Candelaria había de desamparar precipitadamente su santuario. Hablo de los volcanes de Güímar. Desde la Nochebuena de 1704 empezó a temblar la tierra con tal violencia, que se habían contado 29 terremotos antes de amanecer. Continuaron hasta 27 de marzo del año siguiente [1705], repitiéndose diez o doce veces al día, efecto sin duda de que, irritados los azufres, sales, aguas y fuegos subterráneos, de que las Canarias abundan, por hallar el paso cerrado a la ordinaria respiración del antiguo volcán del Teide, se daban prisa a reventar por sus faldas.

La primera erupción se verificó el 31 de diciembre en el Llano de los Infantes sobre Icore, en el país de Güímar. Solamente corrió el tercio de una milla. La segunda en 6 de enero de 1705, distante una legua de la otra, junto a la cañada de la Almerchiga. Corrió legua y me-

dia por la madre del barranco de Areza o Fasnía, que, siendo muy honda, la dejó a nivel con la demás tierra de los bordes; pero el día 13 se extinguió. La tercera erupción fue el 2 de febrero al anochecer, a dos leguas del antecedente, por entre los dos roques. Esta corriente se dividió en dos brazos: el uno corrió más de una legua por el barranco de Arafo hasta cerca del mar; el otro se extendió por el Melosar, de donde arrancó tercer brazo que amenazaba echarse sobre el lugar de Güímar, a no haber encontrado estorbo que le obligó a retroceder.

Como esta explosión última aconteció el mismo día de la Purificación, en que se celebra la magnífica fiesta de Nuestra Señora de Candelaria, a que concurre gran parte de la isla, fue la tribulación imponderable. Sacudido el templo de los temblores, amenazaba ruina. Todos huyen; sólo se oyen clamores. Sacan a toda prisa la custodia, los vasos sagrados, las reliquias, la imagen a los arenales vecinos. Transpórtanla de allí a La Laguna, en donde se mantuvo hasta el día 5 de mayo, a causa de los novenarios que se le hicieron, el primero por el ayuntamiento, el segundo por el capitán general Otazo, que manifestó en esta ocasión todo su celo, y el tercero por los caballeros ciudadanos, a que dio principio don Alonso de Nava Grimón, marqués de Villanueva del Prado.

Días fueron aquéllos de amargura para la isla; pero la villa de La Orotava era el pueblo más tribulado de todos. Su situación a la falda opuesta del monte por donde rompían los volcanes le hacían sentir más fuertemente los temblores y ruidos subterráneos, que cada poco tiempo se repetían. Veíanse las casas abandonadas, y aun estando abiertas no se cometían robos. Los hombres andaban macilentos y parados de muerte, acantonados en los despoblados y viñas. Conservábase el Santísimo en el campo raso. Sólo se oían sermones, deprecaciones, confesiones y penitencias. En medio de tan tremendos días de juicio, falleció el 31 de enero, bajo de una barraca ar-

mada en una de aquellas haciendas, el ilustrísimo obispo don Bernardo Suazo de Vicuña, cuya pérdida redobló las desgracias. [...]

12. VOLCÁN QUE EN 1706 DESTRUYE EL LUGAR Y PUERTO DE GARACHICO

Todavía vamos a ver objetos tristes, que exigieron fervorosas plegarias. Las profundas entrañas del Teide no se habían acabado de descargar de su materia combustible, y Garachico fue víctima de un nuevo volcán. Era Garachico aquel lugar delicioso y puerto de mar opulento, del cual nos dejó la siguiente descripción el P. fray Andrés de Abréu: "Está la alegre y hermosa situación de Garachico al pie de un risco que se levanta por la parte del sur, tan empinado que no parece sino antepecho de esmeralda en que descansa el cielo... tan derecho... que su misma elevación protesta sus trabajos en el continuo sudor de muchas copiosas fuentes... Es verdaderamente deleitable a la vista, porque todo el año se viste de una agradable primavera que, en la amigable composición de pensiles y montes, mezcla frondosas vides y variedad de plantas fructíferas... con la permanente frescura de árboles silvestres... Por la parte del norte se halla el lugar sitiado de la jurisdicción del mar, a quien embravecen tanto los enojos del cierzo que suele salir de su curso y atravesar las calles".

En efecto, un paisano podía cazar y pescar al mismo tiempo, porque llegaba el bosque hasta la bahía. Ésta era admirable: de las casas que la rodeaban y de un paseo que llamaban las Barandas, se alcanzaban las mercaderías y se hacían los ajustes con los navíos y los barcos, como si fuesen tiendas. Aquí estaba el comercio de América y del Norte. Había grandes almacenes, vivían muchos caballeros de título y de las órdenes militares; casas como palacios, excelente iglesia parroquial, un hospital, tres con-

ventos de religiosos y dos de monjas; por eso se decía: "Garachico, puerto rico".

Ya en 1645 lo había anegado un gran diluvio; ya el mar embravecido le había destrozado muchas veces; ya el fuego le había devorado más de cien casas en la calle de abajo. Pero estaba reservado para un volcán el consumir la obra de su ruina, a que, por decirlo así, habían conspirado los elementos. El día 5 de mayo de 1706 reventó por la cima del alto risco y corriendo arrebatadamente sobre el pueblo aquel feroz torrente de peñas y materia encendida en dos brazos, trastornaba y reducía todo a cenizas. Un brazo tupió el puerto, retirando el mar y dejando sólo un caletón incómodo, aun para los vasos pequeños. Otro abrasó la iglesia parroquial, el convento de San Francisco, el monasterio de Santa Clara y toda la calle de arriba, donde estaban los edificios más suntuosos, de que se conservan nobles fragmentos.

Apenas tuvieron tiempo y valor aquellos habitantes para huir de la nueva tierra de Pentápolis. Mujeres, viejos, niños, religiosas, enfermos, unos a caballo, otros a pie, otros por la mano, otros a rastras, salieron de tropel hacia Icod, cargados de las alhajas más preciosas. Mucho resplandeció en esta catástrofe la generosidad del ayuntamiento, contribuyendo sobre todo con un subsidio para conducir las religiosas a La Laguna, pero mucho más la generosidad del general don Agustín de Robles, que, habiendo asistido con el mayor desvelo al alivio de este desastre, gastó más de 3.000 pesos de su caudal para llevar desde muy lejos el sustento a aquellos vecinos errantes y facilitarles caballerías para el transporte. La pérdida fue imponderable y la mutación del terreno espantosa. El "antepecho de esmeraldas" pareció cubierto de tostadas bayetas. Desaparecieron las viñas, las aguas, los pájaros, el puerto, el comercio y el vecindario. [...]

14. INVADE LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE GENINGS EL PUERTO DE SANTA CRUZ DE TENERIFE. VALOR Y LEALTAD CON QUE ES RECHAZADA

Pero el triunfo de la más exacta fidelidad canaria fue aquel que, dos meses después, hizo tanto eco en el mundo y la ensalzó en el concepto de las naciones. Los ingleses, que habían saqueado el Puerto de Santa María, quemado en Vigo los galeones, insultado a Cádiz, tomado a Gibraltar y sometido la Cataluña y reino de Valencia para el archiduque con una facilidad asombrosa, se lisonjaban que igualmente le someterían las Canarias sólo con presentarse armados y hacerse obedecer. A este fin, se dirigió a ellas la escuadra del general Genings, compuesta de 13 navíos, el menor de los 11 de a 60. El 5 de noviembre, a las cinco de la tarde, se avistaron 10 sobre la primera punta de Tenerife; y, aunque se discurrió que podrían ser mercantes y pasajeros a la América, se tocaron las cajas militares para seguridad de las costas, a cuyo estruendo cargó alguna gente a la marina. Al rayar el alba del día 6, se reconoció que se acercaban al puerto de Santa Cruz; y, viendo que a las ocho de la mañana ponían banderas francesas, mudándolas poco después en inglesas de color azul, no quedó duda del desigmo con que el enemigo se avecindaba.

Sin embargo, no hubo sorpresa, porque desde la noche antecedente se había conmovido toda la isla con un rebato general; y era tal el ardimiento de los pueblos, que amanecieron en Santa Cruz más de 4.000 hombres de los tercios circunvecinos, ansiosos del combate. Ya había acudido armada toda la nobleza, y esto de tal modo que, aunque el coronel de la caballería de la isla, don Francisco Tomás de Alfaro, estaba en el puerto de La Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz, cuando recibió la orden de marchar, "pudo tanto su celo en el servicio del rey, que amaneció coronando el puerto con su gente, emulándose tanto en estas acciones los demás ca-

balleros que, impacientes algunos de no tener prontos los caballos equipados, marchaban a pie a esperarlos al camino, mostrándose todos con gran fiereza en esta acción, no siendo el que menos lo expresó el marqués de Villanueva del Prado”.

Fuera de aquellos 4.000 hombres, se hallaban prontos los otros tercios de la isla sobre las armas, en la ciudad de La Laguna, distante una legua de Santa Cruz, esperando la primera orden del corregidor y capitán a guerra don José de Ayala y Roxas, que mandaba en esta ocasión las armas, por ausencia del capitán general don Agustín de Robles, quien se había embarcado con precipitación dos días antes a la Gran Canaria, para hacer personalmente la guerra a la Real Audiencia.

Así que los navíos ingleses estuvieron acordonados con las proas al puerto y a tiro de nuestra artillería, empezó a hacerles fuego el castillo principal de San Cristóbal, del cual era gobernador don Gregorio de Samartín. Siguió su ejemplo el capitán don Francisco José Riquel, que lo era del de San Juan, y todas las demás baterías con la mayor viveza. Toda la escuadra correspondió granizando innumerables balas que por fortuna no ofendieron. Y ya había durado dos horas el reñido combate, cuando echaron al agua los ingleses 37 lanchas con mucha gente de desembarco; si bien fue tal el fuego que se les hizo de nuestras fortalezas y tanto el daño que recibían los bajeles que más se habían acercado, que les fue forzoso retroceder a socorrerles. No obstante, a las tres de la tarde volvieron a enviar otra lancha a tierra con bandera de paz y un cabo inglés que pedía audiencia. Tuvo junta de guerra el corregidor, y en ella se acordó que fuese admitido. Salióle al encuentro el capitán de mar en otro esquife, y, habiéndole vendado los ojos, le introdujo en el castillo principal donde estaba el corregidor y la nobleza. Entregó el cabo una carta de parte del general Gennings. [...]

Viendo el general inglés tan firme respuesta, considerando el daño que su escuadra había recibido del fuego de la plaza y echando de ver, por las cordiales aclamaciones con que vitoreaban a Felipe V los isleños, que sería imposible hacer la menor brecha en su jurada fidelidad, trató de retirarse, como con despecho, a las siete de la noche, retirándose igualmente con los ingleses el comercio de nuestros vinos, tan floreciente hasta aquella época y que después acá no ha podido convalecer ni levantarse de su baja fortuna.

De este modo supieron las Canarias, en medio de sus mayores calamidades, resistir, batir y rechazar de sus playas, sin ningún auxilio forastero y con lauro inmortal de su amor a Felipe V, la fuerza enemiga que intentaba seducir su constancia, ya con el terror de la guerra, ya con el ejemplo contagioso de otras provincias, ya, en fin, con el interés de su comercio.

Dos días se mantuvieron las milicias sobre las armas para precaver nuevo insulto, proveyéndolas el ayuntamiento de los víveres y municiones necesarias. Las otras islas estuvieron continuamente alerta, en especial La Palma, cuyos vecinos anduvieron armados algunos meses; tal era el cuidado con que el maestre de campo don Juan de Guisla Vandewalle (de quien ya hicimos honrosa memoria) mandaba allí lo militar. [...]

20. ANÚLANSE EN LA CORTE TODAS LAS PROVIDENCIAS DE DON AGUSTÍN DE ROBLES. ES REPRENDIDO ÁSPERAMENTE

Giro el largo expediente por los consejos de guerra y de Castilla, hasta que en 22 de agosto de 1709 mandó el rey: "Que se cancelasen y recogiesen las 2.000 cédulas de preeminencia. Que sólo gozasen fuero militar en lo criminal el capitán, teniente, alférez y un sargento de cada compañía. Que en estas causas se acompañase el general con un oidor de la Audiencia. Que fuesen al con-

sejo de guerra las apelaciones. Que los dos gobernadores de las armas no subsistiesen, y se cancelasen sus nombramientos. Que el capitán general guardase los estilos de las islas, como sus antecesores lo habían hecho. Que mantuviese la villa de La Orotava en sus privilegios por lo tocante al Puerto, y dejase de atropellar a su abogado. Al capitán general se le dará severa reprensión por lo que ha callado en algunos de los puntos que se han tratado y maliciosas representaciones que sobre otros ha hecho, y por los atropellamientos que ha ejecutado contra la Audiencia usurpando la jurisdicción real, con todo lo demás que toca el consejo de sus procedimientos, que se le desaprobarán, manifestándole mi desagrado". [...]

23. AGENTE DE LAS CANARIAS EN LONDRES [...]

Debiósele a esta princesa [la reina Ana de Inglaterra] la deseada paz de Utrecht, concluida en 1713. Esperaban las islas que ella restablecería el comercio de vinos con Inglaterra, que estuvo tan pujante: pero el comercio es un río que, impedido en su curso por algún tiempo, se abre nueva madre y suele abandonar para siempre la antigua. Intentó Tenerife allanar las dificultades. Una de las mayores eran los derechos excesivos. Pidió licencia a Felipe V para enviar un agente a Londres. Concedióla [1715], considerando cuánto merecían los servicios de las Canarias y el beneficio que de ello resultaría a la real hacienda. Nombróse para esta comisión, en cabildo general de 25 de mayo de 1716, a que asistió el general Landae-ta, al teniente coronel don Cristóbal Cayetano de Ponte, del orden de Calatrava. Ofreciéronle los pueblos largos subsidios, señalóle el ayuntamiento un cuantioso honorario, formáronse las instrucciones para la empresa, entregáronsele 10 pipas de malvasía superior para regalos. Embarcóse por el Puerto de La Orotava en enero de

1717; en marzo ya daba cuenta de su arribo a aquel reino y primeros pasos, de acuerdo con el marqués de Monte León, embajador de España. Pero don Cristóbal Cayetano perdió la vida, la isla de Tenerife 6.000 pesos; el comercio fijo con las Barbadas y la compañía de vinos, todas las apariencias.

24. VUÉLVESE A PONER REGENTE EN LA REAL AUDIENCIA DE CANARIA

Entre tanto, había mudado de semblante en la Gran Canaria el sistema de aquella audiencia. El día 24 de junio de 1714 se tuvo un congreso en la ciudad de Las Palmas, presidido por el visitador don Saturnino Daoiz, oidor de Sevilla, sobre si convendría para el bien de las islas que hubiese un regente en la Audiencia como le hubo antes que se estableciesen los capitanes generales y presidentes. Todas las villas y ciudades enviaron sus diputados, los cuales respondieron que no convenía. Pero prevaleció el informe del alférez mayor de Canaria don Pedro del Castillo, caballero de relevante capacidad y muy versado en los archivos de su patria. Con efecto, el rey mandó que en la Audiencia de Canaria hubiese regente, y fue el primer nombrado don Lucas Martínez, oidor de la chancillería de Granada. Así volvieron al cabo de 86 años estos ministros. [...]

Llegamos a unos días críticos o, por decirlo así, a una especie de años climatéricos, en que es forzoso que el amor de la patria descorra todo el velo a la verdad histórica, para que la gloria de las Canarias no padezca el menor eclipse ni nota en el ánimo de los que ignoran las circunstancias de los hechos.

25. EXPULSIÓN DE DON DIEGO NAVARRO. MÓVIL DE ESTA VIOLENCIA

El reconcentrar toda la autoridad de las islas en un solo punto de acción; el reducir a nada los ayuntamientos, la nobleza, los tribunales; el consentir en los extranjeros una abusiva libertad; el asestar el rayo irresistible contra el mortal que hacía alguna oposición a la corruptela dominante eran las perniciosas máximas que ciertos espíritus aduladores habían hecho abrazar a muchos generales en su conducta. Edad calamitosa aquella, en que los varones ilustres que enviaba el rey como un presente de su piedad para el bien de todas las islas se hacían el instrumento de la tribulación común.

Seguía por desgracia don Ventura de Landaeta este deplorable sistema, cuando, en agosto de 1717, aportó a Tenerife don Diego Navarro, con una larga tribu de parientes y la real comisión de juez factor de los tabacos. El rey acababa de reasumir esta renta, que había sido enajenada de la corona y poseía la casa de los marqueses de la Breña Mejorada. Al punto obedecieron las islas las órdenes del príncipe. Navarro estableció reglas; formó nuevos estancos y estanqueros; mandó que todas las personas, de cualquier estado y condición, manifestasen en el término de seis días las porciones de tabaco que tuviesen, pues las pagaría a cierto precio moderado; pero previno que después de aquel plazo se visitarían todas las casas y conventos; se daría por decomiso el que no se hubiese entregado, y se procedería severamente contra los detentores. Viendo el capitán general en estas providencias un modo de obrar independiente y absoluto, se picó. Sus amigos y cortesanos se confederaron. El clero secular y regular se escandalizó del edicto, que imaginó injurioso a la inmunidad de su estado. El obispo don Lucas Conejero, gran jurista, hizo notificar a Navarro un monitorio de censuras. Navarro se hizo odioso.

¿Y pudiera menos que hacerse? El populacho, máquina de ajenos impulsos, veía irritada contra el juez factor la primera y más poderosa persona de las islas; oía que aquel hombre quería estancar el trigo, poner alcabalas, y que, tratando la provincia de inobediente, andaba diseñando algunos proyectos contrarios a sus privilegios y bienestar; sabía que, habiendo recibido crecidas cantidades de tabaco, se excusaba de hacer los pagos con pretextos ruinosos. En fin, lo que importaba poco y valía mucho, la plebe fatua no podía perdonar que Navarro hubiese mandado arrancar hasta los tabacares silvestres que produce espontáneamente el país. Agitados los ánimos con estas fuertes impresiones, no se perdió tiempo en intimidar al factor con siniestros presagios: pasquines, cartas, granadas de fuego aplicadas al cuarto en que vivía. Hasta allí residía en Santa Cruz; desde entonces se pasó a La Laguna, donde se vio poco cortejado de los que contemporizaban con el jefe.

Volvía don Diego Navarro del puerto de Santa Cruz, la tarde del 17 de enero de 1718, y encontrando a medio camino dos regidores, los detuvo para suplicarles retrocediesen a la ciudad, pues deseaba se juntase el ayuntamiento aquella noche a fin de abrir un pliego por el rey. Juntóse con efecto, y cuando la sala suspensa esperaba la lectura del pliego, oye que don Diego Navarro, levantando la voz, pondera los vehementes celos con que se hallaba de que le querían embarcar violentamente. Atónitos los regidores, y más que todos el corregidor don Jaime Jerónimo de Villanueva, le requieren diga sobre qué fundaba semejantes sospechas. Él nombra un sujeto que lo había oído a otro. Acuerda el cabildo, entre sus providencias, que se le haga saber al general, quien, llamando al día siguiente (18) ambas citas, se ratifica la una, la otra niega.

Aunque parecía que las precauciones que se tomaron serían suficientes para sofocar cualquier meditado alboroto, se notó que desde las ocho de la noche vagueaba

demasiado pueblo por la ciudad. El mismo general y el corregidor salieron a rondar las calles con una gran patrulla. Y ya descansaban de la fatiga en la plaza de los Remedios, sin haber descubierto el más leve rumor, cuando a eso de las 10 les avisaron que por la calle inmediata que sube de San Juan se vislumbraba con la claridad de la luna alguna gente amotinada. Dispone Landaeta que, dejando Navarro su habitación, que estaba en aquella plazuela, se pasase a la del mismo capitán general, y su familia de mujeres a la del marqués de Acialcázar. No bien se había ejecutado así, cuando desemboca por la plaza un desaforado tropel como de 3.000 personas de la ciudad y lugares circunvecinos gritando ¡Viva Felipe V! y pidiendo se les entregase al virrey (así llamaban en las aldeas al juez factor), no para hacerle daño, sino para que saliese de la tierra.

Apoderado el pueblo de la casa de Navarro y furioso por no encontrarle en ella, le roban los papeles. Registran la posada del corregidor, las cárceles, el convento de Santo Domingo, las casas de Acialcázar, en donde sólo hallaron la atribulada familia. Escalan los balcones de las torres de las parroquias; tocan a fuego; aumentase la gente y el bullicio; corren casa del capitán general, y el general, haciendo que Navarro se allanase a dejar las islas y que franquease los papeles más reservados, lo presenta al pueblo, lo conduce a caballo al puerto de Santa Cruz, lo embarca en una lancha que estaba prevenida y le lleva a bordo de un navío francés que ya le esperaba a la vela.

¿Quién no ve en esta serie de acciones la fuerza motriz de tan gran violencia? ¿Quién pudo hacer que el pueblo no temiese al capitán general, siempre tan temido? ¿Quién pudo suministrar granadas de fuego? ¿Quién dejó de castigar las pasquinadas? ¿Cómo tuvo avisos don Diego Navarro de las maquinaciones que había y no los tuvo don Ventura de Landaeta? ¿Cómo ronda este jefe toda la ciudad, menos el barrio en donde se habían agavillado 3.000 hombres? ¿Quién, en fin, podía tener pron-

ta una lancha y un navío extranjero prevenido? A la verdad, ninguna de estas reflexiones se ocultaba a don Juan Antonio Cevallos, cuando decía en su famosa exposición al rey, que corre impresa: "La precisa oposición de los capitanes generales por separarles de las comisiones y, consiguiente, todos sus dependientes, otros suministros y gente de comercio hecha a los abusos establecidos es lo que dio aliento a la expulsión de Navarro". Lo cierto es que el rey mandó separar de islas a Landaeta, por más que el ayuntamiento de Tenerife le hubiese servido con un informe favorable, y que vivió y murió olvidado en la Península.

26. ALBOROTOS DE LA OROTAVA

Fuese la infeliz suerte de este hombre o yo no sé qué fatal estrella que influyó sobre las Canarias el año 18 de este siglo, lo que vemos es que se multiplicaron los alborotos entre los más pacíficos pueblos. En la isla del Hierro hubo la conmoción que a su tiempo hemos referido. En la villa de La Orotava se experimentó otra no menos memorable. Desde el día 25 de febrero amaneció un cartel en la esquina de Santa Clara que decía: "Recurre este afligido pueblo al señor teniente". Se pedían cuatro cosas: I. Que se fabricase cárcel pública y se dejase libre el granero de la alhóndiga. II. Que no se consintiese extraer de aquella jurisdicción autos ni presos. III. Que se hiciese una fuente o pila para tomar el agua con más aseo. IV. Que se repartiese el vino en las tabernas con más orden.

Este cartel, arrancado por el alcalde mayor el licenciado don Alonso Pérez de León y Bolaños, vuelto a fijar la noche siguiente por una cuadrilla de 50 hombres, dio motivo a que se convocase el pueblo para una junta el 5 de marzo. Fue tan numeroso el concurso que, por no caber en la ermita de San Roque, se pasaron a la iglesia inmediata de San Agustín. Aquí se mostró tribuno

de la plebe don Juan Delgado Temudo, vicario foráneo, que, subiéndose al púlpito como a la tribuna rostral, arengó, declamó, abusó de las santas escrituras y leyó otro papel que le había dirigido el pueblo. En éste añadían nuevos particulares: Que se reintegrase la alhóndiga, pues, debiendo tener 2.000 fanegas de trigo, sólo tenía 14. Que el cabildo de La Laguna hiciese entrega a La Orotava de los propios de su distrito. Que se repartiese el vino en las tabernas sin intervención de la justicia. Que se recogiese la agua sobrante en un depósito. Que lo que de ella y de los propios se recaudase, se había de consignar para abrir un puerto, fabricar una cárcel, un hospital, una parroquia...

Temudo aseguraba que el pueblo lo mandaba así, como si fuese el pueblo de Atenas. "¿Y quién es ese pueblo?" replicaban las personas de juicio. El vicario, sañudo, las manda sacar de la iglesia. Entonces los acometimientos, la vocinglería, la confusión. Nómbranse tres apoderados, entre ellos el mismo Temudo, por cuyo influjo continúan los cedulones, las protestas y las gavillas. Éstas degeneran en tumulto la noche del primero de abril. Una tropa del populacho, capitaneada por un ayudante de milicias, escala la torre de la Concepción; tocan a rebato; júntanse más de 1.500 hombres; corren a las casas del alcalde mayor; quebrantan las puertas; huye; búscanle en varias partes; no le encuentran y, parando en casa del alférez mayor y coronel don Francisco Valcárcel, le intiman, apuntándole con algunas bocas de fuego, que junte el regimiento y marche con ellos en solicitud de Bolaños, del escribano Álvarez, de los papeles de la alhóndiga y junta de San Agustín. Excúsase el coronel; regístranle la casa; llévanle adonde había un nuevo pasquín y se lo hacen leer en voz de pregonero. Pedían que saliese Bolaños de la villa, por enfermo y poco letrado, y el escribano, por demasiado hábil e inquieto.

Entre tanto se había bajado el vicario al puerto de La Orotava, no sin bastante estudio. Pero al amanecer le destacan 200 hombres, quienes, encontrándole en la sa-

cristía de San Francisco revistiéndose para celebrar, cargan con él en brazos y, gritando ¡Viva nuestro vicario!, le transportan al llano de San Sebastián, en donde estaba todo el pueblo. Déjase ver Bolaños. Ofrece abandonar la jurisdicción, obedeciendo a la ley del ostracismo, si bien los más se contentaban con que diese palabra de cumplir cuanto se le ordenase. Parte de allí la chusma loca con tambor batiente a Las Caletas del Puerto. Talan viñas, demuelen casas, arrancan árboles, arrasan mojones, todo bajo pretexto de que aquellas tierras debían ser baldíos comunes para pastar ganados.

Duraron estas turbaciones algunos días, hasta que, restituido a la villa como en triunfo el alférez mayor, que se había retirado a Los Realejos, tomó Bolaños providencias más vigorosas, publicó bandos, pidió auxilio militar a los coroneles, hizo rondas y despachó avisos al capitán general. Éste llegó a La Orotava el 5 de abril, acompañado de mucha oficialidad, después de haber hecho poner sobre las armas el regimiento de Los Realejos y un trozo del de Güímar. Extrañó de la villa algunos revoltosos y todo fue insensiblemente calmando. El cobarde Bolaños no daba cuidados a don Ventura de Landaeta.

27. REGLAMENTO PARA EL COMERCIO DE LAS CANARIAS EN INDIAS

Época más digna de memoria hace este año 18 en nuestros anales isleños, por el permiso y reglamento constante que dio el rey a su comercio con las Indias Occidentales. La última concesión había expirado. Estaban suspensos los registros. Todo caminaba a una consunción universal, cuando la corte resolvió que las tres islas de Canaria, Tenerife y La Palma eligiesen personas a propósito para acordar la forma en que se continuaría. Nombró Canaria a don Pedro Hernández Lozano, La Palma a don Antonio Pinto de Guisla, Tenerife a don Lorenzo Pereyra de Ocampo, entonces vicario eclesiástico de La

Laguna y cura beneficiado de los Remedios, acompañado del conde de La Gomera y el marqués de Villanueva del Prado, residentes todos en Madrid. A su tiempo daremos las noticias circunstanciadas de este célebre reglamento, bajo del cual se permitieron navegar mil toneladas anuales a ciertos puertos de América. Merecieron las Canarias la referida gracia, sirviendo a la corona con 12 años más del donativo del uno por ciento, que debería empezar en 1725, y con la obligación de conducir anualmente cincuenta familias, de cinco personas cada una, a la isla de Santo Domingo, según se había pactado desde 1678.

28. DEUDAS DE LA AMÉRICA A LAS CANARIAS. POBLACIÓN DE MONTEVIDEO. PERMISO A BUENOS AIRES

A este precio de minorar la población y abandonar sus propios hogares tantos hijos, compraban nuestras Canarias la indulgencia de tener parte en los ópimos despojos de la América, tierra inmensa, que les era deudora de sus descubrimientos, conquistas, población, defensa, ennoblecimiento y cultivo, pero que sólo ha servido para enriquecer otras comarcas. Los isleños que eran transportados a Santo Domingo, Puerto de Plata o Montecristo, se establecían principalmente en Semaná. Semaná es una península a la parte oriental de aquella isla, que se une al continente por una lengua pantanosa. Todos saben que nuestros colonos han sido por la mayor parte víctimas del trabajo y de la intemperie.

La famosa población de Montevideo, establecida en Buenos Aires año de 1726, también debió todo su ser a las 50 familias distinguidas de canarios que enviaron las islas, con esperanzas de hacer algún útil comercio. Así lo habían representado al rey aquellas provincias por medio de su diputado don José Fernández Romero, natural de Tenerife, ilustre náutico, de cuyo mérito y escritos daremos razón más adelante. Y, aunque por real cédula de

1729 se concedió un registro anual, fueron tantas las restricciones y la oposición del comercio de Cádiz, que se volvió a suspender con pérdida de una y otra parte. La misma ciudad de la Trinidad había dicho que nuestros colonos, por su grande aplicación a todo trabajo, habían dado muchas ventajas a aquellas provincias, al contrario de lo que había visto en otras gentes que en varias ocasiones habían pasado de España.

Un aplaudido historiador moderno del comercio de las dos Indias asegura que, cuando los naturales del país (Buenos Aires), que son belicosos, y las familias canarias que han sido transportadas allí sucesivamente, hayan hecho valer aquel suelo, será un establecimiento perfecto. [...]

31. NOTABLE REPRESENTACIÓN DEL INTENDENTE AL REY

Bien conoció don Juan Antonio de Cevallos, desde los principios de su arduo ministerio, cuál había sido el verdadero escollo en que don Diego Navarro se estrelló, y previó aquél en donde él mismo corría riesgo de naufragar. Oigamos las propias palabras de este grande hombre, en su representación ya citada [1720], pues ellas serán las que desentrañen su historia.

"Fue servido V. M., hallándome sirviendo la superintendencia de rentas generales en Cádiz (16 de marzo de 1718), mandarme pasar de intendente a estas islas, y a don José de Chaves por gobernador y capitán general de ellas, con motivo de la novedad que se ejecutó con don Diego Navarro". [...]

"Luego que llegué fui notando con la experiencia lo que me habían asegurado los informes". [...]

Prosigue después dando razón del modo y el precio a que hizo la compra de los tabacos, y dice que no sólo no halló quién lo apoyase, sino que fomentaban contra él a los interesados; [...] "porque en estos fraudes se in-

terresaban todos los que intervenían en la descarga; que estos descubrimientos motivaban a desear y solicitar por todos medios la discordia con el general e intendente, persuadiendo a aquél que debe incluirse, como tal capitán general, en muchas cosas dependientes de la intendencia, a fin de que sus instancias, ayudadas con otros cautelosos informes, puedan persuadir no conviene haya otro ministro; y que con esta mira proponen a la ignorancia del pueblo diferentes imposturas, desfigurando lo decoroso de la intendencia con la voz de estanquero, suponiendo precisa la autoridad de la capitanía general para sus expedientes”.

Y concluye: “Por estas experimentadas y continuas desazones, [...] me veo precisado a representar a V. M. y repetir el medio que se me ha ofrecido más proporcionado para obviar estas instancias, el apartar de esta isla al capitán general, por ser la que con sus comercios ocasiona estas displicencias, nacidas de lo que llevo expresado por sus abusos; y lo que dio motivo a vivir en ella a los capitanes generales fue el tener la superintendencia de todas las rentas, dejando con este pretexto de vivir en la isla de Canaria, donde está la Real Audiencia, de que son presidentes, y siendo más proporcionada por este respecto a la habitación en aquella isla, en donde reside también el tribunal de la inquisición, y está la iglesia catedral, no se hará extraño se le mande pase a ella el actual capitán general. [...]

32. [...] CATÁSTROFE DEL INTENDENTE Y SUS RESULTAS

De este auténtico testimonio es fácil deducir cuán crítica situación era la del intendente, teniendo a don Juan de Mur en su contra. [...]

El día 19 de junio de 1720, habiéndose aprehendido en su casa de Santa Cruz cierta ramerilla, al parecer mal entretenida con un criado inferior y amada de la plebe,

hizo amago el íntegro ministro, o acaso sólo se divulgó, que mandaba sacarla a la vergüenza y ponerla en una al-dabilla. Amotínase la canalla de palanquines, caleteros, esportilleros y gente ruin. Apedréanle las ventanas, alcánzale una piedra que le magulla la cabeza, y, en este estado, toma como puede la pluma y escribe al general una carta en estos términos: "Estoy herido y ya V. Exc. estará contento". Mientras el mensajero subía con ella a la ciudad, bajaba don Juan de Mur con las primeras noticias del motín. Leyó la carta y apresuró el paso; pero como faltó gente de honor y de valor al lado de aquel malogrado caballero, cuando llegó el general a Santa Cruz, ya don Juan Antonio de Cevallos era víctima del furor: catástrofe y acontecimiento fatal, que llorarán siempre las islas.

Entonces el capitán general, sobrecogido, asombrado y como oprimido del peso de aquella tragedia, prende gentes, forma procesos, abrevia términos, desenvaina la espada, manda ahorcar el día 26 hasta doce infelices, cuya ejecución duró cuatro horas; cuelga sus cadáveres de las troneras de aquel mismo castillo principal que, pudiendo disipar con el eco de un cañón todo el tumulto, no lo hizo; envía más de treinta a presidio, da cuenta a la corte; la corte le ordena que cese de derramar más sangre humana y quizá inocente.

Don Miguel Fernández Durán, secretario del despacho universal de guerra y marina, en carta de 4 de agosto, y don José Rodrigo, secretario del consejo de Castilla, en otra de 30 de septiembre (1720), refieren haberse recibido la del castillo de La Laguna de 2 de julio: "Que el rey mandaba decir a la ciudad había sido muy de su real agrado el amor y celo que manifestó a su servicio y pacificación de los naturales en la muerte del intendente, y que quedaba cierto de que la lealtad y fidelidad del ayuntamiento contribuiría siempre con el mismo obsequio a cuanto se ofreciese en islas conducente a la autoridad judicial".

33. SOCORRE DON JUAN DE MUR LAS ISLAS EN LA HAMBRE Y LA ENFERMEDAD. MUERE EN LA LAGUNA

¿Quién dirá ahora que don Juan de Mur era aquel mismo capitán general que al año siguiente de 1721, año calamitoso para las islas a causa de la hambre y enfermedad, quién dirá, digo, que este mismo fue el redentor de la provincia, expendiendo liberalmente para el socorro más de 30.000 pesos de su propio caudal? En efecto, este hombre generoso y benéfico, no sólo supo cubrir con su caridad sus pasiones, sino que se hizo las delicias de los canarios, afanándose tanto por ellos, que perdió su robusta salud y, por último, la vida, en la ciudad de La Laguna, a 15 de marzo de 1722. Fue sepultado en la iglesia de padres dominicos. Su epitafio es glorioso: "Aquí yace el excelentísimo señor don Juan de Mur y Aguirre, etc. Murió aclamado Padre de Pobres". [...]

35. DEL COMANDANTE GENERAL MARQUÉS DE VALHERMOSO. NOVEDADES DE SU GOBIERNO

Relevóle en 21 de febrero de 1723 don Lorenzo Fernández Villavicencio y Cárdenas, marqués de Valhermoso, teniente general de los reales ejércitos, nombrado desde mayo del año antecedente. Traía título de comandante general y no de capitán general, de que todos sus predecesores habían usado. En efecto, Valhermoso fue el general que más mandó y que mandó más tiempo. Él reunió a su oficio el manejo de la intendencia, que en 1721 se había dado a don José de Valdés y que el rey tuvo a bien extinguir en islas. Trasladó al lugar de Santa Cruz la silla de la comandancia, que había estado ordinariamente en La Laguna. Atrajo a aquel puerto todo el comercio de la provincia, así como él mismo era atraí-

do por él, dando a su vecindario el lustre, aumento y extensión que desde entonces ha adquirido, con sensible menoscabo de la ciudad capital. Valhermoso, por decirlo así, hizo una pequeña Cádiz a costa de la Sevilla de Tenerife.

Esta época de un nuevo comandante general, con una nueva corte, nuevos cortesanos, nuevo espíritu y un grado de predominio nuevo, mal podría fijarse en las Canarias sin algunas novedades en el sistema de las cosas. Pero, ¡cuánto dieron que hacer estas novedades! Si se hubiesen de escribir por menor con todas las representaciones, mensajes, expedientes, vejaciones, quejas y recursos que ellas ocasionaron, saldría una historia quizá más voluminosa que la bizantina. Tan sobrecargados se hallaron los tribunales de Madrid con las intrincadas contiendas entre el marqués de Valhermoso y don Alonso Fonseca, regidor y famoso diputado de Tenerife, que pareció forzoso, para juzgarlas, establecer un nuevo y extraordinario consejo, bajo el nombre de Junta de Canarias. Teníase ésta en casa del conde de Siruela, y se componía de diferentes ministros. Todo pareció necesario, y aún fue poco, porque casi no hubo gran privilegio que aquel poderoso comandante no vulnerase a las ciudades o se los pusiese en tortura.

36. APODÉRASE DEL CASTILLO PRINCIPAL DE SANTA CRUZ. SUS DISPUTAS CON EL AYUNTAMIENTO. DIPUTACIÓN DE DON ALONSO FONSECA

Aunque el rey, a consulta del consejo pleno y en consecuencia de la citada representación del difunto Cevallos, había resuelto en 1722 que los generales cumpliesen con el instituto de presidir la Audiencia como antiguamente y mandasen desde allí las islas, ya hemos dicho que el marqués de Valhermoso, lejos de vivir en la Gran Canaria, sólo trató de establecerse en el puerto de Santa

Cruz, que era lo que Cevallos más había temido. Para esto se apoderó del castillo principal y se hizo fuerte dentro de él. Ni la ciudad, de cuya dotación es el castillo, ni Fonseca, que veía grabado en sus murallas el nombre de un abuelo suyo, pudieron desalojarle de allí, hasta que, después de algunos años de porfiado sitio, vino orden de la corte para que lo evacuase.

Entre tanto, llegó el caso de no haber caballero que quisiese ser castellano, por estar ocupada la habitación, si bien el comandante suplió el nombramiento que debía hacer la ciudad por privilegio, poniendo tenientes castellanos de su devoción, lo que dio materia a otro recurso. Se le criticaba que había mandado a hacer varias fábricas en el castillo, útiles para comodidades domésticas, perjudiciales para la defensa de la plaza; pero el comandante, ofendido, se valió de las mismas fortificaciones para declarar una eterna guerra al ayuntamiento, suponiéndole en la obligación de municionar, reparar y aumentar los castillos de San Juan y de San Cristóbal del caudal de sus propios. El designio era manejar éstos, creyéndolos mal administrados.

Empezaron aquellas porfías en 1723, con motivo del estrago que había causado en ellos el memorable y terrible huracán del 25 de octubre del año antecedente. Era corregidor desde 31 de mayo don José Manuel de Mesones y Velasco. Entra Valhermoso en la sala capitular el día 31 de agosto, propone el mal estado de las fortificaciones de la isla, la urgencia de repararlas, la obligación de la ciudad... Condesciendo el cabildo en contribuir para lo más indispensable, reservándose no obstante el derecho de acudir al soberano, a fin de que no se hiciese más dura su obligación y demostrando de cargo de quiénes era la conservación de las fortificaciones de La Orotava y Garachico. Insta por dinero el comandante general, halla el cabildo que no tiene caudales existentes ni aun para sus pensiones precisas; ceden los regidores el corto fondo de sus salarios y representan que los 2.000 pesos situados desde 1682 sobre el uno por ciento y que

se administraban de orden del general no se destinaron sino para las fortificaciones de Santa Cruz.

Es verosímil que esta última proporción acabase de exasperar al jefe. Él sabía que con el producto de aquellos 2.000 ducados anuales (según confesaba el ingeniero Herrán en su informe al consejo) se podía haber hecho de Santa Cruz una de las plazas más fuertes que tuviese el rey. ¿Y cómo resolvió la dificultad? Haciendo deudora a la ciudad de 12.000 pesos. Era el caso que por el artículo 25 del último reglamento de Indias se había estipulado por seis años dar en cada uno 2.000 pesos para las fortificaciones de Santa Cruz. ¿Mas por ventura, serían diferentes éstos de los reservados en el uno por ciento desde su concesión? ¿Se había obligado, acaso, la ciudad de La Laguna por sí y con sus propios en nombre de las islas? ¿No había litigado con los dueños de navíos sobre que satisficiesen ellos aquella obligación? ¿No habían empezado ya a satisfacerla? Lo que vemos es que, a pesar de todos estos dubios, de las reiteradas protestas del ayuntamiento, de sus apelaciones a todos los reales consejos, del viaje del diputado Fonseca a Madrid (1724), de sus infinitos memoriales y de los notorios atrasos de los propios de Tenerife, el comandante general no cesó un punto de hacer gastos exorbitantes en las fortificaciones ni de girar libramientos contra el cabildo, que ni podía, ni quería, ni quizá debía pagarlos todos.

Desde entonces se echó sobre las rentas de los propios con aire de ejecución militar. Embargaba los granos existentes, los hacía vender a precio bajo, apremiaba a los mayordomos de la ciudad, y aun ésta hubo de hacer bancarota y sufrir concurso de acreedores. Ya no se respondía con la justicia y regimiento por cartas, como hasta allí, sino por autos. Multa a los regidores, arresta a unos, destierra a otros, algunos se refugian. Echa los fundamentos al sistema de aniquilar los propios de Tenerife, para dejar la isla indefensa contra los que atacasen sus privilegios, mientras se pretextaba el ponerla en estado

de resistencia a aquellos enemigos que ella había sabido rechazar tantas veces con propia gloria y sin auxilio de los celosos fortificadores que la debilitaban interiormente.

Fundaba nuestro jefe el trono de tan desmedida autoridad sobre el sepulcro del intendente y la expulsión de Navarro. Mas, apurada la paciencia de Tenerife, abriendo ya la boca en un cabildo general de 27 de marzo de 1724 y tratando de vindicar la inconcusa lealtad de sus moradores, acordó dar a entender al rey nuevamente quiénes habían sido los supremos autores de aquellos males y pedirle se dignase enviar un intendente de la misma representación de Cevallos, para que averiguase esta triste verdad. [...]

39. SUS FALSAS MÁXIMAS SOBRE COMERCIO

Parecía que este asombroso conato del comandante general en debilitar y empobrecer una parte sería para fortalecer y enriquecer el todo de las islas; pero, por desgracia, sus extraordinarias máximas sobre el comercio fueron otros tantos manantiales de desazones. Prohibía que se admitiese a comercio ningún bajel en los puertos de Garachico, de La Orotava, ni en otro de las islas, sino solamente en el de Santa Cruz. Mandaba que ningún habitante, eclesiástico o secular, pudiese transportarse de unas islas a otras sin su licencia por escrito. Permitía la entrada de vinos y aguardientes extranjeros, en contravención a las más positivas ordenanzas. Exigía varias contribuciones a título de anclaje, licencias, aguada, visitas; de manera que, siendo el legítimo impuesto un siete por ciento, había subido a nueve por ciento, con la añadidura de 27 pesos de derecho en cada buque. Pedía a los comerciantes un salario de 2.000 pesos por juez conservador. Se oponía a la compañía de vinos y trato fijo con Londres. Detenía las cartas de la correspondencia, las que se remataban después en el soldado que más daba por

el interés de repartirlas. Algunas se hallaban abiertas. Todo ahuyentaba el comercio de extranjeros y naturales. ¿Y qué diremos de la extracción de la buena moneda y de la introducción de la falsa? Contratiempo fue éste para el jefe, y aún más para las islas, que se llenaron de murmuraciones, quejas y desconfianzas.

40. REVOLUCIÓN CON MOTIVO DE LA MONEDA FALSA

Y aunque la historia circunstanciada de esta revolución pertenece a las noticias de nuestro comercio y moneda, me ha parecido indispensable dar alguna idea de ella en este lugar; para lo cual es de advertir que, además de la moneda de España, pesos fuertes de América, y tostones de Portugal, habían corrido siempre con abundancia en las Canarias ciertos reales y medios reales de plata de dos o tres especies de cuño. Unos, de los que se usaron en la Península durante el reinado de los Reyes Católicos, que allí llamaban bambas, y tenían por sello un haz de saetas, y al reverso una coyunda con los nombres de *Isabel y Fernando*; y otros, de los que Carlos V mandó batir para las mismas Canarias a trueque de trigo; con las armas de Castilla y de León por el anverso con la orla *Carolus Joanna & Reges*; y por el reverso dos columnas coronadas con el lema *Plus Ultra*, y en la orla *Hispaniarum & Indiarum*. Ambos eran de plata limpia y se componían de diez cuartos imaginarios. No se llevaba ya de España moneda de plata, y aun la de vellón no corría, pues para las menudencias ordinarias se entendían las gentes con los medios reales de plata, que en la Península se dieron por inútiles desde primero de enero de 1726, por pragmática de Felipe V, y que se llevaron a islas en bastante porción. Otra especie era del cuño que mandó labrar el mismo Felipe V en 1707.

Ya a los principios de este siglo se empezaron a aparecer por allí algunos realillos de aquéllos, contrahechos

y sin el peso correspondiente. Díjose que un tratante holandés había obrado el milagro, transmutando un barril de arenques en aquella moneda; mas esta alquimia no había tenido resultas muy ruidosas hasta el año de 1720, en que se notó que los realillos de mala ley inundaban enteramente el comercio de nuestras islas. De una onza de plata sacaban los monederos 35 y a veces 40 reales corrientes. Los fabricantes de bambas abundaron; los superiores disimulaban o dormían. Nadie osaba chistar, temiendo las graves consecuencias, hasta que el día 7 de junio de 1734, quitando la máscara al desorden otro comerciante holandés de Santa Cruz, declaró a unos arrieros del interior de Tenerife que compraban suela en su almacén, que los reales bambas con que querían pagarle eran falsos y que semejante moneda no valía. Desengaño fatal que, como chispa caída en montón de pólvora, encendió en pocos días todas las Canarias.

"La moneda no vale"; a esta voz se cierran a un tiempo las tiendas, almacenes, graneros y carnicerías de Santa Cruz. Llega la voz y la turbación a la ciudad de La Laguna, a La Orotava, a la Gran Canaria, a todas las siete islas, y en todas fueron los efectos iguales. Cesan los trabajos de los obreros, los jornales del campo, el tráfico y comercio interior. En medio de la abundancia y la riqueza se padece hambre y necesidad. Esta paradoja, este enigma, hubiera llevado a la desesperación pueblos menos pacientes; pero ellos esperaban que el comandante general, la Audiencia y los ayuntamientos diesen providencias oportunas.

Al cabo de un mes se oyó un bando del atribulado Valhermoso, en que mandaba, a nombre del rey y por dictamen de la Audiencia, que toda la moneda provincial corriese como hasta allí, mientras se daba segunda orden. ¿Permitir que se falsease y mandarla correr? Obedecieron los que compraban, mas no los que vendían. Pensó el corregidor de Tenerife extraer una multa a cierta ventera que rehusaba recibir los reales falsos; ella la pagó al punto en los mismos reales y, no queriendo el

corregidor recibirlos, incurrió también en la multa y en la ridiculez.

Viendo al fin el comandante general que, para arrancar el mal, no bastaba aquella atropellada providencia, pidió al ayuntamiento nuevos dictámenes y mejores remedios. El ayuntamiento convocó la isla de Tenerife a un cabildo general el 7 de julio de 1734, y éste acordó, conformándose con el primer arbitrio que el comandante propuso y con el parecer de sus teólogos y juristas, que publicase el corregidor un bando, para que dentro de un cierto término presentasen los vecinos todos los reales bambas que tuviesen; que los que pareciesen de mala ley, se cortasen; que se resellasen los que fuesen de plata limpia, y que a este fin se nombrase un tesorero en cada lugar.

41. RESELLO DE LA MONEDA ANTE EL GENERAL Y UN OIDOR. ÉSTE ES LLAMADO A LA CORTE

No se hizo así, sino que Valhermoso, acompañado de un oidor de Canaria, convocó toda la isla a Santa Cruz para aquel acto nunca visto. A las demás se envió el resello. Verías al general y al oidor sentados *pro tribunali* en el castillo, y junto a ellos dos plateros con sendas mesas, las tijeras y el nuevo cuño del resello. Era éste un leoncillo como una lenteja prolongada. Echábase el dinero sobre las mesas. El platero ponía el leoncillo a los bambas que él decía ser de plata pura, y aun a muchos que no lo eran, tomando un diez por ciento de los más puros, en razón del trabajo. Los de plata falsa se cortaban, y el dueño salía perjudicado en más de la mitad de su bolsillo. Pero el caro trabajo de los plateros duró muy poco, porque a breves días ya nadie bajaba a resellar, comprendiendo que la dificultad se quedaba en pie. Si los monederos tenían habilidad y tácito para contrahacer el sello real, ¿cómo no la tendrían para contrahacer el re-

sello? Así se vio que hasta con clavos trinchados sellaban los muchachos los realillos, volviendo las turbaciones con mayor fuerza en febrero de 1735. Un real viejo pesaba diez de los contrahechos.

La nueva voz decía: "La moneda resellada no vale"; y desde entonces se notó que Valhermoso redobló la guardia de su castillo y que abocó la artillería contra Santa Cruz. El oidor que había contribuido al resello fue llamado a la corte por don José Patiño y ascendió al cabo de dos años a mejor toga en Valencia. [...]

44. FÓRMASE EN LA CORTE LA REAL JUNTA DE LOS NEGOCIOS DE CANARIAS

Para hallar vado a este río revuelto de recursos que iba a inundar todos los tribunales superiores, resolvió el rey, en 14 de julio de 1732, se formase la Real Junta de los negocios de Canarias en casa del conde de Siruela, que debía presidirla con otros tres ministros: don José Antonio de Chaves, que había sido capitán general de nuestras islas; don Nicolás Manrique de Lara y don José Ventura Güell. Habiendo acudido a esta nueva palestra todos los papeles que andaban desparramados en consejos y secretarías a favor o en contra el comandante, empezaron a examinarse lentamente y a resolverse con frialdad los puntos menos considerables. [...]

47. DEL COMANDANTE GENERAL DON FRANCISCO DE EMPARAN. CESAN LOS IMPUESTOS DE VALHERMOSO EN EL COMERCIO

Por este tiempo estaba ya apeado de su empleo el marqués de Valhermoso y tenía sucesor en la persona de don Francisco José de Emparan, caballero vizcaíno, del orden de Santiago, teniente general de los reales ejércitos; varón a la verdad menos feliz y activo, pero más

dulce, más moderado y más conocido en el mundo militar. [...]

Llegó, pues, el nuevo comandante general con su hermano a Santa Cruz de Tenerife, en 5 de junio de 1735. [...] La venida de este caballero y la retirada de Valhermoso había llenado de alegría los pueblos. [...] En fin, partió Valhermoso de las islas, dejando un eterno eco de su nombre, y a últimos de agosto de aquel año pasó a la Gran Canaria don Francisco Emparan, para recibirse por presidente de la Audiencia. Allí tuvo ocasión de autorizar con su presencia la apertura de la sínodo diocesano que celebraba el ilustrísimo don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas, obispo de gloriosa memoria.

Con el nuevo jefe cesaron los impuestos que Valhermoso y sus antecesores habían introducido arbitrariamente en el comercio de las islas, no sin ruina de todas, pues desde que don Alonso Fonseca entendió en Madrid que el timón de los negocios de la patria pasaba felizmente a mano diversa, representó a la Real Junta de Canarias cuán oportuna parecía aquella ocasión para extirpar el detestable abuso. [...]

48. SUS PROVIDENCIAS SOBRE LA MONEDA

Mayor dificultad se ofrecía en purificar el comercio del pernicioso contagio de la moneda falsa. El resello a que la sujetó Valhermoso lo había empeorado todo, porque era fácil resellar la de mala ley y recoger la plata pura. Casi todos se resistían a recibir otra que no fuese de cordón. Padecía notables pérdidas la real hacienda, señaladamente la renta del tabaco, y todos los tribunales y cuerpos de las islas habían hecho vivas representaciones al rey. Pero, ¿se podrá creer que don Francisco Emparan hubiese venido a su gobierno ignorando lo que pasaba en Canarias sobre este punto y por consiguiente sin instrucciones de la corte para obrar? Ello fue así, y el primero que le pintó el estado

de nuestras cosas fue un jesuita. —¡Qué! dijo el general dando un golpe con el bastón—; por vida del rey, que siento mucho haber venido; yo no tenía noticia de esto.

Ya iba a hacer publicar un bando para que se trajese a su presencia toda la moneda provincial, se volviese a sus dueños la de cuño falso, dándola por abolida, y corriese solamente la demás, mientras consultaba al rey sobre moneda nueva acomodada al país, cuando desembarcó el oidor fiscal de Canaria, don Eugenio Trebani, a representarle de parte de la Audiencia lo suspendiese por entonces. Nuestro autor dice que fue la causa el hallarse el obispo y otros muchos personajes de islas con muchos miles pesos de reales bambas. Pero dentro de pocos meses se vio precisado el comandante, de orden de la corte, a publicar edicto en que mandaba que se manifestase en la tesorería real de La Laguna toda la moneda bamba que cada uno tuviese. Que, reconocida por plateros a presencia del tesorero, de un regidor y de un caballero ciudadano, se cortase la falsa (estuviese o no resellada) y se volviese con la moneda legítima a sus dueños. Inútil expediente. Aquel mal había ido cundiendo hasta nuestros días, en que la corte acaba de suprimir toda la moneda provincial de Canarias, reemplazándola con la de la Península. [...]

49. DESHÁCESE LA REAL JUNTA DE CANARIAS [...]

Esta Real Junta se extinguió finalmente por decreto dado en Aranjuez a 28 de mayo de 1738, remitiendo los expedientes indecisos a los respectivos tribunales y declarando: "Que en los puntos pertenecientes a fortificaciones, tropa y artillería, conozca el comandante general, definiéndolos con asesor letrado, sin perjuicio de los recursos al consejo de guerra; la Audiencia de las materias políticas, de gobierno y de justicia; los ministros respec-

tivos, de lo tocante a comercio de Indias y hacienda, con las apelaciones a los tribunales de la corte que correspondan". [...]

52. LA ESCUADRA DE WINDON RECHAZADA DE LA GOMERA, LA PALMA Y GRAN CANARIA

Ya vimos cómo en 30 de mayo de 1743 propulsaron los gomeros de sus playas la escuadra de Carlos Windon, que había estado acañoneando dos días la villa capital. Esta escuadra se puso poco después sobre la ciudad de La Palma, pero sus castillos bien servidos inspiraron al enemigo igual circunspección. Windon sabía que algunas embarcaciones de su nación que habían ido a reconocer el puerto con bandera de paz habían sido ahuyentadas de aquellas costas.

Mas no por eso dejó de poner la proa hacia la Gran Canaria, sobre cuyas Isletas se presentó con cinco navíos el 17 de junio [1743], amenazando la tierra con un desembarco. Tócase alarma, corren al puerto de La Luz y a los del Arrecife y Confital los milicianos de la ciudad y lugares circunvecinos. Mandaban las armas el brigadier don José Andonaegui, inspector general de aquellas milicias, y el teniente coronel de ingenieros don Francisco Lapierre. Pero lo que llenó de más alegre valor a aquellos naturales fue la presencia de su dignísimo pastor, el ilustrísimo señor don Juan Francisco Guillén, que fue recibido de la multitud con repetidos vivas. Tres días se mantuvo la gente sobre las armas, los mismos que el enemigo se mantuvo a la vista; y todos aquellos tres días suministró el obispo abundantes refrescos a nuestros milicianos, "por cuyo singular amor al real servicio" le mandó Felipe V dar las gracias por medio del marqués de la Ensenada. [...]

59. VISITA DE LOS PROPIOS POR DON TOMÁS PINTO MIGUEL. SU REGLAMENTO [...]

Señalábase aquella época en los fastos del ayuntamiento con la memorable y feliz visita que hizo de sus propios, rentas, policía y gobierno económico don Tomás Pinto Miguel, entonces regente de la Audiencia de Canarias y después del consejo real de Navarra y del supremo de Castilla. Bastante necesidad tenía la ciudad de la inspección y luces de un ministro tan inteligente como éste, que, redimiéndola de los antiguos abusos, atrasos y malas versaciones que la oprimían, la restituyese a su primitivo arreglo y esplendor.

Para desempeñar la real orden con que se hallaba, pasó el señor Pinto Miguel a La Laguna desde principios de 1745. Reconoció los instrumentos justificativos y títulos de pertenencia de los propios. Vio que el cabildo tenía muchas deudas, empeños, créditos, devociones costosas y excesivos salarios; que los caminos, calles, cañerías y demás obras públicas necesitaban de grandes reparos, y que de todo resultaban contra los concejales cargos de negligencia. Habiendo, pues, obtenido real condonación a favor de ellos y declarado la legitimidad y fincas de los propios y arbitrios, pasó: 1.º A hacer un nuevo plan de valores, con aumento considerable de las rentas. 2.º La asignación de sueldos y salarios que se debían satisfacer. 3.º La instrucción para la administración en lo sucesivo. 4.º El reglamento para el desempeño y satisfacción de las deudas, que ascendían a 24.000 pesos. [...]

63. ¿ESTÁN OBLIGADOS LOS CANARIOS A DEFENDER LAS ISLAS A SU COSTA?

Lo cierto es, como veremos en nuestras noticias militares, que la isla, conquistada sin el dispendio del real erario, fortificada, municionada y defendida siempre por sus

vecinos, había separado anualmente, desde 1682, dos mil ducados del uno por ciento para fortificaciones que debieron cesar en 1724. ¿Pero, por ventura, los vecinos y naturales de Tenerife y demás Canarias están obligados a defender las islas a su costa? Bien sabemos que todos los vasallos del rey, en razón de tales, sin exceptuar personas de cuantas habitan sus dominios, que todos cuantos tienen derecho de naturaleza y vecindario deben defender su patria, sus hogares, sus mujeres, sus hijos, sus posesiones. En esto están comprendidos los canarios; pero nadie ha hecho ver hasta ahora distinta obligación de parte de las islas ni privilegio particular concedido con esta condición. El de la libertad de pechos no tiene relación a la defensa. Las causales que para ello dio Carlos V fueron éstas: "Y porque la dicha isla de Tenerife más y mejor se pueble y ennoblezca y sea proveída de las cosas necesarias; e por facer bien e merced a los vecinos e moradores e estantes que agora en ellas viven e moran e están e vivieren e moraren e estuvieren en ella... e acatando los muchos e buenos e leales servicios que la dicha isla e vecinos e moradores de ella ficieron a los dichos Católicos Reyes, nuestros padres y abuelos, e a nos esperamos que nos farán..."

De manera que en todo el contexto del privilegio no se hace mención directa ni indirecta de alguna especial obligación de defender el país; antes por el contrario se halla que el mismo Carlos V y otros augustos sucesores suyos enviaron armas y municiones a las islas. También es constante que los fieles canarios no tienen necesidad de que se les persuada la obligación de defender su patria y morir gloriosamente por su rey. Bastante lo han acreditado en innumerables ocasiones. Pero como el pretexto de una mal entendida obligación puede producir algunas lastimosas opresiones en los pobres paisanos, convendría se supiese si el que no tiene más que su persona y su vida y la sacrifica denodadamente, en las ocasiones de defensa, ¿ése ha cumplido con su obligación, aunque carezca de mejores armas? [...]

72. NOVEDADES DEL NUEVO ADMINISTRADOR DE RENTAS REALES

Desde 22 de abril de aquel año [1761] había arribado a Tenerife el nuevo administrador general de rentas reales que, revestido del más excesivo celo, se daba prisa a ponerlo todo en opresión. Altérase la tarifa para los aforos. Establécense nuevas reglas para los comisos. Desciéndese hasta las más extrañas minucias. Muévense diversos asuntos. Nótase en todos los ramos una austeridad, un rigor y una suma justicia, de que no son capaces los hombres ni el comercio, el cual padeció por ello graves quebrantos. Quéjanse sucesivamente los mercaderes, los cónsules, los dueños de navíos. Acuerda la ciudad, por representación del regidor don Fernando de Molina y Quesada, que don Alonso Narváez manifieste en el ayuntamiento las facultades con que se halla para tantas innovaciones y escrutinios; y Narváez, como por desquite, pide a la ciudad la moneda forera y que dé cuenta de todos otros cualesquier derechos confundidos. El comandante general, constituido en la dura necesidad de sostener al administrador, sigue una contestación larga y molesta con el cabildo.

73. GRACIA QUE HACE EL REY A LAS ISLAS EN LA GUERRA DE 1762

Pero la repentina guerra contra la Gran Bretaña, en ocasión que estaban las Canarias en la mayor escasez de trigo, acabó de acongojar el ánimo de aquel buen jefe. Hallábase con una real orden (1762) para embargar las embarcaciones inglesas que estuviesen surtas en los puertos; y considerando que ellas habían conducido las primeras partidas de granos que se compraban en el Norte con masa del caudal del pósito, vecinos y comerciantes de Tenerife, se halló embarazado sobre lo que debía ejecutar. Consultó al ayuntamiento; y, por acuerdo de éste,

representó al rey la infeliz constitución de la provincia, la falta de pan, la imposibilidad de transportar trigo de España, las porciones que se esperaban del Norte y el ejemplar de la guerra de 1741, en que se permitió la entrada de víveres de Inglaterra bajo de banderas neutrales. [...]

La carta del señor marqués de Squilace sólo añadía, como era regular, que los víveres de Inglaterra pagasen el seis por ciento de aduanas, y los demás géneros un quince por ciento. Que se procediese en todo con precaución. Que el valor de géneros y víveres se sacase en vinos y frutos del país. Y que el trigo del rey se vendiese allí al precio corriente, aunque saliese más caro por sus costos. [...]

75. VIENE DE ESPAÑA UNA PARTIDA DE OFICIALES

Sin embargo, don Pedro Moreno había querido más bien afianzar la seguridad del país en una partida de oficiales de tropa viva, que en la madura experiencia de los naturales. Pidiólos a la corte; fueron enviados algunos reformados o inválidos, que aportaron a Santa Cruz, trayendo la infausta noticia de la pérdida de La Habana, como primer presagio de lo inútil que habían de ser para la reforma de las milicias. [...]

79. EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS EN CANARIAS. DIPUTADOS DEL COMÚN

Apenas había un mes escaso que mandaba el corregidor las armas [don Agustín del Castillo Ruiz de Vergara], cuando recibió el pliego de la corte para ejecutar la improvisa expulsión de los jesuitas. Al punto despachó comisionados a la villa de La Orotava y a Canaria, y él mismo, subiendo de Santa Cruz con una partida de sol-

dados de los presidios, descargó el golpe en la ciudad de La Laguna, a las dos de la noche del 24 de abril, 21 días después que se había ejecutado en la corte. A la misma hora se verificó en La Orotava por don Pedro Catalán, contador y veedor de la gente de guerra, y en Canaria a las siete del día antecedente por el coronel de los reales ejércitos don Fernando del Castillo.

Mientras los incidentes de este raro suceso ocupaban la atención de nuestro comandante interino, daba sobrado quehacer a la Real Audiencia y ayuntamientos el nuevo establecimiento de diputados y personeros del común. Se había dado principio a él en 1766, y se esperaba que sin duda cederían en aumento, paz y felicidad de las repúblicas las rectas intenciones con que el consejo se determinó crear unos ayuntamientos vigorosos, cuyo gobierno mixto de aristocrático y democrático, esto es, de la nobleza y el pueblo, templase el corrompido poder de los regidores y corrigiese los abusos de la administración. Pero por desgracia no fue así en nuestras islas. Los primeros ímpetus de la potestad tribunicia se ciñeron a etiquetas de tratamiento, de asiento, de manejo, de voz y voto. Seguros de la protección, elevados súbitamente al nivel de los patricios más linajudos y ansiosos de vindicar la parte de gobierno económico, de que habían estado excluidos con justicia, no arreglaron siempre su celo por lo que era puramente bien común. Así los consistorios acabaron de perder su elasticidad; reinó la confusión en Canarias, y sólo la isla de La Palma tendrá mucho que llorar sobre las ruinas de su esplendor, siendo el menor de sus contratiempos el incendio de 25 de abril de 1770, en que empezaron a arder dos calles y se quemaron 14 casas. [...]

82. DIPUTACIÓN A LA CORTE SOBRE EL LIBRE COMERCIO DE INDIAS

Sobrevino otro memorable incidente. Consternadas las Canarias por no hallarse comprendidas en el libre comercio a los puertos menores de la América, concedido a la Península de España, habían presentado diferentes memoriales en el consejo de Indias, por medio de sus apoderados. Pero viendo que ni sus razones ni sus miserias ni las cartas del comandante general, del reverendo obispo y juez mayor de Indias, en que hacían la triste pintura de las islas por la absoluta ruina de su comercio, podían facilitar igual gracia, empezaron a pensar seriamente en un mensajero a la corte que implorase el remedio oportuno al pie del trono. Los diputados del común, excitados del clamor general, hacen la propuesta al ayuntamiento de Tenerife. Éste convoca los vecindarios, cuyos representantes juntos en cabildo el día 18 de mayo (1769) eligen a pluralidad de votos por su diputado a la corte al marqués de Villanueva del Prado. En esto no hacían más que seguir el concepto y la aclamación de los pueblos.

Admitió el marqués la comisión; aprobóla el comandante general; aprobóla la Real Audiencia; accedieron al nombramiento las ciudades de Canaria y La Palma. Pero, habiéndose librado el fondo de los gastos sobre el donativo voluntario de los pueblos, se advirtió desde luego en algunos cierto espíritu de oposición y desconfianza que, sacrificándolo todo a no sé qué fines particulares, trabajaba clandestinamente en que se burlase la empresa. De aquí la extraña lentitud del expediente por dos años.

Sin embargo, la necesidad urgía, y ella hizo lo que no había podido la razón. Los votos de los ciudadanos se volvieron a reunir sinceramente en el marqués de Villanueva del Prado, en cabildo general de 15 de abril de 1771. Todo tomaba semblante de expedición, cuando he aquí que el comandante general niega la licencia al di-

putado. Parecía tanto más esencial esta licencia, cuanto el marqués acababa de ser nombrado coronel del regimiento de milicias de La Laguna.

83. REFORMA DE LAS MILICIAS DE CANARIAS. COMERCIO LIBRE A LOS PUERTOS MENORES

Porque habiendo resuelto el rey que el segundo comandante e inspector general las arreglase al pie de las de España, estableciese regimientos según el vecindario de cada isla y colocase en primer lugar oficiales de la nobleza, tuvo por congruente poner en el referido empleo a un caballero de las prendas, conducta, instrucción y representación del marqués don Tomás de Nava Grimón, en quien resplandecían las glorias de sus progenitores. No pudo excusarse a este honor, pues era el tiempo crítico de las vivas asonadas de guerra contra la Gran Bretaña por el negocio de Falkland, las cuales habían dado lugar a que para resguardos de nuestras islas se hubiese enviado a guarnecerlas el regimiento de América, fenómeno único en nuestros anales históricos.

Éstas y otras novedades, muy consiguientes al nuevo sistema de reforma, pusieron en gran fermentación las islas. Viéronse los partidos de Sila y Mario. Nosotros pensamos escribir con separación las noticias militares, como también decir en las de nuestra navegación a la América el feliz éxito que tuvo el expediente sobre libre comercio, fiado por último a la eficacia de don José Vandewalle de Cervellón, ilustre caballero de la isla de La Palma, residente en la corte, apoderado del mismo diputado, y de don Amaro González de Mesa, síndico personero general de Tenerife. No se puede negar que el comandante general y el señor obispo contribuyeron con sus informes a aquella gracia tan deseada, tan dificultada y recibida en 10 de noviembre de 1772, con tan entrañable alborozo, que se hicieron solemnes acciones de gra-

cias con Te Deum y luminarias por tres noches en la ciudad de La Laguna. [...]

90. RESUMEN GENERAL DE LAS CANARIAS

Las antiguas Afortunadas (las Canarias) son reino. Su escudo de armas representa en siete peñas sobre ondas azules las siete islas, con corona real, y en el jefe unas letras de oro que dicen *Oceano*. Están sujetas a las leyes de Castilla, y agregadas a la Andalucía como provincia suya. Su situación es entre los 28 y 30 grados de latitud, y entre el 1 y 5 de longitud. De manera que en 90 leguas de largo, 52 de ancho, y 250 de circunferencia de terreno, tienen 565 poblaciones y pagos; 155:166 personas; 74 iglesias parroquiales y una catedral; 52 beneficios colativos provisión del rey; 40 curatos amovibles, que da el obispo; ocho dignidades, dieciséis canonjías, doce raciones y ocho capellanías reales; quince conventos de monjas, que en 1745 tenían 746 profesas; 20 conventos de franciscos, con 468 frailes; 13 de dominicos, con 251; 8 de agustinos, con 203; en todos 41 conventos y 922 religiosos; 10 hospitales; 288 ermitas, 134 sagrarios; 11 casas de estudios escolásticos; 508 sacerdotes seculares. Se han solido contar 29.800 milicianos, 37 fortalezas, 20 títulos de Castilla, más de 500 mayorazgos: repútanse 35 a 40.000 pesos las rentas de la mitra.

Las Canarias, en fin, han sido patria de muchos insig-
nes varones en letras, dignidades, armas, hazañas y vir-
tut. Distínguense en el mundo por su situación, su me-
ridiano, su Pico, su árbol del Hierro, sus vinos, sus pá-
jaros, sus caballos de Lanzarote, su orchilla, su sangre de
drago, su ligno Aloes o leña Noel, su alpiste, su azúcar,
su azufre, sus corales, sus confites de piedras y otras ex-
quisitas producciones, asunto rico para nuestra historia
natural. Hay una comandancia, que fue capitanía general,
una Real Audiencia, un tribunal de la Inquisición y otro

de la Cruzada, un juzgado de las Indias, dos corregimientos, cuatro alcaldes mayores de letras, etc.

Para el trato interior de las islas y pesca de la costa de África hay bastante número de bergantines y balandras de la construcción del país. Para comerciar a Caracas, Habana, Campeche y otros puertos menores, las mil toneladas del permiso, hay fragatas de suficiente buque. El comercio con Inglaterra, Holanda, Hamburgo, Italia, es casi enteramente pasivo. Se cree que salen anualmente para España más de 400.000 pesos, por sobrantes de arcas reales, cruzada, medias anatas, lanzas, títulos, agencias, estudios, pensiones de la mitra, expolios de obispos, peculios de comandantes y demás forasteros empleados en el gobierno, réditos de mayorazgos cuyos poseedores residen fuera de islas, etc.

No están sujetas a alcabalas, pechos, ni otros derechos que los del 6 por 100 de aduanas. Sus habitantes son por la mayor parte descendientes de los conquistadores, ennoblecidos y primeros pobladores de la tierra; soldados que la ganaron sin gravamen del real erario, la han fortificado a sus expensas, la conservan y han defendido muchas veces con gloria por sí solos, y la han cultivado con constancia admirable desde el principio. Hombres útiles en todas las Américas, útiles en los ejércitos de Flandes, Portugal, Cataluña y África, útiles al erario por sus cuantiosos donativos, servicios, fidelidad y amor al soberano.

Y si esta sencilla recapitulación pareciere más un elogio que una noticia histórica, gracias al corto conocimiento que se suele tener en Europa, y aun en España, de las circunstancias de nuestras islas; mas no por eso se imaginen bienaventurados ni Campos Elíseos en ellas. El especioso anverso de esta medalla tiene un triste reverso. Las Canarias son pobres. Sus frutos han venido a menos en cantidad y estimación. Sus glorias se han olvidado. El comercio de América (de nuestra América) es precario, odioso para Cádiz, cargado de prisiones, ruidoso para cosecheros y navegantes. El del Norte y Levante, escaso y

casí enteramente pasivo. Crece el lujo. No hay minas, no hay industria, no hay fomento. La despoblación y dispersión es notable, pero precisa. La desunión en los negocios públicos, lastimosa. Faltan ideas. No hay espíritus. No hay universidad literaria. No hay correo fijo de España. Los empleados se envían de la corte, y la corte está lejos. El cielo niega muchos años las lluvias. Las carnes son pocas. No hay nublados ni tempestades en los veranos; pero los aires meridionales son vientos exterminadores, que suelen traer la langosta. En casos de guerra, cualquier corsario echa la llave al trato y comercio recíproco. Es verdad que ni las viruelas ni el sarampión fueron jamás males endémicos o propios del país; ellos desembarcan alguna vez fuera; pero se padece la elefancia, la sarna y las hipocondrias rebeldes. Hasta aquí la topografía de las Canarias.

LIBRO XVI

1. RELIGIÓN DE LOS PRIMITIVOS CANARIOS

Desde que militaron las armas bajo los auspicios de la religión y se unió la política a la verdadera fe para el gobierno, todos saben que en las repúblicas cristianas ha sido tal el influjo de las materias eclesiásticas sobre las civiles, que yo creería haber dejado diminuta la historia de las islas Canarias, si no tratase aquí con separación las noticias más sustanciales de aquel obispado, en cuyos fastos ocupan un lugar distinguido.

Hemos visto en los libros antecedentes la felicidad con que la luz del evangelio empezó a rayar en nuestras islas, luego que los europeos acudieron a sujetarlas. Al oírlos, más hubieran podido pasar por misioneros que por conquistadores. La religión les había animado a la empresa; la cruz les precedía y se plantaba como bandera sobre la arena al desembarcar en las playas; Roma les había dado el derecho; el cristianismo era la condición con que admitían los pueblos vencidos al vasallaje; las almas se buscaban con preferencia a los haberes; los sacerdotes marchaban a la cabeza de las tropas a par de los caudillos; los templos eran el primer trofeo que procuraban erigir a la victoria, y el culto católico el único triunfo que ostentaban. En una palabra, se diría que los reyes de Castilla sólo buscaban súbditos para dar hijos a la Iglesia.

A la verdad, no había sido poca fortuna para los primeros predicadores apostólicos de las Canarias que aque-

llos antiguos isleños, como simples profesores de la ley natural, fuesen tan poco adictos a las supersticiones idólatricas, que no hubiese necesidad de combatir en ellos ni los errores de la mitología pagana, ni las opiniones de los filósofos gentiles, ni las ceremonias de los judíos incrédulos, ni los sueños de los sectarios de Mahoma; porque la religión de los guanches, como dijimos en otra parte, era quizá la mejor que podía tener un pueblo bárbaro sin la revelación. En efecto, ellos reconocían un ser supremo, y tenían voces para invocarle, alzando las manos al cielo, con nombres equivalentes al de conservador, grande, sublime. Si reverenciaban al sol, luna y estrellas, acaso era porque consideraban los astros como imágenes en donde más resplandecía la beneficencia y la majestad. Si consagraban las eminencias de los montes, sería porque las veían más cercanas al cielo. Si sacrificaban leche y manteca, era porque no tenían en su estimación cosa más preciosa. En fin, si juraban por la cumbre del Teide, hallaban motivo en el horror de sus erupciones.

De aquí es que contemplando un traductor moderno de Suetonio, en sus *Misceláneas filosóficas*, este raro espectáculo de los guanches y creyendo haber encontrado en ellos el hombre original del mundo primitivo, prorrumpe en estas voces: "Así, mientras que todas las naciones sofocaban el instinto de la moral debajo de un montón de supersticiones, los isleños de Canarias solos adoraban la naturaleza, y no adoraban otra cosa. Fieles a las suaves impresiones de la Divinidad, no derramaban la sangre de ningún viviente, ni aun en sus sacrificios, y se notaba que entre ellos no se cometían delitos enormes". [...]

3. ÉPOCA CLARA DE LA PRIMERA PREDICACIÓN. BULA DE ERECCIÓN DEL PRINCIPADO DE LA FORTUNA

Lo cierto es que hasta fines del siglo XIII, en que sabemos que los europeos empezaron a navegar a nuestras islas con más frecuencia, no tenemos noticia segura de que el evangelio se hubiese anunciado a los canarios. Hemos visto que dos religiosos de San Francisco, que en 1291 acompañaron a Teodosio Doria y Ugolino de Vivaldo en la expedición que en dos galeras hicieron desde Génova, fueron de los primeros que pudieron haber dado a conocer en ellas el nombre de Jesucristo. Y desde esta época no hay duda que aquellas naciones marítimas que de tiempo en tiempo las visitaban, en especial los españoles, codiciando su posesión, desearon ardientemente introducir la fe. Por eso sólo Clemente VI, cuando concedió en Aviñón el principado de la Fortuna a don Luis de la Cerda, no erigió las Canarias en reino feudatario de la silla apostólica, sino para que se propagase la religión. [...]

Esta bula fue dada en Aviñón a 15 de noviembre de 1344, y don Luis de la Cerda prestó el vasallaje por el principado de la Fortuna el día 28 del mismo mes y año. [...]

4. MISIONEROS POR EL PRÍNCIPE DON LUIS DE LA CERDA [...]

Aunque el príncipe de la Fortuna se había aparejado para la expedición, sacando del mismo papa una nueva bula de indulgencias en favor de cuantos se alistasen bajo de sus banderas, y aprontando algunas galeras, que el rey don Pedro de Aragón, con quien se abocó en Poblete, le había franqueado; no pudo pasar nunca a nuestras islas, porque, llamándole su honor a Francia, hizo grandes servicios al rey Felipe de Valois contra los ingleses,

hasta perder gloriosamente la vida en la batalla de Crecy, año de 1346. Sin embargo, sabemos que dos de aquellos bajeles de Aragón aportaron a la Gran Canaria y que cinco religiosos franciscanos que iban en ellos quedaron prisioneros con otros trece cristianos; que predicaron la fe a los gentiles; que edificaron dos ermitas (la de Santa Catalina, camino del Puerto de La Luz, y la de San Nicolás del Agaete), y que murieron precipitados en la caverna de Jinámar.

5. DE FRAY BERNARDO, PRIMER OBISPO DE LAS ISLAS DE LA FORTUNA

El cuidado que tuvo don Luis de la Cerda de enviar estos misioneros a las Canarias confirma cuán verdadero era su celo; pero tenemos otra nueva prueba, ignorada hasta hoy de todos nuestros anticuarios y que merece en la historia eclesiástica una singular atención. ¿Quién había sabido que, luego que las Islas Afortunadas se erigieron en principado y que el Infante de La Cerda fue instalado solemnemente príncipe de ellas, se les dio también un obispo, a quien el mismo papa Clemente VI hizo consagrar en Aviñón con el título de "obispo de las Islas de la Fortuna"? [...]

6. MISIONEROS POR EL PAPA URBANO V

Quizá [Fray Bernardo] ya no vivía, cuando aquellos cristianos aragoneses y mallorquines que dejamos cautivos en la Gran Canaria tuvieron modo, antes de perder la vida trágicamente, de avisar el estado de sus trabajos apostólicos en aquella isla, por medio de ciertos comerciantes catalanes que habían llegado a ella. Entre éstos eran los principales Beltrán de Marmando y Pedro de Estrada, vecinos de Barcelona, quienes, tomando por su cuenta la solicitud de enviar misioneros a los canarios, juntaron en Cataluña

hasta unos veinte religiosos y clérigos seculares que, llenos de cristiano celo, desearon emprender tan gloriosa obra y embarcarse. Entre estos misioneros se contaban algunos frailes dominicos del número de aquellos que fray Elías Raymond, general de su orden, había destinado en España, para que, como operarios de la viña del Señor, se ocupasen de la conversión de los infieles. [...]

Los historiadores no nos dicen cuál fue el éxito de esta cristiana expedición a nuestras islas, y sólo sabemos, como vimos en el tomo primero, que por los años de 1386 empezó a derramar las semillas de la religión en La Gomera el capellán de cierto caballero de Galicia, que bautizó a muchos naturales y que murió poco después. Pero lo que más preparó los ánimos de los guanches para el culto católico fue la santa imagen de la Candelaria, introducida en Tenerife del modo singular que hemos referido largamente. [...]

8. BULA DE LA ERECCIÓN DEL OBISPADO DE RUBICÓN

Éste era el catecismo histórico [de Bontier y le Verrier], por el cual se instruyeron los catecúmenos de Lanzarote para el bautismo, en cuyo castillo de Rubicón se había edificado desde luego una pequeña iglesia con título de San Marcial, apóstol de Limoges. Y entonces fue cuando el papa Benedicto XIII, a quien desde el año de 1403 había vuelto la obediencia Castilla, noticioso en Marsella, adonde en 12 de marzo de aquel mismo año le había llevado el célebre Robín de Bracamonte, sacándole furtivamente de su palacio de Aviñón, en que había estado arrestado por los franceses; noticioso, digo, de esta conquista de Lanzarote, y de aquel nuevo cristianismo, acordó expedir la famosa bula de erección de dicho castillo en ciudad de Rubicón, y de aquella iglesia en catedral sufragánea de la de Sevilla (7 de julio de 1404). [...]

13. BULA DE ERECCIÓN DE UN NUEVO OBISPADO EN FUERTEVENTURA

Debemos atribuir a un efecto de aquellas diferencias [entre J. de Béthencourt y el obispo Alberto de las Casas] el osado paso que los señores de las islas dieron en la corte romana para mortificar al obispo de Rubicón. Ellos impetraron facultad pontificia, a fin de que se erigiese otra segunda silla episcopal en Fuerteventura, de la cual dependiesen las de Canaria, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro. [...]

14. DE DON FRAY FERNANDO CALVETOS, QUINTO OBISPO [...]

Era nuestro obispo gran teólogo escolástico, epíteto de mucha estimación en su siglo, y como tal había asistido al concilio general de Constanza, donde había visto brillar a Gerson, deponer tres papas, quemar a Jerónimo de Praga y a Juan Hus, pero, luego que llegó a Lanzarote, manifestó su amor al género humano, fulminando un decreto por el cual prohibía, con graves censuras, el que fuesen vendidos los canarios, antes ni después de su bautismo. Este abuso de la barbarie y de la violencia había llegado entonces a tal exceso, que se hacía un comercio considerable de esclavos isleños, se ponía en arrendamiento la ganancia y se pagaban derechos de aduana y señoría, igualmente que de los cueros de las cabras, de la orchilla y el sebo.

Pero las censuras del obispo de Rubicón no bastaban, y los rayos del Vaticano se creyeron precisos. Don fray Fernando Calvetos, de acuerdo con fray Juan de Baeza, vicario de las misiones franciscanas, despacharon a Roma a fray Alonso de Idubaren, religioso lego, natural de las mismas islas, para que representase al papa aquellos desórdenes; y Eugenio IV no tardó en expedir, en 25 de octubre de 1434, una bula prohibiendo bajo de graves pe-

nas el cautiverio y mal tratamiento de los canarios y nombrando conservadores para la ejecución de aquellas letras apostólicas. Aún hizo más el papa, pues para rescatar de los esclavos ya vendidos señaló cierta cantidad de dinero que se hallaba depositada en Sevilla, perteneciente a la cámara apostólica desde el tiempo del cisma de don Pedro de Luna.

Celebrábase entonces el famoso concilio de Basilea, que, dando ocasión a nuevo cisma, debe ser memorable para nuestras islas por aquel célebre tratado que presentó en él don Alonso de Cartagena, deán de Santiago, en defensa del derecho que los reyes de Castilla tenían sobre las Canarias, como sucesores de don Pelayo y demás príncipes godos, señores de la provincia Transfretana, contra las pretensiones de Portugal.

También fue Eugenio IV el que, por otra bula apostólica, ordenó que los vecinos de la diócesis rubicense pagasen diezmos y primicias conforme a las de Sevilla y de Cádiz. Y como nuestras islas producían algunos frutos singulares, cuales eran la orchilla, sangre de drago, ámbar, conchas, maná, alpiste, etc., se suscitó la duda de si se debía contribuir también con la décima parte de ellos; pero el provisor de la metrópoli sentenció a favor de la iglesia.

15. BULA DE EUGENIO IV PARA TRASLADAR LA CATEDRAL DE RUBICÓN A CANARIA

Finalmente, el mismo Eugenio IV, a súplica de don fray Fernando Calvetos, expidió su conservatoria y letras apostólicas revalidando la erección de la catedral rubicense con todas las cláusulas oportunas, incluyendo entre ellas la extraordinaria de que los dignidades y canónigos habrían de ser precisamente regulares de cualquier orden religioso que se eligiese. Y al mismo tiempo, movido del celo con que se distinguía este prelado, promoviendo la conversión de los isleños, tuvo a bien concederle diversos

privilegios, entre ellos el de poder trasladar a la Gran Canaria la silla episcopal de Rubicón. [...]

Tal era el tenor de la bula fundamental, en fuerza de la cual se ejecutó, 50 años después, la traslación de la iglesia de Rubicón a la Gran Canaria. En efecto, ni don fray Fernando Calvetos, que la impetró, ni sus inmediatos sucesores, que la desearon, pudieron verificar tan bello proyecto, porque la total conversión de los canarios y su conquista debía costar antes mucha sangre y desvelos. Por otra parte, nuestro obispo sobrevivió muy poco tiempo a aquella disposición pontificia, pues al año siguiente de 1436 era ya muerto y, como yo creo, en su obispado. [...]

19. DE DON DIEGO DE ILLESCAS, NOVENO OBISPO [...]

Fue nombrado [obispo] don Diego López de Illescas, que nuestros escritores aseguran era clérigo secular, deán de Rubicón y hermano del doctor Illescas, consejero de los Reyes Católicos, pero que Lucas Wadingo supone religioso de San Francisco. Nuestras sinodales dicen que el papa Nicolao V le dio las bulas; pero es evidente que no se las dio sino el papa Pío II, en el año segundo de su pontificado, que es el de 1460. Lo que tiene más verdad es la reflexión que hace el ilustrísimo Murga, cuando escribe "que a la sazón tenía tan poca sustancia el obispado, que los obispos más iban a él con deseo de ensanchar la fe católica, que con ánimos de acrecentamientos". Pero debemos confesar que ningún obispo rubicense trabajó tanto como el señor Illescas para que Dios diese adelantamientos espirituales y temporales a su mitra.

Nosotros le hemos visto como un héroe eclesiástico y militar (en su siglo los había de esta clase) al lado de Diego García de Herrera y a la cabeza de las huestes cristianas, ya en la Gran Canaria, donde, acompañado de

su provisor el bachiller Antón López, fue testigo de la posesión que las armas españolas creyeron tomar de aquella isla y de la cortesana sumisión de los guanartemes, año de 1461; ya en la de Tenerife, dos años después, cuando se representó otra escena igual a presencia de los menceyes y se tremoló el pendón por los Reyes Católicos.

La torre de Gando en Canaria fue el oratorio y primera iglesia que don Diego de Illescas consagró para los cristianos del presidio; y la segunda, la capilla de la otra fortaleza que el mismo Herrera había construido en Telde al tiempo de sus correrías, en la cual celebró misa nuestro obispo, según el testimonio que alegamos en otra parte. Del mismo modo, cuando se tomó la referida posesión de Tenerife, sabemos que este ilustre prelado llevó consigo cierto número de religiosos franciscos, entre ellos un tal padre Macedo, que quedó cautivo entre los guanches, y que con estos frailes catequizó y bautizó a muchos; desde el cual tiempo, mirando los españoles la cueva de Nuestra Señora de Candelaria como un templo católico, publicaban por todas partes que en Tenerife había ya una iglesia cristiana y un rebaño de fieles.

20. BULA MEMORABLE QUE LE DIRIGIÓ PÍO II

De este celo incansable de don Diego de Illescas, da claro testimonio la bula que el mismo Pío II le dirigió en Petreoli, villa del obispado de Sena, a 9 de octubre de 1462, "animándole a la fatiga, elogiando su solicitud y concediéndole diversos privilegios y gracias". Porque, habiendo sabido el papa cuán ardiente era la caridad con que nuestro prelado se consagraba a la conversión y libertad de los naturales de las Canarias y Guinea y que, por la pobreza del país y de sus moradores, no querían avecindarse en él ningunos presbíteros ni otros eclesiásticos seculares, de manera que muchos cristianos se quedaban sin misa y morían sin sacramentos, quería su san-

tividad que, mientras durase la obra de la conversión y aquella penuria de clérigos, se pudiese tomar suficiente número de religiosos de cualquier instituto, como fuesen de vida ejemplar, conducta y buena fama.

Igualmente el papa concedía al obispo y a todas las personas constituidas en dignidad, a los canónigos de Rubicón, a los religiosos presbíteros y clérigos que residiesen en las islas ocupados en la conversión de los infieles, finalmente a todas las personas que, teniendo por esclavos algunos naturales de Canarias o Guinea, les diesen entera libertad o coadyuvasen de palabra o por obra a su redención; les concedía, digo, el privilegio de elegir confesor que les absolviese de casos reservados, como no fuesen a la silla apostólica, y de aplicarles una indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. Pero al mismo tiempo delegaba a nuestro obispo y a los arzobispos de Sevilla y Toledo, para que procediesen con censuras contra los piratas y otros cualesquiera cristianos que cautivaban por fuerza o fraude a los naturales de las Canarias y que los retuviesen o vendiesen como esclavos, precisando bajo de la misma excomunión a los contraventores a que dentro de 20 días después del monitorio les diesen libertad o los rescatasen. [...]

Don Diego de Illescas prosiguió. Pero, al cabo de seis años, rendido al peso de la edad y del oficio, renunció el obispado en manos de Paulo II, quien, atendiendo paternalmente a su descanso, le permitió que se retirase a España lleno de méritos, de trabajos y de virtudes, con una pensión sobre la mitra de la cuarta parte de sus rentas. [...]

24. DE DON JUAN DE FRÍAS, DECIMOTERCIO OBISPO

Ya desde el año de 1479 era obispo de Rubicón, por gracia del papa Sixto IV, don Juan de Frías, canónigo de Sevilla, natural de aquella ciudad y originario de las mon-

tañas de Burgos; prelado de cuyo mérito y gran valor hemos dado largas noticias en el libro VII de esta *Historia*. Allí le vimos ser el alma de la conquista de Canaria, apaciguar las rencillas entre Pedro del Algaba y Juan Rejón, invadir en persona a los canarios por Tirajana y otros puestos, llevar en la última campaña el real pendón, animar los soldados con las palabras y el ejemplo, entonar el Te Deum en la victoria, bautizar y consolar los nuevamente convertidos y avasallados, adquirir por repartimiento el lugar de Agüimes para su cámara pontificia, con la jurisdicción temporal y dominio directo; finalmente, transferir la catedral de Rubicón a la Gran Canaria, a cuyo fin no excusó viajes a Sevilla, impetró del papa nuevas bulas y practicó aquellas notables diligencias, de que volveremos a hablar más adelante.

Nos consta, que en 21 de febrero de 1483 había hecho don Juan de Frías, por procurador, su visita *ad limina* (obligación que nuestros obispos de Canarias tenían solamente cada diez años, por privilegio concedido a don Diego de Illescas), como se echa de ver por la carta del camarlengo.

De un breve de Inocencio VIII, con data de 25 de enero de 1486, se colige que a la sazón se hallaba ya la iglesia de Canaria vacante, y por consiguiente que el ilustrísimo Frías había muerto a fines del año anterior de 1485, el mismo en que se había hecho la traslación de la catedral. Y si, como nuestras sinodales aseguran, murió aquel obispo en Sevilla, es claro que no pudo haber asistido a esta función, que se celebró el día 20 de noviembre.

No repetiremos aquí el corto elogio que de don Juan de Frías hicimos en el libro citado, contentándonos con el de don Diego Ortiz de Zúñiga en sus *Anales Eclesiásticos de Sevilla*. "Don Juan de Frías, dice, canónigo de nuestra santa iglesia y obispo de San Marcial de Rubicón, era sujeto muy a propósito para tal empleo, por su virtud, letras y talento, cual lo requería aquella nueva mies del evangelio, no menos que por su valor y ente-

reza con que resistió demasías de los conquistadores y gobernadores, con quienes sobre las cosas de la predicación y tratamiento de los isleños, como lo disponían los reyes, tuvo muchas reyertas". [...]

26. DE DON DIEGO DE MUROS, DECIMOQUINTO OBISPO [...]

Don Diego de Muros, hijo de padres nobles, natural de la villa de Muros de Noya, en Galicia, de la cual tomó el apellido. Había pasado a Roma en calidad de secretario del cardenal Mendoza, siendo ya doctor de ambos derechos y canónigo de Santiago. [...]

En 1496 fue provisto en el obispado de Canarias, cuyas bulas le despachó Alejandro VI en San Pedro de Roma a 27 de julio del mismo año, el cuarto de su pontificado, llamándole siempre en ellas obispo rubicense. El mismo título daba a la iglesia, a la ciudad, al clero y a los vasallos; de suerte que ha sido fuerte equivocación escribir que, desde que se trasladó la catedral de Rubicón a Canaria, se empezaron a llamar obispos de Canaria nuestros obispos. Así vemos que el mismo don Diego de Muros se firmaba *D. EPS. Rubicensis*.

Cuando llegó a su diócesis, la halló acrecentada de dos grandes islas, esto es, de las de La Palma y Tenerife, cuyas conquistas se acababan de hacer. De este modo todas las Canarias estaban ya bajo el yugo de la religión y de la dominación de Castilla. Alonso Samarinas, canónigo de Rubicón, acompañado de otros varones religiosos, había sido el último fundador de ambas iglesias, en las cuales resplandeció desde luego la solicitud pastoral del nuevo obispo, de tal manera que, aunque no estuvo presente a los trances de la conquista de Tenerife, tuvo largo repartimiento de tierras.

Ya dijimos que don Diego de Muros fue el primero que puso en mejor orden su catedral y dio buen régimen a toda la diócesis, cimentando aquélla en sínodo

con su cabildo, año de 1497, con constituciones importantes, y visitando ésta, en 1498, con memorable celo. Que luego que tuvo noticia, estando en Tenerife, de su promoción al obispado de Mondoñedo, año de 1504, hizo donación de las huertas de Tahodio, llamadas después del Obispo, a las iglesias de la Concepción de La Laguna, Puerto de Santa Cruz y Santiago del Realejo. Que en la Gran Canaria había defendido el señorío temporal de Agüimes, que el concejo de aquella isla le disputaba, y que dejó fundado en su santa iglesia un aniversario perpetuo. [...]

Entre las célebres cartas de Lucio Marineo Sículo, se halla una que escribió a don Diego de Muros, en que, alabándole de limosnero, le decía: "Si España tuviese muchos Muros, los muros de las casas de los pobres no estarían derribados". [...]

35. DE DON FRAY ALONSO DE VIRUÉS, VIGESIMOCUARTO OBISPO

Fuelo por entonces don fray Alonso Ruiz de Virués, no natural del reino de Navarra, como nuestros escritores y sinodales han dicho, sino de Olmedo, villa de Castilla la Vieja, junto a Valladolid. Era monje benedictino, célebre predicador del emperador Carlos V, maestro en sagrada teología y varón de tanta reputación en ella, que este monarca le llevó consigo a Alemania en 1539, donde como un campeón, igualmente profundo en el dogma que ameno en la elocuencia, ya con la voz y ya con los escritos, emprendió la refutación de las nuevas herejías. [...]

Así, no era extraño que, habiendo regresado de Alemania, hubiese sido presentado por el mismo Carlos V a la mitra vacante de nuestras islas. Inmediatamente pasó a ellas. Visitó la de Tenerife; compuso las controversias entre los frailes de Candelaria y el clero secular; exigió los derechos de su dignidad sobre la jurisdicción de Agüi-

mes, de que siempre tiene cuidado de advertirnos Murga, llamándole por esta razón "hombre de mucho valor"; y murió en Telde, año de 1545, de donde fue llevado a sepultar a su catedral, en cuyo presbiterio, al lado del evangelio, que después fue sagrario, se ve todavía su lápida con el epitafio siguiente: *Aquí yace el reverendísimo señor don Alonso Ruíz Virués, obispo de Canaria, falleció a 19 de enero de 1545.* [...]

38. RENUNCIA LA MITRA DON FRAY BARTOLOMÉ DE CARRANZA. ES NOMBRADO DON FRAY MELCHOR CANO, VIGESIMO-SÉPTIMO OBISPO

Por muerte [de fray Antonio de la Cruz] hubo dos grandes hombres nombrados para sucederle en la mitra. No la admitió el uno, y el otro no pasó a la diócesis. Aquél fue (según fray Tomás de Magdalena en su *Manual de los dominicos*, y el padre Tournon en sus *Varones ilustres*) el arzobispo de Toledo, de respetable y triste memoria, don fray Bartolomé Carranza, a quien la ofreció Carlos V [en 1549] y que él renunció humildemente, así como había renunciado la del Cuzco. Por tanto deberá mirarse como un fenómeno singular de nuestra historia eclesiástica que su confraternal en el instituto y su émulo en todo lo demás, fray Melchor Cano, hubiese sido nombrado para la misma mitra, por el mismo monarca, en la misma vacante y en lugar suyo. [...]

Fray Melchor Cano, pues, este prelado que tanto ilustra con su nombre el catálogo de los obispos de Canaria y con cuya dignidad su inmortal nombre se condecora, había nacido en Tarancón, lugar del arzobispado de Toledo, por los años de 1505. [...]

39. DE DON DIEGO DE DEZA, VIGESIMOCTAVO OBISPO, Y ENTREDICHO DE LA PALMA

Por renuncia de don fray Melchor Cano, fue nombrado obispo de Canaria don Diego de Deza, natural de Sevilla, hijo de don Nicolás Tello, caballero del orden de Santiago, consejero del rey, y de doña Isabel de Deza. [...]

Pero el nuevo obispo sevillano se hallaba tan gustoso en su patria y temía tanto las incomodidades del mar que, con pretexto de sus achaques, no encontraba ocasión de ir a las Islas, ni tenía valor para apartarse de la Giralda. Desconsoladas ya las Canarias con la ausencia de sus pastores, se consideraron en la necesidad de encargar a sus mensajeros cerca del rey este importante punto, por artículo de instrucción.

Había dado principalmente motivo a la solicitud un largo entredicho, sucedido en La Palma por los años de 1564. Fue el caso que, habiendo intentado el deán y cabildo de Canaria extraer de aquella isla los granos de los diezmos, se opuso resueltamente la ciudad, a causa de la escasez que allí se padecía. Formóse competencia, criáronse autos, y el ardimiento de los ánimos dio lugar a que el licenciado don Diego Padilla, que al mismo tiempo era gobernador del obispado, deán y canónigo, pudiese toda La Palma en entredicho. Esta imprudencia se llevó con católica y aun con heroica resignación. La justicia y regimiento no hizo más que despachar un mensajero a la corte, el cual obtuvo del nuncio de su Santidad, el reverendísimo Alejandro Crivello, letras cometidas a nuestro obispo don Diego de Deza (que siempre residía en Sevilla), por las que le mandaba levantase aquel entredicho; su fecha en Madrid a 24 de julio de 1564. [...]

41. DE DON FRAY JUAN DE AZÓLORAS, TRIGÉSIMO OBISPO [...]

En 28 de marzo de 1569 tomó posesión de su iglesia, por medio de su apoderado, y en 29 del mismo mes fue recibido en Canaria por su cabildo. Halló concluida la mayor parte de la fábrica del nuevo magnífico templo de su catedral de Santa Ana, por lo que al año siguiente de 1570 pudo autorizar la solemne dedicación con su presencia, asistiendo a los oficios divinos que se empezaron a celebrar la víspera del Corpus Christi. Y habiendo pasado el mismo mes de junio a la isla de Tenerife, fue cumplimentado por la diputación de la ciudad de La Laguna. Terminada ya su visita general y restituido a su santa iglesia, murió a 7 de mayo de 1574, como "un gran pastor". Yace su cuerpo junto al altar mayor de la nueva catedral. [...]

45. DE DON FRANCISCO DE CENICEROS, TRIGESIMOCUARTO OBISPO

Fue sucesor [de don Fernando Figueroa] don Francisco Martínez Ceniceros, hijo de nobles padres. [...] Nombróle Felipe II para el obispado de Canaria en 1596. Pasó a su iglesia, de la que tomó posesión el día 14 de abril de 1597.

Dos años después, esto es, en 1599, cuando entraron a mano armada los holandeses en aquella isla, don Francisco Martínez, imitando el denuedo de don Fernando de Figueroa, su antecesor, mostró más valor y constancia de ánimo que habían mostrado todos aquellos otros obispos en los decantados pleitos de Agüimes. Con efecto, nuestro prelado se multiplicó por todas partes en cierto modo, atendiendo no sólo a la custodia de los vasos y ornamentos sagrados, que se llevaron la tierra adentro, y al resguardo de las religiosas y doncellas, sino también a la defensa del país, presentándose armado al enemigo,

con el clero secular y regular, para impedir el desembarco. Sin embargo, tuvo el dolor de ver arder su propio palacio, el convento de Santo Domingo, el monasterio de bernardas, la iglesia de los padres franciscos, etc.

Rechazado en fin el enemigo y reparado en lo posible el daño de la ciudad de Las Palmas, emprendió don Francisco Martínez la visita general del obispado, una de las más santas y útiles de que hay memoria y de cuyos respetables vestigios el ilustrísimo Murga se hacía lenguas. Sus estatutos y saludables mandatos fueron la norma que este prelado confiesa haber seguido para sus *Constituciones sinodales*. A él le debieron las obras pías y testamentos su puntual observancia, la jurisdicción eclesiástica su vigor, el estatuto de limpieza de su iglesia su noble integridad. Así, ¿qué mucho sería que le sobrasen émulos? Varón célebre y hombre preeminente le llama Cairasco. [...]

52. DE DON CRISTÓBAL DE LA CÁMARA, CUADRAGESIMOPRIMO OBISPO

Digno sucesor suyo [de don Juan de Guzmán] fue el doctor don Cristóbal de la Cámara y Murga, natural de la villa de Arciniega, arzobispado de Burgos. [...] Tenía entonces el señor Murga poco más de 45 años, edad proporcionada al desempeño de su laborioso ministerio, especialmente en una diócesis donde es forzoso pasar el mar tantas veces y vencer terrenos agrios a cada paso. Así, no es mucho que fuese su pontificado tan útil y que se dejase ver en aquel horizonte como un astro benéfico. Nuestro obispo llegó a la Gran Canaria, [...] el día 18 de mayo de 1628. [...]

Desde luego aplicó todo su conato a la celebración de un concilio diocesano, tanto más necesario en nuestras islas, cuanto era lastimoso que en doscientos años que había silla episcopal en ellas no se había podido verificar su convocación, aun después que el tridentino los había

recomendado tanto. A este fin expidió su convocatoria aquel mismo año de su ingreso en el obispado, y en la primavera del siguiente de 1629 tuvo la honorífica satisfacción de celebrar el deseado sínodo en la capital de la diócesis, con asistencia de los párrocos, órdenes religiosas y ayuntamientos, en el cual se establecieron las útiles y oportunas constituciones de que haremos aquí una sucinta relación.

53. EXTRACTO DE LAS "CONSTITUCIONES SINODALES" DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON CRISTÓBAL DE LA CÁMARA Y MURGA

Esta primera y venerable asamblea eclesiástica de las Canarias que, haciendo época en su historia, ha dado tanto nombre al obispo a quien se debió, es muy digna de la atención pública, para que no demos una noticia circunstanciada de sus decretos y sesiones.

Dijimos que, luego que don Cristóbal de la Cámara llegó a la Gran Canaria, expidió, en 29 de julio de 1628, su pastoral convocando para una sínodo diocesana a todas las personas que debían y podían asistir a ella, a fin de corregir las costumbres y establecer el régimen espiritual de la iglesia, conforme al espíritu del concilio tridentino. Publicóse esta convocatoria, y se intimó a las ciudades principales, no sin alborozo universal de los pueblos. Y cuando llegó el día señalado, que era la dominica segunda después de pascua de resurrección, 29 de abril de 1629, habiéndose juntado los sinodales en la sala capitular de Canaria, entró el obispo y les propuso la apertura del sínodo para el día siguiente, haciéndoles un razonamiento oratorio y encomendando a sus oraciones y sacrificios el acierto en las deliberaciones. [...]

Asistieron a ella personalmente, por el cabildo eclesiástico, el arcediano de Canaria, los canónigos, magistral y doctoral y un racionero. De la isla de Canaria hubo ocho curas y dos beneficiados curados; de Tenerife, ocho be-

neficiados y dos curas; de La Palma, dos beneficiados y dos curas; de Lanzarote, un beneficiado; de Fuerteventura, un beneficiado; de La Gomera, un beneficiado; del Hierro, un beneficiado. Por poderes, diez beneficiados de Tenerife y cinco curas; siete beneficiados de La Palma y dos curas; un beneficiado de Lanzarote, otro de Fuerteventura y otro del Hierro. [...]

Constan las sinodales del señor Murga de cincuenta y una constituciones, cada una dividida en varios capítulos. Precédelas un catecismo o tratado de doctrina cristiana que comprende las virtudes teologales, el credo, artículos de la fe, paternóster, avemaría, salve, mandamientos, obras de misericordia, virtudes cardinales, dones y frutos del Espíritu Santo, bienaventuranzas, pecados capitales, potencias y enemigos del alma, sacramentos, postrimerías, misa, etc., advirtiéndole que se negaría la absolución y el matrimonio a los fieles que ignorasen estas cosas, y concediendo veinte días de indulgencia a los que las enseñasen. Declaróse, además, que cualesquiera mandatos de los obispos antecesores, aun los de don Francisco Martínez, de buena memoria, quedaban derogados; y que los de este sínodo obligarían y se guardarían a los dos meses del día de su publicación, después de impresa y aprobada, conformándose en ellos a los concilios generales y provinciales de Sevilla, nuestra metropolitana.

La primera constitución declara la obligación de los curas de enseñar la doctrina cristiana, a lo menos los domingos de cuaresma y adviento, desde la una hasta las dos después de medio día, a campana tañida; y hallándose impedidos, cargue la obligación sobre los sacristanes u otros sustitutos, quienes, si pudieren, salgan cantando la doctrina por las calles. Lo mismo se encarga a los maestros de escuela, etc. [...]

La constitución 2.^a trata del bautismo. Manda que no se dilate a los niños más de ocho días; que los saquen de pila un padrino y una madrina; que ningún religioso lo pueda ser; que haya un libro a buen recaudo, donde se escriban con exactitud las partidas. [...]

La constitución 3.^a trata de la confirmación. [...]

La constitución 4.^a trata del sacramento de la penitencia. Señala el tiempo y plazos para la comunión pascual y confesión. Manda que los curas empiecen desde septuagésima a formar la matrícula de sus parroquias con toda claridad. [...]

La constitución 5.^a trata de la eucaristía. Del sagrario, cuya llave no ha de confiar el cura a nadie, ni aun el jueves santo. [...]

La constitución 6.^a trata del sacramento de la extremaunción, y manda que los curas no desamparen a los enfermos oleados. La constitución 7.^a trata del orden, y advierte los requisitos y suficiencia que han de tener los que se hubieren de ordenar. La constitución 8.^a trata del matrimonio.

La constitución 9.^a trata de la vida y honestidad de los clérigos. Manda que la barba de éstos sea diferente de la del seglar, esto es, que sea "redonda, baja, pareja, sin punta ni bigotes, de manera que no les impida recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo". Que lleven siempre bonete, salvo cuando lloviere, hiciere mucho sol o salieren de noche, pues en estos casos pueden sacar sombreros grandes y de faldas anchas. [...]

La constitución 10 prohíbe a los clérigos tener en sus casas mujeres sospechosas, hijos naturales, ni ser concubinarios, ni entrar en conventos de monjas... La constitución 11 manda a los curas y beneficiados la residencia; que sirvan por sus propias personas; que vivan junto a las parroquias. La constitución 12 declara que en el obispado de Canarias no hay beneficios simples ni préstamos, sino que todos son curados, cuya provisión pertenece al rey. [...]

La constitución 13 trata de los sacristanes. [...]

La constitución 17 trata del oficio divino. [...]

La constitución 19 trata de las parroquias y sus términos. Manda que si un difunto ha dejado misas para decir en los conventos, que se retenga la cuarta funeral. La 20 trata de las capellanías y beneficios, su fundación, provi-

sión, número, cargas... La 21, de los testamentos, su libertad y cumplimiento de sus mandas. La 22, de las sepulturas y obligación de ofrendar por ellas. Manda que no se lloren los difuntos extraordinariamente dentro de las iglesias, y que las viudas no acompañen los cadáveres de sus maridos. Se les prohíbe con censuras la superstición de "no tomar agua bendita durante el primer año de su viudez, ni adorar la cruz, ni levantarse al evangelio, ni arrodillarse al alzar el santísimo sacramento, tapándose con el manto". [...]

La constitución 23 trata del colector de las iglesias y manda que tenga libro de los que mueren y que recoja copia de cada testamento, cuidando de que se cumpla la voluntad del testador. La 24 trata de las casas religiosas, ermitas y hospitales, mandando que en las iglesias no se tengan juntas profanas ni cabildos; que no se coma y beba o duerma en ellas; que en sus contornos no haya bailes o danzas. Señala algunas reglas para admitir los enfermos y pobres a los hospitales, el régimen de éstos, etc.

La constitución 25 trata de las santas imágenes. [...]

La constitución 26 trata de las fiestas de guardar, de los oficios mecánicos que se pueden o no ejercer en ellas. [...]

La constitución 28 trata de la edificación y erección de las iglesias. La 29, de las inmunidades. La 30, de los cuestores y limosnas. La 31, de los votos. Prohíbe se hagan votos de correr toros ni dejar sin mamar a los niños, o sin comer o beber a los animales, en fiestas de algunos santos, hasta después de las procesiones. La constitución 32 trata de diezmos y primicias. Manda se paguen de la orchilla; que se repartan aquéllos entre el obispo, cabildo, tercias reales, fábrica de la catedral y demás parroquias, y los beneficios de islas. La 33 trata del derecho de patronato. La 34, de la excomunión y entredicho. La 35, de la simonía. La 36, de la usura. La 37, de las injurias entre clérigos. La 38, de los sortilegios y supersticiones. La 39, de los blasfemos. La 40 del sacri-

legio. La 41, del oficio del juez ordinario. La 42, del fuero que cada una debe gozar. La 43, de los procesos. La 44, de los juicios. Prohíbe que los sacerdotes aboguen, si no fuere en los casos que permite el derecho. La 45, de los pleitos. La 46, de la probanza. La 47, de las apelaciones. La 48, del oficio de visitador y modo de hacer la visita. La 49, del oficio de fiscal. La 50, del oficio del notario. La 51, de los presos. Concluye con un arancel de derechos.

Fenecida esta obra admirable, emprendió don Cristóbal de la Cámara y Murga otra no menos grande, cual era la visita general de la diócesis, sin que dejase por examinar personalmente lugar, templo ni ermita, predicando, haciendo cumplir los testamentos, fundando aniversarios y superando la dificultad de los caminos y la incomodidad de los tránsitos del mar. Todo lo evacuó con fama inmortal, en el espacio de dos años y tres meses. Reedificó las casas episcopales de Canaria que, treinta años antes, habían quemado los holandeses. Fundó a su costa y dotó el monasterio de religiosas recoletas de San Bernardo, que dedicó a San Ildefonso, en la misma ciudad de Las Palmas. Asistía al confesionario con frecuencia, como un sacerdote particular. Era extremadamente celoso de su jurisdicción. Tenía arreglada su numerosa familia como una comunidad religiosa, y su palacio como un convento. Sujeto inimitable (dice el ilustrísimo Dávila), limosnero, docto, celoso de la salud de sus ovejas y del decoro de la casa de Dios, cuyas cualidades le hicieron uno de los héroes eclesiásticos de su siglo y de nuestra iglesia. Su pontificado será siempre el dechado de los obispos sucesores.

Pero, como los hombres son ingratos, no es de admirar que el señor Murga tuviese enemigos. Habiendo entendido el ayuntamiento de Tenerife que se trataba de su traslación a otro obispado, acordó, en septiembre de 1630, "que en atención al celo, cristiandad, amor, y doctrina de un prelado que había visitado en persona todas las islas, quitando pecados, cumpliendo mandas pías, re-

partiendo limosnas con los huérfanos y predicando muchos sermones, era justo se suplicase al rey conservase en este obispado tan excelente obispo". Sin embargo hubo regidor respetable que se opuso firmemente a aquella deliberación, con estas palabras: "El obispo y su cabildo han contravenido a las órdenes expresas del rey, pues, habiéndose mandado que ninguna persona fuese osada a vender el trigo a más de 14 reales, como todos sus antecesores lo han hecho, lo han vendido y están vendiendo a 18, en daño de los pobres, con ser así que los obispos tienen obligación de no tomar de su renta más que su congrua sustentación y repartir el sobrante con los necesitados. ¿Cómo, pues, hemos de escribir a su favor, sin contradecirnos?"

Añadiéronse a estas declamaciones ciertos graves encuentros acaecidos entre el obispo, el capitán general don Íñigo Brizuela, los ministros de la Audiencia y algunos canónigos, resultando que enviase el rey, en calidad de juez pesquisidor, a don Luis Enrique, alcalde del crimen de Granada, el cual privó del oficio a dos oidores y mandó que dos prebendados compareciesen en la corte.

Finalmente, a los siete años de su pontificado, después de haber dejado establecidas en 1629 las distribuciones cotidianas en el coro de su catedral, fue promovido el señor Murga, en 1633, a obispado de Salamanca, donde falleció el día 30 de abril de 1641, con opinión de santidad. [...]

57. DE DON BARTOLOMÉ XIMÉNEZ, CUADREGESIMOQUINTO OBISPO

Fue sucesor [de fray Juan de Toledo] don Bartolomé García Rabadán Ximénez, natural de la villa de Zalamea la Real, arzobispado de Sevilla. [...] Presentóle Carlos II para la mitra de Canaria en 1664, según lo participaba él mismo a las ciudades de la diócesis, en carta de 5 de noviembre de aquel año. Tenía entonces cuarenta y seis

de edad. Despachóle Alejandro VII las bulas en 14 de marzo de 1665. Y habiendo sido este prelado uno de los más ilustres ornamentos de nuestra iglesia, por su largo pontificado, su solicitud pastoral, sus virtudes y los singulares acontecimientos de su vida, he creído sería de la aceptación de mis lectores dar aquí una relación más circunstanciada de ella, conforme a la que nos dejó escrita su secretario y primo don Juan García Ximénez, en carta al arzobispo de Sevilla, año de 1691, con el título *Heroica vida, virtudes y muerte del ilustrísimo señor don Bartolomé García Ximénez*. [...]

El 27 de diciembre (1665), domingo, se vio la isla de La Palma, que no pudo tomarse; pero el 29, al amanecer, entró el obispo en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, saltando en tierra tan débil y extenuado, que fue necesario llevarlo en brazos al castillo inmediato de San Juan, de donde pasó a alojarse en el convento de Santo Domingo.

El deseado arribo del ilustre prelado, sus raras aventuras y la anticipada opinión de su gran virtud, que le hacían una persona interesante para los canarios, todo contribuyó a que fuese recibido con las mayores demostraciones de contento, bien que no dejaban de desconsolarse, creyendo, al considerar su delicada complexión, que no tendrían obispo para veinticinco días. Sin embargo, el pontificado de don Bartolomé Ximénez fue de veinticinco años. [...]

Así que se halló recobrado algún tanto, se entregó sin límites al gobierno espiritual de la diócesis, anunciando sus intenciones en un edicto encíclico y general, dirigido a los párrocos y parroquias, el cual contenía 40 mandatos muy útiles, y desde entonces, a proporción que se iba enterando de los que exigían pronto remedio, no cesó jamás de expedir pastorales muy instructivas sobre todo género de materias, para curas, vicarios foráneos y toda clase de feligreses. Estos decretos, recogidos en los archivos de las iglesias, componen un considerable volumen, siendo de los más apreciables el capítulo que in-

tituló *Nuestro pastor y prelado*, que se leía frecuentemente en todas las parroquias y ermitas y estaba escrito con el fin de quitar conciencias erróneas.

A su llegada a Tenerife supo el obispo que, desde el tiempo del señor Murga, esto es, de treinta y seis años a aquella parte, ninguno de sus antecesores había visitado La Palma, con ser una de las principales islas de la provincia; así, se embarcó a ella por julio de 1666, en el puerto de La Orotava, a bordo de la carabela en que había vuelto de las Indias. Era su destino que los pilotos se propasasen. En efecto, no habiendo acertado a tomar el puerto de la ciudad, arribaron al de Tazacorte, que está al Sur. [...]

Sin embargo, al día siguiente entró el obispo en la ciudad y, aunque desazonado, mandó publicar confirmaciones para el 15 de agosto; pero en la víspera de esta función se vio llegar al puerto un bajel, despachado por el capitán general, llamando al obispo para que pasase a Tenerife sin dilación, a fin de apaciguar los graves motines suscitados con motivo de la compañía que los comerciantes ingleses habían establecido para comprar los vinos, supuesto que los principales motores tomaban la máscara de clérigos. El obispo, con admirable prontitud de ánimo, se embarcó el mismo día y volvió a Tenerife, donde estuvo hasta principios de diciembre serenando las inquietudes; y de allí pasó a la Gran Canaria, para reconocer su catedral. En este tránsito padeció una tormenta y hubo también de propasarse. En fin, tomó tierra en la Aldea de San Nicolás, el día 22 de noviembre, y tuvo que caminar a pie por andenes y sendas agrias. Fue recibido en su iglesia el 5 de diciembre.

Pero en su mismo palacio episcopal le esperaba otra tormenta más horrible, pues al año siguiente de 1667, día de Todos Santos por la noche, le dio veneno un eclesiástico malvado, a quien por delitos tenía preso. Este monstruo había tenido modo de taladrar sutilísimamente dos huevos y, llenándolos de solimán, hizo que un muchacho que le servía fuese a la cocina y con disimulo

los trocase con los que el obispo debía cenar según costumbre. Así lo ejecutó; pero el prelado, que, al sorber los huevos, los halló agrios y con la clara empedernida, antes de pasar adelante quiso saber del cocinero en qué podría consistir aquel mal sabor. Hiciéronse pesquisas y, observando que la cucharilla de plata se había puesto muy negra, se descubrió el veneno. Saltó el obispo de la cama, hizo diligencia de vomitar, lo que no le fue difícil, pues tenía el hábito de volver todos los días la comida, acudió el médico, aplicó antidotos y, no obstante, el señor Ximénez padeció el resto de su vida grandes opresiones de corazón. Don Diego Vázquez Botello, chantre y provisor, hizo al delincuente la sumaria y le estrechó la prisión; pero éste, rompiendo una pared maestra del palacio, hizo fuga; fue sentenciado en rebeldía a degradación y murió después en Madrid.

En enero de 1668 pasó el obispo otra vez a Tenerife, visitó las parroquias, convocó los beneficiados, curas y confesores de cada partido y, juntándolos en las iglesias, tuvo con ellos conferencias relativas al ministerio espiritual. Hacía les leer las *Constituciones sinodales* del obispado, sus propias instituciones y decretos y algunos capítulos del concilio tridentino; de manera que, haciéndose amar y temer, dio a los párrocos del obispado un nuevo aspecto de decencia, ciencia y probidad.

Estaban las Canarias muy contentas, y aun engréidas con prelado de tan relevantes prendas, cuando supieron con dolor que, motivado de su quebrantada salud y de su conciencia escrupulosa, había renunciado la mitra para retirarse con una pensión al convento de Candelaria, y que el rey, en agosto de 1672, acababa de presentar a ella a don Antonio de Ibarra y Córdoba, cura de San Ginés de Madrid. Esta inopinada novedad sobresaltó los ánimos. El ayuntamiento de Tenerife y el capitán general hicieron a S. M. una larga representación, en la cual, refiriendo los bienes de todas clases que don Bartolomé Ximénez había hecho a las Islas y podía hacerles en lo venidero, le suplicaban se dignase conservarle en

el obispado. Las preces llegaron hasta Roma, y Clemente X se excusó de pasar las bulas al nuevo electo, a quien se dio después la iglesia de Almería, año de 1675, de donde fue trasladado a la de Cádiz en 1681; y las Islas quedaron en plena posesión de su digno obispo.

Habiéndose movido en 1674 algunas competencias ruidosas sobre asientos entre el cabildo eclesiástico de Canaria de una parte, y el cabildo secular y el provisor y vicario general por otra, sobre sentarse en silla de brazos en las iglesias, pasó el obispo a aquella isla, en donde dice su historiador que "estas cosas le trabajaron y dieron bastante que hacer, pues, habiendo partido un prebendado a la corte, resultaron sobradas mortificaciones, costas y gastos".

Año de 1675 volvió a navegar a La Palma, visitó la parroquia principal y despachó visitador y misioneros a las otras. Juntó, como en Tenerife, los párrocos, para tener conferencias eclesiásticas con ellos. De allí se embarcó a la visita de La Gomera y Hierro. Volvió a La Palma, en donde, por tener bloqueados los puertos dos embarcaciones de moros que solicitaban cautivar al obispo, estuvo detenido hasta marzo de 1676, que pudo pasar a La Gomera, escapándose casi milagrosamente de sus garras. Llegó a Tenerife, que había sufrido una terrible falta de granos y a la cual había procurado socorrer el prelado, trayéndolos de fuera. En 1678 prosiguió en la Gran Canaria la visita general del cabildo y contaduría. Embarcóse a Fuerteventura el 20 de noviembre y padeció en la travesía otra formidable borrasca que le obligó a tomar tierra, al cabo de tres días, en unos arenales, remotos y despoblados y hacer una jornada montado en un camello. De Fuerteventura pasó a la isla de Lanzarote y, volviendo a cerrar en la [de] Canaria la visita, se restituyó a Santa Cruz de Tenerife con una salud muy endeble.

Acogido al benigno clima de aquel puerto, no salió más de allí que cuando subió a la ciudad de La Laguna para presidir al capítulo provincial que celebraron los pa-

dres agustinos, por letras que le envió de Roma el general de aquella orden, con noticia del cisma y las discordias que de algún tiempo a aquella parte afligían la provincia. Todo se ejecutó con paz.

Ocupábase nuestro obispo, durante su retiro de Santa Cruz y decadencia de sus fuerzas corporales, en escribir varios tratados, entre ellos una *Poliantea miscelánea moral-política*; la *Apología del rey Jacobo de Inglaterra*; un *Compendio del gobernador cristiano*, con notas; un *Índice de las herejías y heresiarcas*, hasta Lutero; y una *Recopilación de diferentes papeles y dictámenes de los mejores teólogos y abogados* cuyos volúmenes dejó al archivo de la dignidad, para directorio de sus sucesores en la mitra.

Eran éstos los últimos suspiros de un alma activa, a quien la consumida máquina de su cuerpo no podía obedecer. Presentía su muerte y todo le servía de presagio. El cometa que se dejó ver en Tenerife por diciembre de 1689 no había aparecido, a su entender, sino para su ilustrísima. Muchas noches se levantaba de la cama para verlo, hacía dibujar su figura y observaba su movimiento, no en calidad de astrónomo, sino de arúspice, diciendo a sus familiares: "También salen cometas para obispos". Un eclipse que hubo de luna no le sirvió de menor agüero; y el salirle por suerte en las monjas de San Ildefonso de Canaria, el día primero del año, una cédula de Santo Domingo, su devoto, cosa que no había logrado jamás, fue también infausto pronóstico para él. Pero estas ilusiones de una imaginación enflaquecida, ¿no eran el verdadero pronóstico de la catástrofe que le amenazaba?

Desde mediados de abril de 1690 se había postrado en cama; recibió el día 29 los sacramentos, y el 30, que era domingo, le sobrevino un accidente apoplético con convulsiones. Recobróse algún tanto; pero habiéndole repetido varias veces, murió el día 14 de mayo del mismo año, que era Domingo de Pentecostés, a las ocho de la noche. Depositóse su cadáver en la parroquia de Santa

Cruz, para trasladarle después al santuario de Candelaria, según había dispuesto; y su entierro fue como el de uno de aquellos venerables varones a quienes el consentimiento de los pueblos suele aclamar por santos. El concurso de los lugares comarcanos y de extranjeros, la conmoción de los vecindarios más remotos, las lágrimas y lamentos de los pobres, el tocar los rosarios en el cadáver, el cortar pedazos del vestido y robar cuando había tenido contacto con él y el divulgar que estas reliquias obraban maravillas, todo prueba que el ilustre prelado había dejado un grato olor de santidad. En septiembre de 1691 se trasladaron sus huesos al convento de Candelaria, donde se le puso el siguiente epitafio, que el mismo obispo había compuesto: *Aquí yace D. B. G. X., perpetuo esclavo de Nuestra Señora de Candelaria, Obispo que fue de estas Islas de Canaria. Rueguen a Dios y a su Santísima Madre por él, para que lo lleve a su eterno descanso.*

Su biógrafo pondera, entre las virtudes más especiales de don Bartolomé Ximénez, lo primero, el celo pastoral con que veló de día y de noche sobre su rebaño, ya promoviendo el estudio de la teología moral, abandonada entonces en nuestras Islas por la escolástica, ya estrechando los exámenes para órdenes, confesores y curas, ya representando a la cámara de los inconvenientes que había de que los regidores hiciesen los concursos de oposiciones a los beneficios, nombrasen examinadores y eligiesen por votos a los que les parecían, ya obteniendo cédula real para que esta acción fuese privativa del prelado, ya concediendo al ayuntamiento de Tenerife que, cuando asistiese en forma de ciudad a las iglesias, se le diese la paz al mismo tiempo que al coro, ya, en fin, impetrando un breve apostólico en que se concedieron a su dignidad, por quinquenios, facultades para dispensar en diferentes impedimentos y casos.

Lo segundo, su liberalidad con los pobres, entre quienes distribuyó generosamente todas las rentas de su mi-

tra. Al hospital de La Laguna dio 50.000 reales de tributos; a la cuna de los niños expósitos, 52.000 de principal y mil pesos cuando murió; a todos los necesitados, letra abierta para botica, lo que llegaba a 7.000 reales anuales. En la ciudad de Canaria daba todos los años a los pobres más de 1.600 fanegas de trigo en pan amasado, cama, abrigo, médico, carne, dulces y regalos a los enfermos; otras mesadas a diferentes pobres vergonzantes, que importaban anualmente 1.200 reales. En 1674 remitió al arzobispo de Sevilla 27.000 reales para redención de cautivos de este obispado. En 1688 repartió 4.000 fanegas de trigo. Al convento de Santo Domingo de La Laguna dio 13.200 reales para sustento de sus colegiales; y con todos los demás de las Islas distribuía cada año de cinco a seis mil fanegas de trigo. Al de Candelaria dio, por espacio de ocho, 300 ducados, gastando en la edificación de su iglesia 130.000 reales, en el retablo 33.000, en el dorado 40.000. A la catedral de Canaria, una lámpara de 500 marcos de plata, que costó en Génova 48.000 reales de plata. Al colegio de Santo Tomás de Sevilla dio 4.000 pesos; mantuvo algún tiempo las religiosas de San Bernardo de Los Silos; contribuyó con 2.000 pesos para fortificaciones de las Islas, etc.

Lo tercero, su pobreza de espíritu y humildad tan particular, que conservó remendada la ropa que había sacado de España, durante su pontificado, y sólo hizo dos vestidos, mas ninguno de seda. Sus medias eran de hilo teñido, y todo lo de su uso de igual primor. Redújose su carruaje a una litera y una silla de mano.

Lo cuarto, su incontrastable firmeza en defensa de la inmunidad eclesiástica, que él llamaba la niña de los ojos de los obispos, y la manifestó ya con dos capitanes generales, don Félix Nieto y don Francisco Baraona, ya con la Real Audiencia, sobre entrar los oidores en las iglesias escoltados de alabarderos, ya con los señores de las islas menores sobre los derechos de quintos que exigían a los eclesiásticos, ya con los ayuntamientos, los cuales se oponían a que, cuando iban en forma de ciudad, lleva-

se el obispo silla de manos en las procesiones ni más familia que el caudatario y dos capellanes, ya sobre la venia que los mismos cuerpos pretendían de los predicadores.

Finalmente, el ilustrísimo don Bartolomé García Ximénez fue sin duda un varón apostólico, de quien dijo otro sucesor suyo muy activo que no había dejado nada que hacer ni que decir a los obispos de Canaria, pero sí mucho que admirar. [...]

62. DE DON PEDRO DÁVILA, QUINCUAGÉSIMO OBISPO

Fue sucesor [de don Félix Bernui] don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas. [...] Pasóle Clemente XII las bulas en 6 de agosto de 1731, y llegó al puerto de Santa Cruz de Tenerife en primero de junio de 1723, por no haber podido arribar la embarcación a la Gran Canaria; pero inmediatamente pasó a hacer su entrada en aquella capital de la diócesis y a recibirse en su catedral.

Residió en ella hasta principios del año de 1733, que emprendió su general visita con intrépida resolución, empezando por las islas de Fuerteventura y Lanzarote. [...]

El P. Francisco Ruano, jesuita, autor de la *Historia de Córdoba*, le había ayudado en la predicación, y don Sebastián Truxillo, cura beneficiado de Fuerteventura, en la visita. Estos dos operarios, "el uno muy corto de vista y el otro de luces" (como dice el P. Matías Sánchez), estando en La Palma, creyeron haber visto la isla encantada de San Borondón; y faltó poco para que ambos se fuesen a predicar en ella y a visitarla. El visitador que el obispo envió a Tenerife, con título de juez de las cuatro causas, fue el canónigo español don José de Gálvez, antigua hechura del obispo don Félix Bernui. [...]

Parecía que el prelado, después de la referida visita y la de la isla de Canaria, que evacuó consecutivamente, só-

lo se había retirado a su palacio y catedral para descansar de la tarea; pero no se había retirado, a la verdad, sino para emprender otra mayor obra, de la cual aquélla no era más que el preludio. Pensaba, pues, celebrar un sínodo diocesano y convocarlo para el año siguiente, pues había ciento y cuatro años que se había celebrado el último. Para esto expidió su edicto general en 20 de agosto de 1734, dirigido al deán y cabildo de aquella santa Iglesia, a los vicarios, beneficiados, párrocos y demás eclesiásticos que, por derecho o por costumbre, debieran asistir; al comandante general y presidente de la Audiencia, a los corregidores y regidores de las ciudades, a los gobernadores y jueces de las islas menores del obispado, a los provinciales, priores, guardianes y rectores de las órdenes religiosas, etc. [...]

63. EXTRACTO DE LAS "CONSTITUCIONES SINODALES" DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON PEDRO DÁVILA Y CÁRDENAS

Abrióse, pues, el santo sínodo el día 28 de agosto por la tarde, con un breve razonamiento que hizo el obispo a los vocales, juntos con el aula capitular. Al día siguiente, lunes por la mañana, después de la misa del Espíritu Santo, que cantó de pontifical, salió la procesión solemne con asistencia del cabildo, vocales, clero, comunidades, diputados de ciudades, cofradías, tropa militar, música, etc. El comandante y presidente de la Audiencia don Francisco de Emparan se hallaba a la sazón allí. La procesión anduvo por los conventos de padres dominicos, monjas de San Ildefonso, padres agustinos y colegio de la Compañía de Jesús, estando las calles arenadas, colgadas y floridas. Por la tarde, después de completas, volvió a formarse la procesión y se dirigió hacia la parte de Triana, pasando por los conventos de religiosas de San Bernardo y de Santa Clara, padres de San Francisco, etc.

Durante los ocho días de la celebración hubo otras tantas funciones de iglesia, con sermones que pronunciaron oradores sobresalientes, y el último, que fue el 5 de septiembre, lo predicó el obispo.

Asistieron al sínodo, como diputados de la santa iglesia, el maestrescuela dignidad, el canónigo más antiguo, el magistral y el más antiguo racionero. Por la ciudad y ayuntamiento de Canaria, don Fernando Vélez y don Pedro Huesterlin, regidores. Por la ciudad de La Laguna, don Álvaro Machado y don Pablo Pestana, regidores. Por la ciudad de La Palma, don Francisco Ruiz de Vergara y don Baltasar de Llarena, vecinos de Canaria, apoderados.

Los párrocos fueron los siguientes: De Canaria, nueve curas y cuatro beneficiados en persona y dos por poderes. De Tenerife, diez beneficiados y cuatro curas en persona y diecisiete beneficiados y diez curas por poderes. De La Palma, dos beneficiados en persona y nueve beneficiados y tres curas por poderes. De Fuerteventura, un beneficiado y un cura en persona y un beneficiado y un cura por poderes. De Lanzarote, dos beneficiados por poderes. Del Hierro, un beneficiado en persona y otro por poderes. De La Gomera, un cura en persona y dos beneficiados y tres curas por poderes. Vicarios foráneos, los de La Laguna y de La Palma en persona.

Declaráronse jueces sinodales *ratione officii* al deán, arcediano de Canaria, chantre, canónigo más antiguo, magistral, doctoral y provisor; y personales, once. Examinadores sinodales de oficio, el deán, tesorero, arcedianos de Tenerife y Fuerteventura, dos canónigos y dos racioneros más antiguos, el cura presidente del sagrario, el beneficiado presidente de Telde, el de Gáldar o Guía, el de la Concepción de La Laguna, el de los Remedios y los de todas las parroquias de Tenerife, Palma y demás islas. Entre los regulares fueron nombrados los provinciales, con los principales priores, guardianes, maestros, etc. Personales lo fueron todos los vocales que asistieron

al sínodo. También se nombraron trece testigos sinodales.

El orden de los asientos fue el mismo que se guardó en el sínodo del señor Murga, con la diferencia de que los beneficiados y curas se sentaron por la antigüedad de sus títulos.

En estas constituciones se reformaron algunos puntos de las del señor Murga. En la constitución primera restringe la obligación de los maestros de escuela de enseñar todos los días la doctrina cristiana a los sábados solamente. Prohíbe que la explicación de ésta recaiga sobre los sacristanes, por defecto de los curas o sus tenientes. Que la limitación a los confesores sobre facultad de absolver a los que ignoran la doctrina se entienda en el precepto anual y cuando hayan de contraer matrimonio. Se manda, pena de ocho ducados, a los beneficiados, curas, tenientes, servidores y capellanes de ermita expliquen dicha doctrina a lo menos dos veces al mes, sin valerse de seglares para ello. Que sean examinados por los curas los maestros y maestras de niños.

En la constitución 2.^a señala por tiempo perentorio del bautismo quince días, si los lugares están dos leguas distantes de la parroquia; y un mes, si estuvieran aún más remotos, pena de cuatro reales. [...] Que se examinen las parteras sobre materia, forma e intención del bautismo "y que las mujeres penitenciadas no ejerzan este arte sin licencia del Santo Tribunal".

En la constitución 3.^a se previene que los párrocos publiquen las confirmaciones, para que los adultos que han de recibir este sacramento se lleguen a él confesados; y que para padrino de los varones se señale en cada parroquia un hombre, y una mujer para las personas de su respectivo sexo.

En la constitución 5.^a se reforman algunos casos reservados, y se manda que el sacerdote absuelva a los moribundos privados de sentido bajo esta fórmula: *Si capax es*, o *Si ponis materiam*. Que ningún confesor absuelva

al penitente a quien otro hubiere negado la absolución, sin actuarse de la causa.

En la constitución 6.^a se prohíben en las casas particulares altares y nacimientos con octavarios y novenas que atraen concurso y devoción.

En la constitución 7.^a se añade que ninguno que no esté ordenado no pueda llevar hábito clerical sin licencia del obispo. [...]

En la constitución 8.^a se manda que los párrocos vealen a los novios, so pena de un ducado para la lámpara de la iglesia. Laméntase el pernicioso abuso de salirse las hijas de la casa de sus padres pidiendo marido ante el vicario, y se manda, pena de excomunión mayor, que los párrocos "prediquen con frecuencia contra esta culpa" y que no casen tales hijas hasta pasados seis meses completos.

En la constitución 10 se levanta la excomunión que estaba impuesta a los que gastasen tabaco en las iglesias. En la 12 permite que los regulares, con licencia del obispo, pueden servir curatos y capellanías de ermitas, por la necesidad. [...]

En la constitución 22 se prohíben los entierros de los niños de noche y sin pompa; y que, sobre la controversia que hay en orden a si se han de enterrar en las parroquias o donde eligen los padres, se guarde la costumbre. [...]

Esta asamblea sinodal, que había sido lucida y numerosa, se disolvió con la bendición del obispo, después de cantado el *Te Deum* por la música de la capilla. Imprimiéronse sus *Constituciones* en Madrid, año de 1737, y en la licencia del consejo se prevenía que se podrían esparcir y divulgar, como que eran las mismas que se habían formado en 1629, "con adiciones sinodales, todo sin perjuicio de la real jurisdicción, derechos del real patronato u de otro tercero". [...]

Pero, entretanto, sabiendo este prelado que para su traslación a otra mitra sólo le faltaba concluir la visita de Tenerife personalmente, la emprendió en aquel año

con bastante celeridad. Cuando llegó a La Orotava, se hospedó en el colegio de los jesuitas, que le obsequiaron mucho y a quienes él obsequiaba mucho más, seguro de que la provincia de Andalucía era su principal empeño y agente cerca del confesor del rey.

Durante su mansión en aquella villa consagró, el día 15 de agosto de 1738, a don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, arzobispo de Santo Domingo; nuevo y agradable espectáculo para las Canarias, que vieron por la primera vez esta augusta ceremonia en un hijo suyo.

Luego que don Pedro Dávila se restituyó a Canaria, aportó a aquella isla el día 2 de enero de 1739, entre seis y siete de la noche, una embarcación con la noticia de que S. M. le había promovido al obispado de Plasencia; y en aquel mismo año, por febrero, navegó a la Península de España, donde ocupó aquella silla poco más de tres. Falleció en la villa de Béjar a 25 de junio de 1742, de edad de 64 años.

El señor don Pedro Dávila será de inmortal memoria para las Canarias, por los raros ejemplos que dejó de una caridad sin límites y de una solicitud pastoral que podemos llamar heroica. ¡Cómo los nombres de Murga, de Martínez y de Ximénez le exaltaban la imaginación, y cómo las ideas de pastor y de obispo le agitaban el pecho! El señor Dávila se sentía, por decirlo así, con fuerzas iguales al peso de su mitra; y, sin embargo, con qué humildad estampó al fin de sus *Constituciones sinodales* estas cláusulas: "En los héroes que han logrado estas islas y mi iglesia, en virtud, ciencia y nobleza, se pueden llamar verdaderamente Afortunadas; sólo yo les pudiera quitar esta fortuna... Confieso que me sirve de más rubor cada día el verme sucesor de tan insignes preladados". [...]

65. DE DON FRAY VALENTÍN DE MORÁN, QUINCUAGESIMOSEGUNDO OBISPO

Fue sucesor [de don Juan Francisco Guillén] don fray Valentín de Morán y Estrada, de la orden de la Merced. [...]

En agosto de 1750 había sido electo obispo de Panamá; pero, habiendo mediado algunas razones, fue promovido en noviembre del mismo año a la mitra de Canaria, y se consagró en su convento de la Merced de Madrid, el día 25 de abril de 1751. Embarcóse en Cádiz a 7 de julio, y llegó el 14 del mismo mes a la Gran Canaria, donde fue recibido con júbilo tan singular, que sus mismos familiares, testigos de semejantes entradas de obispos en otras capitales del reino, quedaron admirados al observar el exceso de alegría que rebosaba en el pecho de aquellos naturales, "señal cierta de las profundas raíces con que está afianzada en ellos la piedad y la religión, pues tal efecto les causa la primera vista de su obispo". [...]

67. DE DON FRAY JUAN BAUTISTA SERVERA, QUINCUAGESIMOCUARTO OBISPO

Fue sucesor [de don Francisco Delgado] en el obispado de Canaria don fray Juan Bautista Servera, natural de Gata en el reino de Valencia, [...] religioso del orden de la descalcez de San Francisco desde 26 de agosto de 1722. [...]

Llegó al puerto de Santa Cruz de Tenerife, a bordo de un navío de guerra, en primero de septiembre del mismo año [1769], de donde pasó a la Gran Canaria, diecisiete días después. En 1770 abrió concurso de oposiciones a los beneficios vacantes. En 1773 visitó las islas de Fuerteventura y Lanzarote, y en 1776 las de Tenerife, Palma, Hierro y Gomera. Erigió en Canaria con mucho celo un seminario conciliar tan deseado, dándole saluda-

bles constituciones; fundó la congregación de la doctrina cristiana, para explicación del catecismo en todas las parroquias, y fabricó de planta, en la misma capital, un hospital magnífico, en cuya obra expendió cuarenta mil pesos. Otro hizo edificar en la isla de Lanzarote.

En [...] estas noticias hemos hecho honrosa memoria de su caritativa liberalidad con los necesitados, especialmente durante la escasez de granos que hubo de asolar las islas menores, habiendo hallado en su cabildo los inmortales ejemplos de compasión y humanidad para con los vecinos expatriados, a quienes socorrió largamente.

Este prelado justo, docto, elocuente, insigne orador, en cuya conducta resplandecían todas las virtudes sacerdotales de un modo natural y sencillo, esto es, sin fausto ni dominación, después de haber regido su rebaño en espíritu de paz y celo discreto ocho años, fue promovido al obispado de Cádiz en 1777, adonde navegó por julio de aquel mismo año, embarcándose por la caleta de San Telmo de la ciudad de Canaria, con tierno sentimiento suyo y de las Islas, que hicieron en él una gran pérdida. [...]

69. ELOGIO DE NUESTROS OBISPOS

Hasta aquí la serie y sucesión de los obispos de Canaria, que, referida con alguna extensión, ha podido ofrecer un espectáculo agradable a cualquiera que se interese en la felicidad de los hombres. Tales han sido estos venerables varones, sobresalientes unos por su nobleza, otros por sus talentos, otros por sus virtudes, y todos consagrados al bien de los naturales de las Islas y de la religión. ¡Qué nombres para las Canarias los de un don fray Fernando Calvetos, don Diego de Illescas y don Juan de Frías, fundadores y padres de las catedrales de Rubicón y Gran Canaria y, al mismo tiempo, conquistadores y defensores de sus ovejas! ¡Qué nombres, por su ilustre cuna, los de don fray Miguel de La Cerda, don Pedro López de Ayala, don Francisco de La Cerda! ¡Por

su erudición en letras humanas y divinas; los de un fray Melchor Cano, un don Diego de Muros, un fray Alonso de Virués, un don Antonio de La Cruz! ¡Por sus virtudes sacerdotales, un don Bartolomé de Torres, un don fray Juan de Toledo! ¡Por su solicitud pastoral, un don Francisco Martínez, un Murga, un Ximénez, un Dávila, un Guillén! En fin, sería necesario volver a nombrarlos uno por uno, si quisiésemos congratularnos con su memoria.

Pero como los mayores bienes suelen andar mezclados, ha tenido que sentir algunas veces nuestra iglesia el mal inevitable de las frecuentes translaciones, el de la ausencia de sus pastores en España ya después de nombrados, el de la dificultad de las visitas generales de la diócesis, finalmente el de algunas competencias y disputas con varios cuerpos de la provincia y con su mismo senado capitular.

70. DEL VICARIO GENERAL Y DE LOS FORÁNEOS DE LA DIÓCESIS

Los obispos establecieron desde luego en la Gran Canaria el tribunal de su oficial, vicario general y provisor, para atender a todas las causas contenciosas y de jurisdicción voluntaria en el ámbito de la diócesis, los cuales han sido tomados por lo regular del mismo cuerpo del cabildo.

En las otras seis islas pusieron vicarios foráneos, uno en cada una, excepto en la de Tenerife, que pusieron cinco: en La Laguna, Santa Cruz, Orotava, Daute e Icod. [...]

71. JUECES DE LAS CUATRO CAUSAS

Pero como las facultades de estos vicarios eran muy limitadas, pues no podían conocer de causas criminales, sino hasta hacer la sumaria y remitir el proceso, salvo

en asuntos leves, ni menos de las decimales, beneficios y matrimoniales que ocurrían cada día, las islas de Tenerife y La Palma, como más opulentas, considerando los costos y perjuicios que se seguían a los vecinos de haber de atravesar frecuentemente el mar, con riesgo de la vida y de la libertad, para ir a buscar justicia a la de Canaria, obtuvieron el privilegio de que el obispo estableciese en cada una de ellas un vicario, juez de las referidas cuatro causas, el cual conociese de ellas definitivamente. [...]

72. INTRODUCCIÓN Y ERECCIÓN DEL TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN EN CANARIA

El tribunal del santo oficio de la Inquisición, establecido en Castilla el mismo año en que se había concluido la conquista de la Gran Canaria, se fue introduciendo en nuestras islas de la manera siguiente: Con motivo de haber acudido a ellas, atraídos del aliciente del comercio, algunos nacionales del Norte y de otros países, muchos judíos expelidos de España y un número considerable de moros del África vecina, se trató de poner un inquisidor en Canaria, y fue el primero el licenciado Bartolomé López Tribaldos, a quien dio título de tal, con nombre de inquisidor general, don fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, año de 1504, subordinándolo a la Inquisición de aquella metropolitana, a la cual debía remitir las causas que finalizase.

En la misma forma prosiguió el bachiller Martín Ximénez, chantre de Canaria, que había sido fiscal de la Inquisición de Sevilla, y le nombró en 1524 don Alfonso Manrique, arzobispo e inquisidor general. Fue su sucesor en 1532 don Luis Padilla, deán de Canaria, natural de Manzanilla, reino de Sevilla, y por último llegó el caso de que, separándose en 1567, se erigiese en Canarias un tribunal independiente, habiendo sido los primeros inquisidores de él el doctor Bravo de Zayas y el licenciado Pe-

dro Ortiz de Funes, racionero de Toledo, fiscal de aquella Inquisición y muy célebre en nuestros fastos por sus títulos de familiares que dio, por sus expurgaciones, sus anécdotas, sus excursiones, sus visitas y aun por sus pesquisas sobre la isla de San Borondón, encantada. El doctor Claudio de la Cueva era inquisidor y visitador del tribunal de Canaria por los años de 1594, y fiscal el licenciado Pedro de Camino.

Suele componerse de dos inquisidores, o de un inquisidor y un fiscal, con los demás ministros, alguaciles mayores, secretarios, calificadores, consultores, notarios, familiares, etc. Extiéndese su jurisdicción a todas las siete islas, en las cuales tiene distintos comisarios y otros oficiales subalternos. Las casas de la Inquisición en la ciudad de Canaria son suntuosas, con una capilla pública dedicada a San Pedro Mártir, atrio espacioso, jardines, fuentes, cárceles, etc. Edificólas en 1659 el doctor don José Badarán, abad de Alfaro, siendo inquisidor de estas islas. [...]

LIBRO XVII

1. RESUMEN DE LA ERECCIÓN DE LA CATEDRAL DE CANARIA

Al catálogo circunstanciado de los obispos de Canaria, nada es más consiguiente que la puntual noticia de las iglesias parroquiales, clero, órdenes religiosas y demás cuerpos eclesiásticos de la provincia, empezando por la catedral, a cuyo asunto se consagran los dos libros siguientes.

En el discurso de esta *Historia* hemos visto que, desde los principios de la conquista y predicación del evangelio, el papa don Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII, por su bula de 7 de julio de 1404, erigió el castillo de Rubicón de Lanzarote en ciudad noble, la capilla de San Marcial en iglesia catedral verdadera y todas las Islas Canarias en un nuevo obispado rubicense. No se puede dudar, y los vestigios existentes lo comprueban, que aquella iglesia era entonces tan pequeña como la isla en donde estaba, y tan pobre como la diócesis de un obispo poco menos que in partibus.

Había fundado el rey conquistador Juan de Béthencourt con sus propias rentas, trayendo los obreros de Europa. Maciot la había acabado de fabricar con auxilio de los naturales convertidos y, como antes era una simple ermita, luego que se acabó de nueva planta pareció un templo muy suntuoso. Aquí fue donde don fray Alberto de Las Casas, a manera de un obispo de los primeros siglos, estableció su silla en 1406, puesto a la ca-

beza de un corto número de presbíteros, para velar sobre una corta grey de tres o cuatro parroquias, con otros tantos curas que, por lo común, eran religiosos.

Ya dijimos que [...] Eugenio IV, a súplica del obispo don fray Fernando Calvetos, había expedido su conservatoria y letras apostólicas, revalidando la erección de la catedral rubicense con todas las cláusulas oportunas, y que en 1435 le concedió la gracia de poderla trasladar de Lanzarote a la Gran Canaria, lo que no se verificó hasta cincuenta años después. [...]

Produciendo nuestras islas algunos frutos singulares, y entre ellos la orchilla, rehusaban los señores propietarios pagar el diezmo de ella, fundados sin duda en que el mismo primer conquistador y rey de Béthencourt la había dejado reservada para sí, "por ser una grana (decía) que puede valer mucho al señor, pues se recoge sin ninguna maniobra". Siguióse pleito ante el metropolitano de Sevilla don Alonso de Egea, cuyo provisor sentenció que se debían pagar a la iglesia de Rubicón los diezmos de la orchilla y demás frutos singulares de las Islas. Sin embargo, como Diego de Herrera no pagaba ningunos, el obispo don Juan de Frías hizo con su cabildo el expresado recurso a Roma, suplicando a Su Santidad mandase confirmar la citada bula de Eugenio IV y la sentencia del ordinario de Sevilla.

Parece que Sixto IV lo ordenó así en 25 de junio de 1480; y que su sucesor Inocencio VIII, por su bula en 12 de septiembre de 1484, renovó y confirmó esta declaración, para que tuviese su cumplimiento. Pero no teniéndolo como correspondía, se quejó de ello el obispo don fray Miguel de La Cerda a los Reyes Católicos, quienes expidieron una cédula, fecha en el sitio delante de la ciudad de Málaga, a 13 de julio de 1487, mandando que los señores territoriales de las Islas no faltasen en nada a los diezmos y primicias debidos a la iglesia ni alterasen la costumbre del obispado.

Y para transigir los señores del estado de Lanzarote y Fuerteventura estas cantidades de diezmos que dejaron

de contribuir, se obligaron a pagar al cabildo 200 ducados anuales sobre la marca de Jandía, como actualmente lo ejecutan.

2. TRASLACIÓN DE RUBICÓN A CANARIA Y ESTATUTO DE ESTA SANTA IGLESIA

Exonerado de este modo el clero de nuestra diócesis de la exacción de quintos y reintegrada la catedral en la posesión de sus diezmos, presentó a las Canarias, en su célebre deán don Juan Bermúdez, un émulo del conquistador Rejón en el mando y su enemigo personal en todo lo demás, en cuyas tramas fue víctima el gobernador Pedro del Algaba. Finalmente sabemos que, al tiempo que se arreglaron los estatutos para la traslación, concurren en la casa de cuentas de la santa iglesia de Sevilla, con el apoderado del obispo de Rubicón, el tesorero y tres canónigos de su cabildo, cuyos estatutos, por haber yo creído que no se debieron hacer hasta después de la conquista de Canaria, me indujeron a error en el tomo I de esta obra. [...] Pero no hay duda, que se arreglaron en 1483, en virtud de la antigua bula de Eugenio IV, solicitada en 1435 por don fray Fernando Calvetos, y que el obispo don Juan de Frías, desde que fue aprisionado el guanarteme de Gáldar, aun sin estar enteramente rendida aquella isla a las armas del general Pedro de Vera, remitió sus poderes a España, para que se tratase con la metropolitana de Sevilla de la traslación de la catedral de Rubicón y se arreglasen sus rentas y prebendas de nuevo, mediante otra bula de Sixto IV, que no he visto.

Los venerables y circunspectos señores deán y cabildo de Sevilla diputaron para ello dos sujetos condecorados de su cuerpo, que fueron el reverendo señor don Juan de Illón, doctor en decretos, abad de Valladolid y deán, y el reverendo don Íñigo Manrique, protonotario de la santa sede apostólica, tesorero, provisor y vicario

general por el muy reverendo don Íñigo Manrique, arzobispo de aquella metropolitana, su tío, quienes habiéndose juntado en cabildo el día viernes 22 de mayo de 1483, a la hora de tercia, acordaron para la nueva catedral sufragánea los siguientes estatutos:

I. El número de las prebendas será de treinta y dos, a saber, seis dignidades, esto es, deán, arcediano, chantre, tesorero, maestrescuela y prior, y luego se añadieron otras dos, que fueron arcediano de Fuerteventura y arcediano de Tenerife, "por que plegue a Dios de la dar a los cristianos". Dieciocho canonicatos y las seis prebendas restantes divididas en doce racioneros, a media canonjía cada uno.

II. Las vacantes en los meses ordinarios se han de proveer simultáneamente entre el prelado con su cabildo, salvo en las dignidades, que pertenecerán a solo el prelado, si no es el deanazgo, que ha de ser acción del cabildo, con provisión del papa, y en todo a ambos juntamente.

III. El cabildo será administrador de la fábrica.

IV. Tendrá su facedor de las rentas de diezmos, peritiguero y repartidor.

V. Previénese el modo con que se han de componer amigablemente en cabildo los denuestos de los beneficiados, "quod Deus avertat".

VI. Que el prelado no los castigará sin noticia del cabildo, y que la pesquisa se ha de hacer con los diputados de éste, según el estatuto de Sevilla.

VII. El valor de los diezmos se habrá de dividir en tres partes, una para el prelado, otra para el cabildo y la otra subdividida en tres partes, para la fábrica de la catedral, las fábricas de las parroquiales y sus curas, con las primicias y emolumentos.

VIII. El cabildo pondrá los curas en su parroquia, los cuales percibirán las dichas primicias y obvenciones. [...]

Tales fueron los capítulos y primordiales estatutos que los diputados de la metropolitana de Sevilla dieron a la nueva catedral de Canaria. [...]

La traslación solemne de la catedral de Rubicón, donde dice el señor Murga que “estaba como retraída”, no se ejecutó a la villa del Real de Las Palmas de la Gran Canaria hasta 20 de noviembre de 1485, en cuyo día se celebró la dedicación en la nueva iglesia de Santa Ana, habiendo antes servido de parroquia, bajo del mismo título, la que es hoy ermita de San Antonio Abad. Pero volvamos a los estatutos del cabildo.

3. BULA DE INOCENCIO VIII HACIÉNDOLA IGLESIA DEL REAL PATRONATO

La primera innovación que en ellos hubo provino de la bula *Orthodoxae fidei*, por la que, habiendo Inocencio VIII, en 13 de diciembre de 1486, concedido a la corona de Castilla el patronato perpetuo de las iglesias, monasterios, conventos y prioratos fundados y que se hubiesen de fundar en nuestras Islas y reino de Granada, con los beneficios que excediesen de 200 florines de oro, quedaron todas las dignidades y prebendas de la catedral de Canaria sujetas a la provisión del rey. [...]

4. CALIDADES PARA LAS PREBENDAS

De las cláusulas de ella constan las calidades que deben tener los provistos en las prebendas de la catedral de Canaria. Esto es, que sean personas de suficiencia, de celo y probidad, de limpieza de sangre y de costumbres, prácticas en las cosas espirituales, circunspectas en las temporales y adeptas a sus reyes. De una real cédula expedida por Felipe II en 25 de mayo de 1560, consta también que los capitulares de Canaria deben ser limpios, cristianos viejos de padre y madre, graduados, si la pre-

benda es dignidad, y si es canongía, que haya estudiado en universidad teología o cánones, a lo menos dos años; cuya disposición confirmó Felipe V en 3 de diciembre de 1726, a solicitud de los canarios cursistas en las universidades del reino, para que en concurrencia con otros fuesen preferidos. Finalmente, el rey tiene declarada su voluntad de que sólo los naturales de nuestras islas puedan obtener las prebendas. [...]

8. FORMA DEL CABILDO Y DISTRIBUCIÓN DE RENTAS DECIMALES

Compónese de ocho dignidades, que son: deán, arcediano de Canaria, chantre, tesorero, maestrescuela, prior, arcediano de Tenerife y arcediano de Fuerteventura. Dieciséis canonicatos, de los cuales uno está afecto al tribunal de la Inquisición y dos a los oficios de la magistral y doctoral por cédula del emperador Carlos V, de 1526. Doce raciones que hacen seis prebendas y son del cuerpo del cabildo; ocho capellanes reales, entre quienes desde el año de 1516 se reparten dos prebendas y son como mediorracioneros.

Tiene la catedral dos curas párrocos, provisión del mismo cabildo, que sirven en la iglesia del Sagrario, administrando los sacramentos en todo el territorio de la ciudad. Muchos capellanes de coro, sacristán mayor y menores, celador, pertiguero, sochantres, maestro de ceremonias, maestro de capilla, músicos, organistas, apuntador, campanero y demás ministros necesarios. El mismo cabildo es patrono de diez capillas dotadas en su iglesia, nombra los capellanes que las sirven con asistencia al coro y elige mayordomo que administre sus rentas.

Para la administración de las generales hay una contaduría con seis oficiales contadores, siendo uno de los dos mayores un prebendado. Divídese la masa de los diezmos en esta forma: dos novenos para las tercias reales, y del resto una tercera parte para la mitra, otra pa-

ra la mesa capitular y otra para la fábrica de la catedral, fábrica de las parroquiales y beneficios curados de la diócesis. Las distribuciones diarias se acabaron de arreglar en el pontificado de don Cristóbal de la Cámara y Murga. El diezmo de la orchilla, en que no tienen parte las tercias reales, y el de los azúcares, controvertidos mucho tiempo por los dueños de los ingenios, están consignados para las mismas distribuciones y para el pontifical, según los estatutos, si bien tienen parte en ellos las fábricas y beneficios de La Palma y de Daute, como también las tercias reales. Las constituciones sinodales del obispado han declarado las cosas de que se deben pagar diezmos y primicias, como asimismo el modo que hay de hacer las rentas. Durante todo el siglo pasado y a los principios del corriente se regulaban las rentas de la mitra por de veinticinco a treinta mil ducados y las de cada prebenda de ochocientos a mil ducados: pero actualmente parece que han subido unas y otras. [...]

11. DE LOS BENEFICIOS CURADOS DE LA DIÓCESIS Y DE SU ERECCIÓN

Todas las iglesias parroquiales fueron en su origen un suplemento a las catedrales de las diócesis, porque, habiéndose multiplicado el número de los fieles, se creyó indispensable el erigir fuera de la ciudad principal otras iglesias, que llamaron parroquias, como quien dice vecindarios, y también títulos, porque los presbíteros, a quienes se encargaba la administración, tomaban su denominación de ellas.

Hállase confirmada esta práctica en nuestras islas. De la primitiva catedral de Rubicón en Lanzarote salieron las parroquiales de Fuerteventura, Gomera y Hierro, y de la nueva catedral de Canaria, todas las de esta misma isla con las de La Palma y Tenerife. Y así vemos que desde luego se reservó por los estatutos de aquella santa iglesia una parte de las rentas decimales para las parro-

quias de la diócesis, cuyos párrocos, que al principio lo fueron los mismos canónigos, tomaron el título de beneficiados, porque en efecto todos son unos beneficios perpetuos colativos y de real provisión, para la que precede concurso público de oposición, ejercicios literarios y demás circunstancias que diremos.

De aquí es que, como nuestras sinodales advierten, "no hay en el obispado de Canaria beneficios simples ni préstamos, sino beneficios que en la sustancia y naturaleza son curatos, porque tienen residencia pastoral con administración de sacramentos y oficio de curas". Es verdad que también hay algunos curatos que no son beneficios, pero aquéllos se diferencian de éstos: 1.º en que en rigor no son sino como unos anexos de los beneficios perpetuos: 2.º en que los simples curatos, aunque tienen también cura de almas, no son colativos ni perpetuos, sino que los quita y pone el obispo, como cura propio universal de la diócesis, según su voluntad: 3.º en que no tienen parte ni derecho habitual en los diezmos y primicias de sus feligresías, ni más que aquella congrua sustentación, gajes y obvenciones que se les señalaron.

Como en la iglesia catedral de la Gran Canaria residió desde luego el primer oficio de cura de almas de aquella ciudad capital, dispusieron sus estatutos que el cabildo nombrase dos curas en su Sagrario, a quienes se acudiese con un cierto noveno de los frutos del término de la feligresía. A los principios parece que los mismos prebendados ejercían las funciones de aquel ministerio: pero después fueron proveyendo ambos curatos en sujetos de mérito sobresaliente, de los cuales han ascendido algunos a las sillas del coro.

Antes que los beneficios curados se dividiesen y subdividiesen en las parroquias de todas las siete islas, nombraba el rey a ellos, en virtud de su universal patronato, las personas que eran más de su agrado; pero sucedía que, recayendo muchas veces esta real provisión en sujetos que residían en la Península de España, se contentaban éstos con asalariar servidores y vicarios que en su

nombre administrasen las iglesias, de lo cual no es ponderable el agravio que ellas, los cánones, los fieles y la causa pública recibían.

En cada una de las cinco islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro, Gomera y Palma había un beneficio; tres en la Gran Canaria, esto es, el de la Ciudad, el de Telde y el de Gáldar, y tres en Tenerife, que eran el de La Laguna, el de Taoro y el de Daute. Estos beneficios tenían a su cuidado diferentes anexos o hijuelas parroquiales en los lugares de sus respectivos distritos; pero tan mal servidas, por la escasez e incapacidad de los ministros, que, habiendo llegado el desorden a un extremo considerable, se tomaron por el rey, a instancias de los ayuntamientos, aquellas providencias oportunas a las cuales deben las iglesias y el clero de las Islas Canarias su mayor lustre. [...]

13. REAL CÉDULA PARA LA DIVISIÓN, PATRIMONIALIDAD Y CALIDADES DE LOS BENEFICIADOS. PRIVILEGIO DE LAS CIUDADES PARA ABRIR CONCURSOS Y PROPONER AL REY [...]

El rey, a consulta de su Consejo (el cual había tomado informes de eclesiásticos doctos y experimentados en las cosas de nuestras Islas), había venido en concederles la merced de que sus beneficios fuesen patrimoniales. Que, supuesto que hasta entonces sólo existía un beneficio en la ciudad de La Laguna, donde había dos parroquias mal servidas, se dividiese en ocho partes iguales. Que cuatro de estos ocho beneficios fuesen servidos en la iglesia principal de los Remedios por otros tantos curas beneficiados, y que los otros cuatro se repartiesen en ocho beneficiados, de los cuales sirviesen dos de capellanes en la misma iglesia. [...]

Que de los otros seis medios beneficios se estableciesen dos en la parroquial de la Concepción de la Villa de

Arriba en la misma ciudad, otro en el anexo del lugar y puerto de Santa Cruz, otro en el Sauzal, otro en el de Taganana y otro en el de Güímar. [...]

Que cada uno de los beneficios de La Orotava, Realejo y Daute se dividiese en dos, de manera que hubiese dos curas beneficiados en La Orotava, uno en el Realejo de Abajo y otro en el de Arriba, uno en San Pedro de Daute y Garachico y el otro en Buenavista. El beneficio de Icod, por ser pequeño, se dejaba indiviso.

Que los beneficios así divididos se diesen a naturales de las Islas, declarando que por naturales se debían entender los que hubiesen nacido en ellas de padres y abuelos, después de haber estado avecindados diez años. Que, además de esta calidad de naturales, habían de concurrir en los candidatos las siguientes: doctrina, buena vida, honestidad y recogimiento, grado en teología o en cánones, nobleza, antigüedad de sacerdocio y administración eclesiástica. De forma que el que tuviere grado mayor prefiera al de grado menor, el graduado al no graduado, etcétera, atendiendo siempre a las circunstancias de los sujetos. [...]

21. MÉTODO DE LOS AYUNTAMIENTOS EN LOS CONCURSOS, EXÁMENES Y PROPUESTAS PARA LAS VACANTES

Hemos referido los términos en que el rey concedió a las ciudades de las tres islas realengas la facultad de convocar a concurso, examinar y consultar los opositores naturales a los beneficios vacantes. En el tiempo en que se celebraron las sinodales del señor Murga, todavía se practicaba lo siguiente: Luego que vacaba uno o muchos beneficios, el ayuntamiento de Canaria, si era en aquella isla, o el de La Palma, si era en ésta, o el ayuntamiento de Tenerife con los beneficiados de los Remedios, si era en Tenerife la vacante, llamaban a los opositores por edictos, con término de treinta días perentorios. Las di-

chas sinodales mandaban, con excomunión y doscientos ducados aplicados para guerra contra infieles, que se fijasen estos edictos dentro de quince días después de la muerte del beneficiado, y que se tuviese hecho el nombramiento dentro de seis meses, salvo el término que se daba a los opositores que estudiaban en la Península de España.

Pretendía el obispo don Francisco Martínez que tocaba a su dignidad proveer de servidor interino la iglesia de algún beneficio vacante, pero los cabildos seculares, pretendiendo lo mismo, recurrieron al rey, a fin de que mandase que el prelado sobreyese y les dejase a ellos en el libre nombramiento de la interinidad. Pidió Felipe III informe al mismo obispo, en 13 de noviembre de 1603, por su cédula fecha en San Lorenzo el Real, y el obispo informó, como era justo y regular, de manera que él y sus sucesores nombraron los beneficiados interinos.

Publicábase en la ciudad a voz de pregonero el día prefinido para el nombramiento de electores veintidós días antes, con el fin de que los opositores estuviesen presentes. El ayuntamiento nombraba dos regidores de su cuerpo; los ciudadanos elegían por suertes en la sala capitular los de su misma clase, los cuales debían ser vecinos de aquella ciudad, principales, honrados, hacendados, casados, mayores de veinticinco años, sin oficio mecánico ni granjería; y los tres beneficiados enteros de los Remedios nombraban igualmente por suertes dos de su cabildo, hasta que el año de 1610, no hallándose vivos más de dos, acordó la ciudad que los beneficiados de la Concepción gozasen del mismo privilegio que los de la iglesia de los Remedios, "ya que las dos iglesias (decía el acuerdo) eran hermanas e iguales en un todo".

Les estaba prohibido a los opositores, no sólo por la real provisión, sino también por las constituciones del obispado, el solicitar cartas de favor ni de empeño; y a los mismos electores, el pedirse votos entre sí. Pasado el término de los treinta días, no se admitía pedimento

de oposición a nadie. Habiéndose suscitado en 1587 la duda de si se debían hacer todos los exámenes en un solo día, como antiguamente, o en muchos, se acordó que cada día se evacuasen los ejercicios de oposición a una sola vacante.

Los seis mencionados electores se juntaban con el vicario del obispo, el cual les tomaba el juramento ante los escribanos de cabildo, que debían hallarse presentes a la elección. Si este vicario era también opositor a alguno de los beneficios, debía el obispo nombrar otro para el efecto; y si este mismo vicario no concurría en el día aplazado, se le podía compeler a ello.

Concluidos los exámenes públicos, conferenciaban en secreto los electores sobre el grado de mérito de cada uno y, eligiendo por votos a dos en cada beneficio vacante, los proponían al rey. En caso de votos iguales, tenía el vicario del obispo voto de calidad decisivo. Estábales intimado a todos un secreto inviolable, bajo de graves penas.

No podían los obispos oír apelaciones sobre las elecciones de estos beneficios patrimoniales. Luego que el rey nombraba a uno de los propuestos, éste se presentaba al obispo con su despacho, quien tenía derecho a examinarle suficiencia para la cura de almas.

22. OPÓNENSE LOS OBISPOS AL PRIVILEGIO Y, POR ÚLTIMO, SE LO APROPIAN

Cualquiera que hiciese mediana reflexión sobre lo desagradable que debía ser a los obispos de Canarias este privilegio casi exclusivo de las ciudades en la provisión de los beneficios y considerase las competencias que se suscitaban a cada paso con pretexto de los abusos, podía vaticinar que no subsistiría largo tiempo. [...]

En 1662 le pidió la corte [a fray Juan Toledo] nuevo informe sobre el asunto; pero no debió la mitra su

último triunfo sino al obispo don Bartolomé Ximénez. [...]

Sin duda que sus razones fueron muy poderosas, pues en 19 de mayo de 1670 decidió el rey: "Que de allí en adelante fuesen los obispos de estas islas los que abriesen el concurso para los beneficios perpetuamente, fijando los edictos, uno en la catedral de Canaria y otro en la misma iglesia vacante, con término de 30 días; que los mismos prelados hiciesen los exámenes y propusiesen a S. M. tres personas beneméritas para cada pieza, con razón de sus calidades y circunstancias; que se guardase en todo la cédula de Carlos V, excepto en lo tocante al privilegio de las ciudades, el cual quedaba enteramente revocado; que el servicio interino de las vacantes se diese también a los naturales de las islas; que para el curato de Tacoronte y beneficio de Gáldar celebrase nuevo concurso el obispo y consultase después de él, sin embargo del concurso y consulta que acababan de hacer los electores de los ayuntamientos". [...]

Así terminó, al cabo de ciento treinta y siete años, el famoso privilegio de las ciudades de Canarias, en orden a la provisión de los beneficios curados de sus iglesias, a cuyo patriótico celo no hay duda que debieron los naturales las ventajas de la patrimonialidad, las rentas decimales su más económica división, los beneficiados su establecimiento, los eclesiásticos su aplicación, las parroquias su mejor servicio y el culto divino su decoro. [...]

24. DE LOS CURATOS AMOVIBLES DE LA DIÓCESIS

Hemos dicho también que, además de estos beneficiados curados y rectores perpetuos, establecidos en las principales parroquias de la diócesis, hay en las Canarias otros simples curas amovibles a la voluntad del obispo, del cabildo eclesiástico o de algunos beneficiados, los cuales sirven en las iglesias de los pueblos menores, como

anexos y ayudas de las respectivas matrices, sin diezmos ni otras rentas que las de sesenta o cien doblas que los beneficiados les deben dar en fuerza de las sinodales, además del pie de altar y las limosnas de los fieles. Estos curatos debieron siempre establecerse en los parajes que, teniendo más de treinta vecinos, distaban notablemente de la parroquia principal; si bien en otros menos poblados bastaría edificar ermitas con capellán que les diese misa. Y, pues hemos dado puntual noticia de los beneficios, será razón darla también de los curatos amovibles.

En la Gran Canaria hay nueve. [...]

En Tenerife hay dieciséis curatos, no contando el de Santa Catalina de Tacoronte, que es el del real patronato. [...]

En la isla de La Palma sólo se cuentan tres curatos. [...]

En Lanzarote hay dos. [...]

En Fuerteventura hay otros dos curatos, que son ayudas de parroquia del beneficio de Santa María de Betancuria de la villa capital. [...]

En La Gomera hay cinco curatos. [...]

En la isla del Hierro no hay ningún curato amovible, pues los dos beneficiados de la parroquia de la Concepción de la villa de Valverde atienden al pasto espiritual de todas sus aldeas.

Hasta aquí la historia prolija de los beneficios curados de Canarias; réstanos exponer algunas importantes noticias sobre sus parroquias y principales templos, para terminar este libro.

25. NOTICIAS DE LA IGLESIA CATEDRAL DE SANTA ANA DE LA GRAN CANARIA

Hemos dicho que la primitiva catedral de Rubicón, trasladada de Lanzarote a la ciudad del Real de Las Palmas de la Gran Canaria, tuvo aquí su primer asiento en la iglesia antigua de Santa Ana, hoy el Sagrario, cuya de-

dicación se celebró el día 20 de noviembre de 1485, habiendo servido de parroquia hasta entonces, bajo el mismo título, la que es ahora ermita de San Antonio Abad. Pero como aquella isla, que había florecido mucho, especialmente después de conquistadas las de La Palma y Tenerife, se hallase capital de un obispado pingüe y dilatado, consideró ser de su obligación fabricar un templo más suntuoso; y en el año de 1500 puso su cabildo manos a la obra, para lo cual pasó de España Diego Alonso Motaude, célebre arquitecto de aquellos tiempos, ganando sesenta doblas de salario, el cual cimentó el edificio con excelente planta. Prosiguiólo otro gran maestro llamado Juan Palacios, que también lo dejó imperfecto; y, aunque faltaba todavía el crucero, se dedicó a Santa Ana y se celebraron en esta nueva iglesia los divinos oficios por la primera vez, año de 1570, víspera del Corpus; catedral verdaderamente magnífica y hermosa, si estuviese concluida, en lo que se trabaja en nuestros días por su cabildo con el mayor celo y ardor.

26. DEL TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL PINO DE TERROR

Después de la catedral, el templo más suntuoso que hay en la Gran Canaria es el de Nuestra Señora del Pino de Terror, de cuya santa imagen y de la antigua tradición de su hallazgo dimos noticia en el tomo tercero de esta *Historia*. La primera iglesia parroquial, edificada al pie del pino e incorporada a la catedral de la isla, en tiempo del obispo don Fernando de Arce, se ha reedificado en estos últimos años con toda magnificencia, a devoción de los fieles, y señaladamente con limosnas de su cabildo y de sus tres dignísimos prelados Guillén, Morán y Delgado. En la obra de este santuario célebre parece que quisieron competir el arte, la naturaleza y la piedad. La arquitectura es regular, despejada, noble y grandiosa. El terreno franqueó, como de repente, unas

minas casi desconocidas antes, de excelente piedra, yeso, cal, tierra, arena y demás materiales precisos. Y el celo de los pueblos se manifestó en las fiestas de la solemne dedicación, celebrada en septiembre de 1764, con la mayor pompa, concurso y alborozo.

"Acude la ciudad (escribe el señor Dávila en sus *Sinodales*) en sus tribulaciones a su patrocinio y, cuando la traen a ella, es recibida por el cabildo eclesiástico y secular, con singulares demostraciones, los que envían sus diputados para acompañar dicha santa imagen, que viene en silla de manos, por haber tres leguas, y de mal camino, hasta que es recibida de dichos cabildos, comunidades y cruces de los lugares circunvecinos, y es conducida a la santa iglesia".

27. HISTORIA DE LA IGLESIA DE LA CONCEPCIÓN DE LA LAGUNA

En Tenerife llaman nuestra atención las dos famosas iglesias parroquiales de la ciudad de La Laguna. La de la Concepción, que, como hemos referido, fue la primera que se edificó en la Villa de Arriba, no hubo de ser en un principio más que un templo provisional de tapias y de tablas, que sólo servía para encender la religión de los fieles conquistadores en el deseo de fabricar otro más digno; pero les faltaban caudales. En 1509 el mensajero Pedro de Vergara, a nombre de la isla, pidió al Rey Católico alguna merced de su real munificencia para este fin piadoso, que, aunque se concedió, no parece que tuvo pronto efecto, pues se volvió a hacer instancia en 1514.

Urgía entretanto la necesidad, porque el vecindario se aumentaba por puntos; así, en 17 de enero de 1511, se había tratado seriamente en el ayuntamiento de echar los cimientos a una decente parroquial, y sólo se ofreció la duda de si sería más conveniente mudarla al centro de la población o dejarla en el mismo sitio. Hubo diversos pareceres, y aunque el personero Juan Pérez de So-

zorra pidió la traslación, los fundamentos se echaron sin embargo como dos tiros de piedra solamente más abajo del templo antiguo, no sin disgusto de los vecinos de la otra parte de la ciudad.

Se había puesto esta fábrica a cargo del bachiller Pedro González, quien con su mucho celo supo animar tanto a los feligreses, que el mismo adelantado y demás principales conquistadores cargaban sobre sus propios hombros las piedras para el sacro edificio. En breve se levantó un templo de tres naves con ocho capillas, bien que la mayor no estuvo concluida enteramente hasta por los años de 1626, así como la gran torre que, empezada en primero de marzo de 1581, no se acabó hasta el año de 1629, en que el obispo Murga mandó se terminase, igualmente que la de los Remedios. [...]

29. HISTORIA DE LA IGLESIA DE LOS REMEDIOS DE LA LAGUNA

La parroquial de los Remedios, su perpetua émula de magnificencia y de gloria, se empezó a fabricar por los años de 1515, casi en el centro de la ciudad, sin duda de resultas de la queja que formaron los vecinos de la Villa de Abajo de que no se hubiese mudado el sitio del templo de la Concepción, cuando se edificó de nuevo. Así, no es de extrañar que, levantadas ambas parroquias desde sus principios sobre cimientos de tan declarada competencia, se haya conservado entre sus dos feligresías aquel notorio espíritu de rivalidad que, aunque tan útil, no ha sido siempre muy loable.

Luego que se trató de hacer esta iglesia, celebraron cabildo el Adelantado y regidores, en primero de marzo del año referido, para señalar el sitio y disponer la obra, habiéndose ya puesto de acuerdo con el obispo don Fernando de Arce, que favorecía la resolución. El sitio debía ser en medio de la Villa, en la calle de Santa María, a mano derecha, confinando con tres calles reales, y ése

era todo el empeño. Compróse allí el solar, y veinte días después se volvió a tomar en consideración este asunto, determinando el cuerpo de la nave, el lugar de la capilla mayor, la regularidad de la plazuela; y habiéndosele dado cuenta al obispo, que residía en Canaria, suplicándole que aprobase en forma aquella erección, bajo el título de Santa María de los Remedios. [...]

Con efecto, aquel decreto, que los regidores llamaban bula y el obispo receturía, se presentó en el ayuntamiento el día 20 del mismo mes de abril "por el padre, bachiller, clérigo, predicador de la catedral"; y, al siguiente 21, habiéndose juntado por la tarde los vecinos en el sitio destinado para el templo, fueron a la ermita de San Miguel, en la plaza del Adelantado, y, sacando de allí "la bula", la llevaron en procesión por las calles. Predicáronse las indulgencias, absolviéronse los casos obispales, recogieronse las limosnas y, puesta la obra a cargo de Miguel Alonso, arquitecto portugués, por ajuste entre él y Pedro de Vergara, alguacil mayor y mayordomo de la fábrica, presente el venerable Pedro Juan Yáñez, que era cura y vicario, en pocos años descolló el edificio y se acabó, aunque no tan grande y majestuoso como se ve en el día. Porque primero fue una nave de ochenta pies de largo y cuarenta y ocho de ancho; después se aumentó a tres naves hermosas, con ocho o nueve capillas, las cuales han formado por último cinco naves, con una capilla mayor y crucero, coronado de una cúpula que la baña de luz, y un retablo cuyas excelentes pinturas de la escuela flamenca son de singular estimación. La torre la mandó fabricar en 1618 el obispo don Antonio Carrionero. [...]

30. LITIGIOS ENTRE AMBAS PARROQUIAS Y SU CONCORDATO

Cuando se ve la unión, el concordato y alternativa de honor que reina entre estas dos graves parroquiales de La Laguna y sus feligresías, nadie creerá que nació,

como la armonía de los elementos, de su misma discordia. Desde que los ciudadanos más opulentos trataron de fundar el templo de los Remedios, en contraposición al que se estaba reedificando por los vecinos de la Villa de Arriba, no pudiendo éstos dejar de mirar con emulación aquella empresa, se opusieron a ella con tesón; pero creció el justo motivo para la queja, luego que el obispo don Fernando de Arce dispuso, por una constitución sinodal, que de las rentas de la fábrica del beneficio se asignasen tres partes a la nueva parroquia, dejando una solamente para la antigua, que aún no estaba acabada.

Esta predilección dio margen a un muy reñido pleito sobre varios artículos, que encontró mayor combustible cuando, en 1521, determinó el ayuntamiento que la procesión del Corpus saliese de la iglesia de los Remedios, "por estar más bien edificada, acabada y situada" que la de la Concepción. Bien que el regidor Alonso de las Hijas no dejó de representar a la sala que aquella procesión había 25 años que salía de esta última parroquia, donde estaban sepultados los conquistadores, y aun los hijos y nietos del mismo Adelantado, el cual era su fundador, y en cuya obra así él como los demás héroes de la conquista habían manifestado su celo, cargando a cuentas las piedras y los palos.

El litigio se siguió tan eficazmente, que la justicia y regimiento, viendo enardecidos los ánimos y hallándose con una orden de Carlos V para cortar las diferencias, acordó, en 9 de octubre de 1523, presentar a don Juan de Alarcón, deán de Canaria y gobernador del obispado en sede vacante, un plan de concordato entre una y otra feligresía, que contenía los artículos siguientes:

- 1.º Que ambas iglesias, como hermanas, fuesen iguales para siempre en rentas de fábrica, honores y servicio.
- 2.º Que la procesión del Corpus saliese un año de una parroquia y otro año de la otra.
- 3.º Que las fiestas ordinarias y extraordinarias se celebrasen en ellas con el mismo orden de alternativa.
- 4.º Que la cruz de la parroquial de donde saliese la procesión precediese a la

otra cruz. 5.º Que la bendición de las palmas, sermón y pasión del Domingo de Ramos se hiciese en la iglesia donde las fiestas estuviesen por turno, con asistencia de las dos clerecías.

Este concordato no tuvo por entonces el deseado efecto; antes bien, los parroquianos de la Villa de Arriba, protegidos del canónigo Diego de Herrera, a quien habían dado poderes, y de otras personas poderosas, avivaron la instancia de tal manera que, para prevenir los disturbios, volvió el ayuntamiento a ser potencia mediadora. Hallábase en La Laguna, de visitador general por el obispo don Luis Vaca, el canónigo Hernando Ruiz y, habiéndose juntado los regidores a concejo en la ermita de San Miguel, el día 20 de mayo de 1527, le enviaron a llamar y le suplicaron aprobase la citada concordia y transacción en todas sus cláusulas, añadiendo la de que "para indemnizar a la iglesia de la Concepción de las cantidades que había dejado de percibir, se le darían por una vez 200 doblas; que se revocasen los poderes a Herrera, y que se despedazasen los autos, desistiendo de toda pretensión perpetuamente". [...]

38. DE LA IGLESIA DE SAN SALVADOR DE LA PALMA Y SANTUARIO DE LAS NIEVES

Allí mismo [tomo II] hemos dado suficiente noticia de las de la isla de La Palma, especialmente de la iglesia matriz de San Salvador de la ciudad de Santa Cruz, edificada después de la conquista por el Adelantado y reedificada con tres naves por Juan del Valle, como consta de una inscripción que hay en ella y del título de regidor que le hizo el mismo don Alonso de Lugo en mayo de 1518, por sus días, "en atención a ser hidalgo, y haber hecho la parroquia de San Salvador y el convento de San Francisco". La capilla mayor, que costó 300.000 reales, se debió al celo del capitán Luis Maldonado, regidor, siendo mayordomo de la fábrica. La magnífica puerta

principal, la torre, el baptisterio, el enlosado de mármol, las capillas, altares y todos los demás adornos con que se distingue esta iglesia son otros tantos monumentos de la generosa piedad y nobleza de aquellos ilustres parroquianos.

Pero merece particular atención el santuario de Nuestra Señora de las Nieves. Éste no fue en su origen sino una pequeña ermita, muy anterior a la absoluta conquista del país, puesto que en una bula del papa Martino V, de 1424, ya se hace mención de una capilla bajo la advocación de "Santa María de La Palma". En 1518 se hace también memoria de ella en una data. Creció la devoción, ofreciéronse ricas presentallas y votos a la santa imagen, invocóse en las calamidades públicas, veneróse como patrona de la ciudad y se le edificó mayor templo, siendo regidor don Juan de Guisla Vandewalle, el cual, posteriormente al sínodo del señor Murga, fue erigido en curato, anexo del beneficio de la misma ciudad. [...]

41. DE LAS CAPELLANÍAS COLATIVAS DE LA DIÓCESIS

Después de haber hecho mención de la catedral y de las setenta y cuatro iglesias parroquiales del obispado de Canarias, con sus cincuenta y dos beneficios colativos, provisión del rey, y de los cuarenta curatos que da el obispo, era aquí lugar oportuno de dar alguna noticia de las doscientas ochenta y ocho ermitas que en él se han erigido, a no haberse dado la suficiente en los libros antecedentes de esta historia. Así, sólo nos falta añadir algo relativo a capellanías, hospitales y principales confraternidades de la provincia.

Las constituciones sinodales del señor Murga señalaban por congrua legítima para poderse admitir alguno a orden sacro aquella capellanía o beneficio que no bajase de cincuenta doblas, o de quinientos reales de la antigua moneda de islas; previniendo que, para evitar fraudes, jamás

se habría de ordenar ninguno a título de patrimonio, a no mediar una sobresaliente suficiencia, vocación o virtud. Extendió el señor Dávila la cantidad a seiscientos reales, incluyendo las misas y demás cargas, pero con la precisa obligación de que le hubiesen de quedar libres al capellán 365 reales vellón, esto es, un real todos los días, atendiendo a lo barato del país. [...]

42. DE LOS HOSPITALES [...]

Así como en la antigua iglesia cristiana se erigieron las parroquias con beneficios, capellanías y curatos, para atender al pasto espiritual de los fieles, así también se establecieron diaconías, hospitales y cunas para la asistencia de enfermos, peregrinos y huérfanos. Hemos visto las parroquias y anexos del obispado de Canarias; veamos ahora sus hospitales y casas de misericordia, en que no han sido, ni con mucho, tan pródigas.

La ciudad del Real de Las Palmas de la Gran Canaria tiene dos hospitales. El uno es el de San Martín, que, siendo fundación del noble Juan de Herrera, regidor, hijo del conquistador de aquella isla Diego de Herrera, está situado junto a la catedral, con una iglesia muy decente. Cúranse en él enfermos de todo género de dolencias, para cuyo servicio se estableció una hermandad de refugio, bajo el patronato del cabildo. Dos de los principales confraternos, sean prebendados o togados, cuidan de los enfermos cada semana, visitándolos con frecuencia y agasajándolos con medicinas y otros alivios; y, como no bastan las rentas que los fundadores y ciudadanos piadosos han dejado, se pide por la ciudad limosna.

Hay en este mismo hospital una sala con torno para cuna de los niños expósitos, establecida a fin de prevenir las desgracias que se experimentaban con estos inocentes, pues los encontraban pendientes de los cerrojos de las puertas, o arrojados en las plazas, siendo alguna vez mordidos de los brutos. Cuidan de ellos los curas del sagra-

rio, seis meses cada uno, para cuya crianza cobran algunas cortas partidas de la mesa episcopal y capitular, de la fábrica de la iglesia y de lo que se ofrece el viernes santo.

El obispo don fray Juan Bautista Servera fabricó una casa hospital más suntuosa en esta misma capital, en sitio, mucho más conveniente, que, al tiempo de su promoción a la mitra de Cádiz, dejó en buen estado, para monumento perpetuo de su caridad paternal.

El otro hospital es el de San Lázaro, que, aunque dentro de los muros de la ciudad, está bastante separado de la población, por hallarse destinado para los enfermos elefantiásicos, que llaman dañados o lazarinos, especie de lepra temible que se experimenta desde lo antiguo en el país. Enciérranse, pues, los infectos en aquella casa, la cual está bajo la protección del rey y a cuyo recinto se deben llevar de todas las islas, de donde no deben salir nunca. Pero por defecto de las rentas, y tal vez de la policía, suelen sacarse de allí algunos, para que pidan limosnas en los pueblos. Tienen un capellán de real provisión, que les administra los sacramentos, sin exceptuar el matrimonio, que no debieran, y un gobernador eclesiástico, que llaman mampastor, con plena jurisdicción sobre ellos, según las ordenanzas del hospital. El oidor decano de la Audiencia suele ser el juez conservador de la casa. El señor Murga creía que tocaba al obispo su visita; bien que el señor Dávila no hizo más que pretenderlo y dar cuenta al fiscal del supremo consejo de Castilla, fundado en que en el archivo de la dignidad episcopal se hallaba una visita hecha por el ordinario.

En Telde hay un hospital muy antiguo que fundó, inmediatamente a la conquista, Inés Chamaida [o Chimida], en su casa propia, donde recibía a los enfermos; el cual, con las liberalidades de los fieles, fue creciendo en rentas, de modo que en 1548 prestó a la fábrica de la catedral 300 doblas y 100 pesos al hospital de San Martín.

En Tenerife, luego que, terminada la conquista, se echaron los fundamentos de la ciudad de La Laguna, trató el Adelantado de que allí se hiciese un hospital con título de Sancti Spíritus, para cuya obra pía señaló cierta data de tierras en La Orotava, las cuales se cedieron después a los religiosos agustinos, por no haber tenido efecto aquella intención. Entre tanto se erigía otro hospital pequeño, con nombre de Nuestra Señora de la Antigua, que en el año de 1515 se fabricó más grande, con la hacienda que le asignó Martín de Xerez y Catalina Gutiérrez, su mujer, a cuyo fin pasó a la corte y alcanzó súplica del rey don Fernando el Católico y doña Juana, su hija, a Su Santidad, para que con autoridad apostólica se fundase bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores y de San Martín, obispo. El papa León X expidió su bula en julio de 1514, concediendo muchas indulgencias a los fieles que ayudasen con sus limosnas; pero no tuvo este hospital renta suficiente hasta que se la aumentó la piedad del capitán Bernardo de Fau. [...]

Desde principios del siglo decimosexto hubo en La Laguna otro hospital, con nombre de San Sebastián, para cuya fundación dejó sus bienes, año de 1507, Pedro López de Villera, alguacil mayor, nombrando por patronos a la justicia y regimiento y al escribano de concejo de Tenerife. Así, luego que falleció Villera, en noviembre de 1509, se trató de levantar la obra, para la cual el Adelantado señaló dos años después un solar, "desde las casas y fuente de Pedro de Izuzaga para San Francisco seiscientos pasos y de calle a calle, como se había pedido". Este hospital está destinado para convalecientes, y el ayuntamiento nombra administrador, a quien toma cuentas sin intervención del juez eclesiástico ni de otra ninguna justicia, bien que el ilustrísimo Dávila había encontrado igualmente en el archivo de su dignidad otra visita hecha por un antecesor suyo. Pero quizá no encontraría que, habiendo intentado el gobernador del obispado por el ilustrísimo don Antonio de la Cruz, armado de las censuras eclesiásticas, tomar aquellas cuentas del hospital,

examinar papeles y poner mayordomos a su satisfacción, ganó el ayuntamiento una real cédula en Madrid, a 20 de marzo de 1546, para que por el ordinario no se pretendiese tal cosa, antes bien dejase a la ciudad en la posesión en que había estado, en virtud de la expresa voluntad del testador. [...]

Hasta aquí las noticias pertenecientes a la historia de la catedral, beneficios, iglesias y clero secular de la diócesis; en el libro siguiente recogeremos las que miran a las órdenes religiosas, sus fundaciones, comunidades y conventos.

LIBRO XVIII

1. FUNDACIONES DE ALGUNAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN LAS CANARIAS

El establecimiento de las órdenes religiosas en las Canarias, sus fundaciones, progresos, trabajos, autoridad y concepto público en todas ellas, es a la verdad un campo fértil para las noticias de nuestra historia eclesiástica, como que estas mismas religiones son las que han tenido más influjo en la doctrina, en la disciplina, en el culto, en las letras, en las ideas y en los puntos morales y espirituales de la diócesis. Pero sucede que en casi cuatrocientos años de existencia gloriosa y de asiento fijo en nuestras islas, todavía carecemos de algunas crónicas o anales que nos instruyan de sus cosas más esenciales y curiosas. Emprendo este trabajo en su obsequio, tal vez sin todas aquellas luces que pudieran darme los archivos de las respectivas provincias, hasta ahora cerrados, creyendo que quizá mis equivocaciones e inexactitudes serán ocasión de que sus cronistas publiquen con más puntualidad los hechos.

2. FACULTAD PONTIFICIA CONCEDIDA A NUESTROS REYES PARA ESTAS FUNDACIONES

Uno de los más principales debe ser la facultad que los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel obtuvieron del papa Inocencio VIII, en el año segundo de su

pontificado, para ellos y sus sucesores, de poder fundar en todo el reino de Granada e islas de Canaria cuantos conventos y monasterios de órdenes religiosas de ambos sexos juzgasen oportunos, dotándolos de rentas competentes y disponiendo de ellos a su propia satisfacción. Esta bula, que solicitó en Roma don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, embajador de aquellos monarcas, fue dada en San Pedro a 23 de agosto de 1486, cuatro meses antes que se expidiese la otra bula de patronato que en el libro antecedente dejamos referida.

3. DE LA VENIDA DE LOS FRANCISCANOS A NUESTRAS ISLAS, SUS SERVICIOS, MISIONES Y PRIMEROS VICARIOS

En el orden de escribir sobre cada una de estas provincias, seguiré la antigüedad con que entraron en nuestras islas y, por esta cuenta debo tratar en primer lugar de las fundaciones de los religiosos de menores observantes de San Francisco.

Ellos fueron, como dijimos en otro lugar, de los primeros sacerdotes que sabemos penetraron en las Canarias, año de 1291, con los aventureros genoveses; y también fueron ellos los primeros misioneros y mártires que, enviados por el Príncipe de la Fortuna a fines del siglo XIV, rubricaron la fe con su sangre en la Gran Canaria. El primer obispo de las Islas de la Fortuna, don fray Bernardo, era probablemente de la misma orden. El célebre fray Pedro Bontier, capellán de Juan de Béthencourt, era también franciscano del convento de San Jovín de Marne en Francia, y nos consta que llevó consigo de Sevilla a Lanzarote algunos compañeros de su instituto, que se alojaron pobremente en el despoblado de Famara, fabricando un corto oratorio. Esta colonia de frailes había sido enviada a aquella misión por fray Juan Bardolino, ministro general de España, que seguía las partes del antipapa Benedicto XIII, dándoles por superior a fray Juan

de Baeza, a quien el mismo pontífice concedió facultad de fundar con limosnas un convento en Fuerteventura; empresa que en 1414 recomendó al obispo de Rubicón don fray Alonso de Barrameda y al arzobispo de Sevilla.

Trabajaron mucho aquellos padres en la conversión de los isleños; y luego que don Pedro de Luna fue depuesto en el concilio de Constanza, acudió fray Juan de Baeza a Martino V para que lo conservase en el empleo. Consiguiólo en 1422, y aun obtuvo nuevo breve al año siguiente, por el cual se le confirmaban y ampliaban todos los privilegios que le había concedido Benedicto. Entretanto era obispo de Rubicón don fray Mendo de Viedma, que también era franciscano, como lo habían sido don fray Alonso de Barrameda y don fray Alberto de las Casas.

Mostró fray Juan de Baeza todo su celo en aquel famoso recurso que, unido con el obispo don fray Fernando Calvetos, hizo a Roma, año 1434, en favor de la libertad de los canarios, a cuyo efecto despachó a fray Alonso de Idubar, religioso lego, natural de las mismas islas, quien obtuvo de Eugenio IV un breve prohibiendo bajo de graves penas la esclavitud. Premió el Sumo Pontífice en aquel mismo año los méritos del vicario de las Canarias fray Juan de Baeza, haciéndolo obispo libaniense por sus bulas de 14 de septiembre, que refiere el padre Wadingo en sus *Anales*; y en consecuencia de dicha promoción, fue nombrado vicario de nuestras misiones el padre fray Francisco de Moya, con facultad de poder elegir un sustituto.

Éralo en 1441 el padre fray Juan de Logroño, a quien el mismo papa Eugenio concedió el que pudiese edificar en cualquier puerto del reino de Castilla, en España, algún convento donde los religiosos que fuesen y volviesen de las misiones de Canarias se alojasen. Este convento fue el de Sanlúcar de Barrameda. [...]

El padre Bolaños pasó desde Canarias a la misión de Guinea, esto es, de África, con cuatro religiosos, obligado

de la bula que le dirigió Pío II en 1462, por la cual le concedía los mismos privilegios que estaban concedidos al vicario y misioneros de nuestras islas. Sixto IV le nombró su nuncio apostólico en aquellas partes, año de 1472.

4. DEL CONVENTO DE FUERTEVENTURA Y VERDADERA ÉPOCA DE SU FUNDACIÓN

De lo que llevamos referido hasta aquí se puede conocer claramente cuán grande es el error de aquellos escritores (a quienes había yo seguido), cuando aseguran que Diego García de Herrera y doña Inés Peraza fundaron el convento de Fuerteventura, el primero de la provincia. Es constante que estos señores de las islas no estuvieron en ellas como tales, hasta por los años de 1454, en que ganaron el litigio de Lanzarote, y que la facultad pontificia de plantificar el convento se había dado al padre fray Juan de Baeza desde el año de 1414.

Siete misioneros del convento de Abrojo en Castilla, enviados desde Sanlúcar de Barrameda, formaron la primera comunidad de aquella nueva casa, que habían edificado pobre y pequeña, cargando sobre sus propios hombros los troncos de palma y de tarahay. Dedicóse a San Buenaventura, y en breve tiempo llegó a tener 30 moradores, los cuales merecieron la inmortal honra de que San Diego de Alcalá fuese su prelado, aunque lego. [...]

En la competencia que el obispo don Juan de Frías y su cabildo de Rubicón tuvieron con Diego de Herrera sobre los diezmos de orchilla, sangre de drago y conchas, como también sobre la contribución de quintos y de herbajes, el convento de Fuerteventura, haciendo causa común con el clero secular y ponderando sus apostólicos sudores en las Islas, agenció en Roma cerca de Sixto IV, que había sido franciscano, la bula que, confirmada por

Inocencio VIII, declaraba la obligación de pagar diezmos de aquellas cosas a la Iglesia y la exención de la gabela de quintos a los eclesiásticos.

Consérvase todavía aquel respetable "conventico, con razonable iglesia y triste casa", como decía el ilustrísimo Murga, donde sólo moraban seis religiosos, que después llegaron a dieciséis y actualmente a veinte. El señor Dávila calificaba de muy devota la capilla o ermita hecha en la cueva en que San Diego solía orar. También se conserva el sepulcro del padre Santorcaz, con sus huesos y sus escritos, verdaderamente sepultados antes de salir a luz. Y no hay duda que una casa que fue cuna del instituto y primer taller de santidad en nuestras Canarias debe ser mirada por sus hijos con la veneración más afectuosa.

5. FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE LA CIUDAD REAL DE LAS PALMAS DE CANARIA

Siguieron aquellos religiosos de Fuerteventura a Diego de Herrera en sus incursiones en Canaria, y después de él a todos los otros conquistadores que la rindieron. El padre Gonzaga, en sus *Orígenes de la orden seráfica*, asegura que el célebre y desgraciado Juan Rejón, habiendo llevado consigo a la conquista algunos frailes menores para operarios de ella, luego que en el año de 1477 fijó su real entre las palmas de las márgenes del Guiniguada, les señaló un sitio muy ameno para que fundasen en él su casa, ofreciéndoles contribuir con algunos despojos de los vencidos.

Allanada la tierra y multiplicadas las limosnas, se fabricó el convento en el paraje más alegre y más elevado de la ciudad, "desde cuyas ventanas (decía el padre Sosa) se registran los puertos y los mares, gozando en la entrada y salida de las embarcaciones. Tiene grandes huertas en el recinto de su clausura, sin otros pequeños jar-

dines de las celdas particulares, en los cuales se cogen muchos agrios, hortalizas y frutas, abundancia que se debe al riego de una de las dos acequias del río". Y aquí fue donde Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista general de las Indias, dice haber visto por la primera vez de su vida los plátanos, aquellos árboles hermosos que, transportados a la América, han sido parte de las delicias naturales del país.

Las noticias circunstanciadas de los primeros fundadores de este convento, el segundo de la provincia, y el año preciso de su fundación perecieron con los papeles del archivo, quemados en la invasión de los holandeses, año de 1599, cuyas llamas redujeron igualmente a cenizas la iglesia, que se reedificó después. Así, sólo diremos que ha sido siempre grande y de crecida comunidad, por lo cual el mismo padre Sosa añadía que en su tiempo sustentaba más de cincuenta religiosos, muchos de ellos graves, doctos, y de virtud, quienes, haciendo florecer los estudios de filosofía y teología, eran consultados de todos los tribunales de aquella tierra. [...]

7. FUNDACIÓN DEL CONVENTO GRANDE DE LA CIUDAD DE LA LAGUNA

En esta época se fueron multiplicando los domicilios, siendo el tercer convento de la provincia el grande de la ciudad de La Laguna, en Tenerife. Habían asistido algunos religiosos de San Francisco desde los principios a las entradas y gloriosa conquista de esta isla con un celo loable; y como el adelantado don Alonso de Lugo los veía mal alojados en una especie de barraca de palmas sobre la pendiente del cerro que se llama del Bronco, les señaló mejor terreno para la fundación, y él mismo puso la primera piedra del edificio, que dedicó con título de San Miguel de las Victorias. Quisieron los conquistadores Bartolomé Benítez, Pedro de Lugo y Cristóbal de Ponte costear la capilla mayor; pero el Adelantado,

que la destinaba para entierro suyo y de su familia, reservó para sí la obra, bien que, habiendo muerto antes de verla fenecida, fue sepultado en el cuerpo de la nave. [...]

Los religiosos fundadores de esta casa fueron: fray Francisco Pérez, que luego fue guardián; fray Juan Campuzano y fray Juan de Soria, fray Juan de Villadiego y fray Gonzalo, a quien entregó su testamento cerrado Lope Hernández de la Guerra. Esta corta comunidad ha llegado después a ser de más de cincuenta individuos, entre los cuales ha habido muchos de esclarecidas prendas, y en sus escuelas grandes maestros en la filosofía sutil y teología escolástica. [...]

8. DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA LAGUNA Y DE SU INSIGNE ESCLAVITUD

Esta santa imagen del Cristo de La Laguna, que desde los días del primer Adelantado se venera en este convento, es sin duda la que lo ha hecho más opulento y respetable. El padre fray Luis Quirós, siendo provincial, publicó en 1612 un libro sobre el origen y milagros de tan sagrada efigie, y de paso escribió también alguna cosa sobre los primeros conventos de su orden en las Canarias. Tres son los sistemas o tradiciones que menciona en punto al modo maravilloso con que obtuvo el Adelantado tan estimable prenda, y convienen todos tres en la singularidad de que no la adquirió sino de balde, pues, o fuese en Barcelona o en Santa Cruz o en el camino de La Laguna, siempre proveyó el cielo de modo que costase poco o ningún dinero.

Para su mayor culto se erigió, en 6 de septiembre de 1659, una esclavitud compuesta de los sujetos más nobles y hacendados, la que se incorporó desde luego a la antigua cofradía que ya estaba fundada. [...]

24. PRIMERA FUNDACIÓN DE LOS RELIGIOSOS DEL ORDEN DE PREDICADORES EN LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE CANARIA

La muy grave y docta provincia de Nuestra Señora de la Candelaria, orden de predicadores, no es parte menos principal en la historia eclesiástica de nuestra diócesis de Canarias; así debe ocupar un lugar muy distinguido en sus noticias y en mi atención. Sus primeras fundaciones se hicieron en la Gran Canaria, poco después de conquistada aquella isla; porque como el conquistador Pedro de Vera, que había fundado el convento de Santo Domingo de Jerez de la Frontera en Andalucía, era sumamente devoto del instituto y había llevado consigo al teatro de sus hazañas a los padres fray Diego de las Cañas y fray Juan de Lebríja, los cuales, según hemos dicho, murieron precipitados de un risco del Lentiscal a manos de los bárbaros del país que ellos deseaban pacificar y reducir a la fe; Pedro de Vera, digo, ansioso de que la religión dominicana se estableciese en la nueva tierra, solicitó de los señores Reyes Católicos auxilio y protección para la fábrica de un convento en la ciudad del Real de Las Palmas. [...]

Pero nosotros sabemos que, habiendo sido electo por nuevo general de la orden el reverendísimo maestro fray García de Loaysa, hermano menor del mismo padre Mendoza, después arzobispo de Sevilla y cardenal, lo volvió a enviar a nuestras islas con el carácter de vicario provincial de ellas, lo que prueba evidentemente la existencia de algún convento de que pudiese ser prelado. Así se puede suponer que el de San Pedro Mártir de Canaria, empezado a fundar por los Reyes Católicos poco tiempo después de la conquista de la isla, verificada el día de aquel invicto santo, no se concluyó y perficionó enteramente hasta el año de 1522, como se enuncia en los referidos libros del archivo de La Laguna. [...]

Hemos referido en otro lugar con qué motivo y cuánto furor quemaron los holandeses este convento de Canaria, año de 1599, añadiendo pez y alquitrán al combustible de la iglesia, a fin de que se redujese a cenizas más prontamente, si bien no les faltó tiempo a los religiosos para consumir las santas formas y retirar los principales ornamentos de entre las llamas. Reedificólo con limosnas el padre fray Juan de Saavedra y la iglesia el vicario provincial fray Juan Marín, costeano la obra el capitán Rodrigo de León y doña Susana del Castillo, su mujer, movidos de no sé qué sueño misterioso.

El mismo obispo de Monópolis recomendaba esta casa, la matriz de toda la provincia, por su comunidad, que ya era de 30 frailes; por su escuela general de teología, entonces con dos cátedras y un regente, y por su devoción al santo rosario, a cuyos cultos asistían los canónigos los domingos, teniendo repartidas las festividades entre sí. Pero habiendo crecido después acá en número y peso su comunidad religiosa, pues ha sido de cincuenta a sesenta frailes, habiendo florecido en sus claustros la filosofía y teología tomística con más formalidad y lustre, habiendo dado a la provincia tantos hijos aventajados en santidad y letras y habiéndose señalado la devoción del rosario con mayor magnificencia en su capilla, es constante que aquel historiador hubiera hallado ahora más digno campo para dejar correr la pluma.

25. FUNDACIÓN DEL CONVENTO Y COLEGIO DE SANTO DOMINGO DE LA LAGUNA

El convento de Santo Domingo de la ciudad de La Laguna fue también fundación del venerable padre Mendoza. [...] Deseaba aquel noble pueblo disfrutar la enseñanza de tan célebre religión, y para conseguirlo no dudó el primer Adelantado, en 13 de mayo de 1522, ceder desde luego a los religiosos la antigua ermita de San Mi-

guel, a fin de que edificasen en ella el convento, con título de San Miguel de los Ángeles. [...]

Cinco años se mantuvieron en aquella ermita los religiosos, hasta que, habiéndose pensado en que se dejase este sitio para un monasterio de monjas, se trasladaron en 15 de mayo de 1527 a la de la Concepción, situada un poco más abajo, donde fundaron el convento con título de Santo Domingo de la Concepción, siendo su primer prior el venerable padre fray Gil de Santa Cruz. El ayuntamiento les dio en 12 de julio de aquel año quince doblas para hacer un cáliz. El capítulo general de la orden que se celebró en Roma en el de 1530 aceptó en forma esta fundación, y aun se dice que el papa Clemente VII concedió a los frailes un privilegio para dispensar de los casamientos clandestinos a sabiendas en segundo grado de parentesco.

Aunque este convento se aumentaba de día en día con las limosnas de los fieles, como no eran bastantes, especialmente para perfeccionar la iglesia, acudieron los religiosos a la justicia y regimiento, en 9 de diciembre de 1532, y suplicaron "que siendo notoria la imposibilidad en que se hallaban de concluir obra tan vasta, y la suma incomodidad que padecían para celebrar los oficios divinos y dar pasto espiritual al pueblo, se sirviese concederles por data un pedazo de las tierras propias de la ciudad". No desatendió el ayuntamiento esta petición; pero, a fin de hacer la limosna más efectiva y la comunidad más útil, concluyó un ajuste con ella, por el cual prometía dar a los religiosos ciento y cincuenta fanegas de trigo anuales por el tiempo de ocho años, y éstos se obligaban a poner estudios de gramática, lógica y filosofía para provecho público. Aprobóse el concierto por el rey, en Madrid a 19 de febrero de 1533, y desde luego se vio puesto en ejecución, siendo tanta la complacencia de la isla al encontrar en aquellos buenos padres la enseñanza y predicación continua, que el ayuntamiento los eligió por sus capellanes titulares y decretó asistir todos los años en forma de ciudad el domingo in-

fraoctava del Corpus a la función y procesión del convento.

Creció la utilidad de esta casa y su mérito para con el público cuando, a repetidas instancias de los vecinos y del mismo cabildo secular, que deseaba se cultivasen los sobresalientes ingenios de la patria con la célebre doctrina tomística, pusieron los religiosos en ella estudio general con cátedras de teología, habiendo obtenido antes las facultades necesarias del reverendísimo general fray Agustín Galamino, por su licencia en Roma a 15 de septiembre de 1612. El gran número de estudiantes que atraieron estos estudios, su notorio aprovechamiento, el aumento de la comunidad a más de 50 individuos y el crédito que tan respetables claustros se habían conciliado dieron motivo al padre provincial fray Baltasar Guerra para pedir al mismo general de la orden se sirviese erigir aquella escuela en colegio doméstico de Santo Tomás. Vino en ello el reverendísimo Marinis, y por su despacho de 24 de diciembre de 1663 le concedió todas las gracias, privilegios y honores que gozan los demás colegios de la religión dominicana. En consecuencia de esto, el día 6 de agosto del año siguiente se instituyeron seis padres catedráticos, a saber, un regente y rector de todo el estudio, un lector de prima, otro de vísperas, otro de sagrada escritura, un maestro de estudiantes, un lector de artes y seis colegiales de número.

Para dotación de estas plazas contribuían los demás conventos de la provincia con 500 pesos anuales, hasta que en el año de 1720 se redujo aquella suma a 500 reales, a causa de los estragos que habían ocasionado los volcanes al principio del siglo en las posesiones. Sin embargo, el colegio juntó a sus expensas una biblioteca, que hizo pública, cuya fábrica le costó 40.000 reales de nuestras islas.

27. HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DEL REAL CONVENTO DE CANDELARIA

En el año de 1530, día 15 de octubre, tuvo principio aquella memorable fundación del real convento de Candelaria, que deseaban imitar los dominicos de La Palma en el santuario de las Nieves. Hemos referido el origen de esta devota imagen de Candelaria, las circunstancias peregrinas de su hallazgo, la estimación en que los guanches la tuvieron y el celo con que los conquistadores y pobladores de Tenerife promovieron sus cultos.

Apenas se sometió la isla, celebraron los cristianos la fiesta de la Purificación, sacando la imagen de su cueva y llevándola en procesión sobre los hombros de los reyezuelos vencidos, y como en esta ocasión había arrojado el mar a aquellas playas diez torales de cera, reputándola todos por milagrosa, hicieron de ella las candelas que sirvieron para alumbrar en la función; cuya circunstancia, unida al fenómeno de ciertas luces fosfóricas que se solían ver por las noches en los arenales vecinos y se juzgaban procesiones angélicas, encendieron la devoción de modo que, después de haberse consagrado la cueva de Achbinicó para iglesia de aquel territorio con cura y pila baptismal, el segundo adelantado, don Pedro Fernández de Lugo edificó en 1526 una ermita mucho más decente, adonde fue trasladada la santa imagen, no sin repugnancia suya, pues se huyó y se volvió a su cueva dos veces, como escriben con admirable candor nuestros autores de milagros.

Pero para que la devoción a la Virgen fuese en aumento y aquel santuario, a que acudían en romería fieles cargados de limosnas, estuviese más bien servido, el obispo don Luis Cabeza de Vaca, que lo visitó, acordó encomendar el cuidado y administración de la imagen a los religiosos dominicos, para lo cual, de convenio con fray Diego de la Fuente, vicario provincial de la orden, despachó su licencia, en 9 de agosto de 1530, a fin de que pudiesen fundar allí un convento con número competen-

te de religiosos, quienes, con efecto, cuatro meses después tomaron posesión de la ermita.

Mas habiendo sobrevenido en el mismo año sede vacante, por la promoción de aquel prelado a Salamanca, se suscitó por parte del clero secular una contradicción tan fuerte, que los dominicos hubieran cedido enteramente el puesto envidiado, si al cabo de cuatro años no hubiese salido a su defensa el ayuntamiento de la isla, haciéndoles plena donación de aquel territorio, casa, cueva de San Blas y santuario de Nuestra Señora, desde los riscos hasta el mar y desde el pozo viejo hasta la ermita de la Magdalena, que fabricó el Adelantado. Esta data fue en 4 de diciembre de 1534. [...]

El rey pidió informes al gobernador de Tenerife; Antón Joven, teniente suyo, los dio muy favorables; y, en vista de ellos, se expidió en Madrid la real cédula de 24 de diciembre de 1535, confirmando la donación del Ayuntamiento hecha a la orden de predicadores y a sus frailes. Pero el clero secular de la diócesis, que creía contraria al derecho parroquial esta absoluta donación de un santuario donde había pila bautismal y que era cada día más importante por las liberalidades del pueblo, se ofendió tanto de ella, que el canónigo Pedro Samarinas, en 1539, puesto a la cabeza de algunos que había acaudillado, se entró de repente en el convento y a mano armada desalojó a los religiosos, que en la resistencia recibieron algunos golpes.

Fácil es concebir las quejas amargas con que los heridos y despojados recurrieron, no sólo al pie del Trono, sino a también a Roma. El emperador Carlos V, en 27 de agosto del mismo año, les despachó su real cédula de restitución, que el papa Paulo III corroboró por su bula de 26 de mayo de 1542, el octavo de su pontificado, concebida en los términos más claros y honoríficos. Sin embargo, al año siguiente, hallándose el obispo don fray Alonso de Virués en la visita general de la diócesis, se volvió todavía a despertar la controversia con los frailes y, para cortarla de raíz, se creyó preciso plantificar entre

ellos y el ordinario un convenio perpetuo, por el cual el convento cedía la cueva de San Blas al cura de aquel territorio de Güímar, y el ayuntamiento daba en equivalente a los frailes la ermita del Rosario, que ellos renunciaron algún tiempo después.

Parecía que, habiendo triunfado los religiosos de tan obstinada contradicción y estando ya tranquilos poseedores de aquellos santos lugares, se aplicarían a procurarse un establecimiento más cómodo en iglesia y convento; pero vemos que en el espacio de más de un siglo vivieron como peregrinos, no siendo ya los clérigos sino los mismos frailes o, por mejor decir, los moros, los que les obligaban a pensar en irse con el arca a mejor tierra de promisión.

Era, pues, el caso que las frecuentes correrías de los berberiscos por nuestras costas y sus incursiones en los pueblos hacían temer con razón a los religiosos de Candelaria algún desastre de parte de un enemigo feroz que amenazaba de continuo unas playas solitarias y sin defensa y que era atraído del incentivo de un santuario famoso, reputado por rico. Así, deseosos aquellos padres de ponerse al abrigo de este riesgo y quizá de salir de aquella Tebaida marítima, pensaron en trasladar la casa a paraje menos áspero y más seguro, a cuyo fin obtuvieron facultad de Felipe II, en Aranjuez a 9 de marzo de 1569, para poder mudarla al puerto de Santa Cruz. [...]

Como por fortuna los enemigos no se dejaron ver entonces, se quedó dormido el proyecto, bien que no pudo dormir mucho, porque los mismos moros tuvieron cuidado de despertarlo. Por agosto de 1626 se recibieron varios avisos de que intentaban pasar a saquear el convento y llevarse cautivos todos los guanches. A esta voz el padre Herrera, que era prior, no tardó en volver a reconvenir a la ciudad con el riesgo inminente y con la cédula de Felipe II, para que se ejecutase la deseada traslación. Dividiéronse los regidores en varios pareceres. Unos querían que se estableciese el convento en la er-

mita de San Juan, Llano de Los Molinos, extramuros de La Laguna; otros que en la ermita de La Esperanza o en el Llano del Moro y que, mientras se consultase al rey, se mantuviese la santa imagen en el convento de Santo Domingo de la ciudad, adonde se había llevado con motivo de aquel rebato.

El rebato pasó y la imagen se restituyó a su antiguo solar de Candelaria, asistida de su comunidad de capellanes, aunque siempre con la dura pensión de tener que andar casi continuamente fugitiva. Verificóse así en septiembre del año siguiente, con motivo de haber entrado los argelinos en las costas de Canaria fronterizas de Tenerife, y se verificó igualmente en octubre de 1635, cuando estando sobre ambas islas una armada que se creyó de moros, mandó el ayuntamiento que la imagen fuese llevada prontamente al lugar de Güímar.

En esta suerte de incertidumbre se mantuvo el destino del convento de Candelaria, hasta que en el año de 1668 se pudieron fijar las ideas, con motivo de las siguientes circunstancias. Por la falta de lluvias se había llevado a la ciudad en rogativa la santa imagen; seguíanse allí los novenarios de costumbre, cuando, en el cabildo del día 6 de abril, se presentó al ayuntamiento el padre maestro fray Alonso Talarico Cabeza de Vaca, provincial de Santo Domingo, reconviniéndole nuevamente con la antigua real cédula para trasladar a Santa Cruz el santuario de Candelaria, con los acuerdos que en diversos tiempos se habían hecho sobre este punto y con varias observaciones contenidas en una larga petición.

Convocóse a cabildo general el 20 de aquel mes; y, aunque discordaron mucho los regidores en sus votos, pues unos decían que nada se innovase y que se reedificase el templo en donde estuvo al principio; otros, que se estableciese sobre el cerro de la ermita de la Magdalena, divirtiéndolo el barranco; otros, que en la de La Esperanza; otros cuatro, que en la de Nuestra Señora de la Paz, entre la villa de La Orotava y su Puerto; y otros, en fin, que en el lugar de Santa Cruz; el corregidor don

Martín de Mirabal, reflexionando que la mayor parte de votos estaba a favor de la traslación del convento, por los peligros a que estaba expuesto en aquel arenal, donde eran casi imposibles las fortificaciones para defenderlo, a causa de lo que costarían, proveyó auto mandando que se trasladase al sitio que llaman de La Paz en el valle de La Orotava, con tal que el provincial y capítulo de los padres dominicos reconociesen siempre el patronato, en cuya posesión estaba el ayuntamiento a nombre del rey.

De este decreto apelaron a la audiencia de Canaria los regidores de la parte de acá del Barranco Hondo. Pero la más eficaz apelación fue la que se interpuso para con el pueblo, pues apenas se divulgó la noticia por la ciudad, cuando, alborotándose toda de un cabo al otro, corrieron de tropel los vecinos a la media noche y, rodeando el monasterio de Santa Catalina, donde estaba la imagen en novenario, intentaban arrebatarla y conducirla a la parroquia, para que los frailes no fuesen dueños de ella. Sin embargo, se pudo serenar el tumulto; pero al día siguiente don Luis de Mesa y Castilla, regidor y procurador mayor, pidió al ayuntamiento que se nombrase apoderado para seguir la instancia en la Real Audiencia contra la traslación a La Paz. Don Cristóbal de Salazar y Frías pidió que se eligiese un personero general para que se hiciese igual contradicción. Los curas beneficiados de La Laguna pidieron que no se permitiese llevar por entonces a Candelaria la imagen, hasta no asegurarse de que la traslación se suspendería. El mismo provincial Talarico declaró que desistía de todo pensamiento de mudanza. Finalmente, el licenciado don Francisco Espinosa, como asesor del corregidor, revocó el antecedente decreto, y se mandó que la imagen fuese restituida a su antigua casa y que no se tratase nunca jamás de traslación.

Desde entonces pudieron aplicarse los religiosos con más tranquilidad a promover la devoción y reedificar el convento, que de día en día se fue aumentando con las

ofrendas y romerías. Fabricóse con estas limosnas un nuevo templo de tres naves, respetable y suntuoso, a que principalmente contribuyó con largas cantidades el obispo don Bartolomé Ximénez, su inmortal bienhechor; y, concluido en 1672, se colocó en él la santa imagen con regocijo universal de los pueblos. Ésta fue la época en que empezó a ser más admirable el aseo de aquel santuario, su capilla mayor, sus lámparas, sus pinturas, sus votos, su sacristía y sobre todo el camarín y guardajoyas. Consagróle en 28 de diciembre de 1739 don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, arzobispo de Santo Domingo y devotísimo, como buen canario, de esta patrona general de las Islas. [...]

Han escrito de intento sobre esta imagen, su aparición y sus milagros el padre fray Alonso de Espinosa, natural de Alcalá de Henares, que, habiendo tomado el hábito de Santo Domingo en Guatemala, se vino a Tenerife, movido de las maravillas que en aquellas regiones oía de este simulacro, y, siendo predicador en Candelaria, solicitó, año de 1590, licencia del ordinario de la diócesis para hacer las averiguaciones precisas sobre el asunto. [...] Imprimió las dichas noticias, con otras relativas a la descripción e historia antigua de Tenerife, en Sevilla, año de 1594. [...]

La comunidad de Candelaria ha sido como de 24 a 30 religiosos, en cuyo número se han contado sujetos de distinguidos méritos, por lo cual el padre maestro Leal, ya citado, ponía entre las glorias de este convento la circunstancia de que de veintisiete provinciales que hasta su tiempo había tenido la provincia, los nueve habían sido priores de aquella casa. [...]

37. PRIMERA FUNDACIÓN DE LOS RELIGIOSOS AGUSTINOS EN LA CIUDAD DE LA LAGUNA

La grave provincia de Santa Clara de Montefalco, del orden de los ermitaños de San Agustín, tuvo su cuna y primer convento en la ciudad de La Laguna de Tenerife, siendo la tercera religión mendicante que se estableció en las Canarias, donde tanto se ha distinguido.

Habían acompañado al adelantado don Alonso de Lugo en sus conquistas de La Palma y de Tenerife dos padres agustinos calzados, llamados fray Andrés de Goles y fray Pedro de Cea, portugués; y como los grandes méritos que habían contraído, por su celo en la conversión de aquellos gentiles les hacían acreedores a la gratitud del nuevo pueblo, les concedió el mismo Adelantado, con los derechos de pobladores y ciudadanos, la facultad de fundar, haciéndoles diferentes datas de tierras.

Su primera fundación fue en la referida ciudad de La Laguna, en una casa muy pequeña con oratorio, en que decían misa y celebraban los oficios divinos, la cual desde luego se intituló convento del Espíritu Santo. [...]

Pero como todavía no era bastante sitio el que tenían los religiosos para iglesia, monasterio y huerta, vino el Adelantado en hacerles donación de todo el solar que hoy disfrutan, por su data de 13 de mayo de 1506, cuya posesión tomó el prior Goles al día siguiente, habiendo obtenido licencia para la fundación del reverendísimo fray Agustín de Iterana, vicario general de toda la orden. [...]

38. DEL PATRONATO GENERAL DE ESTA PROVINCIA DE SANTA CLARA DE MONTEFALCO

Este convento del Espíritu Santo llegó a ser uno de los mejores de nuestras islas, por lo espacioso y alegre de sus claustros, su iglesia de tres naves con las mencionadas capillas, sus buenas aulas para estudios, en las cuales han florecido siempre los escolásticos, su dilatada comunidad de cincuenta a sesenta religiosos, muchos de singular doctrina, elocuencia, crédito y virtud. Aunque era esta casa el solar de toda la provincia agustiniana, y por consiguiente su patrono debía ser el patrono general de toda ella, se habían pasado largos años sin que el difinitorio se hubiese decidido a dispensar esta especie de honor a algún personaje que fuese digno de desempeñar los oficios de protección anexos al carácter de tal [...] habiendo reconocido la falta de este apoyo y deseando que recayese la elección en el ilustre ayuntamiento de La Laguna. [...]

Llegó embarcación de la Península, no sólo sin la aprobación del patronato, sino, lo que más era, sin el menor asomo de esperanza de que se conseguiría. Entonces todo mudó de aspecto. La anticipada libranza se suspendió, los buenos sucesos del rey y de sus armas sólo corrieron de cuenta de los religiosos, y la provincia se dio prisa a conferir el patronato a quien más ella deseaba.

En 31 de agosto de 1659, el provincial fray Gaspar Guerra, que se había juntado con su difinitorio en el convento del Espíritu Santo, después de una madura conferencia, decretaron: [...]

Que se celebre el ajuste con don Tomás de Nava y se otorgase una escritura con cláusula de que ni entonces ni en ningún tiempo se admitiría innovación sobre este nombramiento, pues se había reflexionado muy bien lo que más convenía, revocando y anulando cualesquiera decretos y obligaciones que sobre este particular se hubiesen hecho por los difinitorios y provinciales.

En fuerza de este decreto se celebró la escritura de patronato en la ciudad de La Laguna, y por ella concedía la provincia a don Tomás de Nava y sus sucesores (hoy marqueses de Villanueva del Prado) los mismos honores, preeminencias y sufragios que a los duques de Arcos en la provincia de Andalucía, la cual fue después aprobada por el general de la orden y la silla apostólica.

39. UNIVERSIDAD LITERARIA ESTABLECIDA EN ESTE CONVENTO DE LA LAGUNA. LITIGIO Y SUSPENSIÓN

Bajo los auspicios de estos patronos y a beneficio de la loable aplicación de los religiosos, habían hecho las letras y estudios escolásticos tan rápidos progresos en los claustros de este convento de La Laguna, que, hallándose frecuentados de muchos estudiantes y considerando la provincia cuán ventajoso había de ser para las Canarias que se pudiesen conferir allí aquellos grados literarios que de dos siglos a aquella parte salían los naturales a mendigar a países ultramarinos de la corona, no sin evidente perjuicio de la instrucción pública del país, solicitó cerca de la silla apostólica autoridad para ello, y con efecto la impetró de la santidad de Clemente XI, en 1701, por su bula que comienza, *Pastoralis officii*, dada en Roma a 4 de junio de aquel año y el primero de su pontificado. Por ella se concedía que los que estudiasen en el referido convento de San Agustín de La Laguna y aprendiesen suficientemente las facultades, artes o ciencias que les enseñasen, como gramática, lógica, filosofía, teología escolástica y moral, pudiesen ser públicamente promovidos a los grados menores de bachiller y licenciado de esas mismas facultades, recibiendo por último el doctorado y magisterio.

Este privilegio era muy honorífico para no despertar los celos de otros conventos de nuestras islas, que se consideraban o más acreedores a él o con mejores disposi-

ciones para merecer la preferencia de tener la universidad. Todos saben que la más fuerte oposición se hizo por parte del convento y colegio de Santo Domingo de la misma ciudad de La Laguna, y que el breve se mandó suspender. Pero los padres agustinos, que habían logrado con el tiempo un poderoso protector en Madrid, alcanzaron real cédula de Felipe V, fecha en San Ildefonso a 7 de octubre de 1742, por la cual declaraba el rey era su voluntad que sin embargo de la oposición corriese el breve concedido a favor del convento del Espíritu Santo de Tenerife, con la calidad de "por ahora", a cuyo efecto se le entregase el original, sin que se le pudiese embarazar.

Aquella limitación de "por ahora" no dejaba de infundir ánimo a los que contradecían el establecimiento, así como temor a los agustinos; porque mal podían éstos aventurarse a hacer los grandes esfuerzos que se requerían para la nueva universidad, mientras quedaba problemática y sujeta a incertidumbre su existencia. Pero no pasó mucho tiempo sin que se serenasen las dudas, pues en 10 de junio del siguiente año de 1743 vino el rey en que el breve de Clemente XI corriese llanamente sin aquella condición de "por ahora", para lo que despachó su real cédula en San Ildefonso a 4 de agosto del mismo año.

Parecía que el proyecto llegaba al punto deseado de su estabilidad, especialmente cuando el gran papa Benedicto XIV, por su bula que empieza *Aeternae sapientiae consilio*, dada en Roma a 27 de marzo de 1744, el año cuarto de su pontificado, después de confirmar en ella la de Clemente XI, su predecesor, no dudaba ampliarla y extenderla, a fin de que los grados que en el convento del Espíritu Santo se confiriesen por el prelado de la casa fuesen y tuviesen igual fuerza y valor que los que se conferían en las demás universidades de ciencias y artes, pues erigía en legítima universidad sus estudios.

Pasada en forma esta bula por la real cámara y mandada ejecutar por Felipe V en virtud de su cédula, dada

en Aranjuez a 18 de junio de 1744; obedecida ésta igualmente por la audiencia de Canaria en 23 de julio y por el comandante general don José de Lima Masones; participado todo al ayuntamiento de Tenerife en 9 de octubre por los maestros fray Antonio Rossel y fray Francisco Estévez, se dio principio a la erección, poniendo en noticia de todas las islas, ciudades, tribunales, comunidades, curas, prelados y jueces la merced que el rey y el papa les habían hecho y facilitándoles todas las ventajas que se podían apetecer.

Preparáronse las aulas para las facultades que se habían de enseñar, como gramática, lógica, filosofía, matemáticas, teología escolástica y moral, medicina, derecho civil y canónico. Eligiéronse por catedráticos del nuevo gremio y claustro los maestros ya graduados en la religión y otros seculares facultativos que lo habían sido en universidades del reino. Establecióse el régimen de los estudios, abriéronse las aulas solemnemente con asistencia del mismo comandante general, empezáronse los cursos, diéronse grados con punto abierto y oposición de veinticuatro horas, matriculáronse muchos estudiantes, y todo prometía sólidos progresos a la literatura, pues de aquellos principios, a la verdad endeble, debían esperarse con el tiempo frutos más sazonados.

Pero entre tanto, por parte de los que se oponían a este establecimiento, nada menos se solicitaba que el modo de ahogarle en su cuna; y para ello la provincia de los padres dominicos envió a seguir el pleito en Madrid al padre maestro fray José Wading, al mismo tiempo que el cabildo eclesiástico de Canaria parece que igualmente se había prestado a la contradicción. La universidad y los religiosos agustinos despacharon al padre fray Gaspar Verano, quien pudo sostenerla tres años, y a no ser la desgracia de haber muerto en aquella crisis que iba a decidir de su suerte el eminentísimo cardenal de Molina, su protector, era de esperar que hubiese salido triunfante del litigio. Pero murió, y los padres agustinos de La Laguna recibieron el último golpe con la real cé-

dula de Fernando VI, en Buen Retiro a 4 de diciembre de 1747, por la cual mandaba se suspendiese aquella universidad y que se erigiese en la ciudad capital de la Gran Canaria un seminario eclesiástico, sin que se tratase más del asunto.

Así empezó y así acabó la efímera universidad de San Agustín de La Laguna, no sin gran sentimiento de las personas más imparciales, tan amantes de las letras como de la reputación del país. Yo no sé si el honor del colegio de Santo Domingo, o si los privilegios, que acaso sólo eran pretensiones, de otros cuerpos o ciudades, se comprometían en que aquel establecimiento hubiese sido concedido al convento del Espíritu Santo de Tenerife; pero sé muy bien que iba en ello el interés de todas las Canarias y que era cosa triste ver que unos sujetos literatos se empeñaban en desvanecer las utilidades que suelen atraer los estudios a los pueblos que los cultivan.

No hay provincia considerable en la monarquía que carezca de universidad, o no esté cerca de ella, porque en el orbe literario un pueblo civilizado sin universidad es como un pueblo religioso sin templo; y como el reino de las Canarias no cede en ingenios a otros países, en ninguna parte sería tan conveniente este establecimiento como en ella. Las prebendas y beneficios curados de la diócesis exigen o prefieren a los que estudian en universidad y han recibido grados. Los concursos a los canonicatos de oficio no se pueden verificar con el lucimiento que los acredita en otras catedrales. Los gastos que sufren los canarios viniendo a estudiar a la Península, los peligros del mar, los de la mudanza de clima en la primera juventud, los de las costumbres fuera de la vista de los suyos y en medio de la libertad y corrupción de otros mozos de diferentes tierras y modales, los talentos que se malogran por no tener haberes para emprender la carrera, los que sin ellos la emprenden porque tienen posibles, finalmente, la necesidad de ocupar en nuestras islas tantos ingenios ociosos, de que se hable de facul-

tades, de ciencias, de actos literarios, de que haya emulación, cátedras que obtener y cátedras que dotar, todo esto debe convencernos de que fue desgracia la supresión de aquella tentativa de universidad y que la diócesis estará siempre desairada mientras no se restablezca allí o en otra cualquiera parte de nuestras islas.

Los padres agustinos de La Laguna, dignos por su noble ambición de las mayores alabanzas y del reconocimiento público, viéndose precisados a ceñirse como antes a los estudios domésticos de sus aulas, convirtieron toda su atención a reedificar la antigua iglesia del convento, que con el transcurso de los tiempos amenazaba ruina, y han fabricado de planta otro templo magnífico, que camina a la perfección. [...]

47. FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE AGUSTINOS DE CANARIA

Era cosa admirable que en la Gran Canaria, la capital de la diócesis, se hubiesen pasado largos años sin que los religiosos agustinos se estableciesen; pero llegó este caso, no sin aplauso universal de aquellos isleños, y en 27 de mayo de 1664, con licencia del obispo don fray Juan de Toledo, se celebró la fundación en la ciudad de Las Palmas. Fabricóse el convento en la que era ermita del Santo Cristo de la Vera Cruz, y su iglesia, aunque pequeña, se hizo de tres naves. Asistió el cabildo eclesiástico a la colocación del santísimo sacramento, con las demás órdenes religiosas y todo el pueblo.

Tiene un hermoso claustro y una gran torre de sillaría, una comunidad de 40 frailes, con cátedras de filosofía y teología, y un crucifijo de mucha devoción, al cual se encomiendan los navegantes por estar el convento a la orilla del mar, cuyas olas baten sus murallas cuando se altera.

De manera que, a excepción de este convento de la Gran Canaria, todos los demás de la provincia están en

Tenerife, sin que se haya hecho fundación en las otras islas; porque, aunque en el mismo siglo pasado solicitaron los padres agustinos fundar en la de La Palma, encontraron tanta resistencia, que se les prohibió por una cédula real. Sin embargo, el número de religiosos de la provincia era de 200 en tiempo del ilustrísimo Guillén. [...]

49. TRÁTASE DE FUNDAR EN CANARIAS MONASTERIO DE RELIGIOSAS

Hemos visto hasta aquí las fundaciones y progresos de tres familias de religiosos mendicantes en las Canarias; veamos ahora las de los monasterios de religiosas, con la misma individualidad y orden cronológico.

Desde que la población de nuestras islas fue creciendo y se echó de ver que había muchas "doncellas y dueñas" (como decía el ayuntamiento de Tenerife) que deseaban hacerse religiosas y servir a Dios en clausura, se discurrieron todos los medios que parecieron oportunos para establecer en la ciudad de La Laguna, o en otro pueblo, un monasterio adonde pudiesen acudir a sacrificarse todas las señoras comarcanas y de donde, como de un plantel, saliesen con el tiempo las fundadoras de otros nuevos conventos. No dejaba de ser ardua la empresa para ejecutada de pronto, por la falta de arbitrios; pero el ayuntamiento, que lo había tomado con empeño, no omitió ninguno. Ya en 1524 había pensado que el sitio señalado en la plaza del Adelantado para convento de religiosos dominicos se destinase para monasterio de monjas de la misma orden. Ya en 1530 quiso que los padres agustinos cediesen el suyo del Espíritu Santo para el mismo fin. Ya en 1540 se trató, con el custodio y religiosos de San Francisco, sobre que franqueasen el de San Lorenzo de La Orotava, por ser paraje donde con menos gastos y más comodidad se podría plantificar la fundación.

50. FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SANTA CLARA DE LA LAGUNA

No dejaron los franciscanos de dar oídos a la propuesta y, obtenida la necesaria facultad del ministro general de su orden, comisionó el ayuntamiento en 10 de mayo del mismo año a los muy graves regidores Antonio Joven, Lorenzo de Palenzuela, Alonso de Llarena y Pedro de Ponte y al licenciado Alzola, jurado, para que concluyesen con el custodio y frailes el concierto más ventajoso, bien que sin comprometer en nada los propios de la isla.

Pero parece que, al tiempo de negociar estos tratados, se hubo de alterar el primer pensamiento, pues, en lugar del convento de La Orotava, no cedieron los frailes en 1545 sino el de San Miguel de las Victorias de La Laguna, con la condición de que la ciudad les daría el hospital de San Sebastián para convento suyo, cuyas rentas disfrutarían las monjas en el de San Miguel, obligándose a recibir sin dote dos señoras que la ciudad perpetuamente señalase. Impetróse un breve del legado apostólico para validar y confirmar este ajuste, que el mismo custodio de San Francisco presentó en la sala capitular el día 10 de mayo de 1546, quedando religiosos y regidores de acuerdo sobre la ejecución del plan de fundación proyectado.

Entre tanto, había muerto en Sevilla el comendador Alonso Fernández de Lugo, hijo de Bartolomé Benítez, quien, dejando por su testamento dos mil doblas de plata para este monasterio de monjas de Santa Clara, que cobró como apoderado del ayuntamiento el regidor Pedro de Ponte, se aceleraron todos los pasos al deseado fin y se ejecutaron las obras de albañilería que había que hacer, con intervención del mismo custodio fray Pedro de Sevilla, quien se embarcó a España en busca de las religiosas fundadoras, que llegaron a Tenerife el día 20 de febrero del año siguiente de 1547, costeándolas el ayuntamiento.

Eran estas señoras moradoras del monasterio de San Antonio de Baeza, y se llamaban: doña Juana de la Cruz de Lama, abadesa, doña Catalina de Jesús Lama, su hermana, doña María Aguado, doña Leonor de Santa María de Torres, a las cuales parece que se agregaron otras seis del monasterio de Regina de Sanlúcar de Barrameda, y entre éstas Ana de San Gabriel y Francisca de San Miguel de Lugo, hijas de Fernando de Lugo y de Francisca de Lugo, que lo era de Pedro de Vergara. Erigido, pues, el nuevo monasterio de Santa Clara de La Laguna, las primeras isleñas que abrazaron el instituto fueron doña Clara de Santa María y doña Beatriz de San Agustín, hijas de Rodrigo Núñez de la Peña y de Beatriz de Lepe, y doña Inés de San Antonio, hija de Diego González de Gallegos, a quienes imitaron sucesivamente otras señoras de Tenerife y de Canaria.

Residían las religiosas muy contentas en el convento de San Miguel de las Victorias, mientras los padres franciscanos, a cuya filiación se habían desde luego sometido, parece que no lo estaban mucho en el suyo de San Sebastián, pues desde el año de 1572, habiendo alegado que el padre custodio de aquel tiempo no había podido hacer un ajuste tan en menoscabo del orden, ni menos el ayuntamiento trastornar las caritativas intenciones del fundador del hospital, Pedro de Villera, reclamaron la escritura que se otorgó, y pusieron una demanda contra la clausura de las monjas, para que les restituyesen el monasterio. A este fin, alcanzaron ciertas letras en forma de breve del cardenal legado, que residía en España, cometidas al cabildo eclesiástico de Canaria, las cuales fueron notificadas en octubre del año referido, advirtiéndole a las religiosas que dentro de dos o tres años les habían de dejar libre el convento, y que en el ínterin procurasen fabricar casa con sus rentas.

Temerosas las monjas de una expulsión de parte de sus directores, e imposibilitadas por el mismo voto de clausura de poder practicar el de obediencia, no hu-

bieran sabido qué hacerse, si no las hubiese sacado generosamente del apuro doña Olaya Fonte del Castillo, viuda del doctor Juan Fiesco Nisardo, regidor, natural de Niza. Esta garbosa señora se obligó en 1575 a fabricarles la iglesia y el convento, sin otro premio que el del honor del patronato, la complacencia de hacer bien y de darlas tres hijas suyas para que profesasen. Pero como con semejante mudanza debía cesar la obligación de dotar dos monjas, pues el hospital de San Sebastián quedaba libre, hicieron una representación a la ciudad, solicitando indemnización por aquel gravamen; y con efecto se señalaron al monasterio dos suertes de tierras, cada una de ocho fanegas de sembradura, de las que debía ser usufructuario por diez años.

El día 21 de diciembre de 1577 dejaron las monjas a los frailes el convento de San Miguel de las Victorias, y en solemne procesión se pasaron a su nuevo monasterio de San Juan Bautista, que de día en día fue en aumento, no sólo por lo que mira a rentas y habitación, sino también a comunidad, pues en tiempo de nuestro cronista Peña sustentaba ciento y cincuenta monjas. Mas por una de aquellas terribles desgracias que se han visto bastante repetidas en los conventos de nuestras islas, aconteció la noche del 2 de junio de 1697, domingo de la Santísima Trinidad, un incendio tan rápido, que en pocos minutos redujo a canizas la iglesia, sin que se pudiese salvar ni aun lo más sagrado del culto. Las religiosas se depositaron en el monasterio de Santa Catalina de Sena de la misma ciudad, donde estuvieron hasta septiembre de aquel año. Y aunque inmediatamente se emprendió la reedificación, no hay duda que estos gastos minoraron el fondo de las rentas. Concluyóse la iglesia en marzo de 1700. [...]

58. FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE DOMINICAS DE LA OROTAVA

Por los años de 1626, deseoso don Nicolás de Cala, clérigo presbítero (que antes había sido casado y tenía hijas), de fundar en la villa de La Orotava un monasterio de monjas dominicas, donde pudiesen profesar, solicitó pasasen a aquel pueblo algunas religiosas de La Laguna, a quienes daba vivienda en sus propias casas. Pero aconteció la desgracia de que apenas se habían apeado las fundadoras, cuando el devoto presbítero murió de repente y, no queriendo sus herederos continuar las pías ideas del difunto, padecieron las religiosas notables incomodidades, pues sólo libraban su subsistencia y los adelantamientos del edificio en las limosnas de los fieles, de modo que éste no tuvo su complemento hasta que, habiéndose conferido el patronato, en 1632, a don Diego Benítez de Lugo, les fabricó la capilla mayor con todo esmero.

Desde entonces este célebre monasterio de San Nicolás obispo y su digna comunidad lograron toda suerte de conveniencias, estando bajo la dirección y obediencia de los religiosos dominicos. Pero llegó a principios de nuestro siglo una época memorable, en que mudaron de semblante las cosas. Hablo del tiempo en que, habiendo declinado las monjas de esta sujeción a aquellos padres, se entregaron a la ordinaria del obispo, suceso famoso en que sin duda mediarían grandes divisiones, grandes revueltas y recursos. A mí no me toca escribir esta parte de nuestra historia eclesiástica, aun en caso de que yo tuviese para ello las memorias seguras; pero, en equivalente, no dejaré de aprovecharme de la relación que dejó inédita, de la primera quema de este mismo convento, sucedida en 31 de agosto de 1717, un escritor recomendable.

Hallábase cerca del monasterio, con cuya iglesia comunicaba por una tribuna, la casa de los marqueses de Celada, sus patronos, edificio el más bello y suntuoso de la

Villa, y se había esparcido en varias ocasiones el rumor popular de que por allí se les había de quemar a las monjas el convento. Este pronóstico, que unos despreciaban y otros temían, asegurando que por las noches se solía observar en el cielo el fenómeno de no sé qué llama sobre la casa del marqués, se verificó en la referida del 31 de agosto, entre doce y una, incendiándose súbitamente, con increíble voracidad, y en cuatro horas, a tiempo que todos dormían. Por más priesa que se dio el pueblo, nada perezoso en tales casos, ya el fuego se había apoderado del monasterio, de donde apenas pudieron escapar las religiosas, quemada alguna y casi todas chamuscadas. El vicario don Juan Delgado Temudó las recogió en una casa inmediata al colegio de los jesuitas, en cuya iglesia colocó las especies sacramentales.

Estuvieron allí las monjas algunos meses, excepto unas cuantas de la antigua parcialidad de los frailes que, con beneplácito del obispo y del provincial, pasaron a albergarse al monasterio del puerto de La Orotava, que es de la misma orden. Pero como las otras no habían encontrado en la casa que habían ocupado ni la comodidad ni la seguridad precisa, resolvieron echarse sobre el inmediato colegio de los jesuitas, desalojarlos y apoderarse de él, hasta que se reedificase su convento.

Una mañana (dice nuestro escritor), después de haber el coadjutor Tabares tocado la campana a levantar y las avemarías, se vinieron 40 en procesión, trayendo levantados ciriales y cruz tres mocetonas y quedando al resguardo de aquella mujeril acometida no sé qué caballeros con el vicario. Plantáronse en silencio a la puerta de la iglesia, y lo mismo fue abrirla Tabares, que colarse dentro el hermoso escuadrón. Pasmóse el valiente portugués con tal espectáculo y subió apresurado a dar cuenta a su superior, mientras las monjas se pusieron a dar devotamente gracias a Dios sacramentado, arrodilladas todas en su presencia, por haberlas dejado lograr felizmente aquel primer avance.

Luego que el rector pudo enterarse de lo que le expresaba con medias cláusulas su coadjutor, conoció que los venían a echar de su casa. Supo que aún no estaba abierta la puerta del costado, sino la de la sacristía. Ordenóle que bajase al instante y procurase persuadir las monjas a que se volviesen por donde habían venido, antes que esta novedad se divulgase con escándalo. ¡Para escrúpulos estaban las monjitas! Y como receló también el rector Dávila que, sin querer hacerse cargo de la razón, ellas intentarían pasar adelante y apoderarse de todo, hasta de su aposento, dejándolo bien asegurado, bajó tras del hermano aceleradamente.

Aquél había pasado por la sacristía a la iglesia, y el padre Dávila cerró la puertecilla, dejando al portugués reñir la pendencia. Antes de empezar a hablar Tabares, soltaron ellas la sin hueso, y unas con razones concertadas, otras con dichetillos prevenidos, muchas con prontitudes no estudiadas, y todas hablando a un tiempo, como suelen en sus gradas, decían: —Padre Andrés, ésta es mucha jaula para tan pocos pájaros; el hábito no hace al monje, ni a la monja; todas somos jesuitas. Una entonaba en vez de psalmo: —Si te atino, no te atino. Las más juiciosas añadían que, en nombre de aquella comunidad desamparada y afligida, sin convento ni régimen regular, suplicase al padre superior las disculpase aquella que parecía osadía y era pura necesidad, pues los padres hallarían su acomodo con más facilidad en otra parte, y no podían creer de su piadoso corazón arrojase de la casa de Jesús a sus esposas, que buscaban en ella asilo.

Entre éstas y esotras se entraron muchas a la sacristía, para hacerse paso a lo interior; pero, hallando cerradas todas las puertas, empezaron a clamar: —Abra, padre rector. El hermano, para salir de entre ellas no lo arañasen, quiso ganar la puerta de la calle; pero las monjas, más advertidas, le asieron para conservar con él una prenda con que obligar al rector a pactar condiciones de paz, y entre el bullicio de tantas voces salía de cuando en cuan-

do la del padre Dávila desde adentro: —Paciencia, hermano, y despréndase de esas señoras; sálgase de ahí, y véngase por la portería de las bestias.

Durante estas altercaciones, habiéndose divulgado el caso por toda la Villa, acudieron varias cuadrillas de caballeros, a quienes rogaban las monjas intercediesen por ellas para con el rector. Éste no sabía qué partido tomar. Era tarde, y se pasaba la hora de comer, por lo que empezaron a entrar ollas y pucheros en la iglesia. Así el padre Dávila se vio en la necesidad de rendirles la fortaleza, en que tuvo gran parte un sinnúmero de billetes que desde la calle le echaban, aconsejándole que saliese luego, en tono de amenaza. Entraron, en fin, ya muy tarde, a capitular varios artículos, y entregaron las llaves del colegio a la madre priora San Bartolomé de Llarena.

Subió, pues, el monjío con los jesuitas y toda la nobleza a tomar posesión de la casa, donde se acomodaron del mejor modo que pudieron, y permanecieron en ella más de un año. El marqués de Celada, el obispo don Lucas Conejero y varios caballeros deudos de las monjas contribuyeron para la pronta reedificación del convento; de modo que antes de un año de la quema pudieron volver a habitarle, bien que se quedaron las otras en el del Puerto.

Tardó algunos años en perfeccionarse el edificio, especialmente la iglesia, que por último se dedicó con memorables regocijos en 1737. Pero tuvo muy corta duración este segundo monasterio, pues aquellas vírgenes religiosas, que parece que se dormían con las lámparas encendidas, despertaron otra vez atónitas en medio de las llamas, la noche del 27 de julio de 1761, saliendo apresuradamente de entre ellas. Ardió todo el convento, y después de haber andado errantes, se retiraron a las casas del coronel don Juan Bautista de Franchi. Era vicario don Domingo Delgado, sobrino del otro vicario de la quema anterior.

Estuvieron allí alojadas, hasta que a solicitud del coronel don Juan de Franchi Grimaldi, su inmortal bien-

hechor, se reedificó el tercer monasterio que tienen ahora, del cual tomaron posesión el día 8 de junio de 1769, habiendo vuelto de aquel retiro en procesión solemne, a tiempo que su iglesia, ya reparada, servía interinamente de parroquial, con motivo de estarse fabricando el nuevo templo de la Concepción de aquella villa. [...]

62. FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SANTA CLARA DE CANARIA

En la ciudad de Las Palmas de Canaria se fundó el monasterio de San Bernardino de Sena de religiosas de Santa Clara, año de 1664, en las casas que fueron del célebre canónigo don Bartolomé Cairasco, con licencia del obispo don fray Juan de Toledo. Las fundadoras fueron seis, hijas del convento de Santa Clara de La Laguna, y sus nombres Magdalena de San Pedro Jaén y Cala, abadesa, Catalina de San Felipe Perera, que lo fue después, Ana Bautista Sarmiento y Céspedes, que se restituyó a su convento, Zanona de Santa Teresa Gallegos, Isabel de Santo Tomás Valle y Francisca de San Leonardo Suárez.

Salieron de su clausura de La Laguna en 14 de mayo del dicho año, acompañadas del padre fray Luis de Silva, primer comisario visitador que hubo en esta provincia franciscana, y de otros religiosos. Embarcáronse en el puerto de Santa Cruz el día 19 a las siete de la mañana y llegaron al de la Luz de Canaria a las siete de la tarde del mismo día. Descansaron aquella noche en la ermita, y al día siguiente entraron en la ciudad en sillas de manos y se fueron a apeaar al monasterio de las monjas recoletas de San Ildefonso, donde estuvieron hospedadas hasta que se perfeccionó el suyo.

Entonces volvieron a salir escoltadas del comisario, del provincial y de otros frailes de su orden; entraron en la catedral, donde fueron recibidas por aquel cabildo en ceremonia; visitaron todos los conventos, y en el de las

señoras de San Bernardo estuvieron muy regaladas un día entero. Últimamente, en primero de junio por la tarde, que era Domingo de Pentecostés, se formó una solemne procesión, con mucho adorno de las calles y asistencia del cabildo eclesiástico y comunidades religiosas, y se colocó el santísimo sacramento en la nueva iglesia, en la cual al día siguiente se celebró la misa de la dedicación, que dijo don Francisco Mesía Frías y Salazar, inquisidor presidente y arcediano de Canaria, con sermón que predicó fray Diego de San Jerónimo, lector de prima de los estudios de su convento de San Francisco.

Por los años de 1720 se incendió este monasterio, siendo el octavo que se ha quemado en nuestras islas; pero se reedificó prontamente con el legado de 4.600 pesos que dejó don Agustín de Torres y Denis en poder de los jesuitas y que se pudieron extraer de sus manos. La comunidad suele ser como de 70 monjas muy ejemplares, que están sujetas a los frailes de su orden. [...]

65. DE LA ENTRADA DE LOS JESUITAS EN LAS CANARIAS Y DE SUS FUNDACIONES

Hemos dado puntual noticia de los conventos y monasterios de comunidades religiosas que fundaron en el obispado de Canarias; y, aunque ya no existen en ellas ni en el mundo católico los hijos de la Compañía llamada de Jesús, sin embargo, como tuvieron allí algunos años tres colegios o casas de residencia y supieron hacer el mismo papel distinguido que en todas partes, será oportuno no defraudar nuestra historia eclesiástica de las curiosas particularidades de sus fundaciones, progresos y expulsión.

Los primeros jesuitas que entraron en nuestras islas pasaron de España en 1566, en compañía del obispo don Bartolomé de Torres, que los había pedido a San Francisco de Borja, entonces general de la orden. [...]

En esta carta de don Bartolomé de Torres es preciso notar a lo menos que, aunque era cierto que los diputados de Tenerife le habían suplicado en Madrid llevase consigo misioneros jesuitas a su diócesis, no lo hacían sino porque el mismo prelado, recién electo, lo había propuesto desde allá al ayuntamiento, en carta que le dirigió, año de 1564, por mano del bachiller Mateo de Montesdeoca Cabrera, recibida en 21 de julio del mismo año.

Como quiera que fuese, el obispo recogió cuatro individuos de aquella nueva orden, a saber: el padre Diego López, que acababa de ser rector del colegio de Cádiz, el padre Lorenzo Gómez, con los hermanos Luis Ruiz y Alonso Ximénez. El cardenal Cienfuegos refiere largamente la fructuosa predicación de estos operarios, especialmente en Tenerife, añadiendo que pagó aquella noble isla con mano generosa este cultivo de la Compañía en sólo un hijo suyo, el portentoso padre José de Anchieta, taumaturgo de la América, cuya fama espera cada día ver sus virtudes colocadas sobre la adoración y sobre el ara. [...]

Muerto aquel obispo a los dos años de su pontificado, perdieron los jesuitas en él un declarado protector; y aunque parece que por su testamento les había dejado algunos cortos fondos para principios de un colegio en la Gran Canaria, habiendo ocurrido posteriormente las dificultades que veremos, consiguió aquella ciudad que con dicho caudal se levantase una muralla en su recinto, bien que en el año 1730, en compensación de esto, contribuyó el ayuntamiento con cierta cantidad para la iglesia del colegio de aquella isla.

A la pérdida del obispo se siguió, con diferencia de pocos días, la muerte del padre Lorenzo Gómez, en La Laguna de Tenerife, con grande olor de santidad, a cuyas honras asistió el pueblo y la nobleza, predicó el prior de San Agustín y se colgaron votos sobre su sepulcro, en el cual ardió mucha cera por espacio de un año. Y habiendo mandado el santo Borja en 1570 al padre López

que se restituyese a España, se asegura que todas las islas se conmovieron y se armaron para impedirlo; que la Real Audiencia publicó bando, para que, pena de la vida y de la hacienda, ninguno diese a los padres embarcación; que la Inquisición, los superiores de las órdenes, la nobleza y la plebe lo procuraron impedir con ruegos y lágrimas, poniendo atalayas en los puertos. Pero nada bastó. Los jesuitas tuvieron modo de ausentarse, y el citado escritor, encendido en intempestivo fuego poético, concluye: "Al entrar en el bajel, se oyó un lastimoso alarido en la playa, que no fuera más doloroso, si vieran que sorbía el mar una y otra isla, donde cada tronco dio su corteza a la memoria y a la alabanza de los cuatro primeros hijos de la Compañía". [...]

Nueva misión de otros jesuitas en las Canarias, año de 1660, y nuevas tentativas de fundación. Para ésta, a instancias del personero general y de otros vecinos de Tenerife, se celebró un largo cabildo en 7 de febrero; y, aunque hubo algunos votos en contra, la mayor parte estuvo por la afirmativa, de modo que se participó esta resolución a aquellos padres, al obispo y al capitán general. Pero tampoco se pudo verificar entonces.

66. FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE LA OROTAVA

Estaba destinado el logro de esta empresa para un jesuita canario. Éralo el padre Luis de Anchieta, natural de la ciudad de La Laguna y sobrino, aunque ya remoto, del otro venerable apóstol del Brasil. Había pasado a España de tierna edad, donde hizo sus primeros estudios y, entrando en la Compañía llamada de Jesús, sobresalió en ingenio y aprovechamiento entre sus condiscípulos. Los colegios de San Hermenegildo de Sevilla, los de Jerez y de Córdoba fueron los primeros teatros de sus lucimientos en la cátedra y en el púlpito, así como lo fue de su erudición la célebre obra que compuso y publicó en Je-

rez, antes de volver a nuestras islas, con el título de *Antigüedades y excelencias de las Canarias*, bajo el nombre de doctor don Cristóbal Pérez del Cristo, beneficiado de Icod.

Este amor a la patria y el pretexto de un grave negocio de familia lo trajeron a Tenerife en compañía del hermano Pedro de Cuéllar, natural de Pedroches, por los años de 1678; y, a poco tiempo de haber llegado a Santa Cruz, tuvo ocasión de hacer más notorios sus talentos y su celo en varias misiones que emprendió con motivo de la mortandad epidémica que sufrían entonces las Islas. Sus sermones en La Orotava, durante el mes de julio de 1679, sacaron mucho fruto; pero el más importante para la Compañía fue el que vamos a referir.

Entre los que oían al padre Anchieta con particular edificación, había un vecino de aquella Villa, llamado don Juan de Llarena y Cabrera, que tenía algún remoto parentesco con él, un mediano caudal y ningún heredero forzoso. Enfermó de muerte; llamó al jesuita, que estaba en La Laguna; acompañóle el marqués de Acialcázar y Torrehermosa, a quien estaba dedicado el libro de las *Excelencias de las Canarias*; y, con auxilio de los dos, otorgó Llarena su testamento cerrado en 9 de agosto de 1679, por el cual dejaba todos sus bienes a la Compañía para la fundación de un colegio en aquel pueblo, sujeto a la provincia de Andalucía, cuyas oficinas e iglesia se deberían edificar dentro de nueve años, con aulas de gramática, filosofía y teología moral; dejando el patronato a su sobrino don Luis Román de Carminati, su albacea, y a otros parientes en diversas líneas, y murió.

Desde luego prevaleció el popular rumor de que el testamento de don Juan de Llarena era inválido, por estar ya sin sentidos cuando lo hizo, y que el marqués y el padre Anchieta habían sido los testadores. Pero este religioso, despreciando aquella vulgaridad, dio noticia de la nueva conquista a su provincial Juan de la Fuente, quien tardó más de cuatro años en resolverse a la aceptación; pues, aunque no ignoraba el antiguo deseo de las Cana-

rias, conocía la pobreza y temía las contradicciones. Sacóle en fin de la indecisión, en 1683, una carta del obispo don Bartolomé Ximénez, por la que le pedía algunos padres para que le ayudasen en su predicación, súplica que igualmente hizo al padre general Tirso González. Con efecto, al año siguiente entró en Canarias a expensas del obispo la colonia de cuatro jesuitas, que eran el padre García de Araujo, rector de Cazorla, Diego de Florindas, Juan de Buenrostro y Francisco Troncoso, coadjutor. Aportaron a Santa Cruz; fueron muy obsequiados en La Laguna por el capitán general conde de Eril, la nobleza, los eclesiásticos y los religiosos, de donde pasaron a La Orotava a predicar y disponer la fundación.

Entretanto murió en Canaria el padre Luis de Anchietta, al tiempo que andaba en sus misiones, y fue sepultado en el monasterio de San Ildefonso de las monjas de San Bernardo. Los demás jesuitas se volvieron a España, quedando en La Orotava el padre Araujo con el hermano Cuéllar, quienes al cabo de cinco años de residencia consiguieron, a instancias del obispo y del general, que se celebrase cabildo en la ciudad de La Laguna para admitir, o no, la nueva fundación del colegio, en que hubo, como siempre, protestas y contradicciones. Sin embargo, en 1690 llegó a Tenerife la licencia de Carlos II, no sin públicos regocijos de aquellos vecindarios, especialmente de las dos parroquiales de La Laguna, que hicieron, coadunadas, una fiesta de acción de gracias a San Ignacio, en la iglesia de los Remedios, en la que predicó el maestro fray Andrés García, ex provincial agustino.

Antes de empezarse en La Orotava la obra del colegio, pasaron de España a la fundación, año de 1694, el padre Tiburcio de Baeza, rector, el padre José de Andrade, portugués, y el padre Juan de Medina, natural de Granada. Hospedáronse en las casas del fundador, junto al convento de dominicos; pero, deseando otro sitio más oportuno, lo eligieron a la entrada de la calle de San Francisco, en una huerta entre dos molinos, tomando al

mismo tiempo al frente de ella, en 1696, una casa pequeña, donde acomodaron su oratorio, dándole desde luego el nombre de colegio de San Luis Gonzaga, patrono titular que les había salido por suertes.

La aplicación de estos padres a predicar y enseñar las primeras letras movió los caballeros de La Orotava a hacerles algunos donativos para aumento del edificio, que se iba levantando con solidez y ardor. [...]

En el año 1700 se tomaron las medidas para un cañón de iglesia, por más dificultades que se encontraban en el terreno, y el mismo obispo Zuazo puso la primera piedra del edificio, notándose que se mostraba triste con el presentimiento de que aquel templo no se había de concluir jamás. En 1707 llegó en calidad de visitador el padre Pedro de Angulo, quien dio prisa para que se empezase a habitar el nuevo colegio, poniendo entretanto el oratorio en el entresuelo de la casa. Verificóse así en 1709, día 9 de marzo, en que se hizo una solemne procesión con el Santísimo y asistencia del clero, comunidades religiosas, nobleza y vecindarios del contorno. Entonces sólo había dos jesuitas; y habiendo fallecido en agosto de 1716 el mismo padre Angulo, que se enterró en la parroquia de la Concepción, quedó reducido todo el colegio al coadjutor Andrés Tabares, por lo que de orden del cabildo eclesiástico, sede vacante, pasó el vicario de La Orotava al oratorio y consumió las especies sacramentales que en él había.

Un año se pasó, antes que la provincia proveyese aquel rectorado vacante en el padre Pedro Dávila, en cuyo tiempo aconteció el famoso asalto de las monjas de Santa Catalina, cuando, viéndose con su monasterio incendiado, ocuparon el colegio y echaron de él a los jesuitas, como ya referimos. Pero este contratiempo, si lo fue, trajo las ventajas de que se volviese a colocar el Santísimo en aquel oratorio, donde dos años antes se habían consumido las especies. Mientras residieron allí las monjas, estuvieron los padres en un entresuelo de la casa del coronel don Francisco Tomás de Alfaro; pero restituidos

un año después a la suya propia, se aumentó la comunidad en 1718 con tres individuos más; se ensanchó el colegio con una rectoral dos años después, y se abrieron escuelas de primeras letras y de gramática, la cual contó hasta 70 discípulos. A principios de diciembre de 1727 se celebró la canonización de San Luis Gonzaga con funciones plausibles.

En 1731, día 21 de junio, fiesta del mismo santo, siendo rector el padre Matías Sánchez (autor de la historia manuscrita de estas residencias jesuíticas), abandonados los primeros cimientos para la iglesia, en atención de las dificultades del sitio, se echaron otros nuevos un poco más arriba, en el solar y casas que les donó generosamente don Esteban Porlier, caballero del orden de San Lázaro y Monte Carmelo, cónsul de la nación francesa en nuestras islas, de quien hace nuestro autor el mayor elogio. Esta obra, que se empezó con fervor por el padre Sánchez y bajo los más felices auspicios, se prosiguió con lentitud por el padre Nieto, y por falta de buena dirección nunca pudo acabarse. Su fachada es de orden corintio, con estatuas y adornos, bien que sus columnas son bárbaramente salomónicas y las puertas de los costados dóricas.

67. FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE CANARIA

En la Gran Canaria empezaron también los vivos deseos de tener jesuitas, por un efecto de las referidas misiones, especialmente cuando el padre Luis de Anchieta, captándose las voluntades de sus paisanos, pasó a aquella capital, donde murió. Ya entonces maduraba en su ánimo un proyecto de fundación el canónigo e inquisidor don Andrés Romero, a cuyo fin iba destinando sus caudales, que no eran muy crecidos; pero los ofrecía todos con 200 ducados vitalicios de su prebenda y las casas de su habitación, bien adornadas para colegio. La provincia de Andalucía admitió francamente la fundación en 1696,

y el padre García Araujo desde La Orotava, en nombre suyo. Llegaron a tomar la posesión en aquel mismo año los padres Juan de Medina y Gaspar Troncoso, con el hermano Cuéllar, quienes se alojaron en el palacio episcopal, sede vacante, mientras se perfeccionaban algunos reparos de las casas para la residencia, sirviéndose de la iglesia de las bernardas recoletas para sus ejercicios.

Concluida en fin la habitación, entraron en ella el día primero de enero de 1697, con indecible gozo del fundador, y se abrieron clases de gramática y de primeras letras. La iglesia, o por mejor decir, el oratorio, se trazó en un salón bajo de catorce varas de largo, que se adornó con todo esmero, siendo uno de los principales bienhechores el obispo don Bernardo de Vicuña y Zuazo, que llegó a Canaria por aquel tiempo. Dedicóse este templo provisional a la Sacra Familia, y se colocó en él la Majestad, después de una magnífica procesión, con júbilo y concurso extraordinario de los pueblos.

Habían venido con el obispo otros dos jesuitas, el padre José de Aldana y el hermano Alonso de la Peña; y fue tal el aura popular que se conciliaron y lo que las Canarias se prometían de ellos, que, hallándose vacante la prebenda de gramática, no dudó el cabildo ceder su renta para alimentos del preceptor de la Compañía. Pero no duró mucho esta largueza, o ya porque no querían los jesuitas acomodarse a las horas de estudio que hasta allí, o ya porque se reflexionó mejor el peligroso paso que se había dado. [...]

El ilustrísimo Zuazo asignó a este colegio en 1701 una pensión de 400 ducados sobre la mitra, que Felipe V aprobó, bien que en Roma no se expidió la bula hasta el año de 1722. De forma que, habiendo fallecido en 1703 el fundador Romero, se halló combatido el colegio de una borrasca. Fue el caso que se dio queja al rey de que la Compañía se había entrometido a fundar en la capital de las Canarias, sin que hubiese precedido su real licencia. Súpolo el provincial de Andalucía y, para cortar en tiempo cualquier desaire, remitió órdenes muy estre-

chas para que en aquella residencia se quitase la campana pública, el sagrario y cuanto tuviese visos de colegio formal. Pero como este golpe de política era tan sensible para aquel pueblo, no permitió el obispo que se hiciese la menor novedad; y, habiéndose juntado el ayuntamiento de la isla para deliberar sobre si se pediría permiso para la fundación, aunque hubo variedad de votos, trajo por último todos a su dictamen la autoridad preponderante del alférez mayor, diciendo: "que aunque era cierto que había bastantes religiones, ninguna trabajaba tanto, porque a los frailes todo se les iba en salmear aquí y salmear allí". Este gracejo dejó el expediente en tan favorable disposición, que de allí a algunos días se obtuvo la real licencia sin ningún embarazo. [...]

En 1721 se avivaron con más ardor que nunca los deseos de fabricar una buena iglesia de planta, y, habiendo muerto por aquel tiempo don Agustín Denis, se pudo recoger algún caudal de su herencia, que, unido a otros donativos del cabildo eclesiástico, del deán Benítez y del marqués de Valhermoso, no se perdió tiempo en principiar la obra del templo, haciéndolo de bóveda y preparándole magníficas decoraciones. Eligióse para titular de la nueva iglesia a San Francisco de Borja, cuya prócer estatua había costado el mismo deán Benítez, a la cual dejó por heredera de sus bienes (créditos por la mayor parte), en fuerza de su testamento, bajo de cuya voluntad falleció en 25 de marzo de 1732, habiendo hecho antes los votos de la Compañía y mandado se le enterrase en el colegio con la sotana de jesuita.

Poco se adelantó con todo esto; antes bien, estuvo parada la obra algunos años, hasta que la concluyó a sus expensas el obispo don Juan Guillén, en que gastó más de 20.000 pesos, y se hizo la solemne dedicación año de 1754, durante el pontificado de su sucesor don fray Valentín de Morán, siendo rector el Padre Francisco Valero. [...]

76. DEL VENERABLE PEDRO DE BETANCOURT Y PRETENSIONES DE FUNDAR EN CANA- RIAS LOS BETLEMITAS

Entre cuantas religiones monásticas aprobadas han intentado establecerse en las Canarias, ninguna manifestaba a la verdad mejores títulos ni prometía mayores ventajas que la de los religiosos betlemitas, que con tan justa celebridad florece en nuestra América española. Todos saben que el venerable hermano Pedro de San José Betancourt, fundador de esta orden, nació en el lugar de Chasna o Vilaflor de Tenerife, en el año de 1619; que fueron sus padres Amador de Betancourt y Ana García; y que, habiendo pasado a Indias en 1650, echó los primeros fundamentos a su instituto de hospitalidad y enseñanza de las primeras letras, en Guatemala, año de 1655, donde murió doce años después, a 25 de abril de 1667, a los 48 años de su edad, con tanta opinión de santidad, que, habiendo declarado la silla apostólica en grado heroico sus virtudes, se trata ahora de su beatificación. Había aprobado su instituto Clemente X, en 1674, y lo confirmó Inocencio XI, a 26 de marzo de 1687, prescribiéndole la regla de San Agustín.

Así pues, una orden tan célebre, fundada por un patriarca canario, y que tiene por ejercicio peculiar la enseñanza de los niños y el cuidado de los enfermos, dos cosas de que en nuestras islas se ha carecido tanto, merecía que, por principios de honor y utilidad, se le diese entrada en el país y se la protegiese con alguna predilección. En efecto, desde el año de 1712, ansiosa la isla de Tenerife de tener a quien encomendar la asistencia caritativa de los pobres y de honrar la memoria del venerable Betancourt, de acuerdo con el obispo don Juan Ruiz Simón, decretó, a 8 de abril, en cabildo general, que se pidiese al prefecto general de los betlemitas el favor de que enviase a lo menos dos religiosos de su instituto, a los cuales se cedería desde luego el hospital de

San Sebastián de La Laguna, para que se estableciesen en él y lo administrasen. [...]

Respondió también fray Bartolomé de la Cruz, prefecto general, en Lima, con fecha de 4 de febrero de 1721, diciendo que en la propuesta que se le hacía no hallaba otro reparo sino que no se le especificaban las rentas de aquel hospital para el sustento de los pobres y religiosos, como ni tampoco si el patronato de la ciudad era honorífico o específico. Pero que, de cualquier modo que fuese, enviaría algunos individuos de su orden para la fundación.

Enviólos con efecto, y en 23 de mayo de 1722 aportaron a Santa Cruz de Tenerife fray Ambrosio de San Patricio con otros dos compañeros betlemitas, a quienes con noticia de su llegada cumplimentó la ciudad por medio de sus diputados, advirtiéndoles podrían subir cuando gustasen a La Laguna, para conferenciar sobre el objeto que los traía a las Canarias. Los betlemitas subieron y se alojaron en el hospital de San Sebastián, donde se aplicaron desde luego al ejercicio de su instituto, con tanto aprovechamiento de la juventud en el primor de la letra y aseo de escribir, que el mismo ayuntamiento lo confesaba algunas veces en sus acuerdos. Pero no era igual el aprovechamiento de aquellos buenos frailes, pues ya había un año que residían en La Laguna y todavía no veían facilitados los medios de consolidar la fundación. [...]

Entretanto los religiosos betlemitas, a pesar de la lentitud de los canarios y acaso de la indiferencia con que ya les miraban, deseosos de tener una casa de su instituto en la patria del venerable fundador, o a lo menos algún santuario en el lugar que le dio cuna, enviaron de su célebre convento de La Habana, en 1767, cuatro frailes a sus propias expensas, para que acabasen de conquistar las voluntades y allanar las dificultades que les habían cerrado la entrada a aquella tierra de promisión. La ocasión parecía oportuna, porque, habiendo llegado a Tenerife casi en la época de la expulsión de los jesuitas, se

podían lisonjear de que no sería difícil reemplazarlos en la enseñanza de los niños, con la añadidura de la asistencia de los pobres. Pero luego echaron de ver que el gobierno se mostraba por entonces contrario a toda nueva fundación monástica y que era forzoso acomodarse a las circunstancias del tiempo.

Sin embargo, desde el convento de San Diego del Monte, donde estuvieron hospedados con mucha abstracción y retiro, no dejaron de promover su pretensión, ya reducida a que se les permitiese fundar en el lugar de Vilaflor de Chasna, en la misma casa donde había nacido el siervo de Dios Pedro de Betancourt, sobre cuyo solar se había edificado una capilla. Aunque no hallaron en los regidores de La Laguna todo el apoyo que esperaban, acordó no obstante el ayuntamiento, en 26 de noviembre del mismo año de 1767, se les diese el informe favorable que apetecían para la fundación en Chasna, y con efecto se les dio.

Todo lo suspendió una orden superior que recibieron en 1771 para restituirse a su provincia, como lo ejecutaron, difiriendo para ocasiones más propicias la idea de sentar el pie en Tenerife. Ésta no ha tenido principalmente en su contra sino la pobreza del país y hallarse ya sobrecargado de comunidades religiosas, pensiones eclesiásticas y piadosas contribuciones. [...]

78. APÉNDICE SOBRE LAS FIESTAS PÚBLICAS

Entre éstas deben principalmente contarse las fiestas sagradas que los pueblos de Tenerife han consagrado con solemne pompa a Dios y la gloria de la nación; que aun por eso sólo haremos aquí relación sucinta de las que el ayuntamiento de la ciudad de La Laguna ha costeadado por ordenanzas, de cuyas noticias será fácil inferir por analogía las que las demás villas y ciudades de las Canarias han hecho.

Cuando en la recopilación de las ordenanzas de Tenerife, que trabajó su cronista Peña y dedicó al ayuntamiento en 1670, se leen los repetidos decretos de Carlos V para formarlas, los mensajes de regidores a la corte, la solicitud de los personeros generales, etc., ¿quién había de esperar que la mayor parte de esta obra se reduciría a determinar fiestas de iglesia? Pero tal ha sido siempre la piedad de aquel vecindario.

La primera ordenanza y la primera fiesta es la del Corpus. El ayuntamiento quería que fuese muy suntuosa, con los instrumentos, juegos y danzas de costumbre. Que el regimiento y pueblo acompañasen la procesión. Que los regidores, jurados, escribanos del concejo y personero llevasen sendas varas de justicia. Que las calles estuviesen barridas, regadas, enramadas, entapizadas y perfumadas, pena de 300 maravedís. Que los gremios sacasen sus pendones y carretones, etc.

La segunda fiesta debía ser la de la Candelaria, el día 2 de febrero; y disponía la ordenanza que se hiciese una procesión desde la ciudad a aquel santuario (que era cosa de cuatro leguas de mal camino), a la que no dejaba de concurrir mucha gente. Otra fiesta a San Cristóbal, patrón de La Laguna, el 26 de julio, con procesión a su ermita. Procesión el 29 de septiembre al convento de San Miguel de las Victorias. Procesión a San Roque en lo alto del cerro, el 16 de agosto. Tres fiestas y tres procesiones a San Benito, abogado de las mieses por sorteo, la una el 21 de marzo, otra el segundo día de Pentecostés y otra el 11 de julio. Procesión general de Santa Ana, que tenía cofradía y procesión general el día de la Expectación, que la tenía también. Fiesta a San Juan Bautista, abogado de la peste de landres, cuya ermita edificó el ayuntamiento de sus propios y con limosnas, año de 1582. Dedicóse el 4 de octubre del año siguiente, saliendo la procesión de la parroquial de los Remedios, con asistencia del clero, comunidades, ciudad con su pendón, milicias sobre las armas, luminarias, fuegos en las tres plazas, máscara de los caballeros con hachas, sortijas a

ley de hombres de armas, corridas de toros, juegos de cañas, etc. Fiesta de San Juan Plácido, abogado de la langosta por sorteo, en competencia de la Candelaria, año de 1607. Fiesta al Santo Cristo de La Laguna. Fiesta a San Juan Evangelista, día 6 de mayo, por memoria de su sudor. Fiesta a la aparición de San Miguel en la iglesia de San Francisco, por real orden de 1653, etc.

Pero entre todas estas fiestas deben ser aún más memorables las que se han hecho con motivo de exequias, coronaciones reales, victorias, acciones de gracias y demás objetos que han interesado la monarquía. Después del fallecimiento de la reina católica doña Isabel en 1504, las primeras honras funerales de que hay memoria fueron las del rey Felipe I, su yerno, en la parroquial de la Concepción de La Laguna, a últimos de 1506. Se mandó entonces que todos los vecinos se pusieran ropas de luto; que nadie, fuese hombre o mujer, "osase tañer instrumento, y que ningún barbero faga barba a persona, so pena de cinco mil maravedís".

En 1516 se celebraron en la misma parroquia las exequias por el rey católico don Fernando, con iguales demostraciones de dolor. Las de la emperatriz doña Isabel de Portugal, en 1539, fueron más singulares. Hiciéronse en la parroquial de los Remedios. Era el féretro de madera, muy alto, coronado de una gran tumba, todo cubierto de negro, con varios escudos de armas y más de 50 hachas encendidas. Se repartieron velas de cera entre los concurrentes. Asistieron las comunidades, los curas, el clero, los caballeros y letrados, con el luctuoso ayuntamiento en forma de ciudad. Todos los sacerdotes dijeron misa y se mandó dar a cada convento una dobla. A falta del padre vicario de Santo Domingo, se encomendó la oración fúnebre al bachiller Juan González. Las mujeres de cualquier estado o condición fueron obligadas a concurrir, con tal que llevasen "ropas negras y tocas prietas". El luto del ayuntamiento era "de paño negro burdo con sus lobs, caperuzas y capirotos". Los demás vecinos se presentaron "con capas y bonetes negros, o capirotos

cumplidos", siéndoles prohibido todo uso de seda, de bonete, de capa y de sayo de color deshonesto. Declaráronse "colores deshonestos, el rojo, el verde, el blanco, el limonado, el azul, el amarillio, el genovés grifo y el pardillo fino". Suspendiéronse a los barberos las licencias de afeitar y rapar por tiempo de la voluntad de la justicia, pena de privación de oficio y de diez mil maravedís. Prohibióse también el tañer panderos, pena de otros diez mil a las personas nobles y 30 días de cárcel a las plebeyas, con la de ser sacadas a la vergüenza. [...]

Tales han sido las principales fiestas sagradas de Tenerife. Pero como aun las profanas han tenido siempre mucha mezcla de religión, no parecerá extraño que hagamos aquí una breve memoria de ellas.

Después que celebró esta isla, en septiembre de 1519, la elección de Carlos V por rey de romanos, acordó, luego que se restituyó a estos reinos en 1521, que también "se debían ordenar fiestas y dar gracias a Dios, con toros, luminarias y otras alegrías".

Pero las fiestas que se hicieron al nacimiento de Felipe II, en 1527, merecen relación más circunstanciada. Diéronse las siguientes disposiciones. Habrá un palenque en la plaza de San Miguel de los Ángeles, donde se han de sentar el Adelantado, el regimiento y caballeros. Correrá parejas la nobleza, y para socorrer se pondrán trece varas de raso o de damasco, repartidas por el orden siguiente: el primer caballero que llegare al palio ganará seis varas; el segundo, cuatro; el tercero, tres; y todos habrán de correr en caballos y no en yeguas, empezando desde el camino de San Lázaro hasta la dicha plaza. Se preparará en ella una fuente de vino con botijas para que todos beban. Se jugarán cañas. Se correrá sortija y habrá doce varas de damasco o raso, para que cada caballero gane media, con tal que saque la sortija dentro de la lanza a vista de los diputados. Se habrán de correr doce toros. Habrá una lotería, cada suerte sólo de dos reales. Serán convocados para estos regocijos todos los caballeros de la isla, quienes traerán buenos caballos en-

jaezados y bien ataviadas sus personas. Habrá luchas, y el luchador que venciere a tres, dando a cada uno dos idas sin recibir ninguna, ganará dos varas de la misma seda. El día del Corpus se duplicarán los festejos, para lo que se echará un pregón. [...]

José Viera Clavijo, nació en 1751 en Realejo Alto y falleció en Las Palmas de Gran Canaria en 1813. Transcurrieron sus días entre el Puerto de la Cruz, La Laguna, Madrid y Las Palmas de Gran Canaria, donde desempeñó la canonjía de Arcediano de Fuerteventura. Viajó por Europa Central y Occidental. Su enorme capacidad de lectura, su bien cortada pluma y su espíritu crítico hicieron de Viera un abate de amplia cultura, un prolífico polígrafo y un ilustrado volteriano. Dejó más de ciento sesenta obras y destacó como poeta, narrador, pedagogo, periodista, naturalista, clasicista, orador consagrado, etc. De tan amplia y polifacética obra, dos continúan manteniendo su virtualidad: *El Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* (1799) y los cuatro tomos de su *Historia de Canarias* (1772-1782), de la que hoy presentamos esta antología. Viera es no sólo la figura cimeria de la Ilustración en Canarias, sino señera a lo largo de nuestro discurrir histórico.

Antonio de Béthencourt (Las Palmas de Gran Canaria, 1919). Profesor adjunto de la Universidad de Valladolid y Catedrático de Historia Moderna en las de La Laguna y UNED. Director de ICE, Vicerrector y Rector en aquélla, y Decano en ésta, por la que es Catedrático emérito. Su tarea docente se refleja en la treintena de Tesis Doctorales dirigidas. Investigador en líneas como política exterior (*Patiño en la política exterior de Felipe V*, 1954), construcciones navales indianas (colaboración en *España y el Mar en el siglo de Carlos III*, 1989), problemas sobre el Estrecho (*Catolicismo en Gibraltar durante el siglo XVIII*, 1967) o *Incorporación de Gibraltar a la Corona de Castilla, 1463-1508*, (1965) y su variada aportación a la historia de Canarias (*Canarias e Inglaterra: el comercio del vino, 1650-1806*, 1956), *Ataques ingleses a Fuerteventura* (1965), *Las peleas de gallos en*

Tenerife en el siglo XVIII (1987), *El Motín de Agüimes-Las Palmas* (1989), así como media centena de artículos de revistas, comunicaciones a congresos, prólogos, etc. En la actualidad es director del SEHIC en el Centro Asociado de la UNED en Las Palmas.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Antología de la poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 25 de marzo de 1991,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Fue Viera y Clavijo un hombre de formación enciclopédica: poeta, novelista, químico, naturalista, moralista, pedagogo, traductor, historiador... Su *Historia de Canarias* se pone por encima de toda su obra como un monumento cultural de tal magnitud que no sólo hace honor a las Islas, sino también a toda la historiografía española.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem



9 788487 137969